

MARY LUTYENS

Vida y Muerte

de

KRISHNAMURTI

Notas

Fuentes de las notas

- AA Archivos de Adyar, Sociedad Teosófica, Adyar, Madrás, India.
AB Archivos de Brockwood, B.P., Hampshire, Inglaterra.
EFB English Foundation Bulletin. (Boletín de la English Foundation)
Herald, El Heraldo de la Estrella
ISB International Star Bulletin (Boletín Internacional de la Estrella)
AKFA Archivos de la Krishnamurti Foundation of America, Ojai, California
SPT Star Publishing Trust (Fideicomiso de Publicaciones de la Estrella)
TPH Theosophical Publishing House (Casa de Publicaciones teosóficas), Adyar, Madrás.

Toda la correspondencia entre Mr. Besant y C.W. Leadbeater se encuentra en los AA. Las que se citan aquí provienen de copias que me envió B. Shiva Rao a pedido de Krishnamurti.

Las cartas de Krishnamurti a Lady Emily Lutyens, están en los AB. Las de Lady Emily a Mrs. Besant están en los AA.

Reconocimientos

Deseo disculparme con los numerosos amigos de Krishnamurti que no han sido mencionados en este libro. Confío en que ellos comprenderán que, al condensar su vida en un solo volumen, han tenido que omitirse muchos detalles externos, aunque, eso espero, nada que sea esencial para su desarrollo.

Mi profunda gratitud a David Bohm, Mary Cadogan, Mark Edwards, Pupul Jayakar, Dr. Parchure, a la fallecida Doris Pratt, Vanda Scaravelli y, especialmente, a Scott Forbes y a Mary Zimbalist, por concederme el permiso para citar sus escritos. También quisiera agradecer a Ray McCoy por enviarme rápidamente desde el Centro de Brockwood todo cuanto le solicité respecto a libros, videos y casetes, y a Radha Burnier por entregarme una copia, procedente de los Archivos Teosóficos en Adyar, de la larga carta de Nitya a Mrs. Besant describiendo el comienzo del «proceso».

Y, en primer lugar, mi gratitud al ya fallecido B. Shiva Rao, sin cuya amistad y generosidad yo jamás hubiera podido intentar escribir la biografía de Krishnamurti.

Introducción

Krishnamurti pidió en diversas ocasiones que no hubiera una interpretación autoritaria de su enseñanza, aunque alentó a quienes se interesaban en la misma a que la discutieran entre ellos. Por lo tanto, el presente libro no intenta explicar ni evaluar la enseñanza, que es asequible en docenas de libros y en casetes de audio y de vídeo. Su propósito es, más bien, tratar de descubrir la fuente de revelación en que se basa la enseñanza, iluminar la naturaleza de un muy admirable ser humano, trazar el curso de su evolución y ver en perspectiva su larga vida. Esto es difícil de hacer en tres detallados volúmenes separados por un espacio de años -ocho años en el caso del primer y segundo volumen-.

Después de que se publicara el primer volumen, *The Years of Awakening* («Los años del despertar»), me preguntaron si yo creía en los acontecimientos que había registrado. Mi respuesta fue que ciertamente creí en ellos hasta 1928, o sea, hasta que cumplí veinte años (con excepción de los fantásticos sucesos acaecidos en Holanda en 1925). Posteriormente, mi actitud hacia aquellos acontecimientos cambió de acuerdo con el propio Krishnamurti.

No puedo recordar una época en que no conociera a Krishnamurti. Esto se debe a que mi madre le ofreció su amistad cuando él vino por primera vez a Inglaterra en 1911. Era por entonces un perplejo muchacho de diecisiete años que parecía más joven que su edad, a quien los líderes de la Sociedad Teosófica en la India habían escogido dos años antes como el vehículo para el próximo mesías. Mi madre se había afiliado a la Sociedad Teosófica en 1910, antes de que yo hubiera cumplido tres años, y fui educada en los principios de la misma, que exteriormente eran muy simples: una creencia en la hermandad del hombre y en la igualdad de todas las religiones. En vez de «Padre Nuestro que estás en los cielos...», se me enseñó a recitar todas las mañanas: «Soy un eslabón en la cadena de oro del amor que se extiende por todo el mundo y prometo conservar mi eslabón brillante y fuerte». Sin embargo, en la teosofía había un fondo esotérico del cual no tuve plena conciencia hasta casi los trece años. Este núcleo esotérico y la fundación de la Sociedad se describirán en el primer capítulo del libro.

La teosofía fue la causa de una ruptura entre mis padres, ruptura que se amplió a medida que pasaron los años; sin embargo, irónicamente, fue a través de mi padre que mi madre descubrió la teosofía. En 1909, mi padre, Edwin Lutyens, había recibido de un banquero francés, Guillaume Mallet, el encargo de construirle una casa en Varengeville sobre la costa de Normandía, no lejos de Dieppe. Al regresar de su primera visita al lugar, mi padre dijo a mi madre que los Mallet eran teósofos. Cuando ella le preguntó qué quería decir eso, él le respondió que no lo sabía pero que los Mallet tenían un armario secreto con libros, que mantenían siempre cerrado. Esto intrigó a mi madre, y cuando acompañó a mi padre en su siguiente visita a Varengeville, persuadió a Madame Mallet para que le hiciera un breve resumen de las creencias teosóficas. Lo que más le impresionó fue la normalidad de los Mallet, la ausencia de cualquier excentricidad que ella hubiera asociado con una religión «curanderil». Su única excentricidad consistía en que eran vegetarianos estrictos. En navidad, Madame Mallet le envió a mi madre las *Conferencias en Londres* que Mrs. Annie Besant¹ Presidenta de la Sociedad Teosófica, había ofrecido en 1907. Estas la llenaron de tal «absorto interés y encanto», según su autobiografía², que por momentos se sintió «tan excitada» que a duras penas podía contenerse de «gritar de felicidad». Esto pareció abrir para ella nuevas perspectivas de comprensión espiritual.

Mi madre estaba madura para la conversión. Después de trece años de matrimonio con un arquitecto cada vez más ambicioso y favorecido por el éxito, el cual, aunque la amaba apasionadamente estaba tan absorbido en su trabajo que ni siquiera tenía tiempo para acompañarla a ella ni a sus cinco hijos, mi madre buscaba desesperadamente alguna ocupación satisfactoria que estimulara sus necesidades emocionales e intelectuales. Los quehaceres domésticos y la común vida social la aburrían intensamente y sus hijos estaban al cuidado de una nodriza perfecta. Se había vuelto una ardiente difusora del movimiento por el Sufragio Femenino (pero nunca fue una militante por temor de ir a prisión y ser alimentada a la fuerza). Había leído muchísimo sobre sociología y se afilió a una organización llamada Liga de Educación Moral, que se interesaba en la regulación estatal de la prostitución, escribió panfletos para dicha organización y asistió a conferencias en muchas regiones de Inglaterra. Como parte de este trabajo, se volvió una visitadora semanal del Lock Hospital para el tratamiento de las enfermedades venéreas, donde dedicaba lecturas de Dickens a los pacientes (tenía un talento magnífico para la lectura en voz alta). También organizó discusiones nocturnas en nuestra casa de Bloomsbury Square, para considerar cuestiones tales como la herencia contra el medio ambiente. Pero, a diferencia de tantos de sus

¹ Mrs. Besant, nacida en 1847, había estado casada con un pastor protestante, Frank Besant. Después del nacimiento de dos hijos, Mrs. Besant abandonó su fe y tuvo el valor de decirselo a su esposo. Este se divorció de ella y logro la custodia de los hijos, pese a que ella entabló una dura lucha en los tribunales conduciendo su propia defensa, a fin de conservarlos. Mrs. Besant se volvió después una atea declarada y una reformadora social, colega de Charles Bradhaugh y amiga íntima de Bernard Shaw. Se convirtió a la teosofía en 1889, cuando W.T. Stead le pidió que reseñara *La Doctrina Secreta* de Madame Blavatsky, una de las fundadoras de la Sociedad Teosófica.

² *Candles in the Sun* (Candelas en el Sol) - Hart-Davis, 1957.

contemporáneos, no se interesaba en el espiritualismo¹ ni, en esa etapa de su vida, en el ocultismo o en el misticismo de la India que había atraído a tantos occidentales hacia Oriente desde que su fe cristiana había sido socavada por Darwin.

Siendo mi madre de naturaleza muy devocional y en su juventud una ferviente, cristiana con un fuerte sentimiento de fidelidad a Jesús, la creencia teosófica en la próxima venida del mesías y en la necesidad de preparar al mundo para este prodigioso acontecimiento, satisfacía todos los aspectos de su ser. Después de incorporarse a la Sociedad a principios de 1910, dedicó todas sus energías al movimiento; tomó lecciones de oratoria a fin de poder viajar ofreciendo conferencias sobre teosofía (llegó a ser una consumada oradora). Fundó asimismo una nueva Logia Teosófica² con el Dr. Haden Guest (más tarde Lord Guest), también un converso reciente, «con el propósito de unir a todos los que anhelaban dar un efecto práctico a los principios teosóficos de hermandad».

En el verano de 1910, Mrs. Besant llegó a Inglaterra procedente de la India y mi madre fue a la Sociedad Fabiana a escuchar su conferencia sobre «Una forma ideal de gobierno». En el estrado se encontraban Bernard Shaw y Sydney Webb. «Recibí casi un choque cuando la vi por primera vez», escribió mi madre. «Parecía tan diferente a cualquiera que yo hubiera visto antes. Estaba vestida con túnicas blancas sueltas de características sumamente femeninas, mientras que la bella y sólida cabeza con sus cortos rizos blancos se veía completamente masculina. Tenía sesenta y tres años pero no mostraba ni el más leve signo que indicara mengua de vigor. Tenía una vitalidad más asombrosa que la de cualquiera que yo hubiera conocido jamás».

Pocas semanas después mi madre escuchó nuevamente una charla que Mrs. Besant ofreció en una sala en Kingsway sobre «El Cristo Venidero» y después encontró el valor para acercarse a ella e invitarla a almorzar. Mrs. Besant aceptó. La única persona que estuvo además presente en el almuerzo fue mi padre.

Al llegar, Mrs. Besant preguntó si podía quitarse el sombrero y, al hacerlo, desplegó sus cortos rizos blancos, cosa que más adelante mi madre descubrió que era característico en ella. Mi madre recordaba haber tenido la idea de que los ojos de Mrs. Besant eran como los de un tigre, de un curioso matiz castaño, y que parecían traspasarla con la mirada y, penetrar en sus mis recónditos pensamientos. En este primer encuentro, mi padre gustó de Mrs. Besant y se sintió impresionado por ella, especialmente cuando ella le pidió, antes de partir, que diseñara la nueva Sede Central Teosófica Inglesa en Tavistock Square (ocupada actualmente por la Asociación Médica Británica). Fue sólo gradualmente que él llegó a resentirse por la influencia que ella tenía sobre mi madre.

En 1929, a la edad de treinta y cuatro años, Krishnamurti se separó de la Sociedad Teosófica después de una experiencia espiritual que cambió completamente su vida. Renunció a su papel de futuro mesías y se dedicó a viajar por el mundo como un maestro con su propia filosofía religiosa, no comprometido con ninguna secta o religión ortodoxa. El único objeto de su enseñanza era liberar a los hombres de todas las jaulas que separan al hombre del hombre, jaulas como la raza, la religión, la nacionalidad, la clase y la tradición y, de tal manera, dar origen a una transformación en la psique humana.

El interés en la enseñanza de Krishnamurti no ha disminuido desde su muerte en 1986, tres meses antes de que cumpliera los 91 años. En verdad, su reputación se extiende cada vez más. La razón de que no se le conozca mejor aún, es que nunca buscó publicidad personal. La gente supo de él a través de la comunicación verbal o por encontrarse accidentalmente con uno de sus libros.

Mientras Krishnamurti estuvo siendo proclamado por la Sociedad Teosófica, los miembros de la misma derramaron sobre él dinero y donaciones de tierras y propiedades en abundancia. Cuando renunció a la Sociedad y negó su papel, devolvió estos obsequios a los donantes y comenzó su nueva vida sin saber si tendría seguidores o algún dinero fuera de una anualidad de 500 libras. Tal como ocurrió, atrajo una nueva corriente de partidarios procedentes de un mundo más amplio y mucho más interesante, y el dinero aparecía como por arte de magia para la mayoría de los proyectos en que él ponía su alma. Diría por el resto de su vida: «Hagan algo, y si ello es correcto el dinero vendrá».

Krishnamurti rehusó ser el gurú de nadie. No quería personas que le siguieran ciega y, obedientemente. Deploraba tanto el culto que se hacía del gurú, como la meditación trascendental traída a Occidente desde la India. En especial, no quería discípulos que pudieran crear otra religión alrededor de él edificando jerarquías y asumiendo autoridades. Todo cuanto reclamaba para su enseñanza era que fuera un espejo en que las personas pudieran verse exactamente como eran interna y externamente y si no les gustaba lo que veían, *que cambiaran ellas mismas*.

¹ El espiritualismo, o sea, la creencia de que los muertos pueden comunicarse con los vivos, especialmente a través de taza médium, era todavía una de las cuestiones más ardientemente polémicas de la época. La Sociedad para la Investigación Psíquica había sido fundada en Inglaterra en 1882 a fin de investigar las evidencias. Estaba muy difundido el interés por todas las formas de lo sobrenatural.

² La Sociedad fue dividida en Logias. Había logias en todas las grandes ciudades de Inglaterra y Escocia. Y muchas en Europa, las cuales organizaban reuniones y giras de conferencias.

El interés especial de Krishnamurti estaba en la educación de los niños antes de que sus mentes se volvieran rígidas con los prejuicios de la sociedad en que habían nacido. Las siete escuelas que fundó y que llevan su nombre -cinco en la India, una en Inglaterra y una en California-, todavía prosperan. En su escuela más antigua, la del Valle del Rishi, fundada a principios de los años 30 entre Madrás y Bangalore, hay ahora 340 estudiantes, la tercera parte de ellos niñas, y tiene la reputación de ser una de las mejores escuelas de la India. Su escuela inglesa en Hampshire, la más pequeña, sólo tiene setenta alumnos, pero de veinticuatro nacionalidades y con un número igual de niños y niñas.

Un gran Centro Krishnamurti para adultos se inauguró poco después de su muerte, se encuentra cerca de la escuela inglesa aunque bastante separado de ésta. La concepción y construcción de este centro fue uno de los principales intereses de Krishnamurti en los dos últimos años de su vida*. Tres centros más pequeños para adultos se construyen actualmente en la India. Krishnamurti también estableció tres Fundaciones en los años 60: en Inglaterra, en la India, en California y una subsidiaria en Puerto Rico, todas de naturaleza puramente administrativa y cada una con su junta de Síndicos. Hay también Comités asociados en veintiún países.

Krishnamurti tenía docenas de amigos en tantos países como los que cuentan con estos comités, amigos de toda condición, desde reinas hasta monjes budistas. En los primeros tiempos, entre sus más grandes admiradores, habían estado Bernard Shaw, Leopoldo Stokowski y Antoine Bourdelle, el escultor; más adelante se contaron entre sus amigos, Aldous Huxley, Jawaharlal Nehru y Pablo Casals. Más recientemente hizo amistad con Mrs. Gandhi, con el profesor Maurice Wilkins, ganador de un premio Nobel en Medicina, con el Dr. David Bohm, el físico, con Rupert Sheldrake, el biólogo y con el actor Terence Stamp, y llegó a conocer a algunas personalidades famosas que lo entrevistaron o sostuvieron discusiones con él, tales como el Dr. Jonas Salk y el Dalai Lama. Es indudable que Krishnamurti ayudó a tender un puente entre la ciencia y la religión.

Los auditorios para las pláticas de Krishnamurti no eran numerosos, variando entre 1000 y 5000 personas en sus últimos veinte años según fuera la capacidad de la sala o de la carpa en que hablaba. ¿Cuál era su atracción para aquellos que venían a escucharle? Era notable qué pocos hippies había entre ellos, aunque casi todos fueran jóvenes. Sus auditorios consistían en su mayor parte en personas de buenos modales, vestidas con pulcritud, tanto hombres como mujeres, quienes le escuchaban seria y atentamente aun cuando él no poseía el don de la oratoria. Su enseñanza no tenía el propósito de brindar consuelo, sitio de sacudir a la gente para que tomara conciencia del estado peligroso del mundo, por el que cada individuo era responsable, puesto que, según él, cada individuo era el mundo en macrocosmos.

Parte de la atracción de Krishnamurti se debía, sin duda, a su apariencia. Excepto de pequeño, él había sido extraordinariamente bello y aún a edad muy avanzada conservaba una gran belleza en la figura, en la estructura ósea y en el porte. Pero, más que esto, había un magnetismo personal que atraía a la gente hacia él. Podía hablar públicamente con severidad, a veces casi con fiereza, pero individualmente o en pequeños grupos mostraba en su trato con la gente un sentido de gran calidez y afecto. Aunque no le agradaba ser tocado, cuando se sentaba a hablar con alguien solía con frecuencia inclinarse hacia adelante para poner una mano en el brazo o en la rodilla de él o de ella, y le gustaba sostener apretadamente la mano de un amigo o de alguien que acudía a él por ayuda. Sobre todo, cuando no estaba hablando seriamente, gustaba de reír y bromear y de intercambiar cuentos tontos. Su risa fuerte y profunda era contagiosamente cautivadora.

El hecho de que haya un interés sostenido y aun creciente en Krishnamurti a partir de su muerte, muestra, pienso, no sólo que algo de este magnetismo personal trasciende desde sus casetes y videos, sino que esta enseñanza tiene un mensaje para nuestros días que la gente necesita con desesperación. Aunque uno pueda ajo estar de acuerdo con muchas de las cosas que él dijo, su sinceridad no puede ser puesta en duda.

* Fotografías de este centro aparecen en el libro del Príncipe de Gales, *A Vision of Britain* (Una visión de Gran Bretaña) - Doubleday, 1989.

«¿Qué se sabe del niño Krishna?»

Lo más extraordinario acerca de la vida de Krishnamurti fue que cuanto le profetizaron en su juventud se cumplió, pero en una forma muy diferente de lo esperado. Para comprender la evolución experimentada por Krishnamurti, es esencial tener al menos un ligero conocimiento del misticismo teosófico en que se nutrió. La Sociedad Teosófica, cuyo objetivo era «formar el núcleo de una Hermandad Universal de la Humanidad», fue fundada en Norteamérica en 1875 por esa extraordinaria mística rusa, clarividente y operadora de milagros, llamada Madame Helena Petrovna Blavatsky y por el Coronel Henry Steel Olcott, un veterano de la guerra civil americana que se interesaba profundamente en el espiritualismo y que también afirmaba poseer clarividencia. Esta extraña pareja, en la que ambos siguieron siendo «compinches» (según expresión de Olcott) por el resto de sus vidas, adoptó como su credo oculto muchas de las antiguas tradiciones de Oriente, y en 1882 trasladó sus cuarteles a un gran complejo residencial en Adyar, un suburbio al sur de Madrás, paraje sumamente hermoso donde el río Adyar confluye en la Bahía de Bengala y donde se encuentra una de las higueras más grandes de la India, así como una milla de extensión fluvial que llega hasta una vacía playa arenosa. Allí han permanecido desde entonces los Cuarteles Internacionales de la Sociedad, habiéndose construido más casas y adquirido más terrenos; desde allí, el movimiento pronto se expandió por todo el mundo.

Para convertirse en miembro de la Sociedad sólo era necesario afirmar una creencia en la hermandad del hombre y en la igualdad de todas las religiones, pero en el corazón de la Sociedad estaba la Sección Esotérica, en la que al aspirante se le concedía la condición de miembro sólo después de que hubiera probado su sinceridad y su provecho para la Sociedad.

La Sección Esotérica tomó de la antigua sabiduría de diversas religiones una jerarquía de grandes seres espirituales, la llamada Gran Fraternidad Blanca. Habiendo aceptado la teoría de que la humanidad evoluciona a través de una serie de vidas (reencarnación) hasta la perfección máxima (que todos obtendrían al final, por muchas vidas que les llevara), no resultaba difícil creer que los seres humanos se encontraban todos en diferentes etapas de su evolución, o creer en los llamados Maestros. Los Maestros eran almas perfeccionadas que, liberadas de la rueda del karma -esa ley inexorable por la cual cosechamos lo que sembramos, tanto de bien como de mal, a través de una serie de vidas-, eligieron permanecer en contacto con la humanidad a fin de ayudarla a lo largo del camino de la evolución. Existían muchos Maestros, pero los dos que se decía habían tomado bajo su especial protección a la Sociedad Teosófica, eran el Maestro Morya y el Maestro Kuthumi. En los tiempos de Madame Blavatsky se creía que estos Maestros, dentro de cuerpos humanos espléndidos, vivían cerca el uno del otro en una hondonada del Tíbet, desde donde a menudo emergían para viajar a otras partes del mundo. También podían materializarse mientras permanecían en el Tíbet y comunicarse, mediante cartas materializadas, con los líderes de la Sociedad¹. Madame Blavatsky afirmaba haber vivido en el Tíbet con los Maestros durante muchos meses y haber recibido del Maestro Morya, que ella había adoptado, la enseñanza oculta que siempre había anhelado y que después ofreció al mundo a través de sus monumentales obras *Isis sin Velo* y *La Doctrina Secreta*, así como por medio de la Sección Esotérica².

Por encima de los Maestros en la jerarquía de los seres espirituales estaba el Señor Maitreya, el Bodhisattva quien, según creían los teósofos en la época del «descubrimiento» de Krishnamurti en 1909, dentro de poco tiempo tornaría a su cargo un vehículo humano especialmente preparado para él, tal como dos mil años antes había adoptado el cuerpo de Jesús para fundar una nueva religión. El Bodhisattva encarnaba cuando el mundo tenía una especial necesidad de él. Sobre él en la jerarquía, había seres más grandes aún, incluyendo al Buddha³.

Madame Blavatsky murió en 1891, y al morir en 1907 el primer Presidente de la Sociedad Teosófica, el Coronel Olcott, Mrs. Annie Besant fue elegida Presidenta y, consecuentemente, estableció su residencia en Adyar. Ella y su principal colega, Charles Webster Leadbeater (un antiguo clérigo de la Iglesia Anglicana y discípulo de Madame Blavatsky), eran ambos clarividentes, aunque más tarde Mrs. Besant desechó sus poderes ocultos cuando decidió dedicar la mayor parte de sus energías a la causa de la autonomía de la India. Tanto Mrs. Besant como Leadbeater afirmaban hallarse en estrecho contacto con los Maestros. Sin embargo, fue Leadbeater quien se convirtió en el portavoz de su propio Maestro Kuthumi (el Maestro de Mrs. Besant era Morya), transmitiendo sus

¹ Algunas de las cartas de los Mahatmas, como se las llama, se encuentran en la Biblioteca Británica.

² *Blavatsky and her Teachers* (Blavatsky y sus Maestros) Jean Overton Fuller (East-West Publications, 1988).

³ Según la tradición, el Buda era una posición en la jerarquía. Gautama había sido el último Buda. Se decía que el Señor Maitreya habría de ser el próximo Buda después de haber cumplido su misión en la tierra; de aquí el título de Bodhisattva. Madame Blavatsky, no mencionó, en ninguno de sus escritos, el advenimiento del Señor Maitreya, pero es evidente que algo dijo a sus seguidores (aun cuando ello fuera malentendido), porque Mrs. Besant recordaba sus críticas cuando ella fundó la Orden de la Estrella de Oriente que Madame Blavatsky había «considerado como la misión de la Sociedad Teosófica a fin de preparar al mundo para la venida del próximo gran Instructor, si bien ella situó ese acontecimiento tal vez medio siglo más adelante de lo que yo lo había hecho».

instrucciones y guiando a sus discípulos terrenales por el oculto Sendero del Discipulado. Los Maestros estaban dispuestos a considerar la aceptación de discípulos si estos estaban suficientemente evolucionados. Los pasos en el Sendero eran la Probación, la Aceptación y cuatro Iniciaciones posteriores que culminaban en la quinta, la condición de Adepto, que equivalía a alcanzar la perfección, el nirvana.

Según Leadbeater, los Maestros todavía vivían en la misma hondonada del Tíbet, en los mismos cuerpos milagrosamente preservados del envejecimiento tal como los había conocido Madame Blavatsky. Sin embargo, ya nunca abandonaron su valle y, en cuerpo astral, podían ser visitados en sus moradas¹. Leadbeater solía aceptar candidatos para el discipulado llevándolos en sus cuerpos astrales, mientras dormían, a la casa del Maestro Kuthumi, y después les anunciaba en la mañana si habían tenido éxito o no en alcanzar el paso al que aspiraban en el Sendero. Uno puede imaginarse el poder que llegó a ejercer Leadbeater sobre su grupo, cuyos miembros creían fervientemente en él y en la existencia de los Maestros y de los otros seres santos acerca de los que se les había hablado, y cuánto esnobismo y celos debe haber ocasionado la fe que profesaban. Leadbeater sostenía, en la época en que Krishnamurti llegó a Adyar, que él y Mrs. Besant estaban tan altamente evolucionados que ya habían tornado su cuarta iniciación o Arhat.

Jiddu Krishnamurti nació el 11 de mayo de 1895² en Madanapalle, un pequeño pueblo rodeado de cerros que se encuentra entre Madrás y Bangalore. Su padre, Jiddu Narianiah, se había casado con una prima, Sanjeevamma, quien le dio diez hijos, de los cuales Krishna fue el octavo. Esta familia brahmín, estrictamente vegetariana y que hablaba el dialecto telugu, no pasaba grandes necesidades de acuerdo a los patrones imperantes en la India, Narianiah era funcionario en el Departamento de Rentas de la administración británica y antes de su retiro alcanzó la posición de Magistrado de Distrito. Narianiah era teósofo y Sanjeevamma una adoradora de Sri Krishna (también un octavo hijo), en honor al cual dio nombre a su propio hijo.

Sanjeevamma tuvo una premonición de que este octavo hijo iba a ser notable en alguna forma e insistió, a pesar de las protestas de su esposo, en que el nacimiento debía tener lugar en la habitación del *puja*. Un escritor brahmín ha señalado que, a esta habitación destinada a las plegarias, normalmente sólo se podía entrar después de un baño ritual y vistiendo ropas limpias: «El nacimiento, la muerte y el ciclo menstrual eran los focos de la contaminación ritual... Que un hijo pudiera nacer en esta habitación era inconcebible»³. Y, no obstante, así ocurrió.

A diferencia de otros partos de Sanjeevamma, éste fije un nacimiento normal. A la mañana siguiente el horóscopo del niño fue hecho por un conocido astrólogo, quien aseguró a Narianiah que su hijo iba a ser un hombre extraordinario. Por años pareció improbable que su predicción se cumpliera. Dondequiera que el astrólogo veía a Narianiah, solía preguntarle: ¿Qué se sabe del niño Krishna?... Espere. Le he dicho la verdad, él será alguien muy grande y maravilloso».

A la edad de dos años, Krishna casi murió de malaria. Después de eso, durante varios años padeció de ataques de malaria y severas pérdidas de sangre por la nariz que lo mantenían lejos de la escuela y más cerca de su madre que cualquiera de los otros hijos. Le gustaba ir con ella al templo. Era un niño tan vago y soñador y tan malo en sus labores escolares (en realidad las odiaba), que a sus maestros les parecía que era mentalmente retardarlo. Sin embargo, era extremadamente observador, como habría de serlo durante toda su vida. Solía detenerse por largos intervalos cada vez observando los árboles y las nubes, o se ponía en cuclillas para fijar la mirada en flores e insectos. Tenía también una naturaleza sumamente generosa, otra característica que conservó a lo largo de toda su vida. A menudo solía volver de la escuela sin el lápiz, la pizarra o los libros por habérselos dado a un niño más pobre, y cuando los mendigos venían a la casa en las mañanas a fin de recibir el habitual obsequio de arroz crudo y su madre lo enviaba afuera para que distribuyera el alimento, él acostumbraba regresar por más, ya que había vertido todo el arroz en la bolsa del primer mendigo. Cuando éstos volvían nuevamente en la noche en busca de comida cocida y los sirvientes trataban de alejarlos, Krishna corría hacia el interior de la casa para traerles el alimento. Si Sanjeevamma hacía dulces especiales para convidar a los niños, Krishna solía tomar sólo una parte de su porción y daba el resto a sus hermanos.

Krishna tenía otro rasgo en su carácter que permaneció siempre con él y que parece estar en desacuerdo con su naturaleza soñadora: el amor por la maquinaria. Esto se reveló por primera vez el día en que desarmó el reloj de su padre a fin de descubrir cómo funcionaba y rehusó ir a la escuela e incluso comer hasta volver a armarlo nuevamente, en lo que, según parece, tuvo éxito.

Había un vínculo especial entre Krishna y su hermano Nityananda (Nitya), que era tres años menor. Nitya era tan agudo e inteligente en la escuela, como Krishna era vago y difícil de enseñar. A medida que fueron creciendo, Krishna se volvió cada vez más dependiente de este pequeño hermano.

¹ *The Masters and the Path* (Los Maestros y el Sendero), C.W. Leadbeater (TPH, 1925).

² Esta fecha está de acuerdo con los cálculos astrológicos hindúes, que cuentan el día desde las 4 a.m. hasta las 4 a.m. Según el cómputo occidental, él habría nacido a las 0,30 hs. del día 12 de mayo.

³ Krishnamurti, Pupul Jayakar, Kier, Buenos Aires, 1989.

En 1904 murió la hermana mayor de Krishna, una muchacha de veinte años dotada de una naturaleza muy espiritual. Fue después de la muerte de ella que Krishna demostró por primera vez que era clarividente: tanto él como su madre veían con frecuencia a la muchacha muerta en un lugar especial del jardín. Sin embargo, al año siguiente, cuando Krishna tenía diez años y medio, una tragedia mucho mayor sobrevino a la familia: murió la propia Sanjeevamma. Krishna la veía después de su muerte aun más claramente de lo que había visto a su hermana, un hecho que fue confirmado por Narianiah¹.

Cuando a fines de 1907 y a la edad de cincuenta y dos años, Narianiah, fue jubilado compulsivamente con una pensión de sólo la mitad de su sueldo anterior, le escribió a Mrs. Besant ofreciendo sus servicios de cualquier clase en Adyar. (Aunque era un brahmín ortodoxo, había sido miembro de la Sociedad Teosófica desde 1882; la teosofía acepta todas las religiones). Le dijo a Mrs. Besant que era viudo con cuatro hijos cuyas edades fluctuaban entre los cinco y los quince años, y que, como su única hija estaba casada, no había nadie más que él para cuidar de los niños. (Puesto que Krishna era el octavo hijo y tenía dos hermanos menores y una hermana vivos, los otros cuatro niños, aparte de la hermana de veinte años, deben haber muerto por entonces). Mrs. Besant rechazó su oferta con el fundamento de que la escuela más próxima se hallaba a tres millas de distancia y de que los niños serían una influencia perturbadora en el complejo. Afortunadamente, Narianiah insistió y a la larga, a fines de 1908, se le dio un empleo como secretario asistente. El 23 de enero de 1909 se trasladó a Adyar con sus hijos. Como dentro del complejo residencial no había una casa disponible, la familia fue ubicada fuera, en una cabaña desmantelada sin servicios sanitarios internos. Los niños llegaron en una condición física espantosa.

La hermana de Narianiah, que había reñido con su esposo, vino a cuidar la casa por un tiempo, pero parece haber sido una mujer desalmada y una pésima cocinera. El mayor de los niños, Sirvaram, que quería ser médico, se inscribió en el *Presidence College* de Madrás, mientras que Krishna, que aún no había cumplido los catorce años y Nitya, que había nacido también en el mes de mayo y tenía menos de once, caminaban seis millas diarias hacia y desde la Pennathur Subramanian High School en Mylapore, donde Krishna era apaleado casi todos los días por su estupidez. El pequeño Sadanand, de cinco años, no estaba ni física ni mentalmente en condiciones de ir a la escuela y habría de permanecer retardado durante toda su vida.

En 1906, cuando tenía cincuenta y seis años, Charles Leadbeater había estado envuelto en un escándalo sexual que resquebrajó a la Sociedad Teosófica en todo el mundo. Entre 1900 y 1905 había participado en largas giras de conferencias en EE.UU., Canadá y Australia, haciendo conversos para la teosofía y dando instrucción especial a los adolescentes (se había tornado una gran reputación como tutor). Entonces, dos muchachos de Chicago confesaron a sus padres -sin que hubiera aparentemente confabulación alguna- que Leadbeater los había estado alentando en el hábito de la masturbación. Esto ocurrió en una época en que la homosexualidad era no sólo aborrecible para el público en general, sino que se enseñaba que la masturbación conducía a la locura y a la ceguera². Cuando se enteró de esto, Mrs. Besant escribió a Leadbeater en un estado de terrible aflicción, puesto que uno de los requerimientos esenciales para la iniciación era la absoluta pureza sexual. Leadbeater contestó que él apoyaba la masturbación en ciertos casos como un mal mucho menor que la obsesión culpable con pensamientos sexuales. Sin embargo, prometió no volver a abogar jamás por esta práctica dentro de la Sociedad Teosófica, no porque no creyera en ella, sino *por Mrs. Besant*.

Se le exigió a Leadbeater que asistiera a una reunión del Consejo a realizarse en el Hotel Grosvenor en Londres el 16 de mayo de 1906, a fin de que respondiera a los cargos que había contra él. Antes de hacerlo, presentó su renuncia a la Sociedad. A fin de evitar la publicidad, el Coronel Olcott, Presidente de la Sociedad en la India, aceptó su renuncia ante la intensa indignación de muchos miembros que deseaban que se le expulsara, puesto que no había aclarado la situación en la audiencia. Después de eso, Leadbeater vivió tranquilamente en el campo, ya fuera en Inglaterra o en Jersey, por casi tres años, con ocasionales viajes al continente, enseñando de manera privada y ayudado financieramente por los muchos amigos que había conservado dentro de la Sociedad. La mayoría de los antiguos discípulos de Leadbeater respondían por su pureza. Cuando en junio de 1907, Mrs. Besant fue elegida Presidenta por una enorme mayoría, logró, después de una intensa campana, que a fines de 1908 se readmitiera a Leadbeater en la Sociedad, aunque ya nunca volvería a tener una posición oficial. Después de esto, Mrs. Besant envió por él para que viniera a la India, donde necesitaba de su ayuda. El 10 de febrero de 1909 Leadbeater llegó a Adyar, menos de tres semanas después de que Narianiah se hubiera instalado allí con Krishna y sus hermanos.

Leadbeater fue a vivir en el Bungalow Octagonal del Río, cercano al edificio de los Cuarteles. Su trabajo principal consistía en tratar con la enorme correspondencia que llegaba desde todas partes del mundo. Había traído consigo como secretario a un joven holandés, Johann van Manen, y estaba agradecido por la ayuda extra que en las

¹ El relato del nacimiento y de la infancia de Krishna, fije dictado en 1911 por Narianiah a un teósofo inglés en Adyar y fue firmado por Narianiah en presencia de dos testigos dignos de confianza.

² *The World Through Blunted Sight*. (El mundo a través de una visión Embotada), Patrick Trevor-Roper, pág. 155 (Thames and Hudson, 1988).

tareas secretariales le brindaba un joven inglés, Ernest Wood, quien sabía taquigrafía y ya había estado en Adyar por tres meses trabajando en la revista mensual *The Theosophist*. En la habitación contigua a la de Wood, dentro de los alojamientos baratos en que vivían, se encontraba un joven indio, Subrahmanyam Aiyar, amigo de Narianiah. Estos dos hombres conocían a Krishna y Nitya y les ayudaban en sus tareas domésticas.

Para Manen, Wood y Subrahmanyam se había vuelto un hábito bajar a la playa todas las tardes para bañarse en el lugar donde solía encontrarse a Krishna y Nitya chapoteando junto con algunos otros niños que vivían fuera del complejo residencial. Un día Van Manen le sugirió a Leadbeater que los acompañara, porque creía que uno de los niños podría interesarle. Leadbeater fue e inmediatamente escogió a Krishna que, según dijo, tenía el aura más maravillosa que jamás hubiera visto, sin la más mínima partícula de egocentrismo: le predijo a Wood que un día el niño llegaría a ser un gran maestro espiritual. Wood se sorprendió porque, habiendo ayudado a Krishna en sus tareas domésticas, lo consideraba particularmente torpe.

Poco tiempo después de haber visto a Krishna en la playa, Leadbeater le pidió a Narianiah que trajera al niño a su bungalow un día en que no hubiera clases. Narianiah así lo hizo. Leadbeater sentó a Krishna a su lado, puso la mano sobre la cabeza del niño y comenzó a describir su vida anterior. De allí en adelante, los sábados y domingos, continuaron las visitas y el relato de las vidas pasadas que registraba por escrito Narianiah, quien al principio siempre estuvo presente: después, esas notas fueron tomadas por Wood en taquigrafía. El nombre dado a Krishna a través de sus vidas fue el de Alcyone¹. La fecha del primer encuentro de Leadbeater con Krishna en el Bungalow Octagonal es incierta pero, puesto que Mrs. Besant salió de Adyar para un ciclo de conferencias en EE.UU. el 22 de abril, aparentemente sin haber sabido nada de él, ocurrió probablemente después de esa fecha.

Considerando las tendencias homosexuales de Leadbeater, debe destacarse que no pudo ser la apariencia exterior de Krishna la que le atrajo. Krishna, aparte de sus asombrosos ojos, lucía muy poco atractivo en esa época. Era flacucho, estaba desnutrido, cubierto de picaduras de mosquitos, con piojos hasta en las cejas, los dientes torcidos y el cabello afeitado hasta la coronilla y cayendo en trenza por la espalda. Además, tenía una expresión vacua que te daba casi un aspecto de retardado mental. Las personas que le conocieron entonces, han afirmado que había poco que elegir entre él y Sadanand. Según Wood, era físicamente tan débil que su padre declaró más de una vez que estaba sentenciado a muerte. (Krishna diría más adelante en su vida, que ciertamente habría muerto si no lo hubiera «descubierto» Leadbeater).

Tenemos el propio relato de Krishna acerca de su primer encuentro con Leadbeater, escrito pocos días más tarde:

Quando por primera vez pasé a su habitación tenía mucho miedo, porque la mayor parte de los niños de la India temen a los europeos. No sé cuál es el origen de este temor, pero aparte de la diferencia en el color, que indudablemente es una de las causas, cuando yo era niño había mucha agitación política y nuestra imaginación estaba muy excitada por las murmuraciones que nos rodeaban. También debo confesar que los europeos en la India no son de ningún modo amables con nosotros, y yo solía presenciar muchos actos de crueldad que me amargaban más todavía. Por lo tanto, fue una sorpresa para nosotros descubrir lo diferente que era el inglés, quien también resultó ser un teósofo².

Poco después de que comenzaran estas sesiones en el Bungalow Octagonal, Leadbeater le dijo a Wood que el niño iba a ser el vehículo para el Señor Maitreya (o el Instructor del Mundo como más a menudo se le llamaba) y que él, Leadbeater, había sido instruido por el Maestro Kuthumi a fin de que ayudara a prepararlo para ese destino³.

Leadbeater parecía haber olvidado o pasado por alto el hecho de que él ya había escogido un vehículo: un muchacho bien parecido de catorce años, Hubert, hijo del Dr. Weller van Hook de Chicago, quien había sido su firme defensor en la época del escándalo. En una charla pública que ofreció en Chicago sobre «El Próximo Instructor», durante su gira por EE.UU., Mrs. Besant anunció: «Esperamos que Él venga al mundo occidental, no al Oriente como lo hizo Cristo hace dos mil años». Leadbeater había escogido a Hubert en Chicago cuando éste tenía once años; Mrs. Besant le había conocido en Europa en 1907 y ahora, al encontrarlo nuevamente en 1909, persuadió a la madre para que lo llevara a Adyar a fin de que Leadbeater lo instruyera. Madre e hijo arribaron allí a mediados de noviembre, sospechando poco que Hubert había sido suplantado⁴.

Poco tiempo después Leadbeater indujo a Narianiah a que sacara a los niños de la escuela y les permitiera que fueran educados bajo su supervisión mientras seguían viviendo con su padre. (Krishna se negó a hacer nada

¹ *The Lives of Alcyone* (Las Vidas de Alcyone) que publicado más tarde mediante entregas mensuales en *The Theosophist*.

² AA. De un ensayo que Krishna estaba determinado a escribir en 1913, en Varengeville, Normandía, sobre «Cincuenta años de mi vida». Tenía el propósito de ir agregando a ello año tras año, pero todo lo que de hecho escribió fueron 3.500 palabras dando un esbozo de su vida hasta 1911.

³ *Clairevoyant Investigations by C.W. Leadbeater and the Lives of Alcyone* (Investigaciones Clarividentes de C.W. Leadbeater y las vidas de Alcyone), Ernest Wood (impresión privada, Adyar, 1947). Ver también *Theosophical Journal* (Diario teosófico), Inglaterra, enero-febrero, 1965.

⁴ Hubert y su madre permanecieron en Adyar por cinco años. Después él fue a Oxford, se casó y se recibió de abogado en Chicago. Estaba muy disgustado con respecto a Leadbeater. *The Last Four Lives of Annie Besant* (Las Últimas Cuatro Vidas de Annie Besant), A.H. Nethercote, p. 193. (Hast-Davis, 1961).

sin Nitya). Les fueron proporcionados cuatro tutores, además del propio Leadbeater que les enseñaba historia: Ernest Wood, Subrahmanyam Aiyar, Don Fabrizio Ruspoli (quien renunció a la armada italiana cuando se hizo teósofo) y Dick Clarke, un recién llegado a Adyar que había sido ingeniero. Pero la asignatura, más importante era el idioma inglés, a fin de que los niños pudieran hablar con Mrs. Besant cuando ella regresara a Adyar. Ya tenían ciertos conocimientos de inglés por lo que no encontraron difícil esta materia. Pronto olvidaron su dialecto nativo, el telegu y, desafortunadamente, no les enseñaron ninguna otra lengua de la India.

También Dick Clarke recibió la tarea de cuidar a Krishna y Nitya. Fueron despiojados y se les proveyó de ropas limpias cada mañana; se les dejó crecer el cabello hacia la frente y fue cortado hasta la altura de los hombros; a Krishna le colocaron una placa para los dientes, la cual Clarke tenía que ajustar todos los días. Además de los cuatro tutores ya mencionados, estaba John Cordes, un australiano residente en Adyar, quien era responsable del desarrollo físico de los dos hermanos. Pero era Leadbeater quien supervisaba sus baños, asegurándose de que se lavaran bien entre las piernas, deploraba la manera ritual de bañarse que tenían los hindúes, que lo hacían vistiendo un taparrabo. Se insistía en el ejercicio físico y en la alimentación nutritiva: largos viajes en bicicleta, natación, tenis y gimnasia. Krishna disfrutaba de las actividades al aire libre -era un atleta natural-, pero seguía siendo desesperante con las lecciones. En vez de prestar atención al tutor, solía pararse frente a la ventana con la boca abierta, sin mirar nada en particular. Una y otra vez Leadbeater tenía que decirle que cerrara la boca. Krishna obedecía, pero inmediatamente la boca volvía a abrirse. Al final, un día Leadbeater se exasperó tanto que le aplicó un bofetón en la barbilla. Años después Krishna habría de declarar que esto acabó con la relación de ambos. Su boca permaneció cerrada, pero ya nunca volvió a sentir lo mismo con respecto a Leadbeater.

Leadbeater estaba mucho más interesado en el adiestramiento oculto que en el bienestar físico de los muchachos. En la noche del 1º de agosto los llevó en sus cuerpos astrales, mientras dormían, a la casa del Maestro Kuthumi, quien los puso a prueba; después, por los cinco meses siguientes antes de que Krishna fuera aceptado, Leadbeater llevaba a Krishna en su forma astral ante el Maestro para una instrucción de quince minutos, al término de la cual el Maestro solía resumir su plática en unas pocas frases sencillas. A la mañana siguiente, en el Bungalow Octagonal, Krishna registraba por escrito cuanto recordaba de las palabras del Maestro. Dick Clarke y una señora que vivía en Adyar, garantizaron ambos el hecho de que estas notas fueron escritas trabajosamente por Krishna mismo y que la única ayuda que recibió fue con respecto a la ortografía y puntuación. Estas notas se convirtieron más tarde en un librito, *A los Pies del Maestro*, con la autoría de Alcyone, librito que ha sido traducido a veintisiete idiomas y aún sigue imprimiéndose. Alcyone escribió en el prólogo: «Estas no son mis palabras, son las palabras del Maestro que me las enseñó».

El 17 de noviembre de 1909, Mrs. Besant regresó a la India y Krishnamurti la conoció por primera vez. Fue el comienzo de un amor imperecedero entre ellos. Leadbeater le había escrito a Mrs. Besant, mientras ella se encontraba en Europa durante su viaje de regreso, para contarle acerca de las vidas de Alcyone que estaba investigando, pero recién cuando llegó a Adyar ella se enteró de las expectativas que Leadbeater abrigaba con respecto al niño. Durante las tres semanas que permaneció en Adyar, antes de trasladarse a Benarés para la Convención Teosófica¹, los niños iban diariamente a su habitación en los Cuarteles, donde ella les impartía clases de lectura. Mrs. Besant pudo calmar la fricción existente entre Narianiah y Leadbeater, quien no tenía paciencia con las objeciones que el padre ponía para que los hijos no fueran alejados cada vez más de su influencia. Mrs. Besant dispuso, con el consentimiento de Narianiah, que mientras ella permaneciera en Benarés, los niños debían alojarse en la habitación que tenía en el edificio de la Sede Central.

El 31 de diciembre Leadbeater telegrafió a Mrs. Besant que el Maestro Kuthumi había sugerido que esa noche iba a aceptar a Krishna como su discípulo y si a ella le agradaría estar presente². Al otro día le envió a Leadbeater un relato de lo que recordaba de la ceremonia y le pidió que confirmara si era verdad que el Señor Maitreya había puesto a Krishna bajo la custodia de ella y de Leadbeater. Leadbeater contestó: «Es cierto que el Señor Maitreya lo puso solemnemente bajo nuestra custodia en nombre de la Hermandad. Krishna se impresionó profundamente y ha sido diferente desde entonces».

Pero pronto tuvo lugar un acontecimiento mucho más excitante. El 8 de enero de 1910 hubo un dramático intercambio de telegramas. El de Leadbeater a Mrs. Besant decía: «Iniciación ordenada para el día once. Surya [el seudónimo del Señor Maitreya en *Las Vidas de Alcyone*] oficiará en persona. Se ordena visita posterior a Shamballa³. Implica una reclusión de treinta y seis horas». La respuesta fue inmediata: «Cierren la Capilla

¹ Las convenciones anuales se hacían en años alternados en Adyar, Sede Central de la Sociedad Teosófica, y en Benarés, Sede Central de la Sección India. Mrs. Besant tenía una casa en Benarés.

² Las comunicaciones mutuas entre Mrs. Besant y Leadbeater que figuran en este capítulo, fueron publicadas por C. Jinarajadasa en *The Theosophist* en junio de 1932.

³ Un oasis en el desierto de Gobi donde vivía el Rey de la jerarquía oculta, el Sanat Kumara de las escrituras hindúes.

[habitación] y mi balcón y echen llave, a la puerta de la escalera durante el tiempo requerido. Usen mi habitación, la de mi secretario y la de Mrs. Lubke¹ según las necesidades. Usted tiene mi autoridad para todo».

Desde la tarde del 10 de enero hasta la mañana del 12, Krishna y Leadbeater estuvieron encerrados en el aposento de Mrs. Besant con Nitya o Dick Clarke vigilando constantemente del otro lado de la puerta. Clarke anotó que Leadbeater y Krishna permanecieron «fuera de sus cuerpos la mayor parte de dos noches y un día, regresando muy ocasionalmente y luego sólo de manera parcial, aunque lo suficiente para ingerir alimentos (principalmente leche tibia) que nosotros poníamos junto a sus camas». Krishna se hallaba acostado en la cama de Mrs. Besant y Leadbeater en el piso².

De acuerdo con Leadbeater en una carta a Mrs. Besant, Krishna despertó en la mañana del día 11 gritando: «¡Me acuerdo! ¡Me acuerdo!». Leadbeater le pidió que le dijera todo lo que recordaba y, estos recuerdos fueron registrados por escrito el día 12 en una carta muy larga a Mrs. Besant. Leadbeater le aseguraba que éstas eran las propias palabras de Krishna, excepto por alguna ayuda en los tiempos de verbo y por alguna palabra suplida aquí y allá. Según lo registrado por Krishna, el Maestro Morya se encontraba en la casa del Maestro Kuthumi, al igual que Mrs. Besant y Leadbeater: después fueron todos juntos a la casa del Señor Maitreya junto con sus patrocinadores Mrs. Besant y Leadbeater y, habiendo contado correctamente las preguntas que le formuló el Señor, fue recibido con beneplácito en la Gran Fraternidad Blanca. A la noche siguiente lo llevaron a ver al Rey del Mundo y ésa, como escribiera Krishna, «fue la experiencia más maravillosa de todas, porque Él es un niño no mucho invasor que yo pero el más hermoso que haya visto jamás, todo glorioso y resplandeciente: y cuando Él sonríe es como la luz del sol. Es fuerte como el mar, de modo que nada puede oponerse a Él y, no obstante, es todo amor, así que yo no podía sentir el más mínimo temor ante Él»³.

Cuando Krishna salió del aposento de Mrs. Besant, todos los que le esperaban afuera se prosternaron ante él. Ello ciertamente es lo que revela la fotografía tomada directamente después de que hubo pasado por alguna experiencia muy asombrosa. Krishnamurti no recordaba nada de esto en años posteriores, excepto lo que otras personas le habían contado.

En marzo, Narianiah accedió a transferir la custodia legal de los niños a Mrs. Besant, quien los mudó a la habitación contigua a la de ella, aunque continuaron tornando sus clases en el Bungalow Octagonal. En septiembre los llevó a Benarés, donde se alojaron con ella en su casa, Shanti-Kunja. Krishna seleccionó cinco hombres entre el grupo especial de seguidores de Mrs. Besant y preguntó si podía enseñarles los requisitos para el discipulado tal como le habían sido enseñadas por el Maestro Kuthumi. Entre estos cinco se encontraban George Arundale, de treinta y dos años de edad. Director del Colegio Central Hindú en Benarés, y E.A. Wodehouse, profesor de inglés en el mismo colegio y hermano mayor de P.G. Wodehouse. Mrs. Besant, encantada con la solicitud de Krishna, le escribió a Leadbeater: «Es tan bueno ver cómo se abre, bendito sea... Se está desarrollando muy rápidamente y no muestra trazas de cortedad o de timidez, sino una bella dignidad plena de gracia... apadrina a George [Arundale] de un modo muy extraño». Krishna mismo le pidió a Leadbeater que le enviara las notas que él había escrito sobre la enseñanza del Maestro⁴.

En esa época, estando en Benarés, Wodehouse escribió acerca de Krishna:

Lo que nos impresionaba particularmente era su naturalidad... no había ninguna clase de parcialidad ni signo alguno de afectación. Era todavía de naturaleza retraída, modesto y, respetuoso hacia sus mayores y cortés para con todos. Además, a aquellos a quienes quería les demostraba una calidad de afecto vehemente que era singularmente atractiva. Parecía no ser en absoluto consciente de su posición en lo «oculto». Nunca aludía a ella; jamás, ni por un momento permitía que el más leve vestigio de ello se introdujera en su conversación o en sus modales... Otra de sus cualidades era un sereno desprendimiento personal. Parecía no tener ni la más mínima preocupación por sí mismo... No éramos devotos ciegos dispuestos a no ver en él sino perfección. Eramos personas adultas, educadores con alguna experiencia en la juventud. Si en él hubiera habido un vestigio de vanidad o afectación, o una pose como de «niño sagrado» o una engreída conciencia de sí mismo, indudablemente habríamos emitido un veredicto adverso⁵.

La descripción de Wodehouse puede ser aplicada verazmente a la naturaleza de Krishnamurti por el resto de su vida.

¹ Una señora de edad madura que trabajaba en la biblioteca. Su habitación era contigua a la sala de recibo de Mrs. Besant. Leadbeater encontraba que Mrs. Lubke era una «influencia decadente», lo que le daba oportunidad de trasladarla permanentemente y tener blanqueada la habitación que ella ocupaba.

² El relato de la iniciación de Clarke, en el *Australian Theosophist*, septiembre de 1928.

³ AA. Esta carta está citada completa en *Los Años del Despertar*, Orión, 1979.

⁴ Leadbeater mecanografió las notas antes de mandarlas (las notas originales han desaparecido), y fue esta versión mecanografiada la que se usó para *A los Pies del Maestro*.

⁵ Citada en *The Man and his Message* (El Hombre y su Mensaje), Lily Heber (Allen & Unwin, 1931).

«Un poder tremendo»

La Orden Internacional de la Estrella de Oriente fue fundada a principios de 1911, con Krishna como su jefe y Mrs. Besant y Leadbeater como sus Protectores. El objeto de la Orden era reunir a todos los que creían en el próximo Advenimiento del Instructor del Mundo y ayudar a preparar a la opinión pública para recibirlo. Se designó a George Arundale como secretario del Jefe. Se fundó una revista, *El Herald de la Estrella* que se imprimía en Adyar.

En febrero de ese año, Mrs. Besant llevó a los chicos en una gira por Burma. Krishna, al ver allí tantas bellas estatuas del Buda, concibió por él una reverencia que ya jamás habría de perder. Al regresar a Adyar, Leadbeater le dijo a Mrs. Besant que el deseo del Maestro era que los niños fueran a Inglaterra. Por lo tanto, Mrs. Besant partió con ellos hacia Bombay el 22 de marzo. En el camino, al pasar por Benarés, les compraron ropas europeas, y un médico cosió, cerrándolos dolorosamente, los grandes orificios con que les habían perforado las orejas cuando eran muy pequeños. (Krishnamurti jamás perdió las leves cicatrices en sus lóbulos). Fueron acompañados en el viaje por Arundale, quien había tomado licencia de algunos meses en el Colegio Hindú.

Zarparon de Bombay el 22 de abril. Mrs. Besant informó, en la primera de sus cartas semanales a Leadbeater, que los niños se estaban manejando muy bien con sus ropas europeas, aunque encontraban «restrictivos» los zapatos, y que Krishna estaba contento porque el capitán le había permitido «ver algo de las labores del barco, particularmente el ‘aparato Marconi’».

Hubo una tremenda agitación entre los teósofos ingleses que fueron a la estación de Charing Cross para dar la bienvenida a Mrs. Besant y sus pupilos. El glorioso destino que aguardaba a Krishna no había permanecido en secreto. En la multitud se encontraba Lady Emily Lutyens, de treinta y seis años de edad, cuya vida por los próximos veinte años iba a girar en torno a Krishna. Mrs. Besant, acampanada de los chicos fue a alojarse con su amiga más íntima en Inglaterra, Miss Esther Bright, y su madre viuda, en el 82 de Drayton Gardens. El 8 de mayo se realizó en la Sede Central de la Sociedad Teosófica en Bond Street una reunión en la que Mrs. Besant anunció la constitución de la Orden de la Estrella de Oriente y dijo que todos los que anhelaban inscribirse como miembros debían dar sus nombres a George Arundale. Lady Emily fue una de las primeras en hacerlo, y poco tiempo después Mrs. Besant le pidió que fuera la Representante Internacional de la Orden para Inglaterra. Otras dos personas que se inscribieron y que habían sido convertidas a la teosofía por Lady Emily, fueron Miss Mary Dodge y Muriel, Condesa De La Warr, la amiga que vivía con ella en una enorme casa en St. James, la Warwick House. Miss Dodge era una norteamericana que había vivido por veinte años en Inglaterra y que ahora estaba tan tullida por la artritis, que tenía que usar una silla de ruedas. Había heredado de su abuelo, William Earle Dodge, una fortuna obtenida con el cobre, los bienes raíces y los ferrocarriles. Puso un automóvil a disposición de Mrs. Besant durante el tiempo que se encontrara en Inglaterra.

Llevaron a los chicos a ver todos los espectáculos de Londres, pero los que más les gustaron fueron los teatros. Detestaban caminar debido a que sus zapatos europeos eran un tormento. Mrs. Besant los llevó consigo a los distintos lugares de Inglaterra y Escocia donde tenía reuniones teosóficas. Lady Emily, que los acompañó a Oxford, los recordaba en medio de una reunión social en un jardín, durante un día de mayo frío y desagradable: dos chicos indios pequeños y temblorosos que se veían tan desolados y ateridos que ella anheló rodearlos con sus brazos y protegerlos. El 22 de junio los llevó, junto con los dos mayores de sus cinco hijos, a ver la procesión de Coronación de Jorge V.

Tiempo después Mrs. Besant pronunció en el Queen's Hall de Londres tres conferencias sobre «El Advenimiento del Instructor del Mundo». El interés fue tan grande que, después de llenarse la sala, cientos de personas tuvieron que volverse. Ella era una oradora magnífica, sí bien algo florida en su estilo. La escritora Enid Bagnold, que escuchó su charla sobre el mismo tema en el Queen's Hall en 1912, narra en su autobiografía: «Cuando ella subió al estrado estaba ardiendo. Su autoridad llegaba a todas partes».

En agosto, Mrs. Besant y los chicos se alojaron con los Bright en Esher, Surrey, donde los Bright tenían una casita de campo. Lady Emily los visitó allí varias veces, y recordaba la terrible indigestión que Krishna sufrió como resultado de la dieta estricta que le prescribiera Leadbeater, supuestamente bajo las órdenes del Maestro Kuthumi: «Innumerables vasos de leche tenían que ser consumidos durante el día, y en el desayuno, avena cocida y huevos. Puedo ver a Krishna ahora, después de una noche insomne de sufrimiento, luchando por comer su desayuno prescrito, bajo la mirada severa de Mrs. Besant. ¡Cómo ansiaba yo arrebatarle ese plato y dar un descanso a sus entrañas! La dificultad digestiva, con agudos dolores, persistió casi hasta 1916»¹. Nitya, menos dócil que Krishna, se quejó a Miss Bright de la falta de especias en la comida.

¹ *Candles in the Sun* (Candelas al Sol), Lady Emily Lutyens, Hart-Davis, 1957.

Según Leadbeater, el Maestro quería que a los chicos se les educara en Inglaterra y que fueran a Oxford, por lo tanto, en agosto sus nombres fueron anotados para el New College, donde se esperaba que Krishna estableciera su residencia en octubre de 1914.

De regreso en la India y con la presencia de Leadbeater, el 28 de diciembre tuvo lugar durante la Convención Teosófica en Benarés, lo que se mencionó como la primera manifestación del Señor Maitreya en Krishna. Leadbeater describió el suceso en una carta a Ruspoli, quien había permanecido en Adyar. Krishna se hallaba de pie, repartiendo certificados a los nuevos miembros de la Orden de la Estrella de Oriente, cuando de pronto Leadbeater sintió «un poder tremendo que fluía a través de él [Krishna]», y los miembros que se hallaban más próximos, a medida que desfilaban ante Krishna caían a sus pies, algunos con lágrimas que se derramaban por sus mejillas. Al día siguiente, en una reunión de la Sección Esotérica, Mrs. Besant afirmó públicamente, por primera vez, que «después de lo que ellos habían visto y sentido, ya no era posible ni siquiera pretender disimular el hecho de que el cuerpo de Krishna había sido escogido por el bodhisattva [el Señor Maitreya] y que aun ahora estaba siendo afinado para Él».

En enero de 1912, Mrs. Besant recibió de Narianiah una carta en la que la amenazaba con entablar un juicio contra ella para recobrar la custodia de sus hijos. Estaba dispuesto a que Mrs. Besant llevara a los niños a Inglaterra para que se les educara, sólo si ella prometía separarlos completamente de Leadbeater, a quien él detestaba. Según Narianiah, ella le hizo esta promesa. Sin embargo, Leadbeater tenía ahora la determinación de encontrar un lugar tranquilo donde pudiera preparar a Krishna para su segunda iniciación. Habiéndole prohibido Narianiah que llevara al chico a las colinas de Nilgiri como era el propósito de Leadbeater, éste dejó secretamente la India a fin de encontrar un lugar conveniente en Europa, mientras, que Mrs. Besant, después de haber anunciado que partiría con los chicos desde Bombay el 10 de febrero, lo hizo en realidad el día 3. Ella le escribió a Narianiah ordenándole dejar Adyar inmediatamente.

Esta vez los acompañó Dick Clarke y también C. Jinarajadasa (Raja), un líder prominente de la Sociedad Teosófica que había estado en el extranjero ofreciendo conferencias cuando Krishna fue «descubierto». El 25 de marzo, acompañados solamente por Clarke y Raja, los chicos viajaron a Taormina, Sicilia, donde se había establecido Leadbeater y donde luego se les unió Arundale. Permanecieron ahí por cerca de cuatro meses, ocupando todo un piso en el Hotel Naumachia, donde Mrs. Besant los acompañó desde mayo a julio. Durante su estancia, Leadbeater comunicó a Krishna y Raja que habían tomado su segunda iniciación, y a Nitya y Arundale que habían tomado la primera.

Arundale regresó a la India en julio, mientras que Mrs. Besant, Raja y los niños volvieron a Inglaterra y Leadbeater, quien jamás visitó ya Inglaterra, fue por un corto tiempo a Génova. Mrs. Besant le escribió anunciándole que había recibido una carta de Narianiah emplazándola a que le entregará los chicos para fines de agosto. La carta fue publicada en un periódico de Madrás, *The Hindú* (El Hindú), el cual lanzó un malicioso ataque contra Mrs. Besant, Leadbeater y la Sociedad Teosófica. El editor era enemigo personal de Mrs. Besant, y ella y Leadbeater creían que era él quien había comprometido a Narianiah y estaba financiando la demanda que éste pronto entablaría contra ella. Mrs. Besant temía ahora que este editor pudiera intentar el secuestro de los chicos, así que, antes de regresar a la India, al dejarlos en Inglaterra se aseguró de que estuvieran bien escondidos en algún lugar del país. Lady De La Warr les prestó su casa, Old Lodge en Ashdown Forest, y allí permanecieron por seis meses, con Raja y Dick Clarke como sus tutores y dos antiguos discípulos de Leadbeater como guardias personales. Mrs. y Miss Bright se encargaban de las tareas domésticas. Lady Emily bajaba frecuentemente a verlos. El apego mutuo entre ella y Krishna se estaba profundizando.

El argumento de Narianiah en el juicio que entabló contra Mrs. Besant en el Tribunal Superior de Madrás era, brevemente, que ella no tenía derecho a delegar la custodia de los chicos que él le había otorgado, entregándolos a una persona contra la cual él sentía una aversión muy pronunciada. También alegaba en la demanda, que había existido una «relación anormal» entre Leadbeater y el mayor de los chicos. Mrs. Besant, conduciendo su propia defensa, perdió el litigio, aunque la acusación más perjudicial, la de la anormal relación de Leadbeater con Krishna, fue declarada fuera de lugar. Se le ordenó a Mrs. Besant que entregara los chicos a su padre. Ella apeló inmediatamente, pero también perdió la apelación. Presentó entonces una solicitud al Consejo del Rey de Inglaterra. El juicio falló a su favor pero tuvo que hacerse cargo de las costas. La apelación fue concedida principalmente sobre los fundamentos de que no se había consultado los deseos de los chicos y que éstos no habían estado representados en el Tribunal. Los chicos no querían regresar a la India, y la Orden del Tribunal de Madrás no podía ser llevada a cabo sin el consentimiento de ellos. Pero había habido tantas dilaciones, que este dictamen no se conoció hasta el 25 de mayo de 1914, fecha en que Krishna ya tenía dieciocho años, cuando los niños obtenían su mayoría de edad de acuerdo con las leyes de la India¹.

¹ Un relato del juicio se encuentra en las cartas de Leadbeater a Lady Emily (AB).

Krishna escribió a Mrs. Besant a la India cuando se enteró del veredicto, agradeciéndole por todos sus amorosos cuidados desde el instante en que por primera vez lo vio en el andén de Madrás: «Sé que lo único que usted desea es que yo ayude a otros tal como usted me ha ayudado, y siempre recordaré esto ahora que soy mayor de edad y libre para seguir mi voluntad sin su custodia». Krishna jamás dejaba pasar un correo sin enviar a Mrs. Besant cariñosas cartitas que revelaban poco acerca del verdadero estado de su mente.

«¿Por qué me escogieron a mí?»

Mientras continuaban las audiencias del tribunal, los dos chicos eran trasladados de un lugar a otro. En el verano de 1913 estaban en Varengeville, en la costa de Normandía, donde M. Mallet¹ había puesto una casa a disposición de ellos. Arundale había renunciado ahora al Colegio Central Hindú con el fin de ayudar en la tutoría de los chicos. A través de Leadbeater llegaron instrucciones del Maestro en el sentido de que Krishna jamás saliera a menos que lo acompañaran dos iniciados; esto significaba Arundale y Raja. Raja era mucho más estricto con la disciplina que Arundale, y los chicos se resentían con él como tutor.

También Lady Emily se encontraba ese verano en Varengeville alojándose en otra casa con sus cinco hijos, y en las tardes se organizaban juegos de tenis y «rounders»². Sin embargo, la actividad principal consistía en planear un nuevo y ampliado *Heraldo de la Estrella* a publicarse mensualmente en Inglaterra y que tendría a Lady Emily como editora. Durante ese verano, Krishna se convirtió en «toda la vida» de Lady Emily. Su «marido, su hogar y sus hijos pasaron a un segundo plano». Ella consideraba a Krishna «tanto su hijo como su maestro»³, y él, en los años siguientes estuvo casi igualmente consagrado a ella.

En octubre de ese año, Miss Dodge legó una pensión vitalicia de 500 £ a Krishna y de 300 £ a Nitya. Este ingreso parece haberle dado a Krishna el valor de escribirle a Leadbeater afirmando por primera vez su independencia. Le pidió que «Raja fuera relevado de sus obligaciones» porque él, Krishna, sabía que podía «controlar y guiar a George [Arundale]» mejor sin él. «Pienso que ya es tiempo», continuaba diciendo, «de que yo tome mis asuntos en mis propias manos... No se me ha dado ninguna oportunidad de sentir mis propias responsabilidades y he sido arrastrado de un lado a otro como un bebé». Raja fue retirado, pero la petición no fue bien recibida. Hasta entonces, Leadbeater había encontrado a Krishna completamente moldeable.

Debido a que se renovaron los temores de un secuestro, en enero de 1914 se le dijo a Arundale que llevara nuevamente a los chicos a Taormina. Esta vez los acompañó Lady Emily, quien fue severamente reprobada, en una carta que le dirigió Mrs. Besant, por abandonar a sus hijos que eran su responsabilidad a fin de seguir a Krishna que no lo era. El siguiente traslado de los niños fue a Shanklin, en la isla de Wight, donde Krishna aprendió a jugar golf. E.A. Wodehouse había sido enviado desde Benarés como tutor, en lugar de Raja, y la tía de Arundale, Miss Francesca Arundale, estaba a cargo de las tareas domésticas (Krishna recibía de Mrs. Besant 125 libras mensuales para los gastos de subsistencia). Miss Arundale era una mujer de aspecto severo, ex-discípula de Madame Blavatsky, que llevaba el cabello gris sujeto atrás y anteojos con aros de acero. Lady Emily iba a visitarlos con frecuencia. Paseando con ella por el bosque, Krishna solía ver pequeñas hadas y se mostraba sorprendido de que ella no pudiera verlas también. Lady Emily recordaba que en aquellos días él sólo se interesaba por la poesía, especialmente Shelley y Keats y también partes del Viejo Testamento que ella le leía en voz alta. Krishna se sabía casi de memoria el «Cantar de los Cantares de Salomón».

Por esa época, George Arundale estaba sintiendo muchos celos de Lady Emily y enviaba informes a Mrs. Besant sobre el perjuicio que aquélla le estaba ocasionando a Krishna. Después de que en mayo Mrs. Besant hubo ganado su caso ante el Consejo del Rey, los chicos se trasladaron con sus tutores a Bude, una ciudad costera en Cornwall, donde Arundale le prohibió a Lady Emily que los visitara. Le dijo que ella estaba estorbando «el trabajo del Maestro al acentuar la naturaleza inferior de Krishna a expensas de la superior» y que ella sabía muy poco de Krishna como era realmente. Arundale urgía continuamente a Krishna para que «retransmitiera» lo que recordaba del plano astral, pero Krishna jamás habría de «retransmitir» nada que él no sintiera que fuese genuino.

A Krishna, como compensación por no ver a Lady Emily, se le permitió en Bude tener una motocicleta. Le gustaba pulirla incesantemente y revisar el motor. Dick Clarke afirmaba que Krishna era un mecánico nato. También llegó a ser muy bueno en el golf practicando con un excelente profesional. (Cinco años después ganaría un campeonato en Muirfield, del que más tarde diría que fue el momento más orgulloso de su vida).

En julio, Mrs. Besant envió a B. Shiva Rao desde la India a Bude para que enseñara sánscrito a Krishna. Shiva Rao había conocido a los muchachos en Adyar, donde había ayudado a Leadbeater a compilar *Las vidas de Alcyone*. Este joven era una influencia vivificante para Krishna, pero cuando la guerra estalló el 4 de agosto de 1914, se le mandó volver. La guerra no significó diferencia alguna en la vida tediosa que llevaban en sus tristes aposentos de Bude. Cuando en otoño Nitya fue a estudiar con un tutor a Oxford, Krishna quedó más aislado aún. Él anhelaba una vida normal, y escribió a Lady Emily: «¿Por qué me escogieron a mí?» No tenía compañeros jóvenes, nadie con quien reír, y a él le gustaba reír; y ahora, proscrita Lady Emily, la severa Miss Arundale era la única mujer que veía.

¹ Esta era la segunda casa que Edwin Lutyens había construido para los Mallet, llamada "Les Communes".

² Juego de pelota parecido al béisbol. [N. del T.]

³ *Candles in the Sun* (Candelas al Sol).

Es dudoso que Mrs. Besant tuviera idea alguna de la soledad y desdicha de Krishna. Se hallaba entonces totalmente ocupada con su trabajo en pro de la autonomía de la India, para lo cual realizó una campaña tan vigorosa que en 1917 tuvo que internarse por tres meses en Ootacamund. Mientras tanto, Leadbeater había estado en una larga gira de conferencias que llegó a su término cuando se estableció en Australia, donde fundó una comunidad. Parecía haber olvidado a Krishna, aunque continuaba escribiendo, en periódicos teosóficos, floridos artículos acerca del Advenimiento.

A fines de marzo de 1915, Nitya, que también se sentía muy desdichado y solitario y que por haber estado trabajando en exceso con su tutor en Oxford había fatigado peligrosamente sus ojos, escapó a Francia como mensajero de la Cruz Roja francesa. Krishna ansiaba ir también, y se estremeció de emoción cuando Mrs. Besant cablegrafió su consentimiento. Viajó rápidamente a Londres para encargar un uniforme pero, para su intensa decepción, el permiso fue súbitamente retirado. Se consideraba más importante que los dos chicos continuaran sus estudios para ingresar a Oxford, de modo que tuvo que regresar a Bude con la única compañía de Wodehouse y alojarse en cuartos aún más tristes, debido a que Mrs. Besant encontraba difícil seguir manteniendo sus pagos mensuales durante la guerra. En contraste, Arundale, vestido con un elegante uniforme nuevo, fue a trabajar para la Cruz Roja anglo-francesa en el hospital de Londres. Él y Krishna nunca volvieron a estar juntos nuevamente. A Nitya se le mandó regresar de Francia y se reunió con Krishna en Bude.

Con Arundale lejos de ellos, los hermanos crecían más unidos y ambos se sentían más dichosos, Krishna porque podía ver a Lady Emily nuevamente y Nitya porque había ganado dos medallas de oro por su labor en la Cruz Roja francesa. Krishna esperaba, trabajando duramente, aprobar su primer examen para ingresar a Oxford en octubre de 1916, dos años después de habérselo propuesto. Esto significaba que Nitya iría a Oxford antes que él.

A finales de abril de 1916, Krishna y Nitya dejaron Bude para siempre cuando Wodehouse ingresó a los Guardias Escoceses. Pasaron dos meses en Londres, alojándose con Miss Dodge y Lady De La Warr en la gran casa que ahora compartían, West Side House en Wimbledon Common, que tenía un hermoso jardín. Aunque ambos iban ahora a almorzar con frecuencia a la Warwick House, la West Side House les proporcionó su primera experiencia de las condiciones lujosas que imperaban en un rico hogar aristocrático. También habían sido puestos bajo la influencia de un abogado retirado, Harold Baillie-Weaver quien, antes de su casamiento y su conversión a la teosofía, había vivido con gran lujo. Todavía seguía vistiendo impecablemente y estaba lleno de *joie de vivre* [alegría de vivir]. Era el primer «hombre de mundo» con quien ellos se hubieran relacionado jamás. Les presentó a su propio sastre, despertó su buen gusto por las ropas y hasta les enseñó a lustrarse los zapatos. En adelante, ambos vistieron trajes, camisas y zapatos a medida, polainas grises, sombreros grises flexibles, y llevaban bastones con puños de oro (este estilo de vida era posible gracias a la anualidad de Miss Dodge).

Krishna jamás habría de perder su amor y su interés por las ropas buenas.

Este período en la West Side House fue particularmente dichoso para los muchachos. Había dos campos de tenis; holgazaneaban en bata la mayor parte de la mañana y tenían libertad para ir al cine cuando quisieran, así como para visitar a Lady Emily. Siempre se habían sentido a gusto en el cuarto de los niños Lutyens, donde los más pequeños los trataban como parte de la familia. La desventaja de la West Side House era que allí tenían que demostrar su mejor comportamiento, sabiendo que Lady De La Warr informaría inmediatamente a Mrs. Besant de cualquier frivolidad indebida. Lady De La Warr era una mujercita irascible, muy distinta de Miss Dodge que poseía una naturaleza piadosa.

Pero pronto ambos habrían de reanudar sus estudios. Baillie-Weaver les proporcionó un maestro particular, el Rev. John Sanger, quien vivía con su esposa cerca de Rochester en Kent y sólo tenía otros tres estudiantes. Krishna encontró en Mr. Sanger a un maestro excelente, pero quedó muy decepcionado cuando se le informó que no había esperanza alguna de que rindiera su primer examen para Oxford antes de marzo de 1917. Sin embargo, el examen no era el único problema. El New College había tachado los nombres de los muchachos en la época del litigio. Ahora Baillie-Weaver estaba tratando de inscribirlos en la Iglesia Cristiana o en Balliol.

Al regresar con Sanger después de una visita a Londres, Krishna escribió a Lady Emily una carta que muestra la calidad de su amor por ella y el innecesario perjuicio que Arundale había causado:

Mummy querida, habrá tantas despedidas en esta vida que debemos acostumbrarnos a ello si deseamos ser felices. La vida es, en realidad, una enorme separación si uno ama a alguien *mucho y con pureza*. En esta vida tenemos que vivir para los demás y no para nosotros mismos, y no debemos ser egoístas. Madre mía, no sabe usted cuánto me ha ayudado últimamente; es usted quien ha creado en mí el deseo de trabajar y de hacer lo que el Maestro quiere que haga. Es también usted quien ha hecho que yo viva puramente y piense en cosas puras, desechando esos pensamientos que a tantos perturban. Ya ve, mi *santa* madre, que me ha ayudado, aun cuando piense frecuentemente que ha sido un obstáculo para mí.

Aunque de desarrollo muy tardío, Krishna era un joven perfectamente normal, pero a causa de la necesidad, inculcada en él, de una pureza absoluta en un iniciado, estaba terriblemente atormentado por sus «malos sueños»

que él encontraba «detestables». No podía entenderlos porque sabía que sus pensamientos eran siempre absolutamente puros cuando estaba despierto. Lady Emily pudo ayudarle asegurándole que sólo eran una natural válvula de seguridad.

A comienzos de 1917, debieron abandonarse todas las esperanzas de que los muchachos ingresaran a Oxford. Ningún colegio quería aceptarlos a cansa del juicio y de la reputación de Krishna como «el Mesías». Mr. Sanger trató entonces, sin éxito, de hacerlos ingresar a su viejo colegio de Cambridge. En junio se dieron cuenta de que no había otra alternativa que intentar con la Universidad de Londres, lo cual implicaba un examen más inflexible aún que el de Cambridge.

¡Cómo debe haberle hastiado a Krishna tener que atestarse interminablemente con materias para las que carecía de aptitud! Uno siente que perseveraba, mucho más para agradar a Mrs. Besant que por su propio bien. Sin embargo, estaba empezando a desarrollar uno de sus poderes propios. Le escribió a Raja el 11 de noviembre: «Le alegrará saber que estoy tratando los ojos de Nitya. Han mejorado enormemente y ya puede ver con su ojo izquierdo [que hasta entonces había estado casi ciego]... Aquí [en la casa de Mr. Sanger], cuando alguien tiene un dolor de cabeza o de muelas, acude a mí, y ya puede usted imaginarse que soy bastante popular». Y pocas semanas después escribía a Mrs. Besant:

Últimamente he estado pensando tanto en usted, que haría cualquier cosa por volver a ver su rostro querido. ¡Qué mundo tan extraño es éste! Me da mucha pena que se sienta usted un tanto débil y supongo que estará trabajando en exceso como de costumbre. Lo único que realmente deseo es estar allí para cuidarla y creo que la haría sentirse bien otra vez. Estoy desarrollando ese poder de curar a la gente y trato todos los días los ojos de Nitya, que están mucho mejor.

En enero de 1918, «los muchachos», como seguíamos llamándolos aunque Krishna ya tenía veintitrés años y Nitya veinte, llegaron a Londres a fin de presentarse al examen de cuatro días para la matriculación. Krishna sintió que lo había rendido bien, incluso en matemáticas y latín, sus peores materias. Pero en marzo se enteraron de que, aunque Nitya había aprobado con honores, Krishna había fracasado. De modo que tuvo que volver con Sanger, mientras que Nitya permaneció en Londres para estudiar abogacía. Mr. Sanger se sentía intensamente desilusionado de Krishna. Dio la interesante opinión de que, mientras Nitya tenía la mente más aguda, la mente de Krishna era, de las dos, la de mayor capacidad: tenía una captación más amplia de un tema pero estaba en desventaja por no poder expresar sus pensamientos fácilmente¹.

En mayo, Krishna dejó para siempre a Mr. Sanger y pasó la mayor parte del verano en la West Side House. En septiembre se presentó otra vez para la matriculación, nuevamente con grandes esperanzas, pero sólo para fracasar en matemáticas y latín. Durante ese invierno viajaba todos los días en autobús desde Wimbledon a la Universidad de Londres, para asistir a conferencias que no le interesaban, hasta que, a comienzos de 1919, se mudó con Nitya a Londres, a un departamento situado en Robert Street, Adelphi. Continuó yendo todos los días a la Universidad de Londres, mientras que Nitya seguía estudiando abogacía. En Londres, pasaban gran parte del tiempo en nuestra casa. Era emocionante llegar a casa al volver de la escuela y ver sus sombreros grises y los bastones con puños de oro sobre la mesa del vestíbulo. Krishna, que acababa de descubrir a P.G. Wodehouse y a Stephen Leacock, nos leía en voz alta *Piccadilly Jim* y *Nonsense Novels* (Novelas disparatadas), de pie en el salón contra la estantería de los libros (raramente solía sentarse excepto para las comidas), riéndose tanto que apenas si podía emitir las palabras. Tenía una risa sumamente contagiosa que jamás perdió. En los fines de semana, salíamos ir a los cines con ellos y acostumbábamos reunirnos para jugar a las escondidas por toda la casa. Ambos tenían para mí un encanto inimitable: creaban alrededor de ellos un hechizo dondequiera que fueran. Se parecían más entre sí que dos hermanos ingleses, porque su condición de Extranjeros los igualaba al apartarlos de los demás. Su acento inglés tenía idéntica entonación, tenían la misma risa, los mismos pies demasiado estrechos para usar zapatos de confección, la misma capacidad de doblar la primera articulación de los dedos sin doblar la segunda, y de ambos se desprendía un aroma delicioso debido a algún ungüento que usaban en el cabello lacio, tan negro y brillante. Y los dos eran mucho más limpios y estaban mejor vestidos que cualquiera que yo hubiera conocido. No podían vestir los mismos trajes porque Nitya era más bajo que su hermano, pero compartían las camisas, las corbatas, los calcetines, la ropa interior y los pañuelos, todo marcado con sus iniciales comunes: JKN.

Mrs. Besant llegó a Inglaterra en junio de 1919. Hacía cuatro años y medio que no veía a los hermanos, como deben ser llamados ahora. Mientras ella se encontraba fuera, Krishna presidió una asamblea de la Estrella, la primera tarea de esa índole que había realizado desde la última visita de Mrs. Besant. El nunca le había hablado de su pérdida de interés en la teosofía y en la Orden de la Estrella de Oriente. Antes del regreso de ella a la India, él le pidió autorización para ir a vivir a Francia a fin de aprender francés si llegaba a fracasar por tercera vez en su examen de matriculación. Viendo ella las pocas esperanzas que había de que Krishna siguiera estudiando para

¹ *Occult Investigations* (Investigaciones Ocultas), C. Jinarajadasa (TPH, 1938).

ingresar a la Universidad de Londres, accedió a su pedido. En enero de 1920, Nitya aprobó su examen de leyes y, en el mismo mes, Krishna se presentó por tercera vez para la matriculación pero, viendo que no tenía oportunidad de aprobar el examen, dejó los papeles en blanco. Cuatro días después estaba en París.

«Jamás podré realizar mi sueño»

Al principio Krishna vivió en París con dos teósofas y miembros de la Estrella, Madame Blech y su hermana; echando de menos a Lady Emily, alcanzó el nadir de su infelicidad y desilusión con respecto a su papel. El 4 de febrero le escribió a Lady Emily: «Jamás podré realizar mi sueño, cuanto más maravilloso es, más triste e inalcanzable. Usted conoce mi sueño, madre, que es estar a su lado infinitamente. Pero soy un *lusus naturae* (un capricho de la naturaleza) y la naturaleza disfruta de su capricho mientras el capricho sufre». Y diez días después escribía: «¡Oh, madre!, yo soy joven, ¿acaso deberé envejecer con el dolor como mi eterno campanero? Usted ha tenido su juventud y su felicidad y tiene aquello que Dios y el hombre pueden dar, un hogar».

Una de las primeras personas que Krishna vio en París fue Fabrizio Ruspoli. Ruspoli se había reincorporado a la Marina al estallar la guerra y ahora estaba en París como jefe de la Delegación Naval Italiana para la Conferencia de Paz. En una carta fechada el 11 de febrero, Krishna le decía a Lady Emily:

Ruspoli y yo almorzamos en un pequeño restaurante. Hablamos largo tiempo. El está muy perturbado, igual que yo. Pobre viejo Ruspoli... A la edad de 42 años se siente desamparado, no cree en ninguna de las cosas que C.W.L. [Leadbeater] o Mrs. Besant han dicho... No sabe qué hacer, carece de ambición. De hecho estamos ambos en el mismo infortunado bote... Él piensa y siente todo lo que yo siento pero, como él dice, ¿qué se puede hacer? Ambos nos sentimos desdichados.

Pero pronto la vida de Krishna iba a ser alegrada por una familia llamada de Manziarly, que vivía cerca de los Blech. Madame, de Manziarly, rusa casada cola un francés, era una mujer pequeña, bella y muy vital que tenía tres hijas y un hijo, a los que había convertido en miembros infantiles de la Orden de la Estrella. Sólo las dos niñas más jóvenes, Marcelle y Yolande (conocidas como Mar y Yo), de 19 y 15 años respectivamente, se encontraban por esa época en París. Mar, una excelente pianista y compositora, se convirtió en la amiga especial de Krishna. Madame le daba lecciones de francés, y lo llevó a ver exposiciones de pintura, la Comedia Francesa y el Ballet Ruso, pero él prefería mucho más ir a excursiones campestres con las niñas, que lo trataban de una manera entre traviesa y reverente. Sin embargo, quedó confundido al descubrir que esta familia y los amigos de la misma se sentían «inspirados» por él, que él era para ellos «una llama viviente». Como le confió a Lady Emily, ellos deseaban ver a los Maestros, mientras que «a mí, como usted sabe, no me importan un comino». No obstante, tuvo realmente una experiencia mística que relató a Lady Emily:

Súbitamente, mientras ella [Madame de Manziarly] estaba hablando, me torné inconsciente de ella, de la habitación, de todas las cosas. Fue como si me hubiera desmayado por un segundo, y olvidé lo que había estado diciendo y, le pedí a ella que me lo repitiera. Es algo absolutamente indescriptible, madre. Sentí como si mi mente y mi alma me hubieran abandonado por un segundo y me sentí muy raro, se lo aseguro. Mme. de M. me estuvo mirando todo el tiempo y dije que me había sentido muy extraño, y agregué: «¡Oh!, hace *mucho* calor en la habitación. ¿Verdad?» Porque no quería que ella pensara que estaba «inspirado o cualquier cosa por el estilo, pero, a pesar de todo, *me sentí* realmente inspirado y muy extraño... Tuve que levantarme y permanecer así por un momento para ordenar mis ideas. Le aseguro, madre, que fue algo muy extraño, sumamente extraño. *Absolutamente* entre nosotros, en el lenguaje teosófico, había alguien allí, pero no se lo dije a ella.

En febrero de 1920, Nitya visitó a Krishna en París, y él y Madame de Manziarly se encariñaron el uno con el otro. Nitya sentía que al fin tenía a alguien que lo quería por él mismo y no como el hermano de Krishna. El esposo de Madame de Manziarly murió en febrero, después de lo cual ella pudo consagrarse enteramente a Krishna, quien ahora estaba viviendo solo en una pequeña buhardilla. En julio, Krishna fue por dos meses con la familia Manziarly a Amphion, en el lago de Ginebra, donde habían alquilado una casa. Mientras estuvieron allí, les leía en voz alta a las niñas *El Camino de la Virtud del Buda*, que despertaba en él algo de su antigua fe. La parte que más lo conmovía era: «Vencedor de todo y conociéndolo todo, aquí estoy, sin apegos, incorrupto, sin trabas, totalmente liberado por haber destruido el deseo. ¿A quién llamaré Maestro? Yo mismo encontré el camino».

Estos días en Amphion fueron probablemente las vacaciones normales más dichosas que Krishna haya tenido jamás. Lamentaba que Lady Emily no pudiera estar ahí. «Cómo gozaría usted todo el lado infantil y alegre de esto», escribió. Le habría gustado particularmente que ella hubiera podido acompañara en una expedición a Chamonix. «Esas montañas se veían tan serenas y majestuosas... Anhelaba que usted viera lo que para mí es la manifestación de Dios mismo». Este era su primer contacto directo con las montañas, por las que ya nunca perdió su amor y reverencia.

Krishna se enteró por esta época de que Raja estaba nuevamente en Inglaterra y que había traído con él, para que asistiera a Cambridge, a un antiguo discípulo de Leadbeater, Rajagopalacharya (Rajagopal), un joven de

veinte años de quien se decía que en una vida anterior había sido St. Bernard y que tenía un futuro maravilloso. Krishna suponía, como le dijo a Lady Emily, que ahora que Raja estaba ahí, todas las vidas pasadas y los pasos ocultos en el Sendero volverían a empezar otra vez. Le habían dicho que Raja quería poner en marcha alguna clase de ceremonial en la Sociedad Teosófica. «Voy a escribir a Raja y le diré que mientras no use su maldita ceremonia en la Estrella, me da todo igual. Supongo que él cree en lo que Lady D [De La Warr] dice acerca de nosotros y de nuestras obligaciones... Si él me hubiera dicho que ellos han gastado tanto en mi «educación» (?) y que yo debo devolverlo mediante ‘servicios’ a la S.T. [Sociedad Teosófica], yo le hubiera respondido entonces que nunca le pedí que me sacara fuera de la India, etc. De cualquier manera, está todo podrido y yo estoy harto de eso».

Quedó más alterado aún cuando Raja le envió una copia adelantada de *El Discipulo*, un nuevo periódico impreso por la Sección Esotérica de la Sociedad Teosófica. Le escribió a Lady Emily:

Se me ponen los pelos de punta... Como usted sabe, yo realmente creo en los Maestros, etc., y no quiero que eso sea puesto en ridículo... el *Discipulo* es tan condenadamente mezquino y sucio... Como puede usted imaginarse, me encuentro en la más rebelde disposición de ánimo y, personalmente, no quiero pertenecer a nada de lo que pueda avergonzarme... si [subrayado cuatro veces] he de ocupar una posición de liderazgo en la S.T., será por lo que *soy* y no por lo que otras personas piensen de mí o porque hayan creado una posición para mí.

Pero Krishna no mostró nada de esa rebeldía a Mrs. Besant; solamente la devoción que jamás dejó de sentir por ella. Al escribirle en septiembre con motivo de su 73º cumpleaños, le expresó esto con todo su corazón. También le dijo que ahora que podía leer y entender fácilmente el francés, tenía el propósito de asistir a la Sorbonne para estudiar filosofía.

A fines de septiembre, Krishna y Nitya volvieron a reunirse por una semana en Adelphi. Krishna había visto con frecuencia a Raja y conoció a Rajagopal, quien le impresionó como «un muchacho muy agradable». Durante esos días en Londres, antes de su regreso a París en septiembre, se reavivó su interés por la Orden de la Estrella, evidentemente debido a la influencia de Raja, por lo cual asumió la tarea de escribir mensualmente las notas editoriales para *El Herald*, que Lady Emily seguía editando. Estas notas implicaban una gran tensión para él y llegaron a espantarlo cada vez más, pero significaron una gran diferencia en la venta de la revista, que estaba en dificultades financieras. Krishna mismo escribió pidiendo donaciones, y afluyó dinero suficiente para continuar publicándola. Cuando Robert, el hijo de Lady Emily que ahora era un periodista profesional, tornó a su cargo la edición, la revista empezó a dejar ganancias.

De regreso en París, Krishna asistió a la Sorbonne y también, por consejo de Lady Emily, tornó lecciones de alocución, al finalizar el mes, habló voluntariamente en una reunión de la Sociedad Teosófica. Relató que «temblaba de los nervios» antes de empezar, pero que una vez en el estrado estuvo «tan sereno como un orador experimentado... la gente aplaudía y todos tenían la sonrisa pintada en sus rostros... Ahora voy a hablar cuando guste y me alegro de que algún día tenga que hacerlo». Este fue un paso importante en su desarrollo.

En enero de 1921, Krishna le escribió a Mrs. Besant diciéndole que su francés estaba floreciendo» y que había tornado lecciones de sánscrito, el cual «será útil en la India», y agregaba que «mi único deseo en la vida es trabajar para usted y la teosofía. Conseguiré mi propósito. Quiero ir a la India, como Raja se lo habrá dicho, y desempeñar mi parte en el trabajo». Sin embargo, jamás aprendió el sánscrito y, con dificultad, permaneció por algún tiempo en la Sorbonne. A principios de febrero cayó muy malamente enfermo de bronquitis, y Madame de Manziarly hizo que se mudara del hotelito barato en que estaba alojándose, a su propio apartamento en la Rue Marbeuf, donde ella y las muchachas se encargaron de cuidarlo. Al mismo tiempo, en Londres Nitya caía enfermo de una virulenta forma de varicela. Cuando los dos hermanos mejoraron, fueron solos a Antibes por tres semanas a fin de recuperarse. Allí Krishna tuvo tiempo de mirar seriamente dentro de sí mismo, como le escribió a Lady Emily en marzo:

He estado pensando mucho en la Orden y en la S.T. [Sociedad Teosófica]. Mais surtout de moi-même [Pero sobre todo en mí mismo]. Tengo que encontrarme a mí mismo y *sólo* entonces podré ayudar a otros. De hecho, debo hacer que el Viejo Caballero [expresión de Ruspoli para designar al ego o Yo superior] descienda y asuma alguna responsabilidad. El cuerpo y la mente no son suficientemente espirituales y debo ahora despertarlos para que sean «su» morada. Si he de ayudar debo tener simpatía, comprensión completa y, sobre todo, infinito amor. Estoy empleando frases muy gastadas, pero para mí son *nuevas*.

Como Krishna estaba todavía lejos de sentirse bien cuando regresó a París, Madame de Manziarly lo llevó a ver a un viejo amigo de ella, un «naturista» llamado Dr. Paul Carton, quien lo puso bajo una dieta estricta que Krishna siguió a conciencia. Aunque jamás dejó de ser vegetariano y nunca tocó el alcohol, el té o el café, durante

toda su vida Krishnamurti continuó intentando dietas nuevas sin atenerse a ninguna de ellas por mucho tiempo. En la vejez, tenía casi una farmacia llena de vitaminas y otros remedios y píldoras.

Un gran cambio llegó ahora a la vida de los dos hermanos. En mayo se descubrió que Nitya tenía una mancha en el pulmón. Apenas Krishna se enteró de esto, lo llamó a París para que lo tratara el Dr. Carton, quien sostenía que la única manera de curarlo era tratándolo como si estuviera en las últimas etapas de la tuberculosis: en consecuencia, Madame de Manziarly lo llevó para un descanso completo a Boissy-St-Leger, cerca de París, donde se puso una casa a disposición de ellos. Esto fue el fin para toda idea de que pudiera convertirse en un abogado.

En julio, Mrs. Besant viajó a París para una Convención Anual Teosófica, que fue seguida por el primer Congreso de la Orden de la Estrella de Oriente, al cual se le permitió asistir a Nitya. La Orden tenía ahora 30.000 miembros, de los cuales 2.000 asistieron al Congreso. Mrs. Besant y Krishna inauguraron juntos el Congreso, haciéndolo en francés, después de lo cual Krishna tomó todo en sus propias manos. Mrs. Besant Nitya quedaron ambos sorprendidos y contentos por la manera magistral en que condujo las cosas. Mrs. Besant escribió en la edición de septiembre del *Theosophist* que «él asombró a todos los presentes por su comprensión de las cuestiones que se consideraron, por su firmeza en el control de las discusiones... pero lo más importante en lo que a él concierne, fue su intensa convicción de la realidad y omnipotencia del Dios Oculto en todos los seres humanos y de los inevitables resultados que, para él, tenía la presencia de esa Divinidad».

Los hermanos pasaron el mes de agosto con Madame de Manziarly, Mar y Yo en Boissy-St-Leger, donde Lady Emily, mi hermana Betty y yo, ahora de quince y trece años respectivamente, nos reunimos con ellos en otra casa. Rajagopal también fue de la partida alojándose con nosotros, así como Jonh Cordes, quien había supervisado los ejercicios físicos de Krishna en Adyar. Nitya, que seguía con fiebre alta, llevaba la vida de un inválido, mientras que el resto de nosotros jugábamos «rounders» todas las tardes y, por las noches, entre alaridos de risa organizábamos en nuestro jardín juegos infantiles como «la gallinita ciega» y las «estatuas». Krishna ponía el alma en estos juegos como si no le importara ninguna otra cosa. Habiendo sido privado de todo juego semejante en su juventud, era como si ahora nunca pudiese tener bastante de ello.

Antes del regreso de Mrs. Besant a la India, se decidió que Krishna y Nitya fueran allá ese invierno a reunirse con ella para que Krishna comenzara su misión. Pero hacia septiembre Nitya empeoró aún más, de modo que, acompañado por Cordes, Krishna lo llevó a Villars, en los Alpes suizos. A mediados de ese mismo mes, dejando a Nitya en Villars con Cordes, Krishna fue a alojarse con el Barón van Pallandt, que quería ceder a Krishna su hermosa y, antigua mansión ancestral del siglo XVIII, el Castillo de Eerde, cerca de Deventer, Holanda, con sus 5.000 acres de terreno. En camino hacia allá, Krishna se detuvo en Amsterdam, donde conoció a una atractiva muchacha norteamericana de diecisiete años, Helen Knothe, que se hospedaba con su tía, una teósofa holandesa, y estudiaba el violín. Krishna se enamoró por primera vez en su vida.

Poco después del regreso de Krishna a Villars, se decidió que, si la salud de Nitya lo permitía, los hermanos debían embarcarse en Marsella hacia Bombay el 19 de noviembre. En verdad, la salud de Nitya había mejorado mucho, y hacia fines de octubre Madame de Manziarly lo acompañó a Leysin para consultar a un conocido especialista, el Dr. Rollier; éste, desafortunadamente, diagnosticó que Nitya estaba lo bastante bien como para ir a la India. Mientras tanto Krishna, después de pasar quince días en Londres despidiéndose de algunas personas, viajó a Holanda por una semana para asistir a una Convención Teosófica y de la Orden de la Estrella. Allí volvió a encontrarse con Helen Knothe y se enamoró de ella más profundamente aún. Desde París, en vísperas de su partida para Marsella, escribió a Lady Emily:

Me siento muy desdichado al dejar a usted y a Helen por un largo tiempo. *Estoy* perdidamente enamorado y es un gran sacrificio de mi parte, pero nada más puede hacerse. Siento como si tuviera una horrible herida dentro de mí... Creo, lo sé, que ella también lo ha sentido, pero que otra cosa hay que pueda hacerse... No imagina usted cómo me siento. Nunca me di cuenta de todo esto antes y de lo que significa... «Basta de inútiles deseos. Cómo roban el tiempo». ¡Qué ser tan desdichado es uno! Que Dios la bendiga.

Los hermanos fueron espléndidamente recibidos cuando llegaron a Bombay y Adyar. En Adyar, Mrs. Besant había construido para ellos su propia habitación con una galería en la parte superior de la casa, la cual estaba conectada con el edificio de la Sede Central donde ella misma vivía, desde allí tenían la mejor vista de Adyar, sobre el río en su confluencia con el mar. Ambos consideraban a Adyar el lugar más hermoso que jamás hubieran visto. Krishna disfrutaba particularmente la belleza de sus paseos hacia el mar, en el atardecer, a través de los bosquecillos de palmeras. Habían cambiado sus ropas por vestimentas indias tan pronto llegaron a Bombay. (Krishna habría de usar siempre ropas indias en la India y ropas occidentales en Occidente, deseando aparecer lo más discreto posible. Pero a veces, durante las noches, en Europa solía vestirse a la usanza india).

Poco después de su arribo a Adyar, los hermanos fueron a visitar a su padre que vivía en Madrás, prosternándose, y tocando los pies de él con la frente, como dos buenos hijos indios. El anciano quedó tan complacido al verlos, que las lágrimas le impidieron hablar¹.

Los hermanos permanecieron en la India tan sólo tres meses y medio, durante los cuales viajaron con Mrs. Besant a distintas partes del país y Krishna pronunció una de las conferencias en la Convención de Benarés. (Ni entonces ni en ningún otro período de su vida, utilizó notas para sus pláticas). En Benarés volvió a encontrarse con George Arundale, quien recientemente se había casado con una hermosa muchacha de dieciséis años, Rukmini Devi, casamiento que causó un gran alboroto. En Adyar, Krishna ofreció también una plática sobre «El próximo Instructor», la cual predice exactamente el futuro: «El no va a predicar lo que nosotros deseamos ni va a alimentar nuestros sentimientos del modo en que a todos nos gusta, sino que, al contrario, va a despertarnos nos guste o no»².

Krishna no vio mucho a Mrs. Besant en Adyar, porque ella iba todos los días a las oficinas del *New India*, el diario que estaba editando en Madrás desde 1915. Desdichado y añorando a Helen, Krishna se angustiaba al encontrar en Adyar tantas facciones celosas las unas de las otras. Organizaba todos los días reuniones sociales de té en su habitación, tratando de poner en armonía a la gente, de «deshacer sus camarillas». «Todos están muy ansiosos de verme, de conversar conmigo y de seguir mi consejo», le escribió a Lady Emily, «sólo Dios sabe por qué. Yo no. No, madre, no tema, no me convertiré en un presuntuoso».

Casi al mismo tiempo que los hermanos llegaban a la India, se había decidido que deberían continuar a Sydney -donde Leadbeater seguía viviendo como jefe de una comunidad- a fin de asistir a la Convención Teosófica en abril de 1922. El calor húmedo de Colombo, desde donde se embarcaron con Raja en marzo, desencadenó otra vez la tos de Nitya, quien se sintió muy mal durante el viaje. En Freemantle, Krishna recibió un telegrama desde Perth que decía: «Los hermanos de la Estrella les dan la bienvenida». Le escribió a Lady Emily: «Tuve un escalofrío en la columna vertebral, aquí hay gente esperando para darme la bienvenida, ¿ha oído usted alguna vez algo semejante?... darme la bienvenida... y yo deseando estar en cualquier parte menos aquí... y será así durante toda mi vida. ¡Oh, Señor!, ¿qué he hecho?... oh, cómo me disgusta todo esto». Sin embargo, en sus notas editoriales de julio para el *Herald*, él dio una descripción tan lírica de la belleza del viaje de Adelaide a Perth y de la excitación por estar en un nuevo país, que nadie hubiera podido tener un indicio de sus verdaderos sentimientos.

En Perth, Krishna tuvo que pasar por la «tortura» de hablar dos veces en público. «Yo nunca tuve el deseo de hablar y toda la gente estaba muy complacida y agradeciéndome por lo que dije. Usted no sabe cómo aborrezco todo esto, toda la gente que viene a recibirnos, las reuniones y la tontería devocional. Todo ello va contra mi naturaleza y no soy apto para este trabajo». «Las personas de la S.T.» no le interesaban, escribió, él no sentía que perteneciera a su círculo: pero, fuera de él, era un «chiflado en grado superlativo».

Leadbeater los recibió en el muelle de Sydney y pareció tan complacido de verlos como ellos lo estaban al verle después de casi diez años. «Es realmente un viejo maravilloso», le escribió Nitya a Ruspoli. «No ha cambiado absolutamente nada, excepto que se ha vuelto más moderado... tal como en Adyar, lo da todo por sentado, jamás un problema de duda, jamás una pregunta para que alguna otra persona pueda dudar». Sin embargo, había una gran diferencia, puesto que ahora era obispo de la Iglesia Católica Liberal, una rama colateral de la antigua Iglesia Católica o Iglesia Jansenista, que reclamaba la sucesión apostólica. Vestía una larga sotana roja, llevaba una cruz pectoral y un anillo de obispo y pasaba la mayor parte del tiempo conduciendo servicios religiosos que Krishna deploraba. Por cortesía asistió a uno de ellos y casi se desmayó de aburrimiento.

Nitya fue a ver a un médico en Sydney, quien descubrió mediante rayos X que no sólo su pulmón izquierdo estaba enfermo, sino que ahora también el pulmón derecho se hallaba afectado. Se le aconsejó que regresara a Suiza inmediatamente para tratarse. Como hacía demasiado calor para viajar vía India, los hermanos decidieron hacerlo vía San Francisco e interrumpir el viaje en el Valle de Ojai. Con ellos viajaría Mr. A.P. Warrington, Secretario General de la Sociedad Teosófica en Norteamérica, quien se encontraba en Sydney para la Convención. Mr. Warrington tenía una amiga teósofa, Mrs. Mary Gray, quien estaba dispuesta a prestarles una casita de campo por tres o cuatro meses. El valle, cerca de Santa Bárbara a 1500 pies arriba, tenía fama de poseer un clima excelente para los tísicos. Antes de dejar Sydney, Krishna recibió «retransmitido» por Leadbeater, un mensaje del Maestro Kuthumi que copió y envió a Lady Emily:

En ti, también, tenemos las más grandes esperanzas. Estabiliza y amplía tu ser, y lucha más y más por poner la mente y el cerebro al servicio del verdadero Yo interno. Sé tolerante con las divergencias de métodos y puntos de vista, porque cada cual tiene generalmente un fragmento de la verdad oculto en alguna parte dentro de sí mismo, aunque a menudo

¹ Narianiah murió en febrero de 1924. Su hijo mayor, Sivaram, se había recibido de médico y falleció en 1952, dejando cuatro hijos y cuatro hijas. El hermano más joven de Krishna, Sadanand, vivió con Sivaram hasta su muerte en 1948. Con la edad mental de un niño, era muy festivo, disfrutaba de los juegos y fue muy querido por sus sobrinos y sobrinas. (Información suministrada por el hijo mayor de Sivaram, Giddu Narayam).

² *Herald*, junio de 1922.

este se halle distorsionado más allá de todo reconocimiento. Busca el más minúsculo destello de luz entre la oscuridad estigia de cada mente ignorante, pues al reconocerlo y alentarlo podrás ayudar a un hermano menor.

Krishna comentó: «¡Era justamente lo que yo necesitaba, pues tengo propensión a ser intolerante y a descuidar al hermano!»

Krishna y Nitya estaban ambos encantadas con California. Después de que les mostraron la Universidad de Berkeley, Krishna escribió a Lady Emily:

No podía encontrarse allí esa arrogancia de clase y de color... Me sentía tan conmovido que quería llevarme la belleza física del lugar conmigo a la India, para los indios que sólo saben crear la propia atmósfera escolástica. Aquí no había esta atmósfera, ellos no se sienten tan conscientes de su dignidad como nosotros, los indios... Oh, poder trasplantar una universidad así a la India, con nuestros profesores para quienes la religión es tan importante, si no más importante aún, que la educación.

Los hermanos estaban solos en Ojai, donde llegaron el 6 de julio, viviendo en una pequeña cabaña de pino. Se hallaba en el extremo más distante y oriental del valle, rodeada por huertos de naranjos y aguacates. Una mujer venía a prepararles el desayuno y el almuerzo, pero ellos se volvieron muy diestros en cocinar su propia cena consistente en huevos revueltos y patatas fritas, aunque Heinz «resultaba muy útil». Mr. Warrington vivía en otra cabaña contigua. Todo fue bien por las primeras semanas: iban en auto a las montañas y se bañaban en el arroyo que corría hacia el desfiladero, disfrutando plenamente de la libertad sin restricciones que nunca antes habían experimentado. Entonces Nitya comenzó a tener fiebre y una tos muy fea. Krishna se sentía nervioso por estar a solas con él, especialmente cuando Nitya se volvía muy irritable si él procuraba que descansara. Pareció providencial que una amiga que se alojaba con la anfitriona de ellos, Mrs. Gray, entrara en sus vidas. Se trataba de Rosalind Williams, una hermosa muchacha rubia de diecinueve años, aparentemente una enfermera nata. Ambos se prendaron inmediatamente de ella. «Ella es muy alegre, jovial y mantiene a Nitya de buen humor, lo que es esencial», le decía Krishna a Lady Emily. «Su hermana es S.T. [teósofa], de modo que lo sabe todo al respecto y, a pesar de eso, es muy agradable». Rosalind obtuvo el consentimiento de su madre para permanecer con Mrs. Gray a fin de cuidar a Nitya. Desde el principio quedó entendido que ella era amiga de Nitya antes que de Krishna. Krishna seguía escribiendo cartas de amor a Helen Knothe.

Muchas personas habían urgido a Nitya para que se tratara con una máquina inventada por el Dr. Albert Abrams, la cual, según afirmaba el Dr. Abrams, era capaz de diagnosticar y curar numerosas enfermedades (incluida la tuberculosis) partiendo de unas cuantas gotas de sangre. Los hermanos decidieron intentar este método y se enviaron a un discípulo del Dr. Abrams en Los Ángeles, gotas de la sangre de Nitya recogidas en un papel secante, sin añadir al nombre ninguna otra información. Dos días después se recibió el dictamen: TB en el pulmón izquierdo, riñones y bazo. Mrs. Warrington hizo arreglos para alquilar una de las raras máquinas (una caja negra llamada «Oscilloclast»), y Nitya se sentaba durante varias horas al día con placas conectadas por cables eléctricos que se aplicaban en las partes afectadas, mientras que Krishna le leía a O'Henry y el Nuevo Testamento. El contenido de la caja era un secreto muy bien guardado. La máquina hacía un fuerte ruido como de reloj, pero no transmitía ninguna sensación en absoluto.

«Embriagado de Dios»

El mensaje del Maestro a Krishna en Sydney había ejercido una gran influencia sobre él. El 12 de agosto escribió a Lady Emily diciéndole que durante las dos últimas semanas había estado meditando en ello por media hora todas las mañanas y nuevamente antes de ir a acostarse. «*Voy a regresar a mi antiguo contacto con los Maestros y, después de todo, eso es lo único que importa en la vida*». Cinco días después de escribir esto, el 17, pasó por una experiencia de tres días que revolucionó completamente su vida. Sin embargo, pasaron dos semanas antes de que un relato de ello, escrito por Nitya, fuera enviado a Mrs. Besant y Leadbeater:

Nuestra cabaña se encuentra en el extremo superior del valle y nadie más vive en las cercanías, excepto Mr. Warrington que tiene una cabaña para él solo a unos pocos cientos de yardas más lejos; y Krishna, Mr. Warrington y yo hemos estado aquí por casi ocho semanas descansando y reponiéndonos. Tenemos un visitante ocasional en Mr. Walton, Vicario General de la Iglesia Liberal Católica en América, quien posee una casa en el valle, y Rosalind, una joven muchacha americana, está con nosotros por una o dos semanas dedicándonos su tiempo. Este incidente que quiero describirle, tuvo lugar hace unas dos semanas cuando acaeció que los cinco estuviéramos todos juntos aquí.

Del verdadero significado de lo ocurrido, de su exacta importancia, usted por supuesto podrá hablarnos si lo desea, pero aquí a nosotros nos parece haber sido transportados a un mundo donde los Dioses caminaron otra vez entre los hombres por un breve espacio de tiempo, dejándonos a todos tan transformados que ahora nuestra brújula ha encontrado su norte. Creo que no exagero cuando digo que nuestras vidas están total y profundamente afectadas por lo ocurrido.

Krishna mismo, propiamente hablando, debería relatar la secuencia de los acontecimientos, ya que todos nosotros fuimos meros espectadores dispuestos a ayudar cuando fuera necesario; pero él no recuerda todos los detalles, puesto que estuvo fuera de su cuerpo la mayor parte del tiempo, mientras que todo permanece claro en nuestra memoria, porque lo observamos con gran cuidado todo el tiempo sintiendo que su cuerpo había sido, en parte, confiado a nosotros. Mr. Warrington no goza de perfecta salud y a mí no se me permite todavía agitarme mucho, así que fue Rosalind la que tuvo la buena fortuna de cuidar a Krishna, y pienso que ella ya ha recibido su recompensa [por haber sido aceptada en el Sendero Probatorio].

En la tarde del jueves 17 Krishna se sintió un poco cansado e inquieto, y notamos en la parte posterior de su cuello una protuberancia dolorosa que parecía deberse a un músculo contraído del tamaño de una bolita grande. A la mañana siguiente pareció estar muy bien hasta después del desayuno, cuando se recostó para descansar. Rosalind y yo estábamos sentados afuera y Mr. Warrington y Krishna en el interior. Rosalind entró al llamado de Mr. Warrington y encontró a Krishna aparentemente muy enfermo, porque estaba en la cama sacudiéndose y gimiendo como si experimentara fuertes dolores. Se sentó a su lado tratando de averiguar qué le pasaba, pero Krishna no pudo dar una respuesta clara. Empezó de nuevo a gemir y lo embargó un paroxismo de temblores y escalofríos, y procuraba apretar los dientes y entrelazaba estrechamente las manos para detener los temblores. Era el comportamiento exacto de un enfermo de malaria, excepto que Krishna se quejaba de un calor espantoso. Rosalind quiso mantenerlo quieto por un rato, y otra vez volvieron los temblores y los escalofríos, como de fiebre palúdica. Entonces él quería apartarla, quejándose de un terrible calor y con los ojos llenos de una extraña inconsciencia. Y Rosalind quiso sentarse a su lado hasta que volviera a tranquilizarse, mientras le sostenía la mano y lo calmaba como una madre lo hace con su pequeño. Mr. Warrington se sentó en el otro extremo de la habitación y se dio cuenta, como me lo dijo más tarde, que algún proceso se desarrollaba en el cuerpo de Krishna como resultado de influencias dirigidas desde planos distintos del físico. La pobre Rosalind, que estaba muy ansiosa al principio, alzaba los ojos con mirada interrogante, y Mr. Warrington le aseguró que todo iría bien. Pero durante la mañana las cosas empeoraron, y cuando vine y me senté junto a él, se quejó otra vez del terrible calor y dijo que todos nosotros estábamos muy nerviosos y lo cansábamos; a cada instante se incorporaba bruscamente en la cama y nos rechazaba; y los temblores comenzaban nuevamente. Todo esto mientras él estaba sólo semiconsciente, pues hablaba de Adyar y de las personas de allá como si estuvieran presentes; y después descansaba otra vez tranquilo por un rato, hasta que el roce de una cortina o el crujir de una ventana o el ruido de un lejano arado en el campo, lo despertaban de nuevo y entonces gemía pidiendo silencio y quietud. Persistentemente, a cada pocos minutos, apartaba a Rosalind de su lado cuando empezaba a sentir calor, y luego otra vez quería tenerla junto a él.

Yo me senté cerca, aunque no demasiado cerca. Hacíamos lo mejor que podíamos para mantener la casa quieta y oscura, pero los más ligeros sonidos que uno apenas nota son inevitables; sin embargo, Krishna se había vuelto tan sensible que el más tenue tintineo ponía sus nervios de punta.

Más tarde, cuando vino el almuerzo, se aquietó y pareció ponerse muy bien y estar plenamente consciente. Tomó el almuerzo que le sirvió Rosalind y, mientras nosotros terminábamos de comer, permaneció tranquilo. Después, a los pocos minutos estaba otra vez gimiendo y pronto, pobre, no pudo retener la comida que había ingerido. Y esto continuó así toda la tarde: escalofríos, quejidos, agitación. Estando tan sólo semiconsciente y todo el tiempo como si estuviera sufriendo. Bastante curioso, cuando llegó la hora de nuestra comida, aunque él nada comió, se quedó tranquilo y Rosalind pudo dejarlo por el tiempo suficiente para comer ella, y a la hora de acostarse él se tranquilizó lo bastante como para dormir toda la noche.

Al día siguiente, sábado, eso comenzó de nuevo después de su baño, y él parecía menos consciente que el día anterior. Continuó así durante todo el día, con intervalos regulares para concederle un descanso y permitir a Rosalind tomar sus comidas.

Pero el domingo fue el día peor, y el domingo vimos la gloriosa culminación. Durante esos tres días todos nosotros tratamos de mantener nuestras mentes y emociones imperturbables y en paz, y Rosalind pasó los tres días al lado de Krishna, pronta cuando él la necesitaba y dejándolo solo cuando él así lo quería. Era realmente hermoso verla con él, observar la forma en que podía prodigarle su amor, generosamente y de manera absolutamente impersonal. Aun antes de que todo esto sucediera, habíamos advertido esta gran característica en ella, y aunque nos preguntábamos si una mujer debería estar cerca en esos momentos, los sucesos posteriores demostraron, sin embargo, que con toda probabilidad ella había sido traída especialmente aquí para ayudar a Krishna y a todos nosotros. Aunque sólo tiene diecinueve años y sabe poco de teosofía, desempeñó el papel de una gran madre durante estos tres días.

El domingo, como he dicho, Krishna se veía mucho peor, parecía sufrir enormemente, los temblores y el calor se notaban más intensos y su conciencia se tornó más y más intermitente. Cuando parecía tener el control de su cuerpo, hablaba todo el tiempo de Adyar, de A.B. [Annie Besant], y de los miembros de la Orden Púrpura en Adyar [un grupo interno formado por Mrs. Besant que vestía montones de seda de color púrpura], y se imaginaba constantemente allá. Entonces decía: «¡Quiero ir a la India! ¿Por qué me han traído aquí? No sé dónde estoy», y una y otra vez repetía: «No sé dónde estoy». Si cualquiera se movía en la casa, casi saltaba de la cama, y cada vez que entrábamos a su habitación, teníamos que avisarle. Sin embargo, a las seis de la tarde, hora de nuestra comida, se aquietó hasta que terminarnos. Entonces, repentinamente, toda la casa pareció llenarse de una fuerza terrífica, y Krishna estaba como poseído. No quería a ninguno de nosotros cerca de él, y comenzó a quejarse amargamente de la suciedad, la suciedad de la cama, la intolerable suciedad de la casa, la suciedad de todos los que le rodeábamos, y con una voz muy dolorida dijo que ansiaba ir a los bosques. Ahora estaba sollozando en voz alta, no nos atrevíamos a tocarlo y no sabíamos qué hacer; había abandonado la cama para sentarse sobre el piso en un rincón oscuro de la habitación, sollozando fuertemente y diciendo que quería irse a los bosques de la India. De repente, anunció su intención de salir a dar un paseo a solas, pero nos las arreglamos para disuadirle, porque no creíamos que estuviera en condiciones apropiadas para paseos nocturnos. Entonces, como expresara su deseo de soledad, le dejamos y nos reunimos afuera en la galería, donde después de unos minutos se unió a nosotros llevando un cojín en la mano y sentándose tan lejos como pudo. Le fueron concedidas fuerza y conciencia suficientes para venir afuera; pero una vez allí volvió a desvanecerse, y su cuerpo, murmurando incoherencias, fue dejado allí, sentado en el vestíbulo.

Formábamos un extraño grupo en esa galería: Rosalind y yo sentados en sillas, Mr. Warrington y Mr. Walton frente a nosotros, sentados en un banco, y Krishna a nuestra derecha, unas yardas más allá. El sol se había puesto hacía una hora, y al frente teníamos los cerros distantes, purpúreos contra el cielo pálido y la muriente luz del crepúsculo; hablábamos poco y se apoderó de nosotros el sentimiento de una inminente culminación; todos maestros pensamientos y emociones estaban en tensión con una extrañamente apacible expectativa de algún acontecimiento admirable.

Entonces Mr. Warrington tuvo una inspiración enviada por el cielo. Enfrente de la casa, a unas cuantas yardas, se alza un joven pimentero con hojas delicadas de un tierno color verde, ahora cargado de fragantes capullos, que todo el día es el «murmurante lugar predilecto de las abejas», de pequeños canarios y brillantes colibríes. Urgió suavemente a Krishna para que fuera a sentarse bajo el árbol; al principio Krishna no quería, después fue por propia voluntad.

Ahora nos encontrábamos en una oscuridad iluminada por las estrellas y Krishna estaba sentado bajo un techo de delicadas hojas negras que se destacaban contra el cielo. Todavía murmuraba inconscientemente, pero pronto nos llegó un suspiro de alivio y nos llamó diciéndonos: «Oh, ¿por qué no me enviaron aquí antes?» Luego siguió un breve silencio.

Y entonces comenzó a cantar. Nada había pasado por sus labios en casi tres días, su cuerpo estaba completamente exhausto por la intensa tensión, y fue una serena y fatigada voz la que oímos entonando el mantram que se cantaba todas las noches en la capilla del templo de Adyar. Después el silencio.

Hace mucho tiempo, en Taormina, cuando Krishna contemplaba con ojos meditativos una bella pintura de nuestro Señor Gautama [el Buda] en mendicante vestidura, habíamos sentido por un venturoso instante la divina presencia del Gran Ser, quien se había dignado enviarnos un pensamiento. Y de nuevo esta noche, mientras Krishna bajo el joven pimentero terminaba su canto de adoración, pensé en el Tathagata [el Buda] bajo el árbol Bo, y otra vez sentí invadido el apacible valle por una ola de aquel esplendor, como si de nuevo Él hubiera enviado una bendición sobre Krishna.

Sentados con los ojos fijos sobre el árbol, nos preguntábamos si todo estaría bien, porque ahora había un silencio completo, y mientras mirábamos, súbitamente vi por momento una gran Estrella brillando encima del árbol, y supe que el cuerpo de Krishna estaba siendo preparado para el Gran Ser. Me incliné hacia Mr. Warrington y le hablé de la Estrella.

El lugar parecía estar lleno de una Gran Presencia, y se apoderó de mí un intenso anhelo de caer de rodillas y adorar, porque supe que el Gran Señor de todos nuestros corazones había venido Él mismo; y aunque no Le veíamos, todos sentimos el esplendor de su presencia. Entonces los ojos de Rosalind fueron abiertos y ella vio. Su rostro cambió como jamás he visto cambiar rostro alguno, pues ella fue bendecida como para ver con ojos físicos las glorias de esa noche. Su faz estaba transfigurada cuando nos dijo: «¿Lo ven ustedes, Lo ven?» Porque ella veía al divino Bodhisattva [el Señor Maitreya], y hay millones que aguardan por encarnaciones para captar un destello así de nuestro Señor, pero ella tenía ojos de inocencia y había servido fielmente a nuestro Señor. Y nosotros, que no podíamos ver, veíamos los Esplendores de la noche reflejados en su pálido rostro embelesado a la luz de las estrellas. Jamás olvidaré el aspecto de

su rostro, porque de inmediato yo, que no podía ver pero que me sentía glorificado en presencia de nuestro Señor, sentí que Él se volvía hacia nosotros y decía algunas palabras a Rosalind, cuyo rostro brilló con éxtasis divino al contestar: «Lo haré, lo haré», y dijo esas palabras como si fueran una promesa hecha con esplendente felicidad. Nunca olvidaré su cara mientras la miraba; hasta yo mismo casi fui bendecido con su visión. Su rostro mostraba el embeleso de su corazón, pues la parte más recóndita de su ser estaba ardiendo con Su presencia, pero sus ojos veían. Y silenciosamente oré porque Él pudiera aceptarme como Su siervo, y los corazones de todos estaban llenos de esa plegaria. A la distancia oíamos la divina música suavemente tocada, todos la oíamos aunque los Gandharvas [ángeles cósmicos que producen la música de las esferas] estaban ocultos a nuestra vista.

El esplendor y la gloria de los muchos Seres presentes perduró por casi media hora y Rosalind, temblando y casi sollozante de júbilo, lo veía todo: «Miren, ¿lo ven?», repetía a menudo; o: «¿Escuchan la música?» Entonces pronto oímos los pasos de Krishna y vimos su blanca figura surgiendo desde la oscuridad, y todo había terminado. Y Rosalind gritó: «¡Oh, él viene, vayan a su encuentro!», y cayó casi desvanecida en su silla. Cuando se recuperó, ¡ay!, no recordaba nada, nada, todo se había borrado de su memoria excepto el sonido de la música que aún vibraba en sus oídos.

Al día siguiente reaparecieron otra vez los temblores y la conciencia semi-despierta en Krishna, aunque ahora eso sólo duraba unos pocos minutos y a largos intervalos. Todo el día permaneció bajo el árbol en samadhi¹, y al atardecer, cuando se sentó en meditación como la noche anterior. Rosalind vio nuevamente tres figuras alrededor de él, las que rápidamente se fueron llevando a Krishna con ellas y dejando su cuerpo bajo el árbol. Desde entonces, él se sienta en meditación bajo el árbol todas las tardes.

He descrito lo que vi y oí, pero del efecto que el incidente tuvo sobre todos nosotros no he hablado, porque pienso que tomará tiempo, al menos a mí, comprender plenamente la gloria que tuvimos el privilegio de presenciar, aunque ahora siento que la vida puede ser vivida de una sola manera, al servicio del Señor.

Krishna mismo también escribió un relato de esta experiencia a Mrs. Besant y a Leadbeater pero, debido a que había estado inconsciente, recordaba poco de la misma. Terminaba su relato:

Yo era supremamente feliz, porque había visto. Ya nunca nada podría ser igual. He bebido en las puras y transparentes aguas que manan de la fuente de la vida y mi sed fue aplacada. Nunca más podría estar sediento. Nunca más podría hallarme en la total oscuridad; he visto la luz. He tocado la compasión que cura todo dolor y sufrimiento; ello no es para mí mismo, sino para el mundo. He estado en la cumbre de la montaña y he contemplado fijamente a los poderosos Seres. He visto la gloriosa Luz que cura. Me ha sido revelada la fuente de la Verdad y las tinieblas han sido disipadas. El Amor en toda su gloria ha embriagado mi corazón; mi corazón ya nunca podrá cerrarse. He bebido en la fuente de la Felicidad y de la Belleza eterna. Estoy embriagado de Dios.

Antes de esto, en su relato había escrito:

El primer día, mientras me encontraba en ese estado, y más consciente de las cosas que me rodeaban, tuve la primera y más extraordinaria experiencia. Había un hombre reparando la carretera; ese hombre era yo mismo; yo era el pico que él sostenía; la piedra misma que él estaba rompiendo, era parte de mí, la tierna brizna de hierba era mi propio ser y el árbol junto al hombre era yo. Casi podía sentir y pensar como el hombre que reparaba la carretera, y podía sentir el viento pasando a través del árbol, y a la pequeña hormiga sobre la brizna de hierba. Los pájaros, el polvo y el mismo ruido eran una parte de mí. Justo en ese momento pasaba un automóvil a cierta distancia; yo era el conductor, la máquina y las llantas; conforme el auto se alejaba de mí, yo me alejaba de mí mismo. Yo estaba en todas las cosas o, más bien, todas las cosas estaban en mí, las inanimadas y las animadas, la montaña, el gusano y toda cosa viviente. Todo el día permanecí en esta dichosa condición.

Mr. Warrington también escribió un relato de la experiencia, avalando la verdad de los otros dos. Se enviaron copias de los tres relatos a Miss Dodge y a Lady Emily, con un pedido a esta última de que hiciera unas cuantas copias por medio de alguna persona de mucha confianza, puesto que eran estrictamente privadas. Ella optó por Rajagopal, que había aprendido mecanografía para esta tarea².

Después de una quincena tranquila, durante la cual Krishna continuó meditando todas las noches sentado bajo el pimentero, los extraños estados semiconscientes comenzaron otra vez el 3 de septiembre, pero esta vez ocurrían regularmente desde las 6,30 de la tarde hasta las 8,30 o nueve de la noche después de su meditación, y eran acompañados por dolores en la espina dorsal que, después de unos cuantos días, llegaron al paroxismo. Nitya registraba anotaciones diarias de la condición de Krishna, las que más tarde reunió para transformarlas en una

¹ Una palabra del sánscrito usada aquí probablemente como «estado de trance». Una definición sencilla es: «El maravilloso proceso del Samadhi destruye la muerte, conduce a la felicidad eterna y conduce a la felicidad eterna y confiere la suprema Bendición de Brahman [Realidad]».

² Los relatos de Nitya y Krishna se citan de las copias enviadas a Lady Emily, ahora en los AB.

narración que envió a Mrs. Besant y Leadbeater³. El «ego» de Krishna, como Nitya lo denominaba, solía retirarse dejando el cuerpo a cargo del «elemental físico»⁴, el cual cargaba con el dolor de modo tal que Krishna no podía recordarlo cuando «regresaba». Las descripciones de la tortura física experimentada noche tras noche por los siguientes tres meses son desgarradoras. Nitya y Mr. Warrington, que estuvo allí todo el tiempo, no creían que tal dolor fuera posible. El «elemental físico» confundía a Rosalind -quien vino a la cabaña todas las noches mientras tuvo lugar lo que posteriormente se conoció como «el proceso»- con la madre muerta de Krishna.

A veces Krishna tenía la sensación de que lo quemaban, y entonces quería correr afuera para sumergirse en el arroyo y había que sujetarlo a la fuerza, ya que podía desmayarse dondequiera que se encontrara y caer sobre su rostro con un «terrible estrépito». Por lo general, se acostaba en la semioscuridad en un colchón puesto sobre el piso para que no pudiera caerse de la cama. No podía tolerar demasiada luz. Nitya decía que era como observar a un hombre al que quemaban hasta morir. El dolor, que afectaba diferentes partes del cuerpo, llegaba en largos espasmos. Cuando había una leve calma pasajera, Krishna solía conversar con ciertos seres invisibles o con un ser que aparentemente venía todas las noches «para conducir las operaciones». Krishna se refería a esos seres como «Ellos». Al parecer, le daban indicaciones acerca de lo que iba a suceder, porque se le escuchó decir cosas como: «Oh, ¿así qué ésta será una mala noche? Muy bien, no me importa». Cuando el dolor se volvía más intenso, sollozaba y se retorció y daba alaridos terribles, clamando a veces en voz alta por un respiro. El «elemental físico» solía decir entre sollozos: «Oh, por favor, por favor, no puedo más», y después se interrumpía y se escuchaba la voz de Krishna diciendo: «Todo está muy bien. Yo no quise decir eso, prosigan, por favor», o: «Ahora estoy preparado, continuemos».

A las nueve, después del trabajo nocturno sobre su cuerpo, se sentaba con los otros y tomaba su leche (durante esas noches jamás cenaba), y ellos le contaban lo que había sucedido. Él los escuchaba como si hablaran de un extraño, y su interés en los sucesos era tan grande como el de ellos; para él todo era nuevo, puesto que su memoria no retenía nada de lo sucedido.

En una de las peores noches dijo entre gemidos: «Oh, madre, ¿por qué me has engendrado para esto?». Imploró por un descanso de pocos minutos, y los demás le escucharon hablar con su madre o con «Ellos» diciendo con mucha certidumbre: «¡Sí, por supuesto!, puedo aguantar muchísimo más, no se preocupen por el cuerpo, no puedo impedir que llore», y a veces «Ellos» le decían algo a él y reían «de todo corazón». En cierta ocasión escucharon al «elemental físico» gritando: «¡Por favor, Krishna, regresa!». Si Krishna «regresaba», «el proceso» se detenía. Al parecer, todas las noches tenía que cumplirse cierta cantidad de trabajo sobre el cuerpo, y si en medio de ello había una interrupción, ésta ponía punto final al trabajo.

El cuerpo de Krishna estaba cada vez más agotado y enflaquecido, y para los otros era una tensión tremenda tener que contemplar su sufrimiento. A principios de octubre, «Ellos» comenzaron a trabajar sobre sus ojos, una tortura más espantosa que nunca. Nitya escribió: «Ellos le dijeron esa noche que estaban limpiando sus ojos a fin de que pudiera permitírsele que lo viera a «Él». Pero esa limpieza era un proceso terrible de presenciar. Le oímos decir: ‘Es como estar amarrado en el desierto, con el rostro vuelto hacia el sol deslumbrante y con los párpados cortados’». Una tarde, temprano, cuando Krishna venía de su baño para dirigirse a meditar bajo el pimentero antes del comienzo de las tareas nocturnas, dijo a los otros que esa noche iba a presentarse un «Gran Visitante» (ellos extendieron que no sería el Señor Maitreya, de quien se dijo que había estado allí una o dos veces). Krishna le pidió a Nitya que pusiera la pintura del Buda en su cuarto, al que volvería después de la meditación, por lo que a Nitya no le quedaron dudas de quién sería el «Gran Ser». El trabajo de esa noche pareció el más doloroso de los que el cuerpo de Krishna había soportado hasta entonces, pero también el más glorioso desde aquella primera noche de domingo en agosto bajo el pimentero, porque todos ellos sintieron que la «Gran Presencia» había venido por unos momentos. Después, cuando Nitya y Rosalind estaban con Krishna en su cuarto, Krishna comenzó a hablar a seres que ellos no podían ver. Aparentemente, el éxito del «trabajo» se hallaba asegurado y Ellos estaban felicitando a Krishna. Le escucharon decir: «No hay nada de qué felicitarme, ustedes hubieran hecho lo mismo». Cuando los que le felicitaban se fueron, Krishna, todavía inconsciente dijo: «Madre, todo será diferente ahora, después de esto la vida ya nunca será la misma para ninguno de nosotros. Le he visto, madre, y ahora ya nada importa».

Pero éste no fue el final del sufrimiento físico de Krishna. «Ellos» comenzaron ahora a abrir algo en su cabeza, lo cual le ocasionaba «una tortura tan indescriptible» que gritaba continuamente: «¡Por favor, ciérrenlo, ciérrenlo!». Cuando el dolor se volvía insoportable, Ellos cerraban eso, pero un rato después volvían a abrirlo y el cuerpo comenzaba a gritar hasta que se desmayaba. Esto prosiguió por unos cuarenta minutos. Cuando finalmente

³ AA. Firmada por Nitya y fechada el 17 de febrero de 1923. Tomada de la copia del original por amable permiso de Mrs. Radha Burnier. Citada primariamente en *Krishnamurti* de Pupul Jayakar.

⁴ La parte del cuerpo que controla sus acciones instintivas y puramente físicas cuando la conciencia superior se ha retirado. Es un estado inferior, de evolución y necesita ser guiado.

terminó, el cuerpo, para asombro de los demás empezó a hablar con la voz de un niño de unos cuatro años, rememorando incidentes de su infancia.

«El proceso» continuó sin disminución todas las noches -excepto por unos cuantos días en que Krishna y Nitya estuvieron en Hollywood- hasta principios de diciembre, y cuando terminó, el niño parloteaba por una hora o más con su madre (que él seguía confundiendo con Rosalind) acerca de sucesos de su infancia. Le contó sobre un duende locuaz que había sido su compañero de juegos, y de cómo había odiado ir a la escuela. Describió la muerte de su madre: «Él pensaba que ella estaba enferma, y cuando veía que el médico le daba la medicina, suplicaba a su madre: ‘No la tomes, madre, no la tomes, es una droga detestable y no va a hacerte ningún bien, por favor, no la tomes, el médico no sabe nada, es un hombre deshonesto’. Poco después, en un tono horrorizado, decía: ‘¿Por qué estás tan callada, madre, qué ha sucedido, por qué padre se cubre el rostro con su *dhoti*? Madre, respóndeme, madre’».

Mientras «el proceso» continuaba cada noche, Krishna escribía en las mañanas, como relató a Lady Emily en una carta del 17 de septiembre, «un artículo de una naturaleza bastante curiosa. He escrito hasta ahora 23 páginas, absolutamente sin ayuda»¹.

Tanto Mrs. Besant como Leadbeater atribuyeron la experiencia de Krishna de los días 17-20 de agosto, al paso por la tercera iniciación, pero no podían encontrar ninguna explicación para «el proceso». Krishna mismo estaba convencido de que era algo por lo que tenía que pasar a fin de que su cuerpo estuviera preparado para la recepción del Señor Maitreya, y que no debía hacerse intento alguno de impedir o aliviar sus sufrimientos. Había un solo profesional médico que lo atendía en este estado, la Dra. Mary Roche, una teósofa inglesa miembro de la Estrella a quien él conocía muy bien y en quien confiaba. Ella no pudo echar ninguna luz sobre las causas del «proceso» y sólo podía examinar a Krishna cuando éste recuperaba la conciencia. Si algún médico o psicólogo extraño hubiera entrado a la casa, Krishna lo hubiera advertido inmediatamente y no hay duda de que «el proceso» se habría detenido.

¿Qué era, entonces, «el proceso»? La explicación que dio Nitya en esa época y que fue adoptada por otros, era que se trataba del despertar del *kundalini* (llamado a veces el «fuego serpentino»), el cual se halla centrado en la base de la espina dorsal, y cuando se lo despierta mediante la práctica del verdadero yoga, libera una energía tremenda y poderes de clarividencia. Leadbeater discutió esto, escribiéndole a Mrs. Besant que él no había sufrido otra cosa que incomodidad cuando su *kundalini* fue despertado. Krishna no desarrolló, después del «proceso», poderes clarividentes mayores que los que había demostrado cuando era niño. De cualquier manera, «el proceso» continuó por demasiado tiempo como para que fuera válida la explicación del *kundalini*. De tiempo en tiempo, médicos, psicólogos y otros han hecho sugerencias acerca de lo que pudo haber sido aquello. Migrañas, histeria, epilepsia y esquizofrenia, todo ello fue sugerido. Nada de esto corresponde al caso. Muchos místicos, por supuesto, han tenido visiones y han escuchado voces, ¿pero alguna vez han estado tales cosas acompañadas de semejante agonía física? ¿Existe, acaso, alguna explicación física? ¿Está uno obligado a concluir que sólo puede haber una explicación mística? Lo que parece cierto es que, cualquier cosa que haya sucedido al cuerpo de Krishna en esos años y en los siguientes, hizo posible que él se convirtiera en canal para alguna fuerza o energía inmensa que fue la fuente de su posterior enseñanza.

¹ Este artículo, un poema en prosa que alcanza unas 9.000 palabras, se publicó en el *Herald*, bajo el título de *The Path* (El Sendero) en tres partes, a partir de febrero de 1923. En 1981, se incluyó en *Poems and Parables*, J. Krishnamurti (Gollancz, Harper & Row, 1981).

«Existe una soledad... »

Durante el siguiente mes de febrero, surgió la oportunidad de comprar la Cabaña de los Pinos y seis acres de terreno que la rodeaban y que incluían otra casa más grande. Cuando Krishna expresó el deseo de adquirir esto, señalando lo sagrado que el lugar se había vuelto después de todo lo ocurrido ahí, Miss Dodge aportó el dinero necesario. Krishna llamó a la casa más grande Arya Vihara (Monasterio Noble), y poco después se compraron siete acres y se constituyó el Trust de los Hermanos para administrar la propiedad. Durante toda la vida de Krishna el dinero, en forma de donaciones y legados, llegó cuando se lo necesitaba, y más tarde el dinero provino también de sus libros; sin embargo, él nunca conservó nada para sí mismo, excepto la asignación anual de 500 £.

Desde principios de 1923, Krishna comenzó a trabajar enérgicamente en Ojai, encargándose de docenas de cartas oficiales, escribiendo todos los meses sus notas para el *Herald*, reorganizando la Orden de la Estrella en California, ofreciendo charlas en los alrededores y reuniendo dinero para una escuela en la India. En mayo, él y Nitya -quien como resultado de un nuevo tratamiento Abrams se decía una vez más que estaba curado- recorrieron en gira los EE.UU., gira que terminó en Chicago para la Convención Teosófica. En junio, los hermanos viajaron a Inglaterra. Se había arreglado que asistieran al Congreso Teosófico y de la Estrella que iba a realizarse durante el mes de junio en Viena. Lady Emily reunió con ellos en Plymouth e informó a Mrs. Besant que Krishna se veía poco cambiado exteriormente, aunque quizá más hermoso, pero «uno estaba consciente, en todo momento, de un controlado pero inmenso poder concentrado que fluía a través de él». Después del Congreso, donde Krishna iba a encontrar nuevamente a Helen Knothe (ella había permanecido en Amsterdam), él preguntó si podría disfrutar de unas vacaciones «familiares» en algún lugar tranquilo donde no le conocieran. Un amigo de John Cordes puso a disposición de ellos un chalet, en Villa Sonnblick, que se encontraba en las afueras del pueblo de Ehrwald en el Tirol austríaco, y allí Krishna y Nitya pasaron siete semanas con un grupo de amigos formado por Lady Emily, mi hermana Betty y yo, Helen, Mar de Manziarly, Rajagopal (que ahora asistía a Cambridge), Cordes y Ruth Roberts, una muchacha inglesa con quien Krishna había tenido un flirteo en Sydney. Nitya, Lady Emily, Helen y Rajagopal se alojaron en Sonnblick, donde comíamos todos, mientras que el resto de nosotros dormíamos en otro chalet. Las primeras dos semanas constituyeron realmente unas vacaciones dichosas, era un lugar ideal para paseos en las montañas y había un campo llano donde podíamos jugar «rounders». Durante las excursiones a las montañas, Krishna, Nitya y Rajagopal solían cantar mantrams hindúes que sonaban particularmente bellos en los bosques.

Después, a mediados de agosto, «el proceso» comenzó otra vez en serio todas las noches, y continuó hasta el 20 de septiembre. Krishna, o más bien el «elemental físico», confundía ahora a Helen con la madre de Krishna cuando éste se «salía» de su cuerpo. Lady Emily enviaba cartas diarias a Mrs. Besant relatando todo lo que ocurría. «Al verle [a Krishna] bajar a saltos los cerros, tan lleno de gracia, belleza y vitalidad», escribió, «es casi imposible creer lo que su pobre cuerpo ha estado soportando cada noche». Después de una noche de tortura, se le oyó gritar: «¡Nunca ha sido tan malo como esto!». Nitya habría de escribir más tarde: «Durante los últimos días en Ehrwald, ‘Ellos’ pusieron en práctica el experimento de dejar a Krishna consciente mientras el dolor era todavía bastante fuerte, pero esta conciencia se mantenía solamente por 10 o 20 segundos cada vez, y apenas el dolor se tornaba demasiado intenso, Krishna solía dejar el cuerpo».

En la noche del 20 de septiembre, Krishna «retransmitió» a Nitya un mensaje, supuestamente del Maestro Kuthumi, que Nitya puso por escrito:

Escucha Nitya. Esto termina aquí, ésta es la última noche; se continuará en Ojai. Pero esto depende de ustedes. Ambos deben tener más energía. El éxito dependerá de lo que hagan el mes entrante. No dejen que nada se interponga en el camino. Aquí ha sido un éxito. Pero Ojai depende enteramente de ustedes; allí se continuará con mayor vigor si están preparados.

Cuando dejen este lugar deben ser sumamente cuidadosos. Es como un vaso nuevo recién sólido del molde, y cualquier mala vibración puede quebrarlo; esto significaría reparar y remodelar, lo que tornaría un largo tiempo... Si fallan, habrá que empezar todo desde el principio.

Este mensaje es particularmente, interesante porque el estilo es por completo diferente de los de Krishna y Nitya.

Al dejar Ehrwald, casi todo el grupo fue a alojarse en el Castillo de Eerde en Holanda, con el Barón van Pallandt, que había ofrecido la propiedad a Krishna. Esta fue la última vez que el castillo se usó como residencia privada. Se constituyó un Trust, con Krishna como presidente, al cual se hizo el traspaso de la heredad, y Eerde se convirtió en la Sede Central de la Orden de la Estrella de Oriente.

Dando por sentado que «el proceso» iba a continuar en Ojai, Nitya sentía que era necesario tener allí a otro iniciado, de modo que Rajagopal (que se había convertido en iniciado antes de venir a Inglaterra) dejó Cambridge

por un año para ir con ellos. Ahora vivían en Arya Vihara, mientras que Rosalind vivía en la Cabaña de los Pinos con su madre. (Helen había tenido que regresar a su casa en Nueva York).

Poco tiempo después de su llegada, «el proceso» comenzó de nuevo y fue tan severo que, por primera vez, Nitya se sintió angustiado y escribió una carta ansiosa a Leadbeater preguntándole si todo estaba «bien». Ahora Krishna tenía que soportar por sí mismo el sufrimiento, que se estaba volviendo cada vez más intenso. «En estos días», decía Nitya a Leadbeater, «no está Helen con él, y aunque Rosalind vive al lado de nosotros, él no parece necesitarla, cuando el dolor ha pasado, Krishna abandona el cuerpo y éste llora desconsoladamente hasta quedar exhausto. Llama a su madre, y he descubierto que quiere a Helen, no a Rosalind. Hasta donde puedo descifrar de lo que el cuerpo de Krishna dice ocasionalmente, todavía queda un gran trabajo que hacer sobre el cuerpo, y eso tal vez signifique muchos meses».

El 26 de noviembre, el cuerpo de Krishna «retransmitió» un mensaje que Nitya incluyó en esta carta a Leadbeater: «La labor que se está haciendo ahora es de la más grave importancia y sumamente delicada. Es la primera vez que este experimento se lleva a cabo en el mundo. Todo en la casa debe ceder su lugar a esta labor y ninguna conveniencia personal, ni siquiera la de Krishna, debe tomarse en cuenta».

Es raro que Leadbeater no quisiera ir a Ojai para presenciar por sí mismo este extraño fenómeno. Lo único que hizo fue escribirle a Mrs. Besant diciéndole que él estaba «muy preocupado por todo el asunto... tan completamente opuesto a lo que a mí me han enseñado. Espero que usted pueda asegurarme que todo va bien». Mrs. Besant, aunque ya había dejado de lado sus poderes ocultos, estaba aparentemente en condiciones de dar seguridades a Leadbeater, y desde entonces Leadbeater delegó en ella toda responsabilidad. A Nitya le escribió: «No entiendo el terrible drama que está teniendo lugar en nuestro amado Krishna».

Krishna iba a escribirle a Lady Emily a principios de 1924, después de que «el proceso» había estado desarrollándose por dos meses:

Me estoy volviendo más y más irritable y me canso cada vez más; desearía que usted y los otros estuvieran aquí. Frecuentemente siento ganas de llorar en estos días, y ésta no era mi manera de ser. Es terrible para los demás y para mí mismo... Quisiera que Helen se encontrara aquí, pero eso es imposible, y también es probable que Ellos no quieran que haya alguien a mi lado que me ayude. Así que tengo que hacerlo todo por mí mismo. Por mucho que uno se lo proponga, existe una soledad, la de un pino solitario en el desierto... Los últimos diez días han sido realmente penosos, los dolores en mi espina dorsal y cuello han continuado muy fuertes y antes de ayer he tenido una noche extraordinaria. Sea lo que fuere eso, la fuerza o como pueda llamarse esta cosa, subió por mi espina dorsal hasta la base de la nuca, luego se separó en dos, yendo una parte a la derecha y otra a la izquierda de mi cabeza, hasta que se juntaron entre ambos ojos, justo encima de mi nariz. Y vi al Señor y al Maestro. Fue una noche tremenda. Por supuesto que todo ello fue extremadamente doloroso... estoy seguro de que pronto tendremos unas vacaciones.

Krishna describió asimismo esta experiencia a Mrs. Besant, y Nitya también hizo su propio relato de ella. Nitya presumía que se trataba de «la apertura del tercer ojo». En los tratados de yoga se refieren a menudo al «tercer ojo» como el Ojo de Shiva. Se encuentra en medio de la frente y, como el *kundalini*, está asociado con la clarividencia. «La clarividencia de Krishna no ha comenzado todavía», agregaba Nitya, «pero imagino que ahora sólo es una cuestión de tiempo. Hasta ahora hemos tenido 110 noches del proceso desde que estamos aquí».

Fue a comienzos de marzo que la Dra. Rocke llegó a Ojai, habiendo sido enviada por Leadbeater desde Sydney, donde ahora vivía, a fin de que informara sobre Krishna. Se quedó por una quincena observando «el proceso» cada noche. Krishna escribió a Lady Emily que «ella estaba tremendamente impresionada por todo el asunto y nosotros no estamos completamente locos». La Dra. Rocke se encontraba todavía allí el 11 de abril, «una noche maravillosa para todos nosotros», como le relató Nitya a Mrs. Besant cuando Krishna «retransmitió» un mensaje, cuya primera parte Nitya creía que era del propio Señor Maitreya:

Hijos míos, me complace su resistencia y valor. Ha sido ésta una gran lucha y, hasta donde Hemos llegado, ha sido un éxito. Aunque hubo muchas dificultades, las Hemos sobrellevado con relativa facilidad... Han salido muy bien de ello, aunque la preparación completa no ha terminado... Lamentamos el dolor tan prolongado que ha debido parecerles interminable, pero una gran gloria les espera a cada uno de ustedes... Mi Bendición sea con ustedes.

Aunque *continuaremos* en una fecha posterior, no quiero que dejen este lugar para ir a Europa hasta después de Wesak (el gran festival oculto de la luna llena en mayo, que ese año caía el 18 de mayo), cuando todos Me podrán ver. Aunque Hemos protegido los tres sitios en tu cuerpo, seguramente habrá dolor. Es como una operación; aunque pueda haberse terminado, tendrás que sentir sus efectos un tiempo después.

Desafortunadamente, no tenemos un relato de la propia Dra. Rocke acerca de lo que ella pensaba del «proceso». Los hermanos, con Rajagopal y Helen, que se les unió en Nueva York, llegaron a Inglaterra el 15 de junio; Mrs. Besant también estaba en Inglaterra, y los hermanos fueron atrapados en sus incesantes actividades. Estas culminaron en un Congreso Teosófico y de la Estrella en Arnhem, Holanda, seguido por el primer campamento de

Ommen, que tuvo lugar en una parte de los terrenos donados por el Barón van Pallandt, a una milla del Castillo de Eerde. Este campamento habría de realizarse anualmente hasta que estalló la guerra.

Después de esto, Krishna estuvo libre al fin para disfrutar de las vacaciones «familiares» que anhelaba. El lugar elegido ese año fue un hotel-castillo del siglo XI, situado en la cima de un escarpado cerro sobre el pueblo de Pergine en las Dolomitas, donde Krishna llegó con sus amigos el 18 de agosto. El grupo era el mismo del año anterior, con excepción de Mar de Manziarly y el agregado de una dama italiana y unos cuantos amigos de la India. Ocupamos dos torres en las esquinas de las murallas, así como algunos cuartos en el hotel, y comíamos en uno de los extremos de un gran comedor; nos hallábamos separados de los otros huéspedes y con nuestro propio cocinero, un vegetariano austriaco. Justo debajo del castillo había un campo raso para los juegos de pelota, tal como lo había habido en Ehrwald. Pero a Krishna le fue concedida menos de una semana antes de que volviera a comenzar el «proceso». Este fue más doloroso que nunca, lo cual después de Ojai parecía casi imposible. Sin embargo, Helen se encontraba allí entonces y pudo ayudarle.

Nitya, Lady Emily, Helen y Rajagopal vivían en la torre redonda bajo el mismo techo que Krishna. Cuando principio «el proceso», los ocupantes de esa torre no veníais a cenar con nosotros en el hotel. El resto del grupo tenía conocimiento de que algo ocurría todas las noches -algo a fin de preparar el cuerpo de Krishna para que fuera ocupado por el Señor Maitreya-, pero no fue sino hasta el año siguiente que me hablaron del «proceso» y me leyeron en voz alta los relatos de Krishna y Nitya acerca de la experiencia de Ojai.

En las vacaciones de ese año había un propósito definido. Se había determinado que las cuatro muchachas, Helen, Ruth, Betty y yo, debíamos, a instancias de Krishna, viajar a Sydney para ser «conducidas» por Leadbeater en el Sendero del Discipulado. (Rosalind había ido allá cuando los hermanos dejaron Ojai en junio). Todas las pláticas públicas de Krishna en los distintos lugares donde había estado con Mrs. Besant durante ese verano, habían hecho hincapié en que, para el discipulado, era necesario: dar saltos en el vacío, vivir peligrosamente, sentir con fuerza suficiente como para lanzarse fuera por la ventana, transformarse radicalmente. Ahora, en Pergine, por sugerencia de Lady Emily, Krishna comenzó a hablar sobre esa línea al grupo reunido allí. Después del juego matinal de «rounders», él solía sentarse en el campo bajo el manzano y trataba de inculcarnos las cualidades a las que teníamos que aspirar. Dijo a las muchachas que, si bien era sólo la naturaleza humana la que les hacía desear el matrimonio y un hogar propio, ellas no podían tener esas cosas y servir al Señor cuando viniera; si trataban de jugar a ambas vidas se volverían burguesas, y nada era peor que la mediocridad. Pero no debían volverse rígidas: el único modo de evolucionar era crecer en amor y en radiante felicidad. También eran esenciales la completa pureza mental y física.

A cuatro jóvenes muchachas apasionadas de las que yo, con apenas dieciséis años, era la menor, se les dijo que debían vivir existencias célibes fuera de un convento de monjas. La actitud de Krishna hacia el sexo y el matrimonio habría de cambiar al cabo de unos cuantos años. Al enterarse, en 1922, de que Mar de Manziarly se había comprometido en matrimonio, dijo que lo mismo podía haberse suicidado. (El compromiso se rompió antes de que ella viajara a Ehrwald). Era muy duro con todas nosotras en Pergine, haciéndonos llorar frecuentemente con las certeras verdades que nos decía. Nos encontraba a todas terriblemente insensibles, dijo a Lady Emily que era como hablarle a un montón de esponjas que sólo absorbían todo. Deseaba poder «magullarnos» más. «Son ustedes como personas en un cuarto oscuro esperando que alguien encienda la luz por ustedes, en vez de tentar en la oscuridad y encenderla por sí mismas»¹.

No obstante, a pesar de su aspereza, sentíamos su gran amor por nosotras, su anhelo de que nos convirtiéramos en bellos seres humanos y su terror de que nos volviéramos «mediocres».

«El proceso» se detuvo el 24 de septiembre citando Krishna «retransmitió» un mensaje que, según creía, era del Señor Maitreya:

Aprendan a servirme, porque sólo a lo largo de ese sendero Me encontrarán.

Olvidense de sí mismos, porque sólo entonces podrán encontrarle. No busquen a los Grandes Seres cuando ellos pueden estar muy cerca de ustedes.

Son como el ciego que busca la luz del sol.

Son como el hambriento a quien le ofrecen comida y no quiere comer. La felicidad que buscan no está lejos; mora en cada piedra común.

Yo estoy allí si sólo quieren ver. Yo soy el que ayuda si Me permiten que ayude.

Estas líneas, muy diferentes de los otros mensajes, están más en el estilo de los poemas que Krishna pronto escribiría.

¹ Del diario de Lady Emily, 1925 (AB).

«Un viejo sueño ha muerto»

Cuando el marido de Lady Emily se enteró del plan de Sydney, se opuso fuertemente, pero cuando Miss Dodge ofreció pagar tanto el pasaje de regreso de su esposa como los de las cuatro muchachas, no hubo nada que pudiera hacer para impedir el viaje sin el riesgo de romper su matrimonio. Es dudoso que Krishna se percatara de su oposición porque, aunque se mostrara contrario al matrimonio para los aspirantes al discipulado, no era un destructor de hogares.

Krishna y Nitya, con Lady Emily y las cuatro muchachas emprendieron viaje a Bombay desde Venecia, el 2 de noviembre. (Rajagopal había regresado a Cambridge para cursar su último año). El día que finalizaba el viaje, Nitya súbitamente expectoró sangre. Los siguientes doce meses iban a ser para Krishna un período de grata ansiedad por este muy amado hermano.

En la India, nos detuvimos primero en Adyar y luego en Delhi, antes de continuar hacia Sydney al año siguiente. A poco de llegar a Adyar, donde encontramos a Madame de Manziarly, Mar y Yo, «el proceso» de Krishna comenzó otra vez, ahora sin la ayuda de Helen que, con Ruth, había viajado directamente a Sydney. Tampoco tuvo ninguna ayuda de Nitya, quien estaba nuevamente muy enfermo y había subido a Ootamund con Madame de Manziarly. «Supongo que todo esto terminará algún día», escribió Krishna desde Adyar en enero a Mrs. Besant, quien se encontraba en Delhi, «pero el presente es más bien atroz. No puedo realizar ningún trabajo, etc. Ahora ello prosigue todo el día y toda la noche». Pero estaba lejos de ser tan intenso como había sido. Poco antes de escribir esto, Krishna había estado en Madanapalle, su lugar de nacimiento, a fin de buscar un sitio para una universidad que anhelaba construir. Descubrió un lugar harinoso en el valle de Tettu, a unas diez millas de la ciudad y a 2500 pies sobre el nivel del mar. Al año siguiente pudo constituir un Trust para comprar allí 300 acres de terreno. Le puso el nuevo nombre de Valle de Rishi, por el monte Rishi Conda que dominaba el valle, y allí se fundó una escuela, no una universidad. Fue la primera de las ocho escuelas que en total habría de fundar Krishna.

Los hermanos habían sido invitados a la Convención Teosófica de Sydney a realizarse en abril, así que viajaron hacia allá con la familia Lutyens. Raja fue con ellos para ayudar en el cuidado de Nitya, que aún seguía muy enfermo. Un especialista diagnosticó en Sydney que Nitya necesitaría de todas sus fuerzas para superar la enfermedad y que debía dejar la ciudad inmediatamente, por lo que se dirigió a las alturas de Leura en las Montañas Azules, donde alquilaron para él una excelente cabaña de troncos. Rosalind, que todavía se encontraba en Sydney, fue con él como su enfermera junto con una dama de compañía casada. Krishna dividía su tiempo entre Leura y Sydney. Aunque había hecho todo lo posible para que las muchachas fueran a Sydney, era evidente que detestaba la atmósfera de iglesia que imperaba allí, y no fue bien acogido por Leadbeater, quien encontraba en él una influencia disociadora. Krishna solía sonreírnos y guiñarnos el ojo desde la ventana cuando nos sentábamos en una habitación mal ventilada tratando de meditar junto con otros miembros de la gran comunidad del «Manor» en los suburbios de Mosman¹. Se mostraba terriblemente impaciente con el febril interés de todo el mundo por dar los pasos en el Sendero Probatorio tal como los repartía Leadbeater, lo cual conducía a los celos y al snobismo. Comparados con Krishna, todos en el «Manor» parecían vulgares y mediocres. Él trató de hablar con Leadbeater acerca del «proceso», pero Leadbeater no tenía nada útil que decir, eso estaba por completo fuera de su línea de experiencia y, ciertamente, no era una preparación necesaria para las iniciaciones.

Parcelas de terreno habían sido donadas a Krishna para su labor en muchas partes de Australia, y un gran anfiteatro blanco de piedra acababa de construirse en un sitio espléndido en el extremo del puerto de Balmoral, próximo al «Manor», donde se esperaba que el Señor hablara cuando viniera. Este anfiteatro y los terrenos quedaron, por pedido de Krishna, a cargo de diferentes trusts.

En junio, el especialista consideró que Nitya estaba lo bastante bien para viajar. Cuando el 24 de junio los hermanos se embarcaron rumbo a San Francisco, acompañados de Rosalind y un médico y teósofo sueco, yo sentí que la luz se había ido de mi vida para siempre. Mi madre, que supuestamente había pasado su primera iniciación en Sydney, ya había regresado a Inglaterra dejándonos a Helen, a Ruth, a Betty y a mí en el «Manor».

Fue un viaje terrible porque Nitya estaba cada vez más débil. Cuando se hallaban próximos a su arribo, Krishna escribió a Mrs. Besant: «Superaremos esto y Nitya estará bien otra vez. Ha sido y es un período de mucha angustia, amada madre mía, pero usted y los Maestros están ahí». En Ojai, después de sólo una quincena de tratamiento diario con el método Abrams, la condición de Nitya había mejorado. Sin embargo, la disminución del mal fue efímera, y en los tres meses siguientes todas las energías de Krishna fueron absorbidas en el cuidado de su hermano cuando éste enfermó demasiado como para abandonar la cama en absoluto. Krishna habría caído en la desesperación si tanto Mrs. Besant como Leadbeater no te hubieran asegurado que los Maestros no iban a permitir que Nitya muriera; su vida era demasiado valiosa.

¹ Para un relato de la vida en la comunidad de Leadbeater en El Manor, ver *To be Young* (Ser joven), Mary Lutyens (reimpresión Corgi, 1989).

Entretanto, Mrs. Besant había viajado a Inglaterra con Shiva Rao para dar conferencias en el Queen's Hall. George Arundale, que había participado en una gira de conferencias alrededor del mundo con su esposa Rukmini, estaba parando en una comunidad teosófica en Huizen, Holanda, no lejos del Castillo de Eerde, la cual era dirigida por un obispo de la Iglesia Católica Liberal, James Ingall Wedgwood. También se encontraba en Huizen un joven noruego llamado Oscar Kollerstrom, antiguo discípulo de Leadbeater en Sydney y sacerdote de la Iglesia Católica Liberal. Arundale telegrafió a Mrs. Besant en Londres para decirle que estaban ocurriendo sucesos asombrosos: Oscar acababa de pasar su tercera iniciación, Wedgwood la segunda y Rukmini la primera, el *kundalini* acababa de ser despertado en Wedgwood y en Rukmini. (Arundale era ya un segundo iniciado, y él y Oscar afirmaban ambos poseer clarividencia). Después de otro excitante telegrama, Mrs. Besant canceló sus conferencias en el Queen's Hall y viajó a Huizen acompañada por Esther Bright, Lady Emily, Shiva Rao y Rajagopal.

Dos días después de la llegada de Mrs. Besant, el 26 de julio, Arundale fue ordenado sacerdote, a Miss Bright, Lady Emily y Rajagopal se les dijo que habían pasado su tercera iniciación y a Rukmini que había pasado la segunda. El día 4 de agosto, Arundale fue consagrado obispo. El consentimiento de Leadbeater para este paso había sido solicitado por cable; al no llegar ninguna respuesta, Arundale afirmó que había recibido el «cordial consentimiento» de Leadbeater en el plano astral. Cuando regresaron de la ceremonia, Mrs. Besant encontró un cable de Leadbeater desaprobando fuertemente el paso. Ninguno de los acontecimientos de Huizen fue confirmado jamás por Leadbeater.

Arundale siguió «retransmitiendo» instrucciones de los Maestros: Ningún iniciado debía compartir una habitación con un no-iniciado; todos los sacerdotes debían llevar ropa interior de seda (esto era muy difícil para los pobres, observó Lady Emily), las capas debían ser cuidadosamente escogidas, pero no debía usarse capelo (por primera vez Miss Dodge se resistió cuando le pidieron que comprara ropas suntuosas para los obispos); Mrs. Besant, Wedgwood y los Arundale debían desistir de comer huevos en cualquiera de sus formas. (Según Lady Emily, Mrs. Besant fue la única en adherirse a esta instrucción, con la consecuencia de que en adelante se sintió medio muerta de hambre).

En la noche del 7 de agosto, Krishna (en Ojai), Raja (en la India), Arundale y Wedgwood pasaron, según Arundale, su cuarta iniciación o Arhat, y dos noches después Arundale «retransmitió» los nombres de diez de los que, según dijo, iban a ser los doce apóstoles del Señor. Estos eran: Mrs. Besant, Leadbeater, Raja, Arundale, Wedgwood, Rukmini, Nitya, Lady Emily, Rajagopal y Oscar Kollerstrom. Krishna no había sido consultado, pero se dio por hecho que él lo sabría todo al respecto en el plano astral.

En la edición de junio del *Herald*, Arundale había anunciado que Krishna no podría asistir ese año al campamento de Ommen debido a la salud de Nitya, pero que Mrs. Besant y él estarían allí y que él esperaba que todo el mundo considerara como un deber especial estar presente. Por lo tanto, hubo pocas cancelaciones y el 10 de agosto el grupo de Huizen se trasladó a Ommen, donde esa tarde se inauguraron el campamento y el Congreso (Mrs. Besant se alojó en el Castillo). Al otro día, Mrs. Besant anunció públicamente en una plática, que el Señor ya había escogido a sus apóstoles pero que a ella sólo se le había permitido revelar los nombres de siete de ellos, los que ya se habían convertido en Arhats: ella misma y Leadbeater, Raja, Arundale, Krishna, Oscar Kollerstrom y Rukmini, quien, le aseguraron, iba a convertirse en Arhat dentro de unos pocos días¹. No fue sino hasta que se le señalaron después, que Mrs. Besant se dio cuenta de que había dejado fuera a Wedgwood nombrando a Krishna como uno de sus propios apóstoles. Rectificó estos errores en otra plática pública del día 14. El campamento se disolvió ese día y el grupo de Huizen regresó allí. Arundale se quedó, sosteniendo excitadamente: «Yo sé que alguna otra cosa ha ocurrido, pero parece imposible». A la mañana siguiente, Mrs. Besant llamó a su habitación a Miss Bright, Lady Emily, Rukmini y Shiva Rao y tímidamente les dijo que ella, Leadbeater, Krishna, Raja, Arundale, Wedgwood y Oscar habían pasado todos su quinta iniciación, la final, en la noche del día 13, pero que no habría diferencia alguna en la manera en que ellos serían tratados.

Lady Emily había sido atrapada en la histeria de ese período de Huizen y había escrito entusiastamente a Krishna acerca de ello. Él cablegrafió de vuelta preguntándole si Leadbeater había confirmado todos estos acontecimientos. Ella cablegrafió contestando que Mrs. Besant misma estaba haciendo los anuncios, y agregaba: «Confía en ella». Cuando Lady Emily regresó a Londres, encontró una carta de Krishna muy desdichada y llena de escepticismo. Ella destruyó, a petición de él, todas las cartas que Krishna le había escrito durante aquel período loco; él temía que pudieran caer en otras manos y perjudicar a Mrs. Besant, quien le estaba escribiendo para rogarle que confirmara todo lo que Arundale había «retransmitido». No queriendo lastimarla, Krishna contestó meramente que había estado demasiado ocupado atendiendo a Nitya como para tener conocimiento de todo ello. Antes de eso, había preguntado si Rajagopal podía ser enviado a Ojai para ayudar en el cuidado de Nitya. Este pedido había sido aceptado, y Rajagopal había partido para EE.UU. antes de la inauguración del campamento. Mrs. Besant deseaba mucho que Krishna fuera con ella a la India ese invierno para asistir a la Convención de Adyar en celebración del quincuagésimo aniversario de la fundación de la Sociedad Teosófica. El no quería en

¹ *Herald*, septiembre 1925. Los otros sucesos ocultos registrados en este capítulo proceden del diario de Lady Emily (AB).

absoluto dejar a Nitya, pero cuando a fines de octubre Nitya pareció mejorar y Madame de Manziarly se ofreció para ir a Ojai a fin de atenderlo, Krishna vino a Inglaterra de mala gana, acompañado de Rosalind y Rajagopal, para complacer a Mrs. Besant. A poco de su arribo, Lady Emily tuvo con él una larga charla y lo encontró terriblemente desconsolado por los recientes acontecimientos de Huizen y Ommen. Algo que para él era tan bello, tan íntimo y sagrado, lo habían convertido públicamente en algo feo, vulgar y ridículo. Lady Emily le preguntó por qué no le expresaba a Mrs. Besant sus sentimientos. Él dijo: «¿De qué serviría?». Ellos dirían solamente que los Poderes Negros se habían apoderado de él. A pesar de todo, Krishna trató varias veces de hablar con Mrs. Besant pero ella no pareció entender. Lady Emily sentía que Mrs. Besant estaba hipnotizada por Arundale y que ella misma había sido ridículamente crédula.

El grupo que partió de Nápoles para Colombo el 8 de noviembre, estaba formado por Mrs. Besant, Krishna, Lady Emily, Rosalind, Rajagopal, Shiva Rao, Wedgwood, Arundale y Rukmini. Los dos obispos, paseándose por Nápoles en largas sotanas rojas, le dijeron a Krishna que la vida de Nitya sería perdonada si él [Krishna] los reconocía a ellos como Adeptos y aceptaba a sus doce apóstoles escogidos. Krishna no haría una cosa semejante, y trató de no hablar con ellos. Shiva Rao opinaba que Krishna, ni por un momento, dudó jamás del poder de los Maestros para salvar a Nitya. En la noche del día 13, justo citando estaban entrando al Canal de Suez, Mrs. Besant recibió un telegrama que anunciaba la muerte de Nitya. Según cuenta Shiva Rao, que compartía un camarote con Krishna, los siguientes diez días fueron angustiosos. En las noches sollozaba, gemía y lloraba a gritos por Nitya, a veces en su dialecto nativo telugu que, estando despierto y consciente, no era capaz de hablar. Sin embargo, cuando llegaron a Colombo había transformado su pena en lo que casi era una bendición y había escrito un trabajo acerca de Nitya que fue publicado por el *Herald* en sus notas editoriales de enero de 1926:

Los sueños agradables que mi hermano y yo teníamos en lo físico, han concluido... Nos divertíamos mucho en la vida, aunque éramos de temperamentos diferentes. De algún modo nos entendíamos sin esfuerzo... Era una existencia feliz, y lo extrañaré físicamente durante toda esta vida.

Un viejo sueño ha muerto y uno nuevo ha nacido, como una flor que irrumpe a través de la tierra sólida... Una fuerza nueva nacida del sufrimiento está latiendo en las venas, y una nueva simpatía y comprensión nacen del sufrimiento pasado. Hay un mayor deseo de ver sufrir menos a otros y, si es que tienen que sufrir, ver que lo soporten noblemente y salgan de ello sin demasiadas cicatrices. He llorado, pero no quiero que otros lloren, y si lo hacen, ahora sé lo que eso significa... En el plano físico pudimos estar separados, y ahora somos inseparables... Como Krishnamurti, ahora tengo un fervor más intenso, una fe mayor, mayor simpatía y amor, porque en mí también están el cuerpo, el Ser de Nityananda... Ahora sé, con mayor certeza que nunca, que existe en la vida una gran belleza, una felicidad verdadera que no puede ser destruida por ningún suceso físico, una gran fuerza que no puede ser debilitada por ningún acontecimiento pasajero y un gran amor que es permanente, imperecedero e invencible.

La muerte de Nitya fue una conmoción terrible para Mrs. Besant, aunque no socavó su fe, mientras que, desde esa época en adelante, Krishna parece haber perdido toda su fe, en los Maestros tal como los presentaba Leadbeater, si bien no en el Señor Maitreya y en su propio papel de vehículo. Arundale y Wedgwood pusieron bien en claro que Nitya había muerto porque Krishna se había negado a reconocerlos.

Leadbeater, con un grupo de setenta personas que incluía a Helen, Ruth, Betty y a mí, llegó a Colombo unos días después. En Melbourne nos habíamos enterado de la muerte de Nitya. Mrs. Besant, Krishna y otros, que habían ido a Adyar, regresaron a Colombo para encontrarse con nosotros. El saludo de Leadbeater a Krishna fue: «Al menos tú eres un Arhat».

Después de la travesía a la India, hubo un tren especial a Madrás para todo el grupo, con multitudes, guirnaldas y postraciones en cada estación. Krishna, que sabía cuán apasionadamente yo había amado a Nitya, se sentó junto a mí en el tren. «Krishna estuvo perfectamente delicioso», escribí en mi diario, «y me habló de Nitya. Ahora están todo el tiempo juntos. K mismo es mucho más maravilloso y más tierno».

La situación en Adyar fue muy penosa. Ruth reveló que Leadbeater no creía en ninguna de las iniciaciones distribuidas en Huizen. Había, por lo tanto, dos bandos: el grupo Arundale-Wedgwood y el grupo Leadbeater, con Krishna y sus propios adherentes que se mantenían apartados de ambos grupos; y Mrs. Besant, que no había perdido nada de su amor y reverencia por Krishna, trataba de reconciliarlos a todos ellos. Una mañana, subió a la habitación de Krishna, lo tomó de la mano y lo condujo abajo a su propio salón, donde Leadbeater, Raja, Arundale y Wedgwood estaban reunidos; sentándolo en el sofá entre ella misma y Leadbeater, le preguntó si los aceptaría como sus discípulos. Krishna contestó que no aceptaría a ninguno de ellos excepto, tal vez, a la propia Mrs. Besant. (El recuerdo de este incidente es uno de los muy pocos que Krishna retuvo por todo el resto de su vida, porque no ocurrió mucho antes de que perdiera prácticamente todos los recuerdos del pasado).

La Convención Teosófica fue seguida, el 28 de diciembre, por el Congreso de la Estrella. En la primera reunión, efectuada bajo la higuera de Bengala a las ocho de la mañana, con más de 3000 personas presentes,

cuando Krishnamurti estaba finalizando una plática acerca del Instructor del Mundo, de pronto se transformó. Había estado diciendo: «El viene sólo a aquellos que lo necesitan, que lo desean, que lo anhelan», cuando su rostro cambió y su voz resonó con extraordinaria autoridad: «Y yo vengo para aquellos que desean armonía, que desean la felicidad, que anhelan ser liberados. Yo vengo a reformar, no a demoler, no vengo a destruir sino a edificar»¹.

Fue un momento electrizante para aquellos de nosotros que advertimos el cambio. (Wedgwood y Arundale dijeron que pensaban que Krishna estaba meramente citando las escrituras). Mrs. Besant, ciertamente, notó el cambio. En la última reunión del Congreso de la Estrella, habría de decir: «... ese acontecimiento [del 28 de diciembre] marcó la definitiva consagración del vehículo elegido... la aceptación final del cuerpo escogido hace mucho tiempo... El Advenimiento ha comenzado». Y en la tirada del *Theosophist*, de enero de 1926, Mrs. Besant escribió: «No hubo excitación ni conmoción aun el 28 de diciembre cuando, mientras nuestro Hermano Krishnaji estaba concluyendo su ‘discurso’, su palabra fue interrumpida por nuestro Señor, el Instructor del Mundo, quien tomó posesión de su cuerpo y pronunció un par de frases». Leadbeater no estuvo menos seguro. Después de su regreso a Sydney, declaró que no había «una sombra de duda» de que «Él» había usado «al Vehículo más de una vez» en la Convención del jubileo².

Krishna mismo tampoco tenía dudas. En una charla ante los Representantes Nacionales de la Orden de la Estrella en Adyar, dijo: «El recuerdo del día 28 debe ser para ustedes como si estuvieran custodiando una joya preciosa, y cada vez que la miren deben sentir un estremecimiento. Entonces, cuando Él venga otra vez, y estoy seguro de que muy pronto Él vendrá nuevamente, será para ustedes una ocasión más noble y mucho más bella aún que la última vez»³. Y en una reunión de los discípulos, dijo: «Personalmente, me siento muy diferente desde ese día... Como un vaso de cristal, un vaso que ha sido lavado y ahora todo el mundo puede poner una bella flor en él, y la flor vivirá en el vaso y nunca morirá»⁴.

Lady Emily anotó en su diario que Krishna le dijo que ahora se sentía como una cáscara vacía, tan absolutamente impersonal. Cuando ella le describió cómo habían cambiado su rostro y su voz, él le dijo con añoranza: «Desearía haber podido verlo». ¿Creía él que era el rostro del Señor Maitreya? Casi hasta el final de su vida, él estuvo acentuando la importancia que Mrs. Besant y Leadbeater siempre habían dado al «rostro», pero esto parece haberse referido a la belleza de su propio rostro, que él siempre consideró de manera completamente impersonal, como lo hizo con todo su cuerpo. El cuerpo, aparentemente, había sido puesto a su cargo para que lo cuidara. Este sentido de completa disociación con respecto a su cuerpo, fue un fenómeno que duró toda su vida.

¹ *Herald*, febrero 1926.

² *Herald*, junio 1926. *Herald*, junio 1926.

³ *Herald*, marzo 1926.

⁴ *Candles in the Sun*.

«Una constante agitación interna»

Krishna permaneció en la India hasta mayo, cuando viajó a Inglaterra con Rosalind y Rajagopal. (Mi madre, Betty y yo habíamos partido a fines de enero cuando Helen y Ruth regresaron a Sydney). Pareció natural que Rajagopal ocupara el puesto de Nitya como Secretario Organizador de la Estrella. También se convirtió en el Tesorero Internacional de la Orden, una nueva designación. Era un organizador nato y Krishna estuvo muy complacido de dejar todos los asuntos financieros en sus eficientes manos.

A pedido de Krishna, Rajagopal arregló una asamblea de tres semanas en el Castillo de Eerde a realizarse desde el 3 de julio, antes del campamento de Ommen; desde la West Side House en Wimbledon, se envió a amigos especiales una invitación en la que se les pedía el pago de 2 libras semanales para comida y alojamiento. Aceptaron asistir treinta y cinco personas de diferentes nacionalidades; entre ellas se encontraban Mar de Manziarly, John Cordes, Rosalind, Rajagopal y las tres Lutyens. El Castillo contaba ahora con electricidad y sistemas sanitarios instalados por el Trust (anteriormente habían sido lámparas de aceite y mazmorras que desembocaban directamente en el foso, donde carpas enormes devoraban lo que descendía hacia ellas), y las recámaras se habían convertido en dormitorios colectivos. Unicamente Krishna tenía una habitación para él solo. Durante los primeros tres días estuvo en cama con bronquitis, después nos hablaba todas las mañanas por una hora en el gran salón, sentado con las piernas cruzadas en el sofá, bajo un gobelino. Lady Emily, Mar y yo tornábamos notas en nuestros diarios, confirmando independientemente la creencia de que el Señor había hablado a través de él en varias ocasiones.

El tiempo se mostraba perfecto, y éramos suficientes para organizar excitantes juegos de voleibol. «No hay nada tan hermoso en el mundo», escribí en mi diario, «como sentirse del modo en que una se siente aquí, realmente viva, física, mental y emocionalmente. Tener, como dijo K, ese sentido de bienestar en todo». Lady Emily registró en su diario que, en la charla del último día, Krishna «habló como nunca lo había hecho antes, y una siente que la conciencia de él y la del Señor se hallan tan completamente fundidas que ya no existe distinción alguna. El dijo: ‘Sígueme y yo les mostraré el camino hacia el Reino de la Felicidad. Les daré, a cada uno de ustedes, la llave con la que podrán abrir la puerta del jardín’, y el rostro del Señor brillaba a través del rostro de Krishna».

La mayoría de los amigos y seguidores de Krishna, ahora lo llamaban Krishnaji; el sufijo «ji» indica afectuoso respeto. Seguir llamándolo Krishna en este libro parece demasiado familiar, Krishnaji demasiado indio y Krishnamurti demasiado trabajoso, por lo tanto, en el resto del libro nos referiremos a él como K, que es el modo en que se refería a sí mismo.

Cuando el campamento se inauguró el 24 de julio, el grupo de Eerde, con excepción de K que permaneció en el Castillo, se trasladó a tiendas de campaña entre los bosques de pinos, a una milla de distancia. Cerca de 2000 personas¹ asistieron al campamento, que estuvo bellamente organizado. Mrs. Besant, cuando vino a Europa a comienzos de julio, se dirigió directamente a Huizen. Sin embargo, ella y Wedgwood asistían a las pláticas del campamento mientras se alojaban en el Castillo. En el centro del Campamento había un anfiteatro hecho de ásperos troncos hachados, donde se hacían las reuniones cuando el tiempo era bueno; y todas las tardes, a la puesta del sol, se encendía allí la hoguera del campamento. Para este acto, K solía cambiar sus ropas por trajes de la India y encendía la pirámide de troncos que tenía 15 pies de altura, mientras cantaba un himno a Agni, el dios del fuego. Después, mientras el fuego ardía, K ofrecía una plática.

En la tarde del día 27, Lady Emily, de acuerdo con su diario, supo «que al instante en que Krishna apareció, Él [el Señor] estaba ahí. Tan severo se veía él y tan lleno de poder». Mrs. Kirby, una italiana casada con un banquero inglés radicado en Génova, que conocía a K desde 1909 en Adyar y había estado con nosotros en Pergine, escribió que esa tarde había en la apariencia de K una dignidad inusitada y que el poder de su voz se fue incrementando y ésta sonaba más llena y profunda, hasta que «el Señor estuvo ahí y era Él quien hablaba... Cuando eso terminó, me descubrí temblando de pies a cabeza». Cuando ella lo vio a la mañana siguiente, «él estaba tan amable y afectuoso como siempre, y cuando le conté cómo toda su apariencia había cambiado, dijo: ‘Desearía haber podido verlo también’... Krishnaji se veía como si tuviera urgente necesidad de un descanso... ¡Qué vida, pobre Krishnaji! No hay duda de que él es el *Sacrificio*»².

A continuación se reproduce parte de su plática de esa tarde:

Quisiera pedirles que vengan y miren a través de mi ventana, la que les mostrará mi jardín y mi morada. Entonces verán ustedes que lo que importa no es lo que hagan, lo que lean, lo que cualquier persona les diga que son o que no son, sino

¹ El informe anual de la Orden de la Estrella de Oriente que corresponde a 1926, daba un total de 43.000 miembros en cuarenta países. Dos terceras partes de ellos también eran miembros de la Sociedad Teosófica.

² Carta de María Luisa Kirby a R.G. Macbean, 31 de julio de 1926 (*Theosophist* 19 de julio de 1948).

que tengan el intenso deseo de entrar en esa morada donde reside la Verdad... Quisiera que ustedes vinieran y la vieran; que vinieran y la sintieran... y no que me digan: «Oh, usted es diferente, usted está en la cumbre de la montaña, usted es un místico». Ustedes me dan frases y cubren mi Verdad con sus palabras. Yo no quiero que ustedes rompan con todo aquello en que creen. No quiero que nieguen su temperamento. No quiero que hagan cosas que no sientan que son correctas. Pero, ¿es feliz alguno de ustedes? ¿Ha experimentado alguno de ustedes la eternidad?... Yo pertenezco a todos, a todos los que realmente aman, a todos los que sufren. Y si ustedes han de caminar, tienen que caminar conmigo. Si han de comprender, deben mirar a través de mi mente. Si han de sentir, deben mirar a través de mi corazón. Y porque yo amo en verdad, quiero que ustedes amen. Porque en verdad siento, quiero que ustedes sientan. Porque estimo todas las cosas, quiero que ustedes estimen todas las cosas. Porque quiero proteger, ustedes deben proteger. Y ésta es la única vida digna de vivirse y la única Felicidad digna de poseerse¹.

Al final de la plática se vio a Wedgwood inclinándose hacia Mrs. Besant susurrándole algo. Apenas ella y K volvieron al Castillo, Mrs. Besant le dijo que había un poderoso mago negro, a quien ella conocía muy bien, el cual había estado hablando a través de él. K, completamente consternado, dijo que si ella pensaba realmente eso, él jamás volvería a hablar en público. En adelante, nunca más se mencionó al mago negro. Es el caso que yo estaba durmiendo en el Castillo esa noche, y K mismo, al hablarme de este incidente dijo: «Pobre Amma». Comprendía que la mente de Mrs. Besant estaba agotándose y que creía cualquier cosa que Wedgwood pudiera decirle.

Mrs. Besant tomó la súbita decisión de ir con K a los EE.UU., donde no había estado desde 1909. Se arregló rápidamente una gira de conferencias para ella y partió con K, Rajagopal y Rosalind el 26 de agosto. En Nueva York subieron a bordo veinte reporteros, que se sintieron decepcionados al encontraría K vestido con un impecable traje gris. Un periodista lo describió como «un tímido, muy asustado y bien parecido muchacho hindú». K estaba profundamente desconcertado por los titulares: «El culto de la estrella aguarda la gloria del Advenimiento del Señor»; «El nuevo Mesías en Ropa de Tenis»; «La Nueva Deidad llega en Traje Deportivo», etcétera.

Al día siguiente, en el Hotel Waldorf-Astoria, cuarenta reporteros lo entrevistaron a solas. Sin la presencia de Mrs. Besant, K era mucho menos tímido. El *New York Times* informó que muchos de los que lo entrevistaban «trataban de atraparlo con preguntas astutamente formuladas; él evitó hábilmente todas las trampas y ganó su admiración saliendo triunfante de ellas». Tiempo después, K mencionó a menudo que por aquella época una compañía cinematográfica le ofreció 5.000 dólares semanales para que protagonizara una película sobre la vida del Buda. Esto le agradó porque le hizo sentir que podría ganarse la vida si llegara a necesitarlo.

No fue sino hasta el 3 de octubre, después de que Mrs. Besant ofreciera treinta conferencias, que K se encontró con ella en San Francisco y tuvo la dicha de llevarla consigo a Ojai. Él había estado disfrutando de un descanso en Warm Springs, Virginia, junto con Rajagopal, y había permanecido fuera de Ojai cerca de un año. Dos días después de su llegada escribió a Lady Emily: «Aquí estoy, sin Nitya... Cuando entré a la habitación donde estuvo enfermo y en la cual murió, temo que mi cuerpo lloró. Es una cosa extraña el cuerpo. Yo no estaba realmente perturbado, pero mi cuerpo se encontraba en un estado extraordinario... Me estoy acostumbrando a su ausencia física, lo que es una cosa bastante difícil de hacer, pues aquí vivimos más que en cualquier otra parte, aquí sufrimos ambos y aquí fuimos ambos felices».

Debido a una hinchazón dolorosa en el pecho (que con el tiempo desapareció), dos médicos de Hollywood prohibieron a K que viajara a la India ese verano como había planeado. Mrs. Besant decidió permanecer con él y escribió a Lady Emily rogándole que viniera a Ojai con Betty y conmigo. Betty acababa de ingresar al Real Colegio de Música y no deseaba ir, pero mi madre y yo emprendimos viaje dichosamente a fines de noviembre y pasamos cerca de cinco deliciosos meses en Ojai con K y Mrs. Besant, Rajagopal y Rosalind. K y Mrs. Besant jamás habían gozado juntos de un período tan largo, apacible y feliz. Por entonces, él estaba escribiendo poesía. Todas las tardes salíamos de paseo para ver la puesta del sol, que lo inspiraba tanto que solía regresar para escribir un poema². Mientras estuvimos allí, conocimos la parte más humana de su ser: se irritaba mucho conmigo cuando me enseñaba a conducir su Packard, y más tarde se puso furioso con la preocupación cuando, para desquitarme, me llevé el auto por mi cuenta.

En enero, lo que llamábamos «el viejo asunto» del dolor en el cuello y en la base de la espina dorsal, comenzó nuevamente, aunque ahora él parecía capaz de soportarlo sin «salirse de sí». Sólo después de que eso se terminaba, necesitaba relajarse, y entonces solía dejar su cuerpo por una hora aproximadamente, volviéndose un niño. En esto, yo era capaz de ayudarlo. Cuando me acerqué a él por primera vez, el «elemental físico» me preguntó quién era yo, y entonces dijo: «Bueno, si eres una amiga de Krishna y Nitya, supongo que está bien». Cuando hablaba era como un niño de cuatro años que me llamaba «Amma». El niño parecía sentir un gran temor

¹ *The Pool of Wisdom* (La Fuente de la Sabiduría) (SPT, 1928).

² Su primer poema, "Himno del Iniciado Triunfante", se había publicado en el *Herald* en enero de 1923. Alrededor de 60 poemas más de él se publicaron tanto en el *Herald* como en forma de libro, hasta 1931, cuando dejó de escribir poesía.

reverente por K y solía decir cosas como: «Ten cuidado, ya vuelve Krishna». Cuando K regresaba, no tenía recuerdo alguno de lo que el niño había estado diciendo.

Cuando un día Lady Emily le preguntó qué entendía él por «amor posesivo», le contestó: «Todo el mundo es igual, todos piensan que tienen algún derecho especial, algún camino especial hacia mí». Esto ocurrió a lo largo de toda su vida: personas que creían poseerlo de alguna manera, que creían comprenderlo mejor que algún otro. En realidad, ¿alguna vez alguien lo comprendió plenamente? De lo que no cabe duda es de que nadie lo poseyó.

El 9 de febrero K le escribió a Leadbeater: «Sé con certeza que estoy fundiéndome en la conciencia del Maestro y que Él ha de ocupar plenamente mi ser. Siento y sé también que mi copa está casi llena hasta los bordes y que pronto se derramará. Anhele hacer felices a todos y lo haré».

Poco después de su arribo a Ojai, Mrs. Besant compró para K 450 acres de terreno en la parte más alta del valle, con el fin de construir la escuela que él tanto deseaba. Luego, trató de reunir dinero para 240 acres en el extremo más bajo, para un Campamento anual como los de Ommen. Se constituyó un Fideicomiso más, la Happy Valley Foundation (Fundación del Valle Feliz) y se hizo un llamado para reunir 200.000 libras¹. Finalmente, todo el dinero fue suscrito y se compró el terreno, pero la Happy Valley School (Escuela del Valle Feliz) tardó veinte años en inaugurarse.

En abril, antes de salir de Ojai junto con K, Mrs. Besant emitió una declaración para la Associated Press de EE.UU., que comenzaba diciendo: «El Espíritu Divino ha descendido una vez más en un hombre, Krishnamurti, que en su vida es literalmente perfecto, como aquellos que le conocen pueden atestiguarlo», y terminaba: «El Instructor del Mundo está aquí».

Antes del Campamento de Ommen de ese año, hubo una asamblea de un mes en el Castillo de Eerde. Uno de los grandes graneros que franqueaban la entrada al Castillo, había sido transformado en pequeños cuartos distribuidos en dos pisos, de modo que ahora había lugar para setenta personas. Durante la primera semana, K cayó otra vez con una fuerte bronquitis. Mientras estuvo enfermo, Lady Emily solía leernos en voz alta sus poemas, mientras él permanecía en la cama leyendo a Edgar Wallace. El 30 de junio se sintió lo bastante bien como para bajar y dar charlas.

En la asamblea hubo muchas discusiones entre Lady Emily y Rajagopal acerca de la reorganización de la Orden. Puesto que tantas personas creían ahora que el Maestro había venido, los objetivos de la Orden ya no eran válidos. El 28 de junio se trazaron objetivos nuevos: «1. Reunir a todos aquellos que creen en la presencia en la tierra del Instructor del Mundo. 2. Trabajar para Él en todas las formas necesarias a fin de que Él pueda realizar su Ideal para la Humanidad. La Orden no tiene dogmas, credos, ni sistemas de creencias. Su inspiración es el Maestro, su propósito dar cuerpo a Su vida universal». El nombre de la Orden se cambió: en vez de la Orden de la Estrella de Oriente, se llamaría Orden de la Estrella, y la publicación *Herald of the Star* (El Herald de la Estrella) se llamaría ahora *Star Review* (Revista de la Estrella). De ahí en adelante, cada país tendría que publicar su propia versión de la revista, pero habría además un *International Star Bulletin* (Boletín Internacional de la Estrella) publicado por el Star Publishnig Trust que había sido fundado en Holanda en 1926 y que por muchos años habría de publicar las pláticas de K.

El tema de K de este año en Eerde, fue la Liberación, mientras que el año anterior había sido El Reino de la Felicidad. Lady Emily tomó algunas notas de lo que dijo:

Deben ustedes liberarse no a causa de mí sino a pesar de mí... Toda esta vida y especialmente durante los últimos meses, he luchado para estar libre de mis amigos, de mis libros, de mis vínculos. Deben ustedes luchar por la misma libertad. Tiene que haber una constante agitación interna. Sostengan constantemente un espejo delante de ustedes y, si ven ahí alguna cosa indigna del ideal que han crecido para sí mismos, cámbienla... No deben hacer de mí una autoridad. Si me convierto en una necesidad para ustedes, ¿qué harán cuando me vaya?... Algunos piensan que puedo darles un elixir que los hará libres, que puedo darles una fórmula que habrá de liberarlos; no es así. Puedo ser la puerta, pero ustedes deben pasar por la puerta y encontrar la liberación que está más allá... La Verdad llega como un ladrón en la noche cuando uno menos la espera. Yo quisiera poder inventar tan nuevo lenguaje, pero como no puedo, quisiera destruir la vieja fraseología y los conceptos de ustedes. Nadie puede darles la liberación, tienen que encontrarla internamente, pero como yo la he encontrado, quisiera enseñarles el camino... El que ha alcanzado la liberación ha llegado a ser el Maestro, como yo mismo. Ella radica en el poder de cada uno para penetrar en la llama, para convertirse en la llama... Porque estoy aquí, si quieren llevarme en el corazón, les daré la energía para alcanzarla... La liberación no es para los pocos, los elegidos, los selectos.

La propia filosofía de K estaba, por fin, empezando a emerger, para consternación de la mayoría de los que participaban en la asamblea, especialmente los miembros de la Sección Esotérica de la Sociedad Teosófica que

¹ Cuando hizo este llamado, Mrs. Besant escribió en *el Theosophist* de abril: "Estoy arriesgando en esta nueva aventura una reputación basada en cincuenta y tres años de labor pública y todo un futuro financiero".

estaban acostumbrados a que se les dijera lo que debían hacer y qué pasos habían dado en el Sendero. Él decía, en efecto, que los Maestros y todos los otros gurús no eran necesarios, que cada cual tenía que encontrar la Verdad por sí mismo. Durante la asamblea, habló mucho con Lady Emily acerca de su anhelo de convertirse en *sannyasi*. Decía de sí mismo que ésta fue la última gran tentación que tuvo que resistir.

Arundale, Wedgwood e incluso Raja, que personalmente eran devotos de K, en esa época declararon desde Huizen, donde estaban parando, que no creían que la conciencia de K se hubiera fundido hasta ese momento con la del Señor, pero debía mantenerse un frente unido. K mismo había cambiado ahora su terminología: la fusión de la conciencia se había convertido para él en la «unión con el Bienamado», que era la liberación.

Los viejos líderes teosóficos se aferraban desesperadamente a su poder; su influencia estaba siendo socavada. ¿Qué ocurriría con su autoridad si no pudieran ya adiestrar pupilos para el discipulado y repartir pasos en el Sendero? ¿Cómo podrían seguir disertando sobre el «Advenimiento del Instructor del Mundo» si el Instructor estaba haciendo declaraciones revolucionarias que golpeaban el corazón mismo de la Sección Esotérica?

Mrs. Besant estuvo nuevamente en el campamento ese año, pero con toda seguridad hubiera deseado asistir también a la asamblea. K debe haberla disuadido de venir, porque el 28 de julio, tres días antes de inaugurarse el campamento, ella le escribió desde Londres una carta patética:

Querido mío... Por un tiempo considerable he sentido que la culminación vendría a Eerde este año, y deseaba mucho estar allí para este bello momento y no ser nada sino sólo una más entre tu propia gente, de modo que me he sentido más bien triste al no estar ahí con todas las personas afortunadas que han tenido esa gran bendición. Tonta de mí, tal vez, ¡pero ansiaba tanto estar ahí! No creo que sepas cuánto te amo, querido, debido a que no te rondo ni me agito en torno de ti. De modo que he vertido a solas unas cuantas lágrimas sobre mi mal karma. Tú no sabías que yo era una boba semejante, ¿verdad?, ni que deseaba con tanta urgencia estar allí, en vez de llegar solamente con la multitud¹.

El día previo a la inauguración del campamento, antes del arribo de Mrs. Besant, K dio su primera respuesta pública al interrogante que preocupaba a tantos: ¿Creía o no creía él en los Maestros y en la jerarquía oculta? Fue tal vez la más importante declaración sobre su propia posición que haya hecho nunca:

Cuando yo era un niño pequeño, acostumbraba ver a Sri Krishna, con la flauta, tal como lo representaban los hindúes, porque mi madre era una devota de Sri Krishna... Cuando fui mayor y me encontré con el obispo Leadbeater y la Sociedad Teosófica, comencé a ver al Maestro K. H. -también en la forma en que me lo describían, la realidad desde el punto de vista de ellos-, y entonces el Maestro K. H. fue para mí la meta. Más tarde, conforme crecía, empecé a ver al Señor Maitreya. Eso fue hace dos años, y le veía constantemente en la forma en que me fue presentado... Ahora, últimamente, ha sido el Buda a quien he estado viendo, y ha sido mi deleite y mi gloria estar con Él. Se me ha preguntado qué es lo que entiendo por «el Bienamado». Daré un significado, una explicación que ustedes interpretarán como gusten. Para mí, el Bienamado es todo: es Sri Krishna, es el Maestro K.H., es el Señor Maitreya, es el Buda, y está aún más allá de todas estas formas. ¿Qué importa el nombre que uno le dé?... Lo que les inquieta es si existe alguien como el Instructor del Mundo, que se haya manifestado a sí mismo en el cuerpo de cierta persona: Krishnamurti; pero en el mundo nadie se preocupa de esta cuestión... Es algo desafortunado que tenga que explicarlo, pero debo hacerlo. Quiero que ello sea lo más indefinido posible y espero lograrlo. Mi Bienamado es los cielos abiertos, la flor, cada ser humano... Hasta que no fui capaz de decir con certeza, sin excitación indebida ni exageración con el fin de convencer a otros, que era uno con mi Bienamado, nunca lo dije. Hablaba acerca de vagas generalidades que todos deseaban oír. Nunca dije: Soy el Instructor del Mundo; pero ahora que siento que soy uno con mi Bienamado, lo digo, no para imprimir mi autoridad sobre ustedes, no para convencerles de mi grandeza ni de la grandeza del Instructor del Mundo, ni aun de la belleza de la vida, sino meramente para despertar en sus corazones y en sus propias mentes el deseo de buscar la Verdad. Si yo digo, y lo diré, que soy uno con el Bienamado, es porque lo siento y lo sé. He encontrado lo que anhelaba, me he unido a ello; por lo tanto, de aquí en adelante, no habrá separación, porque mis pensamientos, mis deseos, mis anhelos -los del yo individual-, han sido destruidos... Soy como la flor que da su perfume al aire de la mañana. Ella no se preocupa del que pasa por su lado... Hasta ahora han estado dependiendo de la autoridad de los dos Protectores de la Orden [Mrs. Besant y Leadbeater], o de algún otro que les revele la Verdad, mientras que la Verdad reside dentro de ustedes... No es bueno que me pregunten quién es el Bienamado. ¿De qué sirven las explicaciones? Porque ustedes no comprenderán al Bienamado hasta que sean capaces de verle en cada animal, en cada brizna de hierba, en cada persona que sufre, en cada individuo².

Mrs. Besant fue al campamento desde Huizen, acompañada de Raja y Wedgwood. Aunque su principal discurso durante las reuniones fue «El Instructor del Mundo está aquí», ella no podía conciliar lo que K decía actualmente, con su idea preconcebida acerca de lo que diría el Señor. Regresó a Huizen el 15 de agosto, y de este modo perdió una plática que K ofreció dos días después a los trabajadores voluntarios que habían ayudado a organizar el campamento. Las pláticas eran registradas habitualmente en taquigrafía y luego publicadas, pero no

¹ AKFA.

² *Who Brings the Truth* (Quien Trae la Verdad) (SPT, 1928).

hay registro oficial de ésta (probablemente fue suprimido por consideración a Mrs. Besant). Sólo tenemos una frase anotada en el diario de Lady Emily: «Ustedes no pueden ayudar hasta que ustedes mismos estén más allá de la necesidad de ayuda». Informes de esta plática llegaron hasta Mrs. Besant y la trastornaron grandemente, y también, según dijo, trastornaron a muchos otros. K, que se hallaba descansando en Villars con Rajagopal, escribió a Mrs. Besant diciéndole que no podía recordar lo que había dicho. «Me temo que todos ellos se oponen a pensar por sí mismos», agregaba, «y es mucho más fácil descansar cómodamente en los pensamientos de otros... Madre, nosotros dos debemos permanecer juntos y nada más importa».

Pero, de acuerdo con Peter Freeman, M.P., Secretario General de la Sociedad Teosófica en Gales: «Él [K] nos dijo que nunca en su vida había podido leer un libro teosófico, que no podía entender nuestra 'jerga' teosófica y que, aun cuando había oído muchas conferencias teosóficas, ninguna de ellas le había convencido del conocimiento que tenían de la Verdad»¹.

Después de Villars, K fue a París donde había prometido posar para el escultor Antoine Bourdelle. Bourdelle, por entonces de sesenta y seis años, se sintió inmediatamente cautivado por K. «Cuando uno escucha hablar a Krishnamurti, queda asombrado»², se cuenta que dijo, «tanta sabiduría en un hombre tan joven... Krishnamurti es un gran sabio y, si yo tuviera quince años, lo seguiría»³.

K no estuvo presente cuando Rajagopal y Rosalind se casaron el 3 de octubre en un registro civil de Londres, a lo cual siguió una ceremonia religiosa en la Iglesia Católica Liberal de St. Mary. Mrs. Besant entregó a Rosalind al novio. Era Mrs. Besant quien había impulsado el matrimonio a fin de que Rosalind pudiera viajar decorosamente con K, si bien es cierto que Rajagopal estaba profundamente enamorado de ella. Arya Vihara, en Ojai, habría de convertirse en el hogar de ambos. K no recordaba lo que había pensado acerca de este matrimonio. Sin embargo, sus sentimientos en relación con el matrimonio en general habían cambiado por entonces, ya no lo consideraba un desastre.

¹ *The Last Four Lives of Annie Besant*, (Las Cuatro Últimas Vidas de Annie Besant), A.H. Nethercote (Hart-Davis, 1961).

² El busto de K hecho por Bourdelle, considerado entre sus obras más bellas, se encuentra hoy en el Museo Bourdelle de París.

³ Entrevista con Bourdelle en *L'Intransigéant*, marzo de 1928.

«Rehuso ser la muleta de ustedes»

En octubre de 1927, K viajó a la India con Mrs. Besant. Al desembarcar en Bombay el día 27, Mrs. Besant hizo para los reporteros que los recibieron, una declaración sobre K: «Doy testimonio de que él ha sido considerado merecedor... de fundir su conciencia con la de un fragmento, un *amsa* de la omnipresente conciencia del Instructor del Mundo... y ahora él ha vuelto a ustedes, a su propia gente, a su propia raza, trascendiendo empero a ambas, porque él pertenece a todo el mundo».

Uno puede imaginarse el efecto de esta proclama en la gente de la India, cuya tendencia natural es postrarse en adoración. Sin embargo, Arundale escribió un artículo en el *Theosophy in India* que ilustra la insoportable situación que K afrontó durante ese invierno y el azoramiento de los teósofos: «Nuestra presidenta ha venido declarando que el Señor está aquí... Ahora bien, es imposible para mí conciliar esta declaración... con mi propio conocimiento del Señor tal como Él es en su glorioso cuerpo».

Leadbeater fue a Adyar para la Convención Teosófica de diciembre. El día 8 K escribió a Lady Emily: «Tuve una larga conversación con él... está de acuerdo conmigo hasta un grado sorprendente. Me preguntó cómo me sentía y yo le dije que no había Krishna -el río y el mar¹-. Sí, dijo él, como en los libros antiguos, todo ello es verdad. Estuvo muy amable y extraordinariamente respetuoso».

En enero, K volvió a escribir a Lady Emily para decirle que la cabeza le había dolido terriblemente y que debió desmayarse varias veces. Esto rara vez lo abandonaba ahora, si bien no le impidió viajar por la India ofreciendo pláticas. Se sentía decepcionado de que Leadbeater no pudiera dar una explicación para la continuación del dolor. K había aceptado todos sus sufrimientos físicos como una preparación del cuerpo a fin de que fuera ocupado por el Señor; sin embargo, ahora que él había alcanzado «la unión con el Bienamado», no podía entender por qué el dolor debía continuar.

Su compañero de viaje, ahora que Rajagopal estaba en Ojai con Rosalind, era un viejo amigo, Jadunandan Prasad (Jadu). Jadu había estado el verano anterior en Pergine y en la asamblea de Eerde. Era un joven atractivo, mucho más parecido en temperamento a Nitya que Rajagopal, y K sentía con él una afinidad más natural. A fines de febrero, Jadu viajó de regreso a Europa con K. Por primera vez en una travesía, K sostuvo discusiones con sus compañeros de viaje después de reiteradas solicitudes en tal sentido.

El 31 de marzo ofreció su primera plática pública en Inglaterra, la que tuvo lugar en la *Friends Meeting House* (Casa de Encuentro de Amigos). Hubo tanto interés, que centenares de personas tuvieron que volverse. Cuatro días más tarde, Jadu se embarcó con K hacia los EE.UU. El primer campamento de la Estrella iba a realizarse en Ojai durante el mes de mayo, sobre los terrenos adquiridos por Mrs. Besant en el extremo inferior del valle, los que incluían un bosquecillo de robles, los hermosos y siempre verdes robles de California. Pero antes del campamento, durante la tarde del 5 de mayo, K ofreció su primera plática pública en los EE.UU., la cual tuvo lugar en el Hollywood Bowl para un auditorio de 16.000 personas que, según el periódico *Los Angeles Times*, escucharon, en un estado «aparentemente absorto de atención», su plática sobre «La Felicidad a través de la Liberación».

Al primer campamento de Ojai sólo asistieron alrededor de 1.000 personas. Sin embargo, fue un gran éxito. Las pláticas matinales se realizaron en El Robledal. El 30 de mayo, dos días después de la clausura del campamento, K, Rajagopal y Jadu partieron hacia Inglaterra, mientras que Rosalind permaneció en Ojai. Mrs. Besant llegó a Inglaterra al mismo tiempo y K fue con ella a París donde, el 27 de junio, habló en francés sobre «El Secreto de la Felicidad» desde la Eiffel Tower Radio Station (Estación de Radio de la Torre Eiffel), para una audiencia estimada en dos millones de oyentes.

Ese verano, antes del campamento de Ommen, hubo en el Castillo de Eerde una asamblea más numerosa que nunca. El otro granero también había sido transformado y ahora había lugar para más visitantes que los miembros de la Estrella. Leopoldo Stokowsky vino a pasar unos días con su esposa, y también lo hicieron Sir Roderick Jones, Director de la Agencia Reuter, y su esposa, la autora Enid Bagnold. K tenía ahora innumerables amigos de muchas nacionalidades diferentes, pero una pareja con la que llegó a establecer una amistad particularmente estrecha, era la constituida por dos egipcios que vivían en París, Carlo y Nadine Suáres.

Mrs. Besant se había propuesto estar en el Campamento de Ommen a pedido especial de K, formulado en una cariñosa carta, pero la enfermedad se lo impidió. Aunque K estaba muy preocupado por la salud de Mrs. Besant, la ausencia de ella le permitió decir lo que quería en sus charlas frente a la hoguera, sin el temor de lastimarla. Antes de la inauguración del campamento dijo a los organizadores que aboliría la Orden de la Estrella inmediatamente si

¹ Alude a la tradición en la filosofía oriental según la cual, al término de la evolución, el ego, después de numerosos giros de vidas sucesivas, deja el río de la vida para perderse en el mar del Nirvana.

ésta «alegaba ser un vaso que contiene la Verdad y la única Verdad». Durante las reuniones se le formularon preguntas como: «¿Es verdad que usted no desea discípulos?»; «¿Qué piensa de los ritos y las ceremonias?»; «¿Por qué nos dice usted que no hay etapas a lo largo del Sendero?»; «Cuando usted nos dice que no hay Dios ni código moral, que no existen ni el bien ni el mal, ¿en qué difiere su enseñanza del común materialismo?»; «¿Es usted el Cristo que regresa?». Los extractos de las respuestas de K que se presentan a continuación, muestran lo poco que le habían comprendido aquellos que formulaban las preguntas:

Digo una vez más que no tengo discípulos. Cada uno de ustedes es un discípulo de la Verdad si comprende la Verdad y no sigue a los individuos... La Verdad no da esperanzas, da comprensión... No hay comprensión en el culto de la personalidad... Sigo sosteniendo que todas las ceremonias son innecesarias para el desarrollo espiritual. Si ustedes desean buscar la Verdad tienen que salir, alejarse mucho de las limitaciones de la mente y el corazón humanos y descubrirla allí; y esa Verdad se halla dentro de ustedes mismos. ¿No es mucho más sencillo hacer de la Vida misma la meta, que tener mediadores, gurús, quienes inevitablemente tienen que rebajar la Verdad y, en consecuencia, traicionarla?... Yo digo que la Liberación puede ser alcanzada en cualquier etapa de evolución por un hombre que comprende, y que rendir culto a las etapas, como hacen ustedes, no es esencial... No me citen después como una autoridad. Rehusó ser la muleta de ustedes. No dejaré que me pongan en una jaula para adorarme. Cuando ustedes traen el aire fresco de la montaña y lo retienen en un pequeño cuarto, la frescura de ese aire desaparece y hay estancamiento... Nunca he dicho que no hay Dios. He dicho que Dios sólo existe cuando se manifiesta en nosotros... Pero no voy a usar la palabra Dios... Prefiero llamar a esto Vida... Por supuesto que no hay ni bien ni mal. El bien es aquello que ustedes no temen; el mal es lo que les infunde miedo. De modo que si destruyen el miedo, están espiritualmente realizados... Cuando estén enamorados de la Vida y coloquen ese amor ante todas las cosas y juzguen por ese amor y no por el miedo, entonces este estancamiento que ustedes llaman moralidad desaparecerá... Amigos, que no les preocupe quién soy yo, ustedes nunca lo sabrán... ¿Creen que la Verdad tiene algo que ver con lo que ustedes piensen que soy? Ustedes no se interesan en la Verdad, sino que se interesan en el vaso que contiene la Verdad... Beban el agua si el agua es limpia; yo les digo que tengo esa agua limpia; tengo ese bálsamo que purificará, que sanará profundamente; y ustedes me preguntan: ¿quién es usted? Yo soy todas las cosas, porque soy la Vida¹.

K clausuró la Convención con las palabras: «Ha habido muchos millares de personas en estos campamentos y ¡qué no podrían hacer en el mundo si todas comprendieran! Podrían cambiar la faz del mundo mañana mismo».

La pobre Mrs. Besant, ahora de ochenta años, estaba teniendo una vejez desdichada tratando de conciliar lo inconciliable. Para estar de acuerdo con lo que K decía, ella cerró la Sección Esotérica en todo el mundo antes de que él arribara a la India en octubre de 1928. (Habría de reabrirla en menos de un año). K reconoció como algo maravilloso en ella el haberlo hecho. Mrs. Besant no pudo estar allí para saludarlo cuando él llegó a Adyar, pero le escribió: «Querido. Estoy suspendiendo la S.E. por completo e indefinidamente, dejando a tu cargo toda la enseñanza»; y al día siguiente: «Bienvenido a casa, querido. He hecho lo mejor a mi alcance con el fin de aclarar el campo para ti, tú eres la única autoridad»². Como K le dijo a Lady Emily, Mrs. Besant deseaba renunciar a la Presidencia de la Sociedad Teosófica para seguirlo a todas partes, pero el Maestro de ella no se lo permitía. En todas las reuniones que hubo en la India durante ese invierno, ella insistió en sentarse sobre el suelo con el resto del público en vez de hacer lo junto a él en el estrado como siempre lo había hecho antes. Al mismo tiempo, Mrs. Besant estaba apoyando a Arundale que había dicho a K, como éste lo informó a Lady Emily: «Tú sigue tu camino y nosotros seguiremos el nuestro. Yo también tengo algo que enseñar». Mrs. Besant apoyaba también a Leadbeater, que le había escrito: «Por supuesto que nuestro Krishnaji no tiene la Omnisciencia del Señor», al escribir ella misma en el *Theosophist* de diciembre: «La conciencia física de Krishnamurti no participa en la omnisciencia del Señor Maitreya», y citaba la sentencia de Sri Krishna: «La Humanidad viene a Mí por muchos caminos». K escribió a Lady Emily diciéndole que pronto habría «una división bien definida» entre él y la Sociedad Teosófica, lo cual sería «mucho mejor que este fingimiento». La cabeza y la espina dorsal seguían doliéndole mucho y nadie podía ayudarle, «no como antes».

Mientras K estuvo en Benarés ese año, el Rishi Valley Trust (Trust del Valle del Rishi) adquirió de las autoridades militares 300 acres de terrenos que K quería para otra escuela. Estaban en Rajghat, un lugar hermoso a orillas del Ganges, justo al norte de Benarés. El sendero de los peregrinos corre a través del estado, uniendo Kashi con Saranath, donde el Buda predicó su primer sermón después de la iluminación. Todo el capital del Trust habría de invertirse en estos terrenos, pero «eso no podía evitarse».

K y Jadu se embarcaron para Europa en febrero de 1929. Después de cortas visitas a París, Eerde y Londres, siguieron viaje a Nueva York. En Londres yo había dicho a K que estaba comprometida para casarme. Desde el barco él escribió a Lady Emily: «Al principio me sentí francamente perturbado al respecto -usted sabe lo que

¹ *Let Understanding be the Law* (Que la Comprensión sea la Ley) (SPT, 1928).

² AKFA.

quiero decir- y pensé cuidadosamente acerca de todo ello mientras estuve con usted, y ahora está todo bien. Mis ideas y mis puntos de vista no deben interferir con el desarrollo de Mary. Habrá muy pocos que recorran conmigo todo el camino. Espero que Mary salga de ello como una flor plenamente florecida». El mismo día, 5 de marzo, K escribía a Mar de Manziarly: «Jamás abandonaré a ninguno, pero todos me abandonarán». De los antiguos amigos, Mar fue la única que siguió continuamente a K hasta la muerte de éste. Madame de Manziarly encontró una salida para sus energías en el Movimiento Cristiano Ecuménico; Ruth ya estaba casada con un obispo de la Iglesia Católica Liberal. K y Helen se distanciaron (a principios de 1930 ella se casó con Scott Nearing); mi hermana Betty reaccionó violentamente contra K, Rajagopal, como se verá, terminó separándose de él. Por supuesto, muchos de los viejos amigos fueron fieles hasta la muerte *de ellos*, y muchos de los que conoció más tarde fueron fieles hasta la muerte *de él* y más allá, pero hubo otros que se volvieron contra él, generalmente por celos o por resentimiento. En los primeros tiempos, cuando K decía algo que gustaba a ciertas personas, éstas solían sostener que era el Señor el que hablaba a través de él; cuando decía algo que ellas no querían oír, era K quien hablaba. De igual modo en el futuro: cuando decía algo desagradable para algunos, éstos solían acusarlo de haber sido «influenciado» por uno u otro de los que te rodeaban.

A pesar de la certidumbre que K tenía de su unión con «el Bienamado», no había perdido y jamás habría de perderlo, su lado humano. Ese año en Ojai, él, Rajagopal y Jadu, «hablaban y hablaban, reírían y se acaloraban», como K relató a Lady Emily. También reían muchísimo, hacían payasadas y se fastidiaban unos a otros. Rajagopal tenía una risa notable -más bien una risita entrecortada-, mientras que la risa de K era más sonora y profunda. K permaneció toda su vida tímido y retraído con los extraños y reacio a la trivialidad de las charlas sociales. En nuestra casa de Londres y acompañado de Mrs. Besant, había conocido a Bernard Shaw, quien declaró que K era «el más bello ser humano que hubiera visto jamás»¹, pero K era demasiado tímido como para hablar con él una docena de palabras.

K era físicamente un hombre perfectamente normal que había sido educado para creer que el sexo debía sublimarse en todos aquellos que aspiraban a convertirse en discípulos de los Maestros, y más aún si uno iba a ser el vehículo del Señor. Él habría de abandonar completamente esta intolerancia hacia el sexo, pero nunca lo consideró en absoluto como algo sobre lo cual hubiera que crear un problema. Debido a su buena apariencia, si no por otra cosa, era inevitable que muchas mujeres se enamoraran de él. Hubo más de una loca que escribió afirmando ser su esposa, y si era visto públicamente en compañía de una muchacha, la prensa anunciaba inmediatamente un compromiso matrimonial².

Durante las seis semanas que K permaneció en Ojai este año, antes del campamento, los dolores en la cabeza y espina dorsal fueron muy intensos y se sentía tan agotado que un nuevo médico le previno que, si no descansaba más, los frecuentes ataques de bronquitis que tenía podían derivarse en una tuberculosis, por lo tanto, canceló todas sus pláticas para ese verano, incluyendo tres conferencias en el *Queen's Hall* de Londres, y decidió limitarse a los campamentos de Ojai y Ommen y a la asamblea de Eerde.

El campamento de Ojai, que comenzó el 27 de mayo, había duplicado su asistencia. En una de sus pláticas en El Robledal, dijo: «Yo digo ahora, lo digo sin presunción alguna, con verdadero entendimiento, con plenitud de mente y corazón, que soy esa llama intensa que es la gloria de la vida, llama a la que deben llegar todos los seres humanos, tanto los individuos como la totalidad del mundo»³. Durante el campamento corrieron rumores de que pronto iba a disolver la Orden de la Estrella, cosa que hizo unas semanas después. El 3 de agosto, durante la primera reunión del campamento de Ommen, en presencia de Mrs. Besant y de más de 3.000 miembros de la estrella, con miles de holandeses que le escuchaban por la radio, K puso fin a una época de su propia historia. Lo que sigue es parte de lo que dijo:

Yo sostengo que la Verdad es una tierra sin caminos, y no es posible acercarse a ella por ningún sendero, por ninguna religión, por ninguna secta. Ése es mi punto de vista y me adhiero a él absoluta e incondicionalmente... Si desde el principio entienden eso, entonces verán lo imposible que es organizar una creencia. Una creencia es un asunto puramente individual, y no pueden ni deben organizarla. Si lo hacen, se torna en algo muerto, cristalizado; se convierte en un credo, una secta, una religión que ha de imponerse a los demás.

Esto es lo que todos en el mundo tratan de hacer. La Verdad se empequeñece y se transforma en un juguete para los débiles, para los que sólo momentáneamente están descontentos. La Verdad no puede rebase, es más bien el individuo quien tiene que hacer el esfuerzo de elevarse hacia ella. Ustedes no pueden traer la cumbre de la montaña al valle... De modo que ésta es la primera razón, desde mi punto de vista, por la que la Orden de la Estrella debe ser disuelta. A pesar de esto, ustedes Tornarán probablemente otras Órdenes, continuarán perteneciendo a otras

¹ Bernard Shaw, Hesketh Person (Collins 1942).

² Hubo un informe en los diarios de Nueva York, de su compromiso con Helen Knothe, y mi padre tuvo que arreglárselas para detener, en 1927, un anuncio de mi compromiso con K.

³ ISB, junio 1921).

organizaciones que buscan la Verdad. Yo no quiero pertenecer a ninguna organización de tipo espiritual; por favor, comprendan esto...

Si se crea una organización para este propósito, ella se convierte en una muleta, en una debilidad, en una servidumbre que por fuerza mutila al individuo y le impide crecer, establecer su unicidad, que descansa en el descubrimiento que haga por sí mismo de esa Verdad absoluta e incondicionada. Por lo tanto, ésta es otra de las razones por las que he decidido, ya que soy el jefe de la Orden, disolverla.

Ésta no es ninguna magnífica proeza, porque yo no deseo seguidores, y esto es lo que quiero decir. En el momento en que siguen a alguien, dejan de seguir la Verdad. No me preocupa si prestan o no prestan atención a lo que digo. Deseo hacer cierta cosa en el mundo y voy a hacerla con resuelta concentración. Sólo estoy interesado en una cosa esencial: hacer que el hombre sea libre. Deseo liberarlo de todas las jaulas, de todos los temores, y no fundar religiones, nuevas sectas, ni establecer nuevas teorías y nuevas filosofías. Entonces, naturalmente, me preguntarán por qué recorro el mundo hablando continuamente. Les diré por qué razón lo hago: no es porque desee que me sigan ni porque desee un grupo especial de discípulos selectos. No tengo discípulos ni apóstoles, ya sea en la tierra o en el reino de la espiritualidad.

Tampoco es la tentación del dinero ni el deseo de vivir una vida cómoda lo que me atrae. ¡Si quisiera llevar una vida cómoda no vendría a un Campamento ni viviría en un país húmedo! Estoy hablando francamente porque quiero que esto quede establecido de una vez por todas. No deseo que estas discusiones infantiles se repitan año tras año.

Un periodista que me ha entrevistado, consideraba un acto grandioso disolver una organización con miles y miles de miembros. Para él ésta era una gran acción porque dijo: «¿Qué hará usted después, cómo vivirá? No tendrá seguidores, la gente ya no le escuchará. Con que sólo haya cinco personas que me escuchen, que tengan sus rostros vueltos hacia la eternidad, será suficiente. ¿De qué sirve tener miles que no comprenden, que están completamente embalsamados en sus prejuicios, que no desean lo nuevo sino que más bien querrían traducir lo nuevo para que se acomode a sus propias personalidades estériles, estancadas?...

Por dieciocho años se han estado preparando para este acontecimiento, para la Venida del Instructor del Mundo. Por dieciocho años se han organizado, han esperado a alguien que daría un nuevo deleite a sus corazones y mentes, que transformaría por completo sus vidas, que les daría una nueva comprensión; alguien que los elevaría a un nuevo plano de la vida, que les daría un nuevo estímulo, que los haría libres, ¡y vean ahora lo que está sucediendo! Considérenlo, razonen consigo mismos y descubran de qué manera esa creencia los ha hecho diferentes, no con la superficial diferencia de llevar una insignia, lo que es trivial y absurdo. ¿De qué manera una creencia semejante ha barrido con todas las cosas no esenciales de la vida? Esa es la única manera de juzgar; ¿en qué forma son más libres, más grandes, más peligrosos para toda sociedad que esté basada en lo falso y en lo no esencial? ¿En qué forma los miembros de esta organización de la Estrella han llegado a ser diferentes?...

Ustedes dependen de algún otro para su espiritualidad, para su felicidad, para su iluminación... Cuando les digo: busquen dentro de sí mismos la iluminación, la gloria, la purificación, la incorruptibilidad del propio ser, ninguno de ustedes está dispuesto a hacerlo. Puede que haya unos pocos, pero son muy, muy pocos. ¿Para qué, pues, tener Una organización?...

Ustedes utilizan una máquina de escribir para su correspondencia, pero no la ponen en un altar para adorarla. Sin embargo, eso es lo que están haciendo cuando las organizaciones se convierten en su principal preocupación. «¿Cuántos miembros hay en ella?» Esa es la primera pregunta que me hacen todos los reporteros. No sé cuántos hay. Eso no me interesa... Ustedes se han acostumbrado a que se les diga cuánto han avanzado, cuál es el grado espiritual que poseen. ¡Qué niñerías! ¿Quién sino ustedes mismos pueden decir si son incorruptibles?

... Pero aquellos que realmente deseen comprender, que traten de descubrir lo que es eterno, sin principio ni fin, marcharán juntos con gran intensidad, serán un peligro para todo lo que no es esencial, para las irrealidades, para las sombras... Un cuerpo así es lo que debemos crear, y ése es mi propósito. Porque en esa verdadera amistad -que al parecer ustedes no conocen- habrá verdadera cooperación de parte de cada uno. Y esto no a causa de la autoridad ni de la salvación, sino porque ustedes realmente comprenden y, en consecuencia, son capaces de vivir en lo eterno. Esto es algo más grandioso que todo placer, que todo sacrificio.

Esas son, pues, algunas de las razones por las que, después de haberlo considerado cuidadosamente por dos años, he tomado esta decisión. No proviene de un impulso momentáneo. No he sido persuadido a ello por nadie, no me dejo persuadir en tales cosas. Durante dos años he estado pensando en esto, despacio, cuidadosamente, pacientemente, y ahora he decidido disolver la Orden. Pueden ustedes formar otras organizaciones y esperar a algún otro. Eso no me concierne, ni me interesa crear nuevas jaulas, nuevas decoraciones para esas jaulas. Mi único interés es hacer que los hombres sean absoluta, incondicionalmente libres¹.

¹ ISB, septiembre 1929.

«Prosigo mi camino»

Después de la disolución de la Orden, el Castillo de Eerde y todos sus terrenos, excepto 400 acres sobre los que se levantaba el campamento, fueron devueltos al Barón van Pallandt, mientras que los lotes de tierras en Australia y el anfiteatro en el extremo del puerto de Sydney, se devolvieron a sus donantes. Aunque K fue a Adyar con Mrs. Besant ese invierno y, por consideración a ella, mantuvo una apariencia de armonía con la Sociedad Teosófica, renunció a la Sociedad cuando, antes de finalizar el año, Mrs. Besant reabrió la Sección Esotérica en todo el mundo. Sin embargo, el amor personal que ambos sentían el uno por el otro, jamás tambaleó. Al salir de la India en febrero de 1930, llamándola «Mi propia amada Madre», le decía: «Yo sé, y ello no me importa, que C.W.L. [Leadbeater] está contra mí y contra lo que digo pero, por favor, no se inquiete al respecto. Todo esto es inevitable y, en cierto sentido, necesario. Yo no puedo cambiar y supongo que ellos no cambiarán y, en consecuencia, hay conflicto. No importa lo que un millón de personas diga o no diga; sé con certeza lo que soy y prosigo mi camino».

Leadbeater en Sydney decía ahora que «El Advenimiento ha fracasado»; Arundale, que concedería a K «un nicho en el Panteón Teosófico pero nada más»; Raja, que la enseñanza de K era «un color más en el espectro»; y Wedgwood, que Mrs. Besant estaba «fuera de juicio», de modo que cuando decía que la conciencia de Krishna se había fundido con la del Señor Maitreya, no podía confiarse en ella¹.

Centenares de personas se sintieron angustiadas por la disolución de la Orden. Una de ellas fue Lady De La Warr, que habría de morir en 1930. Miss Dodge permaneció leal a K hasta su muerte acaecida cinco años después. La persona que más sufrió fue probablemente Lady Emily, no tanto por la disolución de la Orden como por la declaración de K en el sentido de que no quería seguidores. Por dieciocho años ella había estado aguardando que él dijera: «Sígueme», y dichosamente habría abandonado hogar, marido y familia; ahora su existencia se había vuelto por completo carente de propósito. En su autobiografía, *Candles in the Sun*, escribió: «Krishna había logrado trascender el amor personal, pero yo no pude hacerlo. No era que él no amara, pero ya ninguna persona era necesaria para él. Había alcanzado el amor universal. Como él mismo decía: ‘El amor puro es como el perfume de la rosa, que se brinda a todos. Al sol no le importa a quién alumbra... La calidad del verdadero amor, del amor puro, no conoce distinciones tales como esposa y marido, hijo, padre, madre’». Lady Emily sentía que esto era demasiado abstracto para ayudar de algún modo a aquellos que tenían que vivir en el mundo con responsabilidades de familia, sentía que en realidad K estaba escapando de la vida. El trató con muchísima paciencia de mantenerla a su lado, y le escribió desde Ojai:

Lamento que usted se sienta así con respecto a lo que digo. El éxtasis que experimento es el resultado de este mundo. Yo quería comprender, quería conquistar el dolor, esta pena del desapego y el apego, la muerte, la continuidad de la vida, todo lo que el hombre sufre día tras día, quería comprenderlo y conquistarlo. Lo he hecho. Por tanto, mi éxtasis es verdadero e infinito, no un escape. Conozco la salida de esta incesante desdicha y deseo ayudar a la gente a salir fuera del pantano de este sufrimiento. No, esto no es un escape.

Ella te contó entonces lo desdichada que se sentía por haberlo decepcionado, a lo cual él le contestó: «Querida mamá, no estoy ‘decepcionado’ de usted, ¡qué cosas dice y escribe! Sé por lo que está pasando, pero no se preocupe por ello... Sólo tiene que transferir el énfasis que pone en las cosas. Mire, uno no debe tener creencias, ni siquiera ideas, porque ellas pertenecen a toda clase de reacciones y respuestas... Si usted está alerta, libre de ideas, creencias, etc. en el presente, entonces puede ver infinitamente, y esta percepción es felicidad». Pero ella quedó más confundida que nunca cuando se le dijo que no debía tener creencias ni ideas.

Los campamentos anuales en Ommen y Ojai estaban ahora abiertos al público y no menos concurridos que antes porque atraían a una clase diferente de auditorio: aquellos que se interesaban en lo que K tenía que decir, antes que interesarse en lo que él era. Tal como K mismo lo deseaba. Estando en Ommen, K se alojaba ahora en una cabaña especialmente construida para él. (Algunas personas habían construido cabañas entre los pinos). Las donaciones para su labor continuaban afluyendo. Rajagopal se encargaba de todos los asuntos financieros, arreglaba sus giras y se ocupaba de la impresión de sus pláticas por el Star Publishitig Trust: Rajagopal también editaba el *International Star Bulletin* (Boletín Internacional de la Estrella).

Después del campamento de Ommen en 1930, K viajó con Rajagopal a Atenas, Constantinopla y Bucarest, donde lo habían invitado para ofrecer pláticas públicas. Desde Atenas escribió a Lady Emily: «Jamás he visto nada más bello, más simple e impresionante que el Parthenon. Toda la Acrópolis es maravillosa, soberbia, y *todo* lo demás que existe como expresión del hombre es vulgar, mediocre y confuso. ¡Qué personas tan prodigiosas eran

¹ Estas declaraciones fueron hechas en: *Theosophist* junio 1931; *ibid*, diciembre 1931; *Theosophy in India*, 1931, y Wedgwood a Lady Emily, octubre 1929.

aquellos pocos griegos!» Las únicas obras de arte que lo habían conmovido tanto fueron, *La Victoria Alada* en el Louvre y una cabeza de piedra del Buda en el Museo de Boston. (En marzo de 1924, K había escrito en el *Herald* un artículo sobre esta cabeza del Buda).

En Bucarest tuvo dos entrevistas privadas con la Reina María de Rumania, nieta de la Reina Victoria, quien lo invitó al palacio para verlo. También allí tuvo que tener, día y noche, una escolta policial, puesto que algunos estudiantes nacionalistas católicos habían amenazado con matarle. Él consideraba las precauciones policiales como un gran juego. En enero y febrero de 1931, estuvo hablando en Yugoslavia y Budapest; dondquiera que viajara, sostenía tanto entrevistas privadas como pláticas públicas.

En una de estas pláticas, ofrecidas en Londres en el mes de marzo, se pudo advertir un sutil rumbo nuevo en la enseñanza de K y un cambio en su estilo:

En todas las cosas, en todos los hombres, reside la totalidad, la integridad de la vida... Por integridad entiendo la libertad de la conciencia, una conciencia libre de la individualidad. Esa integridad que existe en todas las cosas no puede progresar, es absoluta. Es inútil el esfuerzo para adquirirla, pero si ustedes pueden comprender que esa Verdad consiste solamente en la eliminación de los obstáculos que se interponen, entonces existe una comprensión intemporal. Esto no es una negación. Casi todas las personas temen no ser nada. Cuando hacen un esfuerzo lo consideran positivo, y al esfuerzo lo llaman virtud. Cuando hay esfuerzo no hay virtud. La virtud no requiere esfuerzo. Cuando uno es nada, uno es todas las cosas, no por engrandecimiento, no por poner el acento en el «yo», en la personalidad, sino por la continua disipación de esa conciencia que crea poder, codicia, envidia, afán posesivo, vanidad, miedo y pasión. Sintándose sosegados constantemente, se vuelven ustedes del todo conscientes, y entonces liberan la mente y el corazón y conocen la armonía, que es integridad¹.

Cuando, como escribió a Raja, un reportero le preguntó si era el Cristo, su respuesta fue: «Sí, en el puro sentido, pero no en el sentido tradicional, aceptado de la palabra». Más tarde dijo a Lady Emily: «Usted sabe, madre, que nunca lo he negado [ser el Instructor del Mundo]; sólo he dicho que no importa qué o quién soy yo, sino que ellos deben examinar lo que digo, lo cual no significa que haya negado ser el I.M.». K jamás habría de negarlo.

En agosto llegaron las noticias de que Jadu, quien había permanecido en EE.UU. ese año, había muerto de una apoplejía. Su muerte fue un golpe para K, que se había sentido muy cerca de él. Después de más viajes y del campamento de Ommen, en octubre K regresó exhausto a Ojai con la decisión de tomarse un descanso completo en lugar de viajar a la India. Los Rajagopal tenían ahora una niña, Radha, con quien K llegó a encariñarse mucho. Cuando la familia fue a Hollywood, donde Rajagopal tenía que someterse a una extracción de amígdalas, K se quedó solo por primera vez en su vida. El 11 de octubre escribió a Lady Emily desde la Cabaña de los Pinos, donde estaba viviendo durante la ausencia de los Rajagopal: «El estar así, solo, me ha dado algo tremendo, y es exactamente lo que necesito. Hasta ahora, todo ha llegado en mi vida en el momento justo. Mi mente está muy serena pero concentrada y la estoy observando como un gato observa a un ratón. Estoy disfrutando realmente de esta soledad y no puedo expresar en palabras lo que siento. Pero tampoco, me engaño a mí mismo. Seguiré haciendo esto por los próximos tres meses o hasta cuando lo necesite. Ello jamás puede terminar, pero quiero poner fin a todas las superficialidades que tengo». Añadía que cuando los Rajagopal regresaran, iría a la cabaña para servirse sus comidas en una bandeja. Parece haber sido a partir de esta época en qué vivió solo, que K perdió casi por completo sus recuerdos del pasado. Esto fue coherente con lo que sostuvo luego en su enseñanza: que la memoria, excepto para fines prácticos, era un peso que no debía arrastrarse de un día para el otro.

Es sólo por las cartas de K a Lady Emily, que conocemos algo del estado de su mente a principios de los años 30. En marzo del año siguiente, le escribió: «Estoy tratando de construir un puente a fin de que otros puedan cruzarlo, no para alejarse de la vida sino para tener una vida más rica... Cuanto más pienso en lo que he [comprendido], más claramente puedo exponerlo y ayudar a construir un puente, pero eso toma tiempo y exige un cambio constante de las frases a fin de que transmitan el verdadero significado. Usted no tiene idea de lo difícil que es expresar lo inexpresable, y lo que se expresa no es la verdad». Toda su vida trató de expresar lo inexpresable en diferentes palabras y frases.

Lejos de sentirse llevada por K, Lady Emily se mostraba sumamente crítica con él, diciéndole lo que sin duda mucha gente pensaba y decía a sus espaldas sin el valor de decírselo abiertamente. En septiembre de este año, por ejemplo, ella le escribía:

Pareces sorprendido de que la gente no te comprenda, ¡pero yo debería estar mucho más sorprendida si no lo hicieran! Después de todo, estás desbaratando todo aquello en que siempre han creído, derribando sus cimientos y poniendo en su

¹ ISB, junio 1931.

lugar una nebulosa abstracción. Tú mismo dices que lo que afirmas es indescriptible y que no puede ser comprendido hasta que uno lo descubre por sí mismo. ¿Cómo esperas, entonces, que ellos te comprenden? Tú hablas desde otra dimensión y has olvidado por completo qué es vivir en un mundo de tres dimensiones... ¡Estás ahogando por una completa destrucción del ego a fin de alcanzar algo acerca de lo cual nada puede uno saber hasta que lo alcanza! Es natural que la gente prefiera sus egos, de los cuales algo conoce... Ningún problema humano significa nada para ti porque careces de ego, y tu abstracción de la bienaventuranza nada significa para la gente que sigue deseosa de vivir en el mundo tal como lo conoce¹.

El mismo día que ella le escribía esto, él le escribía durante una gira por los EE.UU.: «Estoy lleno de algo tremendo. No puedo expresarle en palabras lo que eso es, un gozo desbordante, un silencio vívido, una percepción intensa como una llama viviente... He estado probando curar con mis manos, dos o tres casos, y les he pedido que no dijeran nada acerca de eso, que ha resultado bastante bien. Una señora que estaba por volverse ciega quedará, así lo creo, perfectamente».

K tenía, indudablemente, algún poder de curar pero siempre se mostró muy reticente al respecto, pues no quería que la gente acudiera a él como un sanador físico. En respuesta a una pregunta que le formularon en una reunión, había contestado:

¿Qué preferirían ustedes: un instructor que pueda mostrarles el modo de mantenerse permanentemente íntegro o uno que pueda curarles momentáneamente sus heridas? Los milagros son fascinantes juegos de niños. Los milagros ocurren todos los días. Los médicos están realizando milagros. Muchos amigos míos son curadores espirituales. Pero aunque ellos puedan curar el cuerpo, a menos que puedan integrar la mente y el corazón, la enfermedad volverá. Me interesa curar la mente y el corazón, no el cuerpo. Sostengo que ningún gran Instructor realizaría un milagro, porque ello significaría una traición a la Verdad².

En su juventud, K tenía ciertamente poderes de clarividencia que él podría haber desarrollado, en vez de eso, deliberadamente los suprimió. Cuando las personas acudían a él por ayuda, no quería saber acerca de ellas más de lo que ellas mismas estaban dispuestas a revelar. Casi todos venían a él llevando una máscara, decía K: él esperaba que se la quitaran; si no lo hacían, no trataba de ver tras esas máscaras más de lo que hubiera tratado de leer en sus cartas privada³.

Hasta que estalló la guerra, la vida de K fue viajar, viajar y viajar ofreciendo pláticas y sosteniendo entrevistas privadas dondequiera que fuera, con intervalos de descanso en Ojai. Pidió a Lady Emily que le enviara los títulos de algunos libros sobre asuntos corrientes que, ajuicio de ella, él debía leer, y también la obra *The New Statesman and Nation* (El Nuevo Estadista y la Nación). Ella así lo hizo, pero él no tenía realmente tiempo de leer nada sino novelas policiales, puesto que en esa época estaba ocupado personalmente en contestar una enorme correspondencia y en corregir sus propias pláticas antes de que se publicaran. En todas partes donde iba hacía nuevos contactos, nuevos amigos, hablaba con una gran variedad de personas, obteniendo de ello un conocimiento de lo que pasaba en el mundo, mucho más valioso que el que pudiera obtener de cualquier libro.

En noviembre de 1932, K viajó con Rajagopal a la India. Mrs. Besant estaba enferma y su mente decaía con rapidez, pero se las arregló para estar presente en la Convención Teosófica de Adyar, a la que asistieron tanto Leadbeater como K. K tuvo una larga charla con Raja, como relató a Lady Emily: «Todos ellos tienen una frase que repiten de memoria: tú vas por tu camino y nosotros por el nuestro, pero nos encontraremos... Creo que ellos no querían que yo viniera aquí. Hay un marcado antagonismo... Adyar es hermoso, pero la gente está muerta».

Después de la Convención, K recorrió la India, volviendo a Adyar en mayo de 1933; allí vio a Mrs. Besant por última vez en su camino de regreso a Europa. Ella apenas si lo reconoció y estuvo muy afectuosa. (Mrs. Besant murió el 20 de septiembre)⁴. Por cuarenta y siete años, K no habría de regresar a los Cuarteles de la Sociedad Teosófica.

La vez siguiente que K y Rajagopal fueron a Adyar, tres meses después de la muerte de Mrs. Besant, se alojaron por primera vez en Vasanta Vihar, en el 64 de Greenways Road, una casa rodeada de seis acres de terreno que acababa de ser construida para servir como Sede Central de K en la India. Se hallaba en el lado norte del río Adyar, mientras que la propiedad de la Sociedad Teosófica (de 260 acres) estaba en el lado sur y se extendía hacia el mar. Vasanta Vihar era una casa mucho más grande de lo que K había deseado, y Lady Emily lo regañó por haberla edificado tan próxima a la residencia teosófica. K contestó que él y Rajagopal habían considerado que

¹ Las cartas de Lady Emily a Krishnamurti se encuentran en los AKFA con copias en AB.

² ISB, junio 193 1.

³ Comunicación de Krishnamurti a la autora.

⁴ George Arundale se convirtió en el siguiente Presidente de la Sociedad Teosófica y, a su muerte en 1945, le sucedió Raja, quien mantuvo el puesto hasta pocos meses antes de morir en 1953.

Madrás era el mejor lugar «para la imprenta, la gente, los operarios, etc.», y éste era el único terreno que pidieron encontrar. «Nosotros no tenemos nada contra la S.T. y sus principios», agregaba. «Yo no estoy luchando contra ellos, sino contra las ideas, los ideales del mundo». En esta misma carta rogaba a Lady Emily que lo criticara lo más que pudiera: «Cuanto más crítico es uno, tanto más podemos entendernos el uno al otro». Ella tomó ventaja de esto y casi no dejaba de criticarle, si bien sus cartas estaban al mismo tiempo llenas de amor por él.

Durante esta visita a la India, K fue en automóvil al Valle de Rishi, a 170 millas al oeste de Madrás donde, como puede recordarse, en 1928 se habían comprado tierras para su labor. J.V. Suba Rao fue el primer Director de la escuela co-educacional que se había abierto allí, y habría de permanecer como tal por treinta años mientras la escuela crecía y florecía. Durante sus visitas, K hablaba cinco horas por día a los maestros. La educación fue, durante toda su vida, uno de los intereses más apasionados de K. Siempre amó a los niños y sentía que si ellos pudieran ser educados para florecer plenamente sin prejuicios, religiones, ideologías tradicionales, nacionalismo y espíritu competitivo, podría haber paz en el mundo. Pero, ¿dónde encontrar a los maestros? Para un adulto era, obviamente, más difícil librarse de su condicionamiento, que para un niño permanecer incondicionado. Esto implicaría una completa transformación de uno mismo. Abandonar los propios prejuicios era, virtualmente, abandonar la propia personalidad, teniendo presente que, para K, ideales como el patriotismo, el heroísmo y la fe religiosa eran todos prejuicios. En este campo de la educación había en K una anomalía. Él esperaba que las escuelas fundadas por él alcanzaran la «excelencia académica» sin la competencia. Esto habría sido posible si los padres no hubieran insistido en que sus hijos recibieran títulos universitarios; en la India, particularmente, un título era esencial para obtener un buen empleo.

Al comienzo de 1934, siguieron pláticas en Australia y Nueva Zelanda. La prensa australiana fue muy amistosa, no así los miembros de la Sociedad Teosófica. Leadbeater acababa de morir en Perth durante un viaje de regreso desde Adyar donde había asistido al funeral de Mrs. Besant. K se encontraba en Sydney cuando el cuerpo de Leadbeater fue enviado allá para su cremación, y relató a Lady Emily que había ido al servicio fúnebre pero que permaneció fuera de la capilla. «Las personas del Manor están perplejas con su muerte y preguntan quién va a decirles cuánto han avanzado [en el sendero] ahora que él ha desaparecido». En Nueva Zelanda los diarios fueron aún más amistosos. Sin embargo, no se le permitió hablar por radio porque era «anti-religioso». «Bernard Shaw, que está de visita, dijo a la gente que eso era un escándalo, que yo soy un gran instructor religioso. Me escribió al respecto. Desdichadamente, no me encontré con él. Tuve extraordinarias reuniones y hubo muchísimo interés. Pienso que los amigos de allá lo seguirán manteniendo».

Ese año, de regreso en Ojai, K comenzó a aprender español mediante un curso Linguaphone preparándose para una gira por Sudamérica que había sido dispuesta para él. No había perdido nada de su exaltado entusiasmo; en noviembre, escribía a Lady Emily: «Estallo con la inmensidad del amor, o como sea que uno quiera llamarlo. Estoy embriagado inteligentemente, sabiamente. Es maravilloso, y tan absurdo ponerlo en palabras, ¡se vuelve tan banal! Imagine el estado de la mente del hombre que escribió el Cantar de los Cantares, el de Buda y Jesús, y comprenderá cuál es el mío. Esto suena más bien ampuloso pero no lo es, ¡es tan simple y devorador!».

Al escribir esto, K evidentemente no estaba objetando una carta que Lady Emily le había enviado en agosto:

¿Cómo sabes que no has encontrado meramente un escape? No puedes afrontar la vida tal como es, en toda su fealdad; siempre has estado envuelto en algodones, figurativamente hablando, siempre has huido de la fealdad volando a los más bellos lugares. Siempre estás «replegándote». Has encontrado un escape que te produce éxtasis, pero eso lo han encontrado todos los místicos religiosos... ¿Cómo puedo yo, una extraña, saber que tú estás más en lo cierto que cualquiera de los otros que dicen haber alcanzado el éxtasis... Dios... la Verdad, etcétera? [No hay respuesta a esta carta].

A principios de 1935, después de hablar tres veces en Nueva York y de alojarse por algún tiempo con unos viejos amigos, Robert Logan y su esposa Sarah, que tenían una casa y una gran finca, Sarobia, cercana a Filadelfia, el 3 de marzo K partió con Rajagopal para Río de Janeiro. Este fue el comienzo de una gira de ocho meses, en la cual ofreció pláticas en Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y, durante el viaje de regreso en la ciudad de México¹.

Centenares de personas que asistieron a estas pláticas no podían entenderlo porque hablaba solamente en inglés, pero al parecer quedaron «fascinadas». Comenzaba cada plática diciendo que no pertenecía a ninguna secta religiosa o partido político: «La creencia organizada es un gran impedimento», decía, «porque divide al hombre contra el hombre... Lo que yo quiero hacer es ayudarles como individuos, a cruzar la corriente del sufrimiento, de la confusión y el conflicto, mediante una completa y profunda realización».

Hubo tanta publicidad en Montevideo (donde había sido invitado a hablar por el Ministro de Educación) y en Buenos Aires, con fotografías de él y transmisiones de radio, que no podía salir sin atraer una multitud. Al

¹ Versiones fidedignas de las pláticas de Krishnamurti en América Latina y, México, revisadas por él mismo, fueron publicadas por el SPT en 1936).

mismo tiempo, se publicaron muchos artículos contrarios a él en los periódicos católicos y hubo esfuerzos de los católicos para que se le deportara. K estaba sorprendido de que hubiera tanto interés y entusiasmo. Pero el punto sobresaliente de la gira fue para K el vuelo de una hora y veinte minutos cruzando los Andes en un avión Douglas bimotor (su primer vuelo) que él disfrutó cabalmente, a pesar de que le habían dicho que era «el vuelo más peligroso del mundo».

En una de las pláticas hizo su primer pronunciamiento público acerca del sexo, en respuesta a la pregunta: «¿Cuál es su actitud hacia el problema del sexo que juega un papel tan dominante en nuestra vida cotidiana?» Contestó:

El sexo se ha convertido en un problema porque no hay amor. Cuando realmente amamos, no hay problema, hay un ajuste al movimiento de la vida, hay comprensión. El problema del sexo surge sólo cuando hemos perdido el sentido del afecto verdadero, ese amor profundo en que no hay sentimiento alguno de posesión. Es sólo cuando nos hemos entregado completamente a la mera sensación, que hay múltiples problemas en relación con el sexo. Como casi todos hemos perdido el goce del pensar creativo, nos volvemos naturalmente a la sensación del sexo, el cual se convierte en un problema que corroe nuestras mentes y corazones.

A K le llevó mucho tiempo recobrar sus fuerzas después del agotamiento de esta gira (al terminar la misma sólo pesaba poco más de 50 Kg), y para ello se tomó un descanso en Ojai y en Villars, Suiza. Sin embargo, en el invierno de 1936 estaba bastante restablecido como para viajar con Rajagopal a la India, donde ofreció una serie de pláticas en los jardines de Vasanta Vihar. Raja, que a pesar de las diferencias con K habría de mantener su amistad con él hasta su muerte en 1953, fue varias veces a verle. «Esta destrucción de lo viejo», le escribía K a Lady Emily en los comienzos de 1937, «de lo cristalizado, no es proceso de un día. Tiene que haber una constante y directa percepción sin opciones. Estoy embriagado y conmovido con todo ello».

«Percepción directa y sin opciones» eran palabras que K habría de usar frecuentemente de allí en adelante. Lady Emily no las comprendía, y necesitan realmente alguna clarificación. La opción indica una dirección determinada, una acción de la voluntad. K, tal como él mismo solía explicarlo, hablaba de percibir directamente, de instante en instante, todo lo que ocurría dentro de uno mismo, sin ningún esfuerzo para cambiarlo o dirigirlo. Era un asunto de observación pura, de un mirar que habría de conducir a la transformación propia sin que mediara esfuerzo alguno.

K estaba consternado por las condiciones de la India en esa época, la terrible pobreza, la miseria y el odio que imperaban y que los indios creían poder resolver mediante el nacionalismo. «Tenemos que encontrar gente nueva [para esta labor] y eso es difícil. Debemos empezar desde aquí como si nada hubiera ocurrido en los últimos diez años». K sostenía que ninguna reforma social pondría fin alguna vez a la desdicha humana; los seres humanos transformarían siempre cualquier sistema nuevo en lo que ellos mismos eran; a través de la historia, todos los movimientos revolucionarios utopistas habían vuelto al viejo orden de las cosas, porque las personas que participaban en ello no habían cambiado en absoluto; cualquier tipo de sociedad era el resultado del individuo y el individuo era el resultado de la sociedad; el individuo éramos usted y yo, la sociedad no podía ser transformada desde afuera; podía transformarse solamente mediante la completa transformación interna del ser humano, de cada uno de nosotros.

«Un éxtasis profundo»

K y Rajagopal se encontraban en Roma en la primavera de 1937. Mussolini había prohibido todas las conferencias públicas en Italia, por lo que se había arreglado para K una reunión en la casa de la Condesa Raffoni. Aquí conoció a Vanda Passigli, quien más tarde habría de jugar un papel destacado en su vida. Era hija de Alberto Passigli, un aristocrático hacendado, prominente en la sociedad florentina, fundador de dos importantes asociaciones musicales en Florencia y amigo de todos los grandes músicos de la época. Vanda misma era una pianista de nivel profesional. En 1940, habría de casarse con el Marqués Luigi Scaravelli, también un músico excelente, quien llegó a ser profesor de filosofía en la Universidad de Roma. Después de la reunión, los Passigli invitaron a K a visitarlos en su residencia situada en lo alto de Fiesole, *Il Leccio*. K habría de alojarse allí con mucha frecuencia en el futuro, después de que Vanda y su hermano heredaran la propiedad de sus padres.

Ese verano en Ommen, K sufrió por primera vez de fiebre de heno, la cual habría de atormentarle a intervalos por el resto de su vida. Y, como de costumbre, tuvo un ataque de bronquitis. Se sintió agradecido de poder regresar a Ojai donde, en el invierno de 1937-38 se dedicó a descansar y no vio más que a los Rajagopal. «Me siento profundamente conmovido con los descubrimientos internos», le escribió a Lady Emily, «hay muchas ideas y, poco a poco, estoy tratando de encontrar palabras y expresiones para ellas. Hay un éxtasis profundo, una madurez que no puede forzarse ni estimularse artificialmente. Sólo esta madurez puede dar origen a una vida de abundante plenitud y realidad. Estoy verdaderamente feliz por esta quietud y esta meditación que, aparentemente, no tiene un propósito determinado.»

Esta es, probablemente, la primera mención de K acerca de lo que para él era la «verdadera» meditación: «hacer asombrosos e inesperados descubrimientos dentro de uno mismo» sin ninguna dirección ni propósito. En tales ocasiones, la mente se encontraba en su máximo nivel de agudeza, vitalidad y energía inquisitiva. Para él, la idea popularmente difundida de la meditación como sistema de tranquilizar la mente fijándola en una palabra o un objeto o practicando alguna otra forma de técnica, era inútil y contribuía a la insensibilidad.

En la primavera de 1938, cuando K conoció a Aldous Huxley, comenzó para él una nueva y muy vivificante amistad. En febrero de ese año, un amigo de Huxley, Gerald Heard, que vivía en California, había solicitado una entrevista a K. Huxley estaba entonces internado en un hospital, de modo que no fue sino hasta abril que Heard vino a Ojai con Huxley y la esposa belga de éste, María. (Los Huxley y su hijo habían llegado a California en 1937). Hubo una afinidad inmediata entre K y Huxley. En noviembre, Huxley empezó un tratamiento para la vista mediante ejercicios de los ojos que introdujo un médico norteamericano, el Dr. W.H. Bates. Más adelante, K habría de practicar diariamente este método para sí mismo, no porque hubiera nada malo en sus ojos sino como medida preventiva. Fuera o no resultado de estos ejercicios, el hecho es que K jamás tuvo que usar anteojos durante toda su larga vida.

Al principio, K se sintió un poco intimidado por el brillo intelectual de Huxley pero, una vez que descubrió que Huxley hubiera dado todo su conocimiento por una experiencia mística no inducida por las drogas, encontró que podía hablarle acerca de lo que él llamaba «las comprobaciones» que estaba haciendo. K refiriéndose a sí mismo en tercera persona, describe así un paseo con Huxley:

Él [Huxley] era un hombre extraordinario. Podía hablar de música, moderna y clásica, podía explicar con mucho detalle la ciencia y sus efectos en la civilización moderna y, desde luego, estaba muy familiarizado con la filosofía zen, el vedanta y, naturalmente, el budismo. Pasear con él era un deleite. Acostumbraba discurrir sobre las flores que había al borde del camino y, aunque no podía ver bien, cada vez que en los cerros de California pasábamos junto a un animal, solía nombrarlo, y entonces se explayaba sobre la naturaleza destructiva de la civilización moderna con su violencia. Krishnamurti le ayudaba en ocasiones a cruzar un arroyo o un bache en el camino. Estos dos seres tenían una extraña relación el uno con el otro: afectuosa, considerada, y entre ellos parecía haber una comunicación no-verbal. A menudo solían sentarse juntos sin pronunciar una palabra¹.

El último campamento a celebrarse para siempre en Ommen, el decimoquinto, tuvo lugar en agosto de ese año. (Después de la invasión germana a Holanda, el lugar fue convertido en un campo de concentración). 1938 fue el año de la crisis de Munich. K era, por supuesto, pacifista. Rajagopal no fue con él a la India ese año. En su lugar, K viajó con un antiguo amigo que había estado en Pergine, V. Patwardhan (conocido como Pat). En Bombay, donde arribaron el 6 de octubre, K encontró a sus viejos amigos de la India inmersos en los «mezquinos celos» de la política. Algunos de ellos, seguidores de Gandhi, habían estado en prisión. K se encontró con Gandhi varias veces pero no lo admiraba; K jamás fue atrapado por la política. El no veía diferencia alguna entre la

¹ MS por Krishnamurti, 1976 (AB).

agresión germana y el imperialismo británico. «Habiéndose apoderado de la mitad de la tierra», le escribió a Lady Emily, «los ingleses pueden darse el lujo de ser menos agresivos», aunque en el fondo fueran tan «brutales y agresivos» como cualquier otra nación. Y en noviembre, estando todavía en la India, volvía a escribir:

Estoy de acuerdo con usted en que los pobres judíos están pasando una época horrible y degradante. Toda la cosa es una absoluta demencia. Es repugnante que los seres humanos se compartan de esa manera tan bestial; a los kaffires los tratan del modo más brutal e inhumano; los brahmines en ciertas partes del sur han perdido todo sentimiento de humanidad en relación con los intocables; los burocráticos dirigentes blancos y mestizos del país son en su mayoría máquinas que responden a un sistema brutal y estúpido; los negros en el sur de EE.UU. la están pasando mal; una raza dominadora explota a otra, como puede verse en todo el mundo. No hay razón, no hay cordura detrás de toda esta codicia de poder, de posición y riqueza. Es difícil para el individuo no ser succionado por este vendaval de odio y confusión. Uno debe ser un individuo cuerdo y equilibrado que no pertenezca a ninguna raza, país o ideología particular. Entonces tal vez puedan volver al mundo la cordura y la paz.

Y más tarde escribía: «Es tan fácil maldecir a Hitler, Mussolini y, Cía., pero esta actitud de dominación y ansia de poder está en el corazón de casi todo el mundo; por eso tenemos guerras y antagonismos de clase. Hasta que la fuente de todo esto se clarifique, siempre habrá confusión y odio».

Además de viajar por muchas partes de la India ofreciendo pláticas, a fines de ese año K visitó la segunda escuela que había fundado, Rajghat, cerca de Benarés, que había sido oficialmente inaugurada en 1934; de ahí se dirigió, a comienzos de 1939, al Valle de Rishi, donde había una escuela junto al río y otra en los cerros, ambas sumamente hermosas a su propio modo y que fueron los dos lugares de la India que más llegó a amar K. El 1º de abril se embarcó con Pat desde Colombo para Australia y Nueva Zelanda. Cuando K regresó finalmente a Ojai, Pat volvió a la India donde murió súbitamente de un derrame cerebral. Otro amigo que se iba. Nitya, Jadu, Pat; el viejo grupo se estaba diluyendo.

Debido a la amenaza de la guerra, K no abandonó los EE.UU. en 1939, y los próximos nueve años iba a pasarlos con los Rajagopal en California, cerca de Ojai. Después de que Hitler invadió Holanda y Bélgica en mayo de 1940, K no tuvo noticias de sus numerosos amigos holandeses y apenas si recibía alguna noticia de la India. Francia capituló el 22 de junio. Los de Manziarly se las arreglaron para escapar a los EE.UU. y los Suáres a Egipto. K había iniciado discusiones de grupo dos veces por semana, tanto en Ojai como en Hollywood. También se vio muchísimo con los Huxley. (El pacifismo de K aplacaba el sentimiento de culpa de Huxley por permanecer en California durante la guerra). En la primavera de 1940 K ofreció ocho pláticas en El Robledal, pero cuando predicó el pacifismo diciendo: «Es en la guerra dentro de ustedes que tienen que interesarse, no en la guerra de afuera», muchas personas del auditorio se fueron disgustadas. A fines de agosto fue a Sarobia con los Logan, que habían organizado una reunión para él; ésta fue la última vez que habló en público hasta 1944.

K hizo dos viajes con los Rajagopal en 1941-42 al Parque Nacional de Secoyas, a 250 millas al norte de Ojai y a una altura de 6000 pies, donde se decía que algunas de las Secoyas tenían una antigüedad de 3000 años. En la mitad del segundo de estos viajes, en septiembre de 1942, los Rajagopal tuvieron que volverse a Ojai debido al comienzo de las clases de Radha, dejando a K solo en una cabaña rústica por otras tres semanas; allí tenía que cocinarse sus propias comidas y salía a caminar diariamente unas tres millas, meditando de una a tres horas por día y viendo muchos animales. Este período a solas que disfrutó enormemente, como siempre disfrutó de la completa soledad, le causó tal impresión que lo describió en varios de sus libros, extendiéndose especialmente al referir su amistad con una ardilla y un peligroso encuentro con una osa y sus cachorros. Este fue uno de sus muy pocos recuerdos indelebles.

Cuando EE.UU. entró en la guerra (los japoneses habían bombardeado Pearl Harbor el 7 de diciembre de 1941), K tuvo dificultades para renovar su visa norteamericana. Considerando su propaganda en contra de la guerra, es algo milagroso que se la renovaran. Había escasez de alimentos en los EE.UU., el costo de la vida había subido y el petróleo pronto iba a ser racionado. K y Rajagopal cultivaban sus propios vegetales y mantenían abejas, gallinas y una vaca. K salía diariamente a dar largos paseos a solas por Ojai. Le contó a Lady Emily que internamente estaba llevando «una vida extraordinaria, muy creativa y gozosa». Pero Lady Emily, que había sufrido la guerra relámpago y ya había perdido dos nietos en la guerra, le escribió con amargura acusándole de escapar del horror. El le contestó el 14 de abril de 1942:

Yo no creo que ningún mal pueda ser vencido por la brutalidad, la tortura o la esclavitud; sólo se puede vencer al mal con algo que no sea resultado del mal. La guerra es el resultado de nuestra así llamada paz, que es una serie de brutalidades cotidianas, explotaciones, mezquindades, etc. Sin cambiar nuestra vida cotidiana no podemos tener paz, y la guerra es una expresión espectacular de nuestra conducta diaria. No creo que yo haya escapado de todo este horror, sino solamente que no hay respuesta, ninguna respuesta final en la violencia, quienquiera que sea el que la esgrime. Yo

he encontrado la respuesta final a todo esto, no en el mundo sino fuera de él. Está en el desapego, el verdadero desapego que nace del ser o tratar de ser más... [palabra omitida] para amar y comprender. Esto es muy arduo y nada fácil de cultivarse. Aldous Huxley y su esposa están aquí por el fin de semana. Tenemos largas conversaciones acerca de todo esto y de la meditación; últimamente he estado meditando mucho.

Esos años tranquilos en que estuvo en barbecho durante la guerra, fueron invaluable para K como instructor. Huxley, además, le ayudó asentándolo para que escribiera. K era mucho mejor escritor que orador. A pesar de sus años de práctica, jamás se convirtió en un buen orador, si bien su magnetismo personal llegaba a través de sus pláticas subyugando a los auditorios. K anotó que Huxley le dijo un día: «¿Por qué no escribes algo?» Así lo hice y se lo mostré. El dijo: ‘Es maravilloso. Continúa’. Así que continué haciéndolo». Después de eso, K prosiguió escribiendo todos los días en un cuaderno. Al parecer, aquello que le mostró a Huxley debe haber sido el comienzo de los *Comentarios sobre el Vivir*, aunque este libro no se publicó hasta 1956, después de otros dos libros que habían sido publicados por conocidos editores de Inglaterra y EE.UU.

Los *Comentarios sobre el Vivir* son una colección de trozos breves provenientes de las entrevistas privadas que K concedió en diferentes partes del mundo. Cada parte comienza con la descripción de la persona o del grupo de personas que venían a verle, o con la descripción de un lugar. A fin de hacer que las entrevistas fueran anónimas, él «mezclaba» individuos y lugares. Por eso tenemos *sannyasis* en Suiza y obvios occidentales sentados con las piernas cruzadas en la India. El libro comienza espléndidamente con la línea: «El otro día vinieron a verme tres devotos egoístas». En una parte escribe sobre el tema del amor: «El pensamiento, inevitablemente, niega el amor... El pensamiento se basa en la memoria, y la memoria no es amor... El pensamiento engendra inevitablemente el sentimiento de posesión, el cual, consciente o inconscientemente, cultiva los celos. Donde hay celos, obviamente no hay amor: sin embargo, la mayoría de las personas toma los celos como una indicación del amor... El pensamiento es el mayor obstáculo para el amor».

En otra parte tenía más que decir sobre el amor y el pensamiento en una relación:

Llenamos nuestros corazones con las cosas de la mente, y así nuestros corazones permanecen siempre vacíos y expectantes. Es la mente la que se apega, la que envidia, la que posee y destruye... Nosotros no amamos y dejamos en paz ese amor, sino que ansiamos ser amados; damos a fin de recibir, lo cual es generosidad de la mente y no del corazón. La mente está siempre buscando certidumbre, seguridad; y, ¿puede la mente asegurar el amor? ¿Puede la mente, cuya esencia misma es del tiempo, captar el amor, el amor que es su propia eternidad?¹

No hay certeza de cuándo escribió K su primer libro, *La Educación y el Significado de la Vida*, publicado en 1953. En la página 17 del mismo dice: «El hombre ignorante no es el iletrado sino el que no se conoce a sí mismo, y el hombre instruido es un necio cuando pone su confianza en los libros, en el conocimiento y en la autoridad esperando de ellos la comprensión. La comprensión llega solamente a través del conocimiento propio, que es el darnos cuenta de *todo* nuestro proceso psicológico. Por eso la educación, en su verdadero sentido, es la comprensión de uno mismo, porque es en cada uno de nosotros que se concentra la totalidad de la existencia».

El segundo libro, *La Libertad Primera y Última*, publicado en 1954 y que cuenta con un largo prólogo de Aldous Huxley, ha atraído probablemente más gente hacia la enseñanza de K que cualquiera de sus otras publicaciones. Cubre todo el espectro de su enseñanza hasta la fecha incierta en que fue escrito. Una de las cosas que distinguen a K tan singularmente de otros amestras religiosos, es su inflexible rechazo a ofrecer consuelo. K se niega a ser nuestro gurú; no nos dirá qué es lo que debemos hacer; él sostiene meramente un espejo ante nosotros y señala las causas de la violencia, del sentimiento de soledad, de los celos y de todas las otras desdichas que afligen a la humanidad, y dice: «Tórnenlo o déjenlo. Y la mayoría de ustedes lo dejará, por la obvia razón de que no encuentran gratificación en ello». Nuestros problemas no pueden ser resueltos por nadie más que por nosotros mismos.

K comenzó nuevamente a ofrecer pláticas en El Robledal de Ojai en los diez domingos sucesivos del verano de 1944. Pese al racionamiento de petróleo, la gente acudía de todo EE.UU. para asistir a ellas y solicitar entrevistas privadas con K. A un interlocutor que preguntó: «¿Qué debe hacerse con aquellos que han perpetrado los horrores en los campos de concentración?», K le contestó: «¿Quién va a castigarlos? ¿No es el juez a menudo tan culpable como el acusado? Cada uno de nosotros ha edificado esta civilización, cada uno de nosotros ha contribuido a su desdicha... Ustedes piensan que vociferando las crueldades de otro país pueden pasar por alto las propias».

Uno puede simpatizar con otro miembro del auditorio que dijo: «Usted deprime mucho. Yo busco una inspiración para seguir adelante. Usted no nos anima dándonos valor y esperanza. ¿Acaso es malo buscar inspiración?». La severa respuesta de K no pudo haberlo animado: «¿Por qué desea usted que le inspiren? ¿Acaso no es porque en sí mismo se siente vacío, inseguro, solitario? Quiere llenar esta soledad, este vacío doloroso; debe

¹ *Comentarios sobre el Vivir* Kier, Bs. Aires.

haber intentado diferentes modos de llenarlo y espera escapar de ello viniendo aquí. A este proceso de cubrir la árida soledad interna se le llama inspiración. La inspiración se convierte entonces en un mero estímulo y, como todos los estímulos, éste pronto trae consigo su propio aburrimiento e insensibilidad».

Una versión fidedigna de estas pláticas de 1944, impresa en la India, fue publicada al año siguiente por la Krishnamurti Writings Inc. (KWINC), que había reemplazado al *Star Publishing Trust*. Después de esto, K dejó de revisar sus propias pláticas. La KWINC era un fideicomiso benéfico, como lo había sido el SPT, fundado con el solo propósito de difundir la enseñanza de Krishnamurti por el mundo. K y Rajagopal, con otras tres personas, eran los Síndicos. Más adelante K renunció, desafortunadamente, a su condición de síndico, puesto que no podía ocuparse de asistir a reuniones financieras, y Rajagopal se convirtió en el Presidente de la KWINC. Todas las donaciones para apoyar la labor de Krishnamurti se enviaban a esta organización internacional.

Finalmente, después de veinte años, en septiembre de 1946, se inauguró una escuela en los terrenos situados en el extremo superior del Valle de Ojai, adquiridos para ese fin por Mrs. Besant en 1926-27. Era una pequeña escuela secundaria co-educacional llamada la *Happy Valley School* (Escuela del Valle Feliz), financiada por la *Happy Valley Association* de la cual K, Aldous Huxley y Rosalind Rajagopal fueron tres de los síndicos originales, siendo dicha asociación dirigida por Rosalind. K había planeado marcharse de Ojai inmediatamente después de la inauguración, para una gira que abarcaría Nueva Zelanda, Australia y la India, pero dos días antes de partir cayó seriamente enfermo de una infección en los riñones. Estuvo en cama por dos meses. Durante el primer mes sufrió grandes dolores, y después de eso tardó más de seis meses en recuperarse. K retuvo solamente un débil e inexacto recuerdo de esta enfermedad. «Estuve enfermo durante un año y medio», dijo en 1979, «tremendamente enfermo. Había un médico, pero no me dieron nada». Como no quiso ir al hospital, lo cuidó Rosalind; es probable que rehusara tomar medicamento alguno por temor al efecto que ello tendría sobre su sensible organismo, aun cuando no sintiera que soportar este dolor era necesario como lo había sido con el dolor del «proceso».

Los planes de K dependían ahora de que pudiera conseguir una nueva extensión de su visa. Después que se concediera a la India su independencia, el 15 de agosto de 1947, le fue dada la opción, como a todos los hindúes y musulmanes, de conservar su pasaporte británico o de sacar uno nacional. Aun cuando K consideraba la nacionalidad como uno de los mayores males, tenía, por supuesto, que disponer de un pasaporte a fin de viajar, y optó por el pasaporte indio. Difícilmente podría haber optado de otro modo cuando tantos de sus amigos indios habían sufrido en la lucha por la libertad. Se le concedió una ulterior extensión de la visa, lo cual le permitió permanecer en Ojai recuperándose hasta septiembre de 1947. Después partió para la India vía Inglaterra, habiendo abandonado el plan de viajar a Nueva Zelanda y Australia.

En Londres K permaneció por tres semanas con Lady Emily (su esposo había muerto de cáncer de pulmón en 1947). No se habían visto el uno al otro por nueve años, y toda la indignación de ella se evaporó ante la presencia de K. Ahora tenía él 52 años y ella 73, y aunque habrían de escribirse cada vez con menos frecuencia, ella continuó amándolo de todo corazón hasta su muerte en 1964. K vino con ella a pasar un fin de semana conmigo y mi segundo esposo en nuestra casa de Sussex. También invité a Mar de Manziarly, que había venido a Inglaterra para verle puesto que él no iba a París. A K se le veía más maduro, por supuesto, había algo de gris en su cabello, pero era igualmente hermoso y su personalidad no había cambiado en absoluto. Estuvo tan afectuoso como siempre y tan lleno de entusiasmo apasionado por la vida, con los mismos modales exquisitos y su natural cortesía. Después del desayuno nos sentábamos vestidos con nuestras batas, charlando y riendo, y él dijo que era como en los viejos tiempos, cuando en las vacaciones habíamos estado juntos con Nitya. K no podía recordar Ehrwald o Pergine o su «proceso» vivido en esos lugares, pero conservaba algunos recuerdos de la dicha y la diversión que habíamos tenido. Me preguntó qué apariencia tenía Nitya y se sorprendió cuando le dije que había sido ligeramente bizco.

K había estado tanto tiempo enjaulado con los Rajagopal, muy propensos a intimidarlo, que pareció lleno de alivio al verse libre otra vez y poder viajar. En octubre emprendió completamente solo un viaje a Bombay, su primer vuelo a la India, donde habría de permanecer durante dieciocho meses. Esta visita fue decisiva puesto que encontró allí un nuevo grupo de adherentes quienes, por el resto de su vida, habrían de ser no sólo sus compañeros escogidos sino que fueron invaluable para su labor en la India.

Se destacaban en este grupo dos hermanas que le conocían por primera vez, ambas casadas: Pupul Jayakar y Nandini Mehta, hijas de V.N. Mehta (ninguna relación de parentesco con el marido de Nandini), un brahmín de Gujarat que había sido miembro distinguido del Servicio Civil Indio y erudito en idiomas sánscrito y persa, muerto en 1940. Su viuda, con largos antecedentes en el servicio social, vivía en Bombay al igual que sus hijas. La más joven de estas, Nandini, tuvo un matrimonio desdichado con Bhagwan Metha, hijo de Sir Chunilal Metha, un devoto de K desde antes de la guerra. De ese matrimonio habían nacido tres hijos. Sir Chunilal fue con Nandini a recibir a K cuando llegó a Bombay; ella se sintió fascinada por él, y fue luego con su suegro a escuchar las pláticas. Pocos meses después le dijo a su marido que quería llevar una vida célibe. Más tarde, cuando abandonó la

India, Nandini presentó un recurso contra su marido en el Tribunal Superior de Bombay pidiendo la separación y la custodia de sus hijos, cuyas edades eran de nueve, siete y tres años. La petición se basaba en motivos de crueldad. Su marido se defendió en el juicio alegando que ella había sido indebidamente influida por la enseñanza de Krishnamurti. Su abogado leyó en el Tribunal largos extractos de las pláticas de K en las que éste había hablado de la posición inferior que ocupaban las mujeres en la India y de la esclavitud a que las sometían sus maridos. Pero nada indecoroso se sugirió durante la audiencia. Nandini perdió el caso y le fueron quitados los hijos. Ella ya había dejado a su marido y buscó refugio en la casa de su madre. Le enviaron un telegrama a K anunciándole el resultado, al cual contestó: «Cualquier cosa que sea, está bien»¹.

En Inglaterra se hizo circular el falso rumor de que K había sido citado como cómplice en un caso de divorcio por adulterio. Durante todo el resto de su vida, K sintió una ternura muy especial por Nandini. En 1954 se abrió una pequeña escuela para externos, dedicada a los niños desposeídos. Se llamó Bal Anand, fue fundada en Bombay y Nandini llegó a ser su directora.

K no conoció a la hermana mayor, Pupul Jayakar, hasta comienzos de 1948. Ella había sido una trabajadora social desde principios de los 40 y fue responsable en gran medida por el desarrollo y la exportación de tejidos hechos a mano y artesanías de la India: más tarde se convirtió en la Presidenta del Comité para el Festival de la India. Vieja amiga de Indira Gandhi, adquirió mucha influencia en la India después de que Mrs. Gandhi se convirtió en Primera Ministra, en 1966. Poseía un carácter más enérgico que Nandini, aunque Nandini debe haber tenido una gran fuerza interior para dejar a su marido.

Entre los otros que pertenecían al grupo que K reunió a su alrededor en esa época, estaban Sunanda Patwardhan con su marido Pama, socio de la firma editora de *Orient Longman* (ninguna relación con Pat), y su hermano mayor, Achyut, un antiguo amigo de K que había sido un gran luchador por la libertad y que en los dos años siguientes iba a estar involucrado en la política. Sunanda tenía un título de Ph.D. (Doctora en Filosofía) de la Universidad de Madrás y ahora estaba estudiando leyes. En el futuro habría de actuar como secretaria de K cuando él estaba en la India, acompañándole en sus viajes por el país y tomando notas taquigráficas de las discusiones de grupo que sostenía. Más tarde, ella y su marido fueron a vivir a Vasanta Vihar. Los otros miembros del grupo eran: el Dr. V. Balasundaram, un joven maestro en el Instituto de Ciencias de Bangalore, quien habría de convertirse en el Director de la escuela del Valle de Rishi, y R. Madhavachari, secretario de la KWINC en la India, quien vivía en Vasanta Vihar. Madhavachari era el agente legal de Rajagopal y hacía todos los arreglos para las pláticas de K y sus viajes por la India, editaba esas pláticas y se encargaba de que se publicaran en la prensa.

K había llegado a Bombay sólo dos meses después de la Partición, cuando hindúes y musulmanes se asesinaban sanguinariamente unos a otros en el norte del país. Sin embargo, subió hasta Karachi y Delhi, pero había partido de Delhi antes del asesinato de Gandhi en el 30 de enero de 1948. (Se había escrito que, «cuando la luz se apagó con el asesinato de Gandhi, fue a Krishnamurti a quien Jawaharlal Nehru trajo en secreto su solitaria angustia»². K confirmó que esto era más o menos cierto; él había sentido un gran afecto por Nehru). K habló varias veces en el norte, luego ofreció doce pláticas en Bombay entre el 1º de enero y el 28 de marzo de 1948, que contaron con una asistencia de más de 3000 personas. Estas pláticas fueron seguidas por discusiones privadas en Vasanta Vihar, Madrás, a lo largo de casi todo abril. (K le escribió a Lady Emily que nunca había trabajado tan duro en su vida). En cada plática él trataba de abordar los distintos problemas de la existencia desde un punto de vista diferente pero, como hablaba a auditorios nuevos, había inevitablemente mucha reiteración. Sus pláticas en la India no eran, en lo fundamental, diferentes de las de cualquier otra parte. Algo nuevo, surgido de aquellos tranquilos años pasados en Ojai durante la guerra, había florecido en sus escritos, particularmente en *La Libertad Primera y Última* y en *Comentarios sobre el Vivir*. Sus auditorios de la India eran, sin embargo, mucho más reverenciados; lo trataban como a un gurú sublime.

En mayo, K subió a Ootacamund, la estación en la colina de Madrás, para tomar un descanso completo, y permaneció con algunos amigos en una casa llamada Sedgemoor. A su pedido, Pupul Jayakar y Nandini Mehta se reunieron con él alojándose en un hotel cercano. Mrs. Jayakar ha registrado algunos sucesos en Sedgemoor indicativos de que el «proceso» había comenzado nuevamente casi del mismo modo que en Ojai, Ehrwald y Pergine. Debe haber sido una experiencia alarmante para estas hermanas que hasta entonces no le conocían bien y, presumiblemente, nada sabían de los sucesos anteriores.

K había estado afuera paseando con ambas cuando de pronto dijo que se sentía indispuesto y debía volver a casa. Les pidió que se quedaran con él, que no se alarmaran por cualquier cosa que pudiera suceder y que no llamaran a un médico. Les dijo que le dolía la cabeza. Después de un rato les informó que estaba «saliéndose de sí». Su rostro se veía «agotado y lleno de dolor». Les preguntó quiénes eran y si habían conocido a Nitya. Después habló de Nitya, les contó que estaba muerto, que le había amado y había llorado su muerte³. Les preguntó si estaban nerviosas, pero no pareció interesarse en absoluto en la respuesta. Se contuvo de llamar a Krishna para que

¹ *Krishnamurti*, Pupul Jayakar, Kier, Bs. Aires. En este libro se citan pasajes de las bellas cartas de Krishnamurti a Nandini Mehta escritas entre 1948 y 1960.

² *Trial of Mr. Gandhi*, Francis Watson, 1969.

regresara: «El me ha dicho que no lo llame». Después habló de la muerte. Dijo que estaba muy cerca -«sólo una hebra delgada» lo separaba- y habló de lo fácil que sería para él morir, pero que no quería hacerlo porque tenía una tarea que realizar. Hacia el final dijo: «Está regresando. ¿No los ven a todos ellos con él, immaculados, incontaminados, puros? Ahora que ellos están aquí, él vendrá. Yo estoy muy cansado, pero él es como un pájaro, siempre está fresco». Luego, súbitamente, era Krishna otra vez.

La anotación de este episodio no tiene fecha. La siguiente está fechada el 30 de mayo de 1948:

Krishna se preparaba para dar un paseo, cuando de pronto dijo que se sentía débil y no del todo consciente. Dijo: «Qué dolor tengo», se tomó la parte posterior de la cabeza y se acostó. En pocos minutos, el K que conocíamos no estaba ahí. Durante dos horas le vimos atravesar por un dolor intenso. Sufría como jamás he visto sufrir. Dijo que le dolía la parte posterior del cuello. Le molestaban las muelas, tenía el estómago inflamado y duro, y gemía y se lo apretaba. Por momentos gritaba. Se desmayó varias veces. Cuando volvió en sí la primera vez dijo: «Cíerrenme la boca cuando me desmaye». Prosiguió diciendo: «Amma, oh Dios, dame paz. Sé lo que ellos están proyectando. Llámelo para que vuelva, yo sé cuándo se ha alcanzado el límite del dolor; entonces ellos regresarán. Ellos saben cuánto puede soportar el cuerpo. Si enloquezco, cuídenme. No es que vaya a volverme loco. Ellos son muy cuidadosos con este cuerpo... me siento tan viejo... sólo un pedacito de mí está funcionando. Soy como un juguete de goma indio con el que juegan los niños. Es el niño el que le da vida». Después de dos horas se desmayó otra vez. Cuando volvió en sí dijo: «El dolor ha desaparecido. En lo profundo de mí sé lo que ha sucedido. Me han provisto de gasolina. El tanque está lleno».

Entonces comenzó a hablar y describió algunas de las cosas que había visto en sus viajes; habló del amor: «¿Saben lo que es amar?» Ustedes no pueden retener una nube en una jaula dorada. Ese dolor hace que mi cuerpo sea como el acero, así de flexible, de dúctil, sin un solo pensamiento. Es como un pulimento, un examen». Pupul le preguntó si no podía detener el dolor, a lo cual él respondió: «Usted ha tenido una hija. ¿Puede detener la criatura una vez que comienza a llegar?» Ahora se sentó con las piernas cruzadas, el cuerpo erguido. «El dolor había desaparecido de su rostro», anotó Mrs. Jayakar, «él era intemporal. Sus ojos estaban cerrados, sus labios se movían. Parecía crecer. Sentimos que algo tremendo se derramaba a raudales en él. Había una palpitación en la atmósfera. Llenaba la habitación. Entonces abrió los ojos y dijo: ‘Algo ocurrió, ¿vieron ustedes alguna cosa?’. Le dijimos lo que habíamos sentido. Exclamó: ‘Mi rostro será diferente mañana’. Se acostó y su mano se extendió en un gesto de plenitud. Dijo: ‘Seré como una gota de lluvia: puro’. Después de unos cuantos minutos nos dijo que estaba bien y que podíamos irnos a casa».

Los otros dos sucesos de la misma naturaleza tuvieron lugar en junio. El día 17, K había salido para dar un paseo a solas y había pedido a Pupul y a Nandini que le esperaran en su habitación. Cuando regresó era un extraño. «K se había ido. El comenzó diciendo que estaba lastimado por dentro, que había estado ardiendo, que le dolía toda la cabeza. Dijo: ‘¿Saben?, mañana ya no le habrían visto, por poco no vuelve’. Se palpaba el cuerpo para ver si estaba todo ahí. Dijo: ‘Debo volver y averiguar qué sucedió durante el paseo. Algo sucedió y ellos regresaron corriendo, pero no sé si yo he regresado. Pueden haber quedado pedacitos de mí en el camino’».

A la tarde siguiente, Pupul y Nandini le aguardaron nuevamente en su habitación mientras él salió a dar un paseo a solas. Cuando regreso cerca de las siete, era una vez más «el extraño». Fue a acostarse. «Dijo que se sentía quemado, completamente quemado. Lloraba. Dijo: ‘¿Saben?, descubrí qué ocurrió en ese paseo. Él volvió plenamente y tomó el mando por completo. Por eso no supe si yo había vuelto. No sabía nada. Ellos me han quemado para que pueda haber un vacío mayor. Quieren ver cuánto de él puede venir’». De nuevo Pupul y Nandini sintieron la misma vibración que llenaba el cuarto como en la noche del 30 de mayo¹.

El hecho de que ambas hermanas nada supieran de lo que había sucedido en el pasado, da a este relato un valor particular, tantas son las similitudes con aquellos otros relatos de los sucesos de Ojai, Ehrwald y Pergine: los frecuentes desmayos con el dolor, la reverencia del cuerpo hacia Krishna y el temor que siente de llamarlo para que vuelva, el darse cuenta de que el dolor cesaría si Krishna regresara, pero que así también se detendría «el proceso». Después, la alusión a la cercanía de la muerte. (En Ehrwald, cuando de pronto sonaron las campanas mientras Krishna estaba «fuera», ocasionaron al cuerpo tal conmoción de agonía, que Krishna tuvo que regresar. Después dijo, según contaba Lady Emily: «Eso fue salvarse por un pelo. Aquellas campanas casi doblan en mi funeral»). Las notas de Pupul Jayakar nos cuentan que, aparte de K, había otras presencias, igual que en aquellas otras ocasiones registradas; los «ellos» que cuidaban tanto el cuerpo eran, presumiblemente, los mismos «ellos» que habían regresado con K en la primera ocasión mencionada por Pupul: «inmaculados, incontaminados, puros». Después estaba el «él» que había venido «plenamente» durante el paseo del 17 de junio y había tomado «el mando

³ Fue en Ooty, a principios de 1925, donde K había ido con Madame de Manziarly, que Nitya había enfermado de nuevo. Citando K volvió allá, después de la muerte de Nitya, había escrito a Lady Emily: "Estoy alojado en la misma habitación de Nitya. Lo percibo, lo veo y hablo con él, pero lo echo dolorosamente de menos". El estar allí otra vez, si bien en una casa diferente, puede muy bien haber traído algo de esto a la memoria de K.

¹ De una copia de las notas de Pupul Jayakar, publicadas anteriormente en *Los Años de Plenitud*. El relato también se encuentra en su *Krishnamurti*, con algunas leves diferencias.

completo». El ser que yacía agonizante en la cama había sido «quemado» para crear un vacío mayor a fin de que más de este «él» pudiera entrar en Krishna o en el cuerpo.

De modo que ahora parecía haber tres entidades aparte del innominado número al que se refería como «ellos»: el ser que queda atrás para que soporte el dolor del cuerpo, K que se va y luego regresa y el misterioso «él». ¿Eran todas estas entidades aspectos diferentes de la conciencia de K o eran seres separados? ¡Ay! la única persona que podría ser capaz de iluminarnos, K mismo, no recordaba nada de estos sucesos de Ooty, como no recordaba nada del «proceso» en los primeros tiempos. Puesto que él estaba «fuera» de su cuerpo, esto no es sorprendente. K siempre ha tenido conciencia de estar «protegido» por alguien o algo exterior a él mismo, y creía que todo aquel que viajaba con él compartía esta misma protección. Pero no podía decir de dónde emanaba tal protección. Más importante es que gracias a este relato nos enteramos de que seguía habiendo una tarea de preparación sobre el cuerpo de K.

Después de este período en Ooty, K continuó con sus pláticas en muchos lugares de la India y visitó sus escuelas en Rajghat y el Valle de Rishi. No regresó a Ojai hasta abril de 1949, habiendo estado ausente de allí durante diecinueve meses.

«Entrar a la morada de la muerte»

Cuando K regresó de la India, los Rajagopal notaron en él un nuevo sentido de independencia, cosa que les molestó. Habían oído los rumores acerca de Nandini y Rosalind estaba muy humanamente celosa después de haber sido por tanto tiempo la única mujer en la vida de K. Los celos conducen al afán de poseer, y K no podía ser poseído por mucho que él amara a alguien. En noviembre estaba otra vez de regreso en la India. En diciembre, al hablar en Rajamundy, 350 millas al norte de Madrás, le preguntaron: «Usted dice que el hombre es la medida del mundo, y que cuando él se transforme, el mundo estará en paz. Su propia transformación, ¿ha demostrado que esto es cierto?» K contestó:

Usted y el mundo no son dos entidades diferentes. Usted *es* el mundo, no como un ideal sino de hecho... Como el mundo es usted mismo, al transformarse usted produce una transformación en la sociedad. El interlocutor da a entender que, puesto que la explotación no ha cesado, lo que yo digo es inútil. ¿Es cierto eso? Yo viajo alrededor del mundo tratando de señalar la verdad, no haciendo propaganda. La propaganda es una mentira. Uno puede propagar una idea, pero no puede propagar la verdad. Yo voy de un sitio a otro señalando la verdad, y a ustedes corresponde distinguirla o no. Un hombre no puede cambiar el mundo, pero ustedes y yo podemos cambiar el mundo juntos. Ustedes y yo podemos descubrir qué es la verdad, porque es la verdad la que disuelve los sufrimientos, las desdichas del mundo.

En enero de 1950, mientras hablaba por primera vez en Colombo, a K le formularon una pregunta esencialmente similar: «¿Por qué desperdicia usted su tiempo predicando, en vez de ayudar al mundo de un modo práctico?» K contestó:

Usted quiere decir producir un cambio en el mundo, un mejor ajuste económico, una mejor distribución de la riqueza, una relación humana mejor; o, para empresario más brutalmente, ayudarle a usted a encontrar un empleo mejor. Usted quiere ver un cambio en el mundo, todo hombre inteligente lo desea; y usted quiere un método para producir ese cambio. Por lo tanto, me pregunta por qué desperdicio mi tiempo predicando en vez de hacer algo al respecto. Ahora bien, lo que yo estoy haciendo, ¿es realmente una pérdida de tiempo? Sería una pérdida de tiempo, ¿no es así? Si yo introdujera un nuevo conjunto de ideas para reemplazar la vieja ideología, el viejo patrón. En vez de indicar lo que usted llama una manera práctica de actuar, de vivir, de obtener un trabajo mejor, de crear un mundo mejor, ¿no es importante descubrir cuáles son los obstáculos que realmente impiden una verdadera revolución? No una revolución de la izquierda o de la derecha, sino una revolución fundamental, radical, que no se base en las ideas. Porque, como lo hemos discutido, los ideales, las creencias, las ideologías, los dogmas, impiden la acción.

En Ojai, en agosto de 1950, K decidió hacer un retiro de un año. No ofreció pláticas, como tampoco concedió entrevistas, y pasaba la mayor parte del tiempo paseando a solas, meditando y «ocupándose del jardín», como relatara a Lady Emily. En el invierno de 1951 se hallaba de regreso en la India una vez más, en esta ocasión con Rajagopal que no había estado allí por catorce años, pero K se encontraba todavía en un semí-retiro y no daba pláticas, manteniéndose muy apartado. En todo este tiempo pareció estar mirando profundamente dentro de sí mismo.

Lo mejor que le ocurrió a K exteriormente a principios de los años 50, fue el establecimiento de una estrecha amistad con Vanda Passigli de Scaravelli, a quien había conocido en Roma en 1937. Después de pasar dos días en Roma con Vanda y su marido, durante el otoño de 1953, subió con ella a *Il Leccio*¹, la gran casa en lo alto de Fiesole. Allí, entre olivos, cipreses y colinas, K se sentía en paz. *Il Leccio* se convirtió para él en un refugio entre sus constantes viajes a Ojai y la India. Aunque habría de detenerse en Inglaterra y a veces en París y en otras partes de Europa, era sólo en *Il Leccio* donde estaba libre de pláticas, discusiones y entrevistas.

En mayo de 1954, K habló y sostuvo discusiones por una semana en Nueva York, en la *Washington Irving High School*. Estas pláticas atrajeron grandes multitudes, puesto que mucha gente nueva se había interesado en él desde la reciente publicación de *La Libertad Primera y Última*. Ann Morrow Lindbergh, al escribir sobre la edición norteamericana del libro, había dicho: «... la diáfana sencillez de lo que él tiene que decir es asombrosa. En un solo párrafo, incluso en una oración, al lector se le da lo suficiente como para mantenerlo durante días explorando, cuestionando, reflexionando». Cuando el libro se publicó en Inglaterra, el crítico del *Observer* escribió: «... para aquellos que desean escuchar, el libro tendrá un valor que está más allá de las palabras», y otro, en el suplemento literario del *Times* dijo: «Él es un artista, tanto en la visión como en el análisis». Cuando dos años más tarde apareció la edición norteamericana de *Comentarios sobre el Vivir*, impecablemente preparada para su publicación por Rajagopal, Francis Hackett, el conocido autor y periodista norteamericano, escribió acerca de K en el periódico *New Republic*. «Yo siento que él guarda un secreto mágico... Él no es otra cosa que lo que parece:

¹ En el jardín había una enorme encina de la que la casa tomó su nombre.

un hombre libre, un ser humano de primera clase, que envejece como los diamantes, pero su fulgor, al igual que el de la gema, es intemporal y perenne». Y el crítico del suplemento literario del *Times* escribió con respecto a la edición inglesa: «La lucidez espiritual y poética de los comentarios está tan sencillamente expresada, como penetrante es en su requerimiento».

K jamás mencionó un libro de él en ninguna de sus cartas a Lady Emily, aunque en los años 30 había hecho referencia a la corrección de sus pláticas que ya había dejado de hacer mucho tiempo atrás. K no se interesaba en absoluto en sus propias obras publicadas, excepto para sugerir a veces el título de un libro cuando se lo solicitaban. ¿Se debería su falta de memoria al hecho de que nunca pensaba en nada una vez que había pasado?

Después de otro invierno de pláticas en la India, desde octubre de 1954 a abril de 1955, donde estuvo acompañado por Rajagopal, y de otra visita a Il Leccio así como de pláticas en Amsterdam, en junio K llegó a Londres donde habló seis veces en la Friend's Meeting House. (Cuando estaba en Londres, se alojaba ahora con Mrs. Jean Bindley, una antigua amiga de los primeros tiempos de la Estrella, puesto que Lady Emily se había mudado a un pequeño apartamento y ya no tenía lugar para él; sin embargo, la veía diariamente). Fue en la tercera de estas pláticas de Londres que habló por primera vez públicamente de entrar en la morada de la muerte mientras aún se estaba vivo, un tema al que se iba a referir con frecuencia en el futuro. Ello surgió en respuesta a una pregunta: «Le tengo miedo a la muerte. ¿Puede usted darme alguna seguridad?» Esto es en parte lo que K contestó:

Uno teme abandonar todas las cosas que ha conocido... Teme abandonar todo eso totalmente, a fondo, desde las profundidades mismas de su ser, y quedarse con lo desconocido que, después de todo, es la muerte... ¿Puede usted, que es el resultado de lo conocido, penetrar en lo desconocido que es la muerte? Si desea hacerlo, tiene que hacerlo, ciertamente, mientras vive, no en el último instante... Entrar en la morada de la muerte mientras uno vive no es, precisamente, una idea mórbida; es la única solución. Mientras vivimos una existencia rica, plena -cualquier cosa que ello signifique- o mientras vivimos una existencia desdichada, empobrecida, ¿no podemos conocer aquello que es inmensurable, aquello que el experimentador sólo vislumbra en raros momentos?... ¿Puede la mente morir de instante en instante a *todo* lo que experimenta y no acumular jamás?

K habría de expresar la misma idea más sencillamente en la segunda serie de *Comentarios sobre el Vivir* (1959): «¿Qué necesario es morir cada día, morir cada minuto a todo, a los muchos ayeres y al instante que acaba de pasar! Sin muerte no hay renovación, sin muerte no hay creación. La carga del pasado da origen a su propia continuidad, y las preocupaciones de ayer dan nueva vida a la preocupación de hoy».

En los dos años siguientes, K viajó a muchos lugares además de Ojai, la India e Inglaterra, y en todos ellos ofreció pláticas públicas y sostuvo entrevistas privadas, así como reuniones y discusiones de grupo: Sydney, Alejandría, Atenas, Hamburgo, Holanda y Bruselas. Pasó todo junio de 1956 con un amigo belga, Robert Linssen, en su villa cercana a Bruselas. Monsieur Linssen organizó para él seis pláticas en el Palacio de las Bellas Artes de Bruselas y seis charlas privadas en la villa. La Reina Elisabeth de Bélgica asistió a cada una de estas pláticas y también quiso tener una entrevista privada con K.

En el invierno de 1956-57 K estaba en la India con Rajagopal y Rosalind, yendo de un lugar a otro con ellos y su grupo de seguidores indios. En 1956, el Dalai Lama Tenzin Gyatso, de veintidós años de edad, aceptó una invitación para visitar la India y ver los lugares sagrados vinculados con el Buda. Era la primera vez que un Dalai Lama dejaba el Tíbet; tres años antes había escapado a la India cuando los chinos amenazaban su vida. Un funcionario político de Sikkhim, Apa Sahib Pant, que viajaba con el Dalai Lama y su vasto séquito en un tren especial, le habló de Krishnamurti y de la naturaleza de su enseñanza. En diciembre, cuando el Dalai Lama llegó a Madrás y supo que Krishnamurti se encontraba en Vasanta Vihar, insistió en conocerle aunque ello iba contra el protocolo. Según Apa Sahib y tal como lo relata Pupul Jayakar: «'Krishnaji lo recibí sencillamente. Fue asombroso sentir el afecto eléctrico que destelló instantáneamente entre ellos'. El Dalai Lama, dulcemente pero de manera directa, preguntó: 'Señor, ¿en qué cree usted?'. Y luego la conversación siguió en frases casi monosilábicas, puesto que era una conversación exenta de retórica. El joven lama se sentía en un terreno familiar, ya que Krishnaji le permitía 'co-experimentar'. El Dalai Lama habría de decir después: 'Un alma grande, una gran experiencia'», expresando el deseo de volver a encontrarse con Krishnamurti¹. No se convino un futuro encuentro entre ellos hasta el 31 de octubre de 1984, en Delhi, pero nunca tuvo lugar porque ese mismo día asesinaron a Mrs. Gandhi.

En enero de 1957, en Colombo, el Gobernador de Sri Lanka permitió que fueran emitidas por radio, en su totalidad, las cinco pláticas de K, lo cual a él le pareció algo extraordinario puesto que eran tan subversivas. Después de una última plática en Bombay ofrecida en el mes de marzo, no volvió a dar más pláticas en ninguna

¹ De una copia de las notas de Pupul Jayakar, publicadas anteriormente en *Los Años de Plenitud*. El relato también se encuentra en su *Krishnamurti*, con algunas leves diferencias.

parte hasta septiembre de 1958. Esto fue dictado por las circunstancias, no por una decisión tomada entonces. K se estaba acercando a un gran cambio en su vida exterior.

Desde Bombay emprendió viaje a Roma con Rajagopal el 6 de marzo, y de ahí fue a Il Leccio, donde había planeado permanecer solamente hasta fines de mes antes de viajar a Helsinki con Rajagopal para una asamblea. Había estado bastante enfermo en la India y, súbitamente, canceló no sólo Helsinki sino todo su futuro programa de pláticas en Londres, Biarritz, Ojai, Nueva Zelanda y Australia. Permaneció en Il Leccio por semanas sin hacer nada y apenas si escribió alguna carta. (El marido de Vanda Scaravelli falleció en Florencia mientras K se encontraba en Il Leccio). No fue sino hasta fines de mayo que se encontró con Rajagopal en Zurich y fueron juntos a Gstaad, donde los habían invitado a alojarse. Esta fue la primera entrada de K a un sitio que pronto habría de conocer íntimamente. Fue probablemente durante esta visita que concibió la idea de realizar una reunión anual internacional en Suiza, sobre las mismas bases de los campamentos de Ommen. Esto le evitaría tener que viajar tanto. (K jamás quiso volver a Ommen después de que el lugar fuera convertido durante la guerra en un campo de concentración).

El 11 de junio, él y Rajagopal se mudaron al Hotel Montesano, en Villars, donde K había parado por primera vez con Nitya en 1921. Después de quince días de permanecer allí, Rajagopal regresó a Ojai dejando a K solo y con apenas el dinero suficiente para pagar la cuenta del hotel. Evidentemente, se había producido alguna clase de crisis en la relación de ambos. La tensión había ido creciendo entre ellos desde que K regresó de la India en 1949. La fragilidad de una relación ya desgastada se demostró cuando Rajagopal, que no creía que K hubiera estado realmente enfermo en Il Leccio y que había hecho los arreglos para sus giras, de pronto tuvo que cancelarlo todo. Parece que dijo a K en Villars, que estaba harto de ser su agente de viajes y que en el futuro los arreglos al respecto podía hacerlos Doris Pratt, la Secretaria de la KWINC en Londres, que había trabajado para K desde los tempranos días de Ommen. Los gastos de K en Londres y los viajes desde Londres eran pagados con los dividendos provenientes de una donación de acciones hecha para sostener su labor, que eran administradas por Doris Pratt. Los gastos de Rajagopal en Inglaterra también eran pagados con dinero de este fondo. Rajagopal había dado instrucciones a Doris Pratt de llevar cuenta de todo lo gastado por K. Para los gastos de K en la India, Rajagopal enviaba fondos desde Ojai.

Cualquier cosa que haya pasado entre K y Rajagopal, hizo que K se mostrara renuente a volver a Ojai. Al dejarlo en Villars, Rajagopal le había dicho que ya aprendería lo que era sentirse solo. Pero K nunca se sentía solo. Permaneció sin compañía alguna en Villars durante todo un mes, perfectamente feliz. Escribió a Lady Emily: «Estoy viviendo en retiro. No veo a nadie y la única conversación que tengo es con el mozo del hotel. Es agradable no hacer nada, pero haciendo otras cosas. Hay aquí paseos espléndidos y es difícil que uno se encuentre en ellos con alguien. Por favor, no diga a nadie dónde estoy». Por «haciendo otras cosas», K se refería a la meditación que se desarrollaba intensamente en él toda vez que estaba tranquilo, profundizando más y más dentro de sí mismo. Doris Pratt sabía dónde estaba K. Ella le reenviaba las cartas dirigidas a él y K las devolvía después de leerlas diciéndole que no contestaría ninguna puesto que deseaba «tomar un largo y completo descanso aun cuando me siento bien». Le envió a Miss Pratt instrucciones de cómo debía contestarlas sin tener que leerlas ella.

El 20 de julio, León de Vidas y su esposa, a quienes K había conocido tiempo atrás (él tenía una empresa textil), de algún modo encontraron a K en Villars completamente sin dinero y lo llevaron a la casa que tenían en la Dordogne. (K podía haberle pedido a Rajagopal que le enviara dinero pero, aparentemente, no quería comunicarse con él, y era imposible enviar dinero desde Inglaterra debido a los controles de cambio). K se hospedó en la Dordogne hasta noviembre, habiendo escrito a Lady Emily a fines de octubre: «Se está muy tranquilo aquí y no veo a nadie excepto a mis dos anfitriones. Esto se encuentra lejos de cualquier ciudad. Ha sido un retiro completo, con paseos y soledad. Fue muy bueno. Haré lo mismo en la India».

Ese invierno, Rajagopal fue con K a la India por última vez, pero sólo estuvo allí hasta enero de 1958. K permaneció en retiro hasta septiembre, primero en el Valle de Rishi, luego en Rajghat y finalmente estuvo por un mes a solas en Ranikhet, la estación en la colina del norte. Después de esto, reinició sus pláticas públicas. En Vasanta Vihar, el 13 de noviembre firmó un documento certificado por Notario Público y el Tribunal Superior con jurisdicción en Madrás, transfiriendo a la KWINC los derechos de autor de todos sus escritos, tanto de los anteriores como de los que hubiere a partir de esa fecha y autorizando a Rajagopal, Presidente de la KWINC, a hacer todos los arreglos para la publicación de sus libros. K no recordaba cuándo había renunciado a su condición de síndico de la KWINC ni por qué lo había hecho. Parece extraño que este documento se hubiera firmado en el momento en que la relación de K con Rajagopal era tan precaria, pero fue probablemente por este motivo que Rajagopal deseaba legalizar su situación. Una razón alternativa puede haber sido que éste fue el año en que entró en vigor un acuerdo para los derechos internacionales de autor.

El calor era tan intenso en Delhi, donde K estaba ofreciendo pláticas a comienzos de 1959 y alojándose allí, que en marzo se alquiló para él una casa en Srinagar, Cachemira. Pero cuando se encontró que estaba sucia e infestada de ratas, K se mudó a Pahalgam, un valle en Cachemira a 7.200 pies sobre el nivel del mar, donde se

alojó en una cabaña gubernamental, «nada lujosa», como le escribió a Lady Emily, «pero con maravillosos alrededores, picos nevados y millas de bosques de pinos». Pupul Jayakar y Madhavachari habían estado con él en Srinagar, pero en Pahalgam estaba solo con Parameshwaran, el cocinero jefe en el Valle de Rishi. A mediados de agosto K enfermó nuevamente de una infección a los riñones y tuvo que ser bajado a Srinagar con mucha fiebre y de ahí llevado a la casa de Shiva Rao en Nueva Delhi, donde le administraron antibióticos por primera vez en su vida. Estos actuaron sobre él con tanta fuerza que temporariamente le paralizaron las piernas (creyó que estaba paralizado de por vida, como lo admitió más tarde, y aceptó el hecho con serenidad) y se debilitó tanto que Parameshwaran tuvo que alimentarlo como a un bebé. Estuvo en cama por casi siete semanas y luego se recuperó en el Valle de Rishi antes de ofrecer más pláticas en distintas partes de la India. No fue sino hasta el 11 de marzo de 1960, que finalmente emprendió vuelo a Roma, donde lo recibió Vanda Scaravelli y subió con él a Il Leccio.

Rajagopal no supo nada de los planes de K hasta que recibió una carta suya en la que le decía que permanecería en Il Leccio por algunas semanas y luego se internaría en la clínica Bircher-Benner de Zurich. Rajagopal no sabía si K tenía o no el propósito de regresar a Ojai ese verano. Pidió a Doris Pratt que, para la clínica, enviara a K dinero proveniente de los fondos ingleses, pero la continuación de los controles de cambio lo impidió. K dijo a Miss Pratt que no se preocupara; los amigos de Puerto Rico habían ofrecido pagar todos sus gastos en la clínica.

K se internó en la clínica el 11 de abril y allí fue puesto a una dieta muy estricta. Permaneció internado hasta el 1º de mayo, cuando voló a Londres en ruta hacia los EE.UU. Doris Pratt, que lo recibió en Heathrow, se sobresaltó al ver su aspecto tan demacrado. Él tuvo que encargarse de zapatos nuevos por lo mucho que habían adelgazado sus pies. A pesar de su debilidad «rehusó absolutamente viajar por avión en primera clase», informó Doris Pratt a Rajagopal; y nuevamente, el día en que K partía de Londres, ella escribió: «Debo decirle muy, muy privadamente, lo que siento: que él es un hombre muy enfermo y que no está para nada en condiciones de ofrecer pláticas en Ojai, pero parece decidido a hacerlo... Se ha dicho que estuvo a punto de morir en Delhi y puedo creerlo por su estado actual. Yo diría que es sumamente importante que en Ojai se le brinde el máximo y más afectuoso cuidado»¹.

K interrumpió su viaje en Nueva York, donde se hospedó con un amigo que le dijo que, a menos que tomara algunas medidas, pronto se encontraría con que ya nada tenía que ver con los asuntos de la KWINC. Este amigo le rogó que asumiera una responsabilidad mayor, puesto que las grandes sumas donadas a la KWINC eran para emplearse en su labor. Después de treinta y cinco años de manejar los asuntos de K con gran eficiencia y éxito, Rajagopal no veía razón alguna para esta súbita interferencia. Es verdad que tenía un vicepresidente y una junta de Síndicos, pero él mandaba autocráticamente sobre ellos. Por desgracia, se negó a darle a K la información que éste le solicitara, y cuando más adelante K pidió ser reintegrado como síndico, el pedido fue rechazado. Si Rajagopal tan sólo hubiera repuesto a K en la junta, seguramente K habría perdido muy pronto todo interés. Pero tal como estaban las cosas, la intransigencia de Rajagopal engendraba sospechas, lesionando con ello ulteriormente una relación basada en la confianza mutua.

Uno puede entender a Rajagopal cuando K, tras haber insistido en ofrecer pláticas en Ojai y habiéndose comprometido a ocho de ellas, anunció en la tercera que solamente podría dar una más. (Esta tercera plática fue excelente y versó sobre cómo la mente podía «volverse inocente mediante la muerte de lo conocido» y sobre la urgente necesidad de una transformación radical de la psique humana). La cancelación de las últimas cuatro pláticas creó un alboroto y una gran decepción en la gente que había recorrido una gran distancia para escuchar la serie completa. Rajagopal fue entre todos el más exasperado porque, como le dijo a Doris Pratt, K no había cancelado las pláticas porque estuviera enfermo, sino por el mero hecho de que no tenía «energía suficiente» para continuar con ellas y, no obstante, había sostenido «tres días de entrevistas de varias horas de duración». Uno se pregunta si, al esperar que K ofreciera pláticas con la misma facilidad que las entrevistas privadas, Rajagopal tenía la más mínima comprensión de la verdadera vida interior de K. Tan obvio parece que, para hablar en público a un gran auditorio, se necesitaba una energía muy especial.

K tenía el propósito de volver a la clínica Bircher-Benner a fines de junio pero, ante el intenso fastidio de Rajagopal, siguió posponiendo su partida. Ahora no concedía entrevistas ni contestaba cartas, ni siquiera las de Lady Emily y Vanda Scaravelli, de modo que su correspondencia se estaba acumulando. Finalmente, se quedó hasta que viajó a la India en noviembre, aunque la atmósfera en Arya Vihara debe haber sido bastante desagradable, no sólo porque la tensión entre él y Rajagopal iba en aumento, sino porque Rajagopal y Rosalind reñían continuamente y pronto habrían de divorciarse.

K todavía no se sentía con ánimo para dar pláticas en la India; sin embargo, estaba dispuesto a dirigir la palabra en pequeñas reuniones. Al parecer, le escribió a Rajagopal desde la India pidiéndole que arreglara para él una reunión en Inglaterra que se realizaría al año siguiente, porque recibió un cable que decía: «Imposible ahora arreglar personalmente nada. He hablado con Doris Pratt, quien ayudará. Por favor, escríbele. Feliz año nuevo».

¹ Cartas a y de Doris Pratt

Rajagopal se había lavado las manos de todo lo que hubiera que hacer en Europa con relación a K. Cuando envió este cable se encontraba en Londres y había tenido «ásperos cambios de palabras» con Doris Pratt, quien lo encontró en una condición muy desdichada. Yo misma lo vi una vez y, sin saber nada del cambio habido en su relación con K, me sentí profundamente angustiada cuando comenzó a denostarlo. Yo me había encariñado particularmente con Rajagopal desde que él había estado en Cambridge, donde acostumbraba visitarlo con frecuencia. Rajagopal también denostó a K ante mi madre, quien quedó tan angustiada como yo puesto que sentía un afecto igual por él. Confiamos en que sólo se tratara de una fase transitoria.

A fines de 1960 K habló a pequeños grupos en Nueva Delhi, y al comenzar 1961 lo hizo en Bombay. Por esta época estaba profundamente interesado en la urgencia de un cambio en la psique humana y en la creación de una mente nueva. A mediados de marzo abandonó la India para dirigirse a Il Leccio, donde pasó varias semanas antes de venir a Londres en mayo. Doris Pratt había hecho lo mejor que podía organizando una reunión para él. Sabiendo lo mucho que le gustaba pasear por Wimbledon Common, en los viejos tiempos, cuando se alojaba con Miss Dodge en West Side House, Miss Pratt había alquilado para él una casa en Wimbledon, y contrató allí el Town Hall para doce pequeñas reuniones; además, envió invitaciones personales a más de 150 personas. Ella y una amiga holandesa a quien K había conocido por muchos años, Anneke Korndorffer, se ocupaban de cuidarlo. Por primera vez, K permitió que estas reuniones se grabaran en cinta magnetofónica.

Doris y Anneke, que se alojaron con él en Wimbledon por ocho semanas, quedaron muy preocupadas cuando le oyeron gritar fuerte en la noche, y cuando durante las comidas a menudo dejaba caer cuchillo y tenedor y parecía «transfigurado» y a punto de desmayarse. Doris le preguntó si había algo que ella pudiera hacer. El contestó que «no había nada excepto mantenernos tranquilas, relajadas y *no* preocuparnos, así como no tocarlo». Dijo que si bien él mismo sabía exactamente lo que pasaba, era incapaz de explicárnoslo. El 18 de mayo le escribía a Nandini Mehta en la India: «Extrañamente, las cosas que ocurrieron en Ooty están sucediendo aquí, a pesar de que nadie sabe nada al respecto; es muy intenso»¹.

El 14 de junio, K partió de Londres hacia Ojai vía Nueva York, llevando con él, a pedido de Rajagopal, las cintas grabadas de sus pláticas en Wimbledon. Al día siguiente, Doris Pratt escribió a la Signora Vanda, como K la llamaba, que él había estado temiendo la ocasión de su visita a Ojai porque, según ella deducía, allí había algo que él debería afrontar. K le había dicho que podría regresar muy pronto.

Fue el 18 de junio, un día antes de su venida a Los Angeles desde Nueva York, que comenzó a escribir el más extraordinario relato de sus estados internos de conciencia. Escrito en lápiz y, en cuadernos comunes de ejercicios, sin una sola palabra tachada, K continuó este diario por siete meses. Nunca antes había llevado un registro semejante y no recordaba qué le había impulsado a comenzarlo. Es lo más cerca que llegaremos jamás al conocimiento de cómo *era* él. Muestra qué poco afectaban a su ser interno los sucesos de su vida exterior². Uno sólo tiene que abrir el libro al azar, para sentirse traspasado por un sentimiento de maravilla y misterio. Las notas comienzan abruptamente: «Al anoecer estaba ahí; súbitamente estuvo ahí llenando la sala, un gran sentido de belleza, poder y dulzura. Otros lo advirtieron [los amigos que se hospedaban con él en Nueva York]». La «inmensidad», «lo sagrado», «la bendición», «lo otro», «la vastedad», eran todos nombres con los que K se refería a lo largo del diario, al misterioso «aquello» que no podía buscarse pero que llegaba a él todos los días con tanta fuerza que a veces los otros lo advertían. Escribió también sobre «el proceso», el dolor intenso en la cabeza y la espina dorsal que tenía lugar al mismo tiempo que sus percepciones. En este diario se encuentra la totalidad de su enseñanza, así como muy bellas descripciones de la naturaleza. El día 21, en Ojai, escribió: «Al despertar alrededor de las dos, había una presión peculiar y el dolor era más agudo, estaba más en el centro de la cabeza. Persistió por más de una hora, y uno despertó varias veces por la intensidad de la presión. Cada vez el éxtasis se expandía más y más; el júbilo continuó». Y al día siguiente: «La fuerza y belleza de una tierna hoja radica en su vulnerabilidad a la destrucción. Como una brizna de hierba que brota a través del pavimento, ella tiene el poder de enfrentarse a la muerte fortuita». Y el día 23: «Justo en el momento en que uno se disponía a acostarse, ahí estaba aquella plenitud de *Il L* [Il Leccio]. Estaba no sólo en la habitación sino que parecía cubrir la tierra de horizonte a horizonte. Era una bendición». Y el 27 escribió: «Esa presencia que estuvo en *Il L* estaba ahí, esperando pacientemente, benignamente, con inmensa ternura». Estos dos últimos extractos muestran que, cualquier cosa que sucediera, había sido experimentada antes en Il Leccio. A menudo se descubría a sí mismo gritando en la noche, pero puesto que dormía solo en la Cabaña de los Pinos, no se le podía oír en Arya Vihara.

Aunque K permaneció durante diecinueve días en Ojai, escribiendo todos los días en su cuaderno, no mencionó nada de lo que estuvo haciendo allí, excepto una vez que visitó al dentista, cuando «aquello» estuvo con él mientras se hallaba sentado en el sillón, y también un paseo cuando «rodeado por estas violáceas y desnudas

¹ *Krishnamurti*, Pupul Jayakar.

² Estos relatos, con el título de *Krishnamurti's Notebook*, fueron publicados en 1976 por Gollancz and Harper & Row. (En español, se publicaron en 1978 bajo el título de *Diario de Krishnamurti*, por la Edit. Edhasa de Barcelona). [N. del T.]

montañas rocosas, súbitamente advino la soledad; tenía una inmensa e insondable riqueza; poseía esa belleza que está más allá del pensamiento y el sentimiento... Era un estado singular de soledad, no de aislamiento sino de soledad, como una gota de lluvia que contiene en sí todos los mares de la tierra». Este *Diario* debe ser leído, ninguna cantidad de citas puede siquiera comenzar a hacerle justicia. Es un documento infinitamente precioso, una de las grandes obras místicas de todos los tiempos que seguramente algún día será reconocida en todo su valor.

K le dijo a Rosalind que mientras él estuviera en Ojai, ella podía vivir en Arya Vihara. Rosalind estaba aún dirigiendo la escuela del Valle Feliz, pero ésta había dejado de ser desde hacía tiempo una escuela Krishnamurti. Rajagopal se había mudado a una casa construida para él, no lejos de El Robledal en el extremo occidental del valle. Rosalind era ahora independiente, puesto que Robert Logan, cuya esposa había muerto, dejó a Rosalind su dinero y su propiedad cuando él murió. (Mr. Logan había obsequiado dos relojes Pathek-Philippe a K, uno de oro que K nunca usó y uno de bolsillo hecho de acero con una corta cadena que tenía una antigua moneda griega en su extremo. Este reloj es el que usó hasta su enfermedad final).

Después de volar durante la noche a Londres el 8 de julio, K anotó al día siguiente en su diario:

... entre todo el ruido, el fumar y las conversaciones en alta voz, muy inesperadamente comenzó a presentarse la sensación de inmensidad y esa bendición extraordinaria experimentada en *II L*, ese inminente sentimiento de lo sagrado. El cuerpo estaba nerviosamente tenso a causa de la apertura, el ruido, etc., pero a pesar de todo esto «aquello» estaba ahí. La presión y la tirantez eran intensas y había un dolor agudo en la parte posterior de la cabeza. Sólo existía este estado y no había observador. Todo el cuerpo estaba enteramente en ello, y el sentimiento de lo sagrado era tan intenso que un gemido escapó del cuerpo, y había pasajeros sentados en los asientos contiguos. Eso prosiguió por varias horas hasta tarde en la noche. Era como si uno estuviese mirando no con los Ojos solamente, sino con un millar de Siglos; era un suceso enteramente extraño. El cerebro estaba por completo vacío, había cesado cualquier tipo de reacción; durante todas esas horas uno no era consciente de esta vacuidad, sino que ella se torna en algo conocido solamente al escribir; pero este conocimiento es sólo descriptivo y no real. Que el cerebro pueda vaciarse a sí mismo es un fenómeno raro. En cuanto los ojos se cerraban, el cuerpo, el cerebro, parecía sumergirse en profundidades insondables, estados de increíble sensibilidad y belleza.

«La terminación del dolor»

Después de pasar tres noches en Londres, K se encontró con Vanda Scaravelli en Ginebra y fue con ella a Gstaad, donde Vanda alquiló una casa para el verano, el Chalet Tanneg. Se habían hecho arreglos para una pequeña reunión en el Town Hall, situado en el pueblo vecino de Saanen. Doris Pratt, que se había encontrado con K en Heathrow, relató a Vanda que lo había visto «absolutamente exhausto». Él le había dicho: «Usted no sabe lo que es tener a alguien como la Signora Vanda a quien poder acudir. Nunca antes he sido tratado tan maravillosamente». Doris dedujo que él no lo había pasado nada bien en Ojai. K le había pedido que no le enviara más información a Rajagopal sobre el dinero que se gastaba para él en Inglaterra. (Sus gastos totales durante mayo y junio, incluida la casa de Wimbledon y el alquiler del salón [Town Hall], ascendían a 477 libras, mientras que las donaciones sumaban en total 650 libras). De todas maneras se desconoce si K le había hablado a Rajagopal acerca de los asuntos de la KWINC, pero más tarde le escribió pidiéndole que lo mantuviera informado al respecto, insistiendo en que su carta debía mostrarse a todos los síndicos y pidiendo nuevamente su reincorporación a la junta. No recibió respuesta, aunque algún tiempo después, mientras K se encontraba en la India, Rajagopal le envió una hoja de Balance que K, por supuesto, no entendió.

A esta primera reunión en Saanen asistieron trescientas cincuenta personas, todas las que podía contener el Town Hall, de diecinueve nacionalidades diferentes. (Las reuniones de Saanen iban a convertirse en un acontecimiento internacional que habría de repetirse anualmente con una asistencia cada vez mayor, por los siguientes veinticuatro años). K había permanecido durante casi dos semanas en el Chalet Tanneg antes de que dieran comienzo las reuniones. El 14 de julio, al día siguiente de su arribo, escribió en su diario: «El impulso de repetir una experiencia, por placentera, bella o provechosa que haya sido, es el terreno donde florece el dolor». Y dos días después:

Todo el proceso continuó durante la mayor parte de la noche; fue más bien intenso. ¡Cuánto puede el cuerpo resistir! Todo el cuerpo estuvo estremeciéndose y esta mañana uno despertó con la cabeza cimbreando.

Había esta mañana esa peculiar cualidad de lo sagrado llenando la habitación. Tenía un gran poder penetrante, estaba en cada rincón del propio ser llenándolo, purificándolo, haciéndolo todo por sí misma. La otra persona [Vanda] también la sintió. Eso es lo que todos los seres humanos desean con vehemencia y, porque lo desean, ello los elude. El monje, el sacerdote, el sannyasi torturan sus cuerpos y su carácter anhelando esta cosa, pero ella los evade. Porque eso no puede ser comprado; ni el sacrificio ni la virtud ni la plegaria pueden producir este amor. Esta vida, este amor no pueden ser si la muerte es el medio para ello. Toda búsqueda, toda súplica deben cesar completamente.

La verdad no puede ser exacta. Lo que puede medirse no es la verdad. Lo que no es vida puede ser medido y puede encontrarse su altura.

Fue este día cuando Vanda tuvo su primera experiencia del «proceso» de K, que ella registró así:

Estábamos conversando después del almuerzo. En la casa no había nadie. Súbitamente, K experimentó un desfallecimiento. Lo que sucedió entonces es imposible de describir, puesto que no hay palabras que puedan aproximarse a ello; pero es también demasiado serio, demasiado extraordinario, demasiado importante para que se mantenga oculto, sepultado en el silencio o sin mencionarse. En el rostro de K hubo un cambio. Sus ojos se volvieron más grandes, más anchos y profundos, y tenía un aspecto tremendo, más allá de cualquier estado posible. Era como si hubiera una presencia poderosa perteneciente a otra dimensión. Había una sensación inexplicable de vacío y plenitud al mismo tiempo.

K, evidentemente, se había «salido» de sí, porque Vanda anotó las advertencias hechas por la entidad que quedó atrás: «'No me dejes hasta que él regrese. Él debe quererte si deja que me toques, porque en esto es muy particular. No dejes que nadie se acerque hasta que él vuelva'». Vanda agregaba luego: «Yo no podía entender en absoluto lo que estaba ocurriendo y me sentía estupefacta».

Al día siguiente, a la misma hora, K «se salió» de sí nuevamente y otra vez Vanda anotó lo que «el cuerpo» decía mientras él estaba fuera: «'Me siento muy extraño. ¿Dónde estoy? No me dejes. ¿Puedes, por favor, quedarte conmigo hasta que él vuelva? ¿Estás cómoda? Toma una silla. ¿Lo conoces bien? ¿Lo cuidarás?'» Vanda continuaba: «Todavía no podía comprender lo que estaba sucediendo. Era todo demasiado inesperado, demasiado incomprensible. Cuando K recobró la conciencia, me pidió que le dijera lo que había sucedido, y por eso escribí estas notas en un intento de transmitir alguna pálida idea de lo que había visto y sentido»¹. A fines de julio, Aldous

¹ De una copia de las notas de Vanda Scaravelli.

Huxley y su segunda esposa se encontraban en Gstaad y fueron varias veces a Saanen para escuchar las pláticas que K ofrecía en el Town Hall. Ello estuvo «entre las cosas más impresionantes que yo haya escuchado jamás», escribió Huxley. «Era como escuchar un discurso del Buda -tal poder, tal autoridad intrínseca, tan inflexible rechazo a permitir al *homme moyen sensuel* [hombre medio sensual], cualquier tipo de escapes o sustitutos, cualquier clase de *gurús*, salvadores, *führers*, iglesias-. ‘Yo les muestro el dolor y la terminación del dolor, y si ustedes no se deciden por satisfacer las condiciones para terminar con el dolor, estén preparados, cualesquiera que sean los gurús, iglesias, etcétera, en que puedan creer, para la indefinida continuación del dolor’»¹.

Huxley escribía, evidentemente, acerca de la sexta plática ofrecida el 6 de agosto, donde K habló del dolor: «El tiempo no termina con el dolor. Podemos olvidar un sufrimiento particular, pero el dolor está siempre ahí, bien en lo profundo, y yo pienso que es posible terminar por completo con el dolor. No mañana, no con el transcurso del tiempo, sino que podemos ver la realidad en el presente e ir más allá».

Después de la última plática, el 15 de agosto, K escribió en su diario: «Al despertar esta mañana, de nuevo estaba ahí esa impenetrable fuerza cuyo poder es bendición... Allí estaba durante la plática, intangible y pura».

Esta plática, cuando se lee impresa, no tiene el poder de las otras. A menudo ha sucedido que, personas que en su momento habían sentido que una plática era particularmente reveladora, quedaron decepcionadas al leerla posteriormente impresa. Es muy probable que muchas veces, mientras hablaba, K haya estado experimentando esta extraña bendición y que fuera ésta la que había inspirado al auditorio más que sus palabras.

Durante ese verano se formó el Comité de Saanen con el propósito de hacer todos los arreglos necesarios para que K hablara allí anualmente. Cuando se enteró de esto, Rajagopal se sintió perturbado temiendo que K fuera a excluir por completo a Ojai. No era ésta la intención aunque, tal como ocurrió, K no habría de regresar a Ojai por cinco años.

Después de la reunión, K permaneció tranquilamente con Vanda en el Chalet Tanneg. Durante ese período, Vanda fue constantemente consciente de la «bendición», de «lo otro» que K describía diariamente en su cuaderno de notas. En septiembre, K voló solo a París, donde se alojó con sus viejos amigos Carlo y Nadine Suarès en el apartamento que tenían en el octavo piso de la Avenida Labourdonnais. Encontrarse en una ciudad después de la paz de las montañas que él amaba, era un cambio violento. No obstante, escribió: «Sentado quietamente... observando los tejados... muy inesperadamente, esa bendición, esa cualidad de lo otro advino con suave claridad; llenó la habitación y permaneció en ella. Está aquí mientras esto se escribe».

Después de ofrecer nueve pláticas en París y de ir nuevamente a Il Leccio, en octubre, K voló a Bombay y desde allí al Valle de Rishi por un mes, después de lo cual fue a Vasanta Vihar, Rajghat y Delhi. Por las descripciones que figuran en su Diario, uno llega a conocer el Valle de Rishi y Rajghat como si uno mismo hubiera estado allí. En Delhi, el 23 de enero de 1962, su Diario se interrumpe tan súbitamente como empezó. En la casa de Shiva Rao había un frío tan intenso que K ya no podía seguir sosteniendo el lápiz. En parte de la última anotación se lee:

... de repente, esa incognoscible inmensidad estaba ahí, no sólo en la habitación y fuera de ella sino también en lo profundo, en los lugares más recónditos de lo que una vez fuera la mente... esa inmensidad no dejaba huella, estaba ahí pura, fuerte, impenetrable e inaccesible, y su intensidad era fuego que no dejaba cenizas. Con ella estaba la bienaventuranza... El pasado y lo desconocido no se encuentran en ningún punto, no pueden ser reunidos por ninguna acción, cualquiera que sea, no hay puente que pueda cruzarse ni sendero que conduzca a ella. El pasado y lo desconocido jamás se han encontrado y jamás se encontrarán. El pasado tiene que cesar para que lo incognoscible, esa inmensidad, pueda ser.

La publicación, en 1976, de este documento extraordinario, pasó inadvertida para la prensa, tanto en Inglaterra como en los EE.UU., excepto por un párrafo en el norteamericano *Publishers Weekly* que concluía así: «La enseñanza de Krishnamurti es austera, en cierto sentido aniquiladora». Una o dos personas que leyeron el manuscrito, se mostraron contrarias a su publicación. Temían que pudiera descorazonar a los seguidores de K. El sostenía que los seres humanos podían transformarse radicalmente, no a través del tiempo, no por la evolución sino por la percepción instantánea, mientras que el Diario demuestra que Krishnamurti no era un ser corriente transformado, sino un ser único que existía en una dimensión diferente. Se trataba de un punto de vista válido y cuando le fue expuesto a K, respondió: «No tenemos que ser todos Edison para encender la luz eléctrica». Más adelante habría de decirle a un periodista en Roma, que sugirió que K había nacido como era y que, por lo tanto, otros no podían alcanzar su estado de conciencia: «Cristóbal Colón fue a América en un barco velero; nosotros podemos ir en avión».

¹ *Aldous Huxley* Sybille Bedford, II (Chatto & Windus, 1973).

K ofreció veintitrés pláticas en la India durante ese invierno y sostuvo innumerables discusiones de grupo: no es sorprendente, pues, que estuviera exhausto cuando llegó a Roma a mediados de marzo y fue recibido allí por Vanda Scaravelli. Al día siguiente, K cayó enfermo con fiebre. En ese estado «se salió de sí», como acostumbraba hacer durante «el proceso». Vanda registró por escrito lo que dijo el ser que había quedado a cargo del cuerpo. Pero va no fue la voz de un niño la que habló; la voz sonaba completamente natural:

No me dejes. El se ha ido lejos, muy lejos. Te han dicho que cuides de él. El no debió haberse ido. Debiste decírselo. Durante la comida está medio trastornado. Tienes que advertírselo con una mirada, de manera que las otras personas no lo vean, y él comprenderá. Bello rostro para mirarlo. Esas pestañas son inútiles para un hombre. ¿Por qué no las tomas tú? Ese rostro ha sido cuidadosamente elaborado. Ellos han trabajado y trabajado durante tanto tiempo, tantos siglos, para producir un cuerpo semejante. ¿Lo conoces? No puedes conocerlo. ¿Cómo puedes conocer el agua que fluye? Sólo escucha. No le hagas preguntas. El debe amarte si deja que llegues tan cerca de él. Él se cuida mucho de no permitir que otras personas toquen su cuerpo. Tú sabes cómo te trata; quiere que no te suceda nada. No hagas nada extravagante. Todo este viajar ha sido demasiado para él. Y esas personas en el avión, el fumar, y ese estar empacando todo el tiempo, llegar y partir, ha sido demasiado para el cuerpo. El quería llegar a Roma por esa señora [Vanda]. ¿La conoces? Es por ella que quería llegar rápidamente. Él se ve afectado si ella no está bien. Todos esos viajes... no, no me estoy quejando. Tú ves qué puro es él. No se permite nada a sí mismo. Todo este tiempo el cuerpo ha estado al borde de un precipicio. Lo han sostenido, lo han vigilado intensamente todos estos meses, y si lo sueltan él se irá muy lejos. La muerte está cerca. Yo le dije que era demasiado. Cuando él se encuentra en esos aeropuertos está completamente solo. No está del todo ahí. Toda aquella pobreza en la India, y esa gente que muere. Terrible. Este cuerpo también habría muerto si no lo hubieran encontrado. Y esa suciedad en todas partes. Él es tan limpio, su cuerpo se mantiene limpio. Él lo lava con mucha solicitud. Esta mañana él quería comunicarte algo. No lo interrumpas. Él debe amarte. Dile esto; toma un lápiz y dile: La muerte está siempre ahí, está muy cerca, para protegerte. Y cuando te refugies en ella, morirás.

Cuando K se sintió suficientemente bien, se trasladaron a Il Leccio, pero allí cayó muy enfermo con una recurrencia de su problema renal complicado con un severo ataque de paperas. Se puso tan enfermo, que por varias noches Vanda durmió afuera en el piso junto a su puerta. No fue sino hasta mediados de mayo que K llegó a Inglaterra, donde Doris Pratt había alquilado para él otra casa amueblada en Wimbledon. Lady Emily tenía ahora ochenta y siete años y prácticamente había perdido la memoria. Sin embargo, él solía ir a verla con frecuencia y se sentaba a su lado tomándole la mano y cantando para ella por una hora o más. Ella lo reconocía y amaba su presencia. Lady Emily habría de morir a principios de 1964. A veces yo solía ir a buscarlo a Wimbledon y lo llevaba en auto hasta Sussex donde paseábamos por nuestros bosques de campánulas. Jamás hablábamos seriamente y durante el paseo no hablábamos en absoluto. Yo sabía que él gustaba del silencio, del espectáculo y del perfume de las campánulas, que se deleitaba con la paz del bosque, con el canto de los pájaros y con las tiernas hojas nuevas de las hayas. Acostumbraba detenerse a menudo y mirar hacia atrás, entre las piernas, la bruma azul que se levantaba de la tierra. El era lo que siempre había sido para mí, no un maestro sino un querido ser humano, más íntimo que ninguna de mis hermanas. Me gustaba pensar que yo era tal vez la única persona con quien jamás había tenido que esforzarse.

Cuando supe que K hablaría en la Friend's Meeting House además de hacerlo en Wimbledon, tuve un impulso súbito de ir a escucharle. No había asistido a una plática suya desde 1928, en Ommen. El salón se encontraba repleto; la gente estaba de pie en la parte de atrás. No le vi avanzar hacia el estrado; en un instante, la solitaria silla dura colocada en el centro se hallaba vacía, y al instante siguiente K estaba ahí sentado sobre sus manos sin haber hecho ruido alguno al entrar. Una figura muy delicada, impecablemente vestida con un traje oscuro, camisa blanca, corbata también oscura, los pies calzados con zapatos marrones bien lustrados y elegantemente situados uno junto al otro. Estaba solo en el estrado (nunca le hacían una presentación y, como ya he dicho, jamás traía consigo ninguna nota). En la sala había un silencio completo, como si una intensa vibración de expectativa recorriera el auditorio. Estaba sentado ahí, totalmente silencioso, el cuerpo inmóvil, evaluando a su público con ligeros movimientos de cabeza a uno y otro lado. Un minuto... dos minutos... empecé a sentir pánico por él. ¿Estaba sufriendo un colapso? Yo sentía en todo el cuerpo una punzante angustia de preocupación por él cuando de pronto comenzó a hablar, sin apresurarse, conmoviendo el silencio con su voz más bien melodiosa y teñida de un ligero acento indio.

Más tarde descubrí que este largo silencio al comienzo de una plática era habitual. Resultaba sumamente impresionante, pero su motivo no era el de impresionar. Antes de comenzar a hablar, K raramente sabía lo que iba a decir y parecía mirar al auditorio para guiarse. Es por esto que una plática comenzaba frecuentemente con poca convicción: «Me pregunto cuál es el propósito de una reunión como ésta», podía decir, o: «¿Qué esperan ustedes de esto?» O podía comenzar una serie de pláticas diciendo: «Pienso que sería muy bueno si pudiéramos establecer una verdadera relación entre quien les habla y el auditorio». Otras veces sabía exactamente lo que quería decir: «Esta tarde quiero hablar acerca del conocimiento, la experiencia y el tiempo», pero la plática que seguía, no

necesariamente se limitaba a esos temas. Siempre insistía en que no hablaba didácticamente, que él y el auditorio estaban participando juntos en una investigación. En el curso de una plática solía reiterar esto dos o tres veces.

En esta tarde particular, en la Friend's Meeting House él sabía exactamente lo que quería decir:

Para entender lo que vamos a considerar esta tarde y las tardes siguientes, se necesita una mente clara, una mente que pueda percibir de manera directa. La comprensión no es algo misterioso. Requiere una mente capaz de mirar las cosas de manera directa, sin prejuicio, sin inclinaciones personales, sin opiniones. Lo que quiero decir esta tarde concierne a la revolución interna total, a la destrucción de la estructura psicológica de la sociedad, que somos nosotros. Pero la destrucción de esta estructura psicológica de la sociedad que somos ustedes y yo, no se produce mediante el esfuerzo; y creo que ésta es una de las cosas más difíciles de comprender para la mayoría de nosotros.

El significado que hay detrás de las palabras de K llegaba, creo, para la mayoría de la gente, a través de la presencia física del hombre mismo. Había una emanación que, como un destello, enviaba el significado directamente a maestra comprensión pasando por alto la mente. Y si uno encontraba más o menos significativa una plática, ello dependía más de nuestro propio estado de receptividad que de lo que él decía. Aunque solía sentarse sobre sus manos cuando acababa de subir al estrado, gesticulaba con una de ellas o con ambas muy expresivamente en el transcurso de una plática, a menudo separando ampliamente los dedos. Era un goce contemplar sus manos. Al terminar una plática, se escabullía tan discretamente como había entrado. Sus auditorios en la India han sido siempre mucho más demostrativos que en Occidente y, dado que allá hablaba al aire libre, era más difícil para él abandonar el estrado. Se sentía agudamente embarazado por las demostraciones devocionales que recibía en la India, por las prosternaciones y los esfuerzos por tocarle o tocar sus ropas. En Bombay, cuando se alejaba en automóvil de una reunión allí celebrada, las manos solían extenderse para estrechar las suyas a través de la ventanilla abierta. Una vez se sintió horrorizado cuando un hombre le asió la mano y la metió dentro de su boca.

Ese verano, la segunda reunión de Saanen se realizó en una gran carpa. (No fue sino hasta 1965 que la franja de tierra alquilada en que se levantaba la carpa, próxima al río Saanen, fue adquirida por la KWINC con fondos suministrados por Rajagopal). Vanda Scaravelli volvió a alquilar el Chalet Tanneg, como lo haría todos los veranos hasta 1983, trayendo consigo a su propia cocinera retirada, Fosca, para que se ocupara de la casa.

K no se sintió del todo bien después de las reuniones a fin de agosto. Decidí cancelar su visita de ese año a la India y permaneció en Tanneg hasta la navidad. En octubre, Rajagopal, vino otra vez a verle con la esperanza de lograr una reconciliación, pero como Rajagopal la deseaba en sus propios términos y K insistía en que se le repusiera en la junta de la KWINC, llegaron a un punto muerto. Rajagopal fue también a Londres, donde denostó a K ante mí con más virulencia que antes acusándolo de hipocresía, para lo cual no aportó ninguna evidencia, y de cuidar demasiado de su apariencia antes de subir a un estrado, asegurándose en un espejo de que cada cabello estuviera en su lugar. Rajagopal sabía tan bien como yo de que a K siempre le había importado la apariencia externa, tanto la propia como la de los demás. Cuando una iba a verle, tomaba el mayor cuidado en lucir lo mejor que pudiera, puesto que reparaba en todo. Puede haber sido un mero hecho de cortesía hacia su auditorio el tratar de verse lo más pulcro posible cuando se encontraba en el estrado. Insté a Rajagopal a que dejara de trabajar para K si sentía tales cosas acerca de él (me llevó a pensar que el dinero no era el problema) y a que se estableciera en Europa donde tenía muchos amigos, pero su verdadera aflicción parecía radicar en que se hallaba encerrado en una relación unilateral de amor-odio, de la que el retraimiento de K le hacía tanto más difícil escapar.

Después de dejar Tanneg, K fue con Vanda a Roma donde ella le presentó a muchas personas prominentes: directores de cine, escritores y músicos, incluyendo a Fellini, Pontecorvo, Alberto Moravia, Carlo Levi, Segovia y Casals, quien tocó para él. (Desde Il Leccio Vanda lo había llevado varias veces para que viera a Bernard Berenson en I Tatti)¹. Huxley estuvo en Roma en marzo y veía a K frecuentemente. Fue la última vez que se encontraron, porque Huxley habría de morir en Los Ángeles en noviembre. Un mes después de la muerte de Huxley, K me escribió: «Aldous Huxley me dijo hace un par de años que tenía cáncer en la lengua; me confió que no se lo había dicho a nadie, ni siquiera a su esposa. Lo vi en Roma esta primavera y tenía bastante buen aspecto, de modo que fue un golpe enterarme de su muerte. Espero que no haya sufrido».

A fines de mayo K regresó a Gstaad. Mi marido y yo nos detuvimos una noche en Gstaad durante nuestro viaje a Venecia en automóvil y fuimos a Tanneg para verle. Excepto por Fosca, K se encontraba solo. Se mostró muy acogedor y nos llevó a un paseo en el Mercedes adquirido por el Comité de Saanen. Resultaba evidente que K

¹ En el registro del diario de Berenson correspondiente al 7 de mayo de 1956, cuando tenía noventa años, se lee: "Krishnamurti a la hora del té: afable, sensible, admitiendo todas mis objeciones, y en verdad nuestra discusión apenas si fue polémica. Insistió, sin embargo, en un Más Allá y que éste era un estado de existencia inmóvil, sin sucesos, sin pensamientos, sin preguntas, sin... ¿qué? Rechazó mi argumento de que un estado así era algo que estaba fuera del alcance de mi mente occidental. Fui tan lejos como para preguntarle si no estaba él detrás de algo meramente verbal. Lo negó firmemente, pero sin acaloramiento". (*Sunset and Twilight*, editado por Nicky Mariano, Hamish Hamilton, 1964).

utilizaba el automóvil raras veces y que lo apreciaba limpiándolo y puliéndolo cada vez que regresaba de un viaje por corto que fuese. Continuando en Italia, nos detuvimos en el hotel-castillo de Pergine, donde habíamos parado en 1924. Le envié una postal de la torre redonda que él había ocupado. K contestó: «No puedo recordar absolutamente nada al respecto; podría haber sido en cualquier otro castillo, tanto se ha borrado eso de mi mente».

En la reunión de Saanen de ese año había un recién llegado que, por unos cuantos años, iba a jugar un papel importante en la vida exterior de K. Se trataba de Alain Naudé, un pianista profesional sudafricano de treinta y cinco años, quien había estudiado en París y en Siena, ofreciendo conciertos en Europa y siendo en ese entonces profesor en la Universidad de Pretoria. Interesado desde la infancia en la vida religiosa y habiendo sabido de Krishnamurti, Alain aprovechó las vacaciones para viajar a Saanen con el fin de escuchar a K. Lo conoció personalmente y estuvo en la India ese invierno mientras K se encontraba allí. Cuando regresó a Pretoria en los comienzos de 1964, renunció a su cátedra en la Universidad con el fin de seguir su destino espiritual.

Alain Naudé fue a Saanen nuevamente en el verano de 1964. También se encontraba allí Mary Zimbalist (Taylor de soltera), viuda de Sam Zimbalist, el productor de cine. Era una fina, elegante dama norteamericana europeizada, procedente de una familia de Nueva York muy conocida en el mundo de los negocios. Había escuchado a K por primera vez junto con su marido, en 1944. Cuando el marido falleció repentinamente de un ataque al corazón en 1958, ella fue, aún devastada por la pena, a escuchar a K nuevamente durante la reunión de 1960. Después tuvo una larga entrevista privada con él, en la que K le habló de la muerte en una forma que ella estaba preparada para entender: uno no podía huir de la muerte por los caminos habituales de escape; el hecho de la muerte tenía que ser comprendido; lo que acarreaba dolor era el escapar de la soledad, no *el hecho* de la soledad, de la muerte; la pena era autocompasión, no amor. Mary había esperado oírle hablar nuevamente en Ojai, pero cuando pareció improbable que K fuera a volver allá, Mary viajó a Saanen para escucharle. Allí hizo amistad con Alain Naudé, y K les pidió a ambos que se quedaran después de la reunión para asistir a las pequeñas discusiones privadas en Tanneg. Mary tuvo también otra larga entrevista personal con K.

Las acciones conservadas en Inglaterra para los gastos de K, ahora habían dejado de dar dividendos, y Doris Pratt sugirió a Rajagopal que todos los costos de los viajes de K a la India y en Europa fueran pagados en adelante por la KWINC al Comité de Saanen, el cual también recibiría los fondos reunidos en Europa; y, por razones de salud, K debía viajar en el futuro en primera clase. Rajagopal accedió a la primera proposición pero no respondió a la sugerencia de que K viajara en primera clase. Considerando que cada penique que ingresaba a la KWINC, ya sea en forma de donaciones, de legados o de regalías por los libros, era ganado por el propio K, parece extraordinario que tuviera que solicitarse el permiso de Rajagopal con respecto a la manera en que podía gastarse el dinero necesario para el bienestar personal de K; y que cuando K, habiendo visto nuevamente a Alain Naudé en el invierno de 1964-65, quiso que se convirtiera en su secretario y compañero de viaje, tuviera que obtenerse otra vez el consentimiento de Rajagopal a fin de que se le pagara a Naudé un modesto salario. Tan obvio era que, a la edad de setenta años, el viajar sin compañía se había vuelto difícil para K, especialmente después de sus numerosas enfermedades.

Conocí a Alain Naudé en Londres, durante la primavera de 1965, cuando lo encontré acompañando a K en la casa Huntsman, su sastre en Savile Row. Alain se alojaba con K y Doris Pratt en otra casa amueblada que habían alquilado en Wimbledon, y había tornado a su cargo las grabaciones de las pláticas de K en Wimbledon. Cuando K fue conmigo a nuestro habitual paseo de las campánulas, se le veía mucho más animado de lo que lo había estado por años. Me contó cuánta diferencia había significado Alain en su vida, viajando con él y ocupándose del equipaje. K sentía una natural afinidad con él; Alain era alegre, aunque de mentalidad seria, enérgico y cosmopolita, con aptitud para los idiomas. Mary Zimbalist también estaba en Londres, pero no me encontré con ella hasta el año siguiente. Mary alquiló un automóvil y llevaba a K y a Alain para que conocieran los lugares más bellos de Inglaterra, y cuando después de Londres los tres fueron a París, fue con ellos a Versailles, Chartres, Rambouillet y otros sitios, la clase de viajes placenteros que a K se le habían negado por años en su exteriormente tediosa vida.

«Los ideales son cosas crueles»

Ese invierno, Mary Zimbalist y Alain Naudé fueron con K a la India y viajaron por todo el país con él y sus amigos indios, yendo a todos los lugares en los que habitualmente ofrecía pláticas y sostenía discusiones. En diciembre de 1965, estando aún en la India, K recibió de Rajagopal una invitación inesperada, que aceptó, para hablar en Ojai durante octubre de 1966. El Primer Ministro de la India, Lál Bahadur Shastri, murió el 11 de enero de 1966. Indira Gandhi, íntima amiga de Pupul Jayakar, se convirtió en Primer Ministro.

Conocí a Mary Zimbalist en Inglaterra durante la primavera de 1966. Inesperadamente, ella paró una tarde ante la puerta de nuestra casa de campo acompañada de K y Alain. Habían tenido un almuerzo campestre y K los había guiado hasta nosotros. Cuando finalmente se fueron, recuerdo haber pensado qué trío tan admirablemente feliz y afable parecían y qué beneficiosa era la compañía de ellos para la salud y el ánimo de K. Fue una visita plena de risas. Mi amistad con estos nuevos amigos de K creció rápidamente. De allí en adelante, K quiso alojarse con ellos dondequiera que fueran. Estuvieron en Gstaad ese verano, aunque hospedados en otro chalet, en Nueva York K se alojó con ambos en el apartamento del hermano de Mary y después, en California, en la hermosa casa que Mary tenía en Malibú, edificada sobre un risco que dominaba el mar. El 28 de octubre los tres fueron a Ojai y, al día siguiente, K ofreció la primera de seis pláticas en El Robledal, donde no había hablado desde 1960. Antes de la tercera plática, llegó un equipo de televisión y, por primera vez, se filmó una plática de K. Esta se ocupaba de lo que se ocupaban fundamentalmente todas sus pláticas: producir una transformación radical en la mente humana. Sin una transformación así, no podía haber un cambio verdadero en la sociedad, ni felicidad verdadera ni paz en el mundo. Repitió lo que había dicho numerosas veces antes: que sus palabras eran un espejo en el cual las personas podían ver lo que realmente estaba ocurriendo dentro de ellas.

Infortunadamente, la esperada reconciliación entre K y Rajagopal no se produjo pese a que ambos se encontraron a solas varias veces. K seguía insistiendo en su reincorporación a la junta de la KWINC; Rajagopal se negaba a que K tuviera responsabilidad alguna en la organización. K también habló con el vicepresidente de la KWINC y con uno de los síndicos a quienes había conocido bien durante años, pero ninguno de los dos quiso o pudo ayudar. Los celos con respecto a los dos nuevos amigos de K (Alain y Mary) no mejoraron la situación.

En diciembre de ese año K voló completamente solo a Delhi (Alain Naudé había regresado a Pretoria para ver a sus padres). Las pláticas que K ofreció en la India durante ese año, fueron las últimas en ser publicadas por la KWINC. En marzo de 1967, Mary y Alain volvieron a reunirse con K en Roma y viajaron con él a París, donde se alojaron en una casa que había alquilado Mary. K nunca más volvería a alojarse con los Suarès; éstos salieron de su vida después de una suerte de disputa que hubo con León de Vidas sobre los arreglos para las pláticas de K en París.

Después de París, K viajó con Mary y Alain a Holanda, donde habló en Amsterdam; era la primera vez que lo hacía, y siguió haciéndolo por los siguientes once años. Se hospedaron en una granja en Huizen, el pueblo donde Wedgwood había tenido su comunidad, pero K no conservaba recuerdo alguno de esto. Como mi esposo y yo nos encontrábamos en Holanda por ese entonces, fuimos a visitarlos. Justo cuando nos íbamos, K me preguntó inesperadamente si yo escribiría un libro para él. Me quedé pasmada al escucharme decir: «Sí. ¿Qué clase de libro?» Él contestó: «Algo basado en las pláticas. Eso lo dejo a su cargo». Creo que fue Alain quien lo había sugerido. Yo nunca había hablado con K acerca de mis escritos y no creo que él se hubiera enterado, hasta que Alain se lo dijo, de que yo era una autora profesional. Pero ninguno de ellos podía conocer el hecho de que yo no había leído una palabra de K desde 1928. El resto del verano estuvo eclipsado para mí por la enormidad de lo que había emprendido; sin embargo, nunca consideré la posibilidad de desistir de ello. Sabía que era un reto tremendo. Cuando regresé a Londres pregunté a Doris Pratt, a quien conocía desde los tiempos de Ommen, cuáles consideraba ella que eran las mejores pláticas de los dos últimos años. Recomendó las de 1963 y 1964 y me envió los cuatro volúmenes con los textos fidedignos de las pláticas ofrecidas en Europa y la India durante esos años.

Leí estos volúmenes con intensa excitación. Fue como si hubiera estado viviendo en una habitación con muchas ventanas, todas cubiertas con persianas oscuras y, a medida que iba leyendo, las persianas se levantarán una tras otra. Declaraciones como «los ideales son cosas crueles» y «'yo trataré' es la afirmación más terrible que uno pueda hacer», revolucionaron mi pensar. K abarcaba los mismos temas básicos en cada una de sus pláticas y, por lo tanto, había mucha repetición, aunque nunca exactamente con las mismas palabras. Así que hice un índice con estos temas bajo encabezamientos tales como: Percepción directa El condicionamiento, La conciencia, La muerte, El temor, La libertad, Dios, El Amor, La meditación, etc. Escogí aquellos pasajes en los cuales pensaba que él se había expresado con mayor claridad y belleza, y los entrelacé en un libro de 124 páginas. No alteré una sola palabra de K ni agregué palabra alguna; sin embargo, este libro no es una antología. Es más bien un compendio de Krishnamurti, jamás he tenido una tarea más difícil, más concentrada o emocionante. Un párrafo que aprendí de memoria, era: «Estar libre de toda autoridad, tanto de la propia como de la ajena, es morir a todo lo

de ayer, de modo que la mente de uno sea siempre nueva, siempre joven, inocente, llena de vigor y pasión». Este libro, bajo el título elegido por K mismo de *Freedom from the Known*¹, se publicó en 1969.

Para mí, el capítulo más bello y conmovedor, es el del amor. Muchas personas encuentran que la enseñanza de Krishnamurti es negativa porque a veces él solamente podía descubrir lo que algo *era*, diciendo lo que ello *no era*. El amor es un ejemplo excelente de esto. El amor no es celos, no es afán posesivo, el amor no exige ser amado, el amor no es miedo, no es placer sexual; depender de otro no es amor, el pensamiento no puede cultivar el amor, el amor no es autocompasión. (Esto hace que uno entienda una declaración ulterior de K: «No existe tal cosa como un amor desdichado»). «¿No saben ustedes lo que significa realmente amar» -pregunta-, «amar sin odio, sin ira, sin celos, sin querer interferir con lo que el otro está pensando o haciendo, sin condenar, sin comparar? ¿No saben lo que eso significa? Cuando uno ama a alguien con todo el corazón, con toda la mente, con todo el cuerpo, con la totalidad de su ser, ¿hay acaso comparación?»

El concepto que yo encontraba difícil de comprender es el que dice que «el observador es lo observado». Finalmente llegué a una interpretación de esto: El yo mira todos sus estados internos del ser con su propia mente condicionada y, por lo tanto, lo que ve es una réplica de sí mismo, lo que somos es lo que vemos. La concepción de un yo superior que puede dirigir los otros yoes de uno, es una ilusión, puesto que existe un solo yo. Cuando K decía en otras pláticas: «La experiencia es el experimentador» y «El pensador es el pensamiento», estaba meramente usando palabras diferentes para expresar la misma idea.

A principios de junio de 1967, Mary Zimbalist condujo a K y Alain Naudé en automóvil a Gstaad, donde se alojaron juntos en otra casa de campo a la espera de que llegara Vanda y abriera Tanneg para K. Unos días antes de trasladarse a Tanneg, K cayó en cama con fiebre. Mary anotó en su diario que creía que él deliraba cuando la miraba sin reconocerla y decía con su voz de niño: «Krishna se ha ido». Él le preguntó si ella había «cuestionado a Krishna», y agregó: «A él no le gusta que lo cuestionen. Después de todos estos años no me he acostumbrado a él». Mary, evidentemente, no estaba enterada del «proceso». Aunque de ahí en adelante y hasta la muerte de K, habría de permanecer a su lado más que ninguna otra persona, ésta parece haber sido la única vez que «el proceso» se manifestó ante ella. Sin embargo, K le había advertido que en ocasiones solía desmayarse, incluso cuando lo llevaban en automóvil; ella debía hacer caso omiso y seguir conduciendo lentamente. Esto ocurrió de hecho varias veces. K solía desplomarse desmayado en el regazo o los hombros de Mary, pero pronto se recobraba y no se sentía peor que antes.

Ese verano en Gstaad se conversó mucho acerca de una escuela que K deseaba fundar en Europa. Un viejo amigo le había ofrecido 50.000 libras a fin de que K se construyera una casa para cuando tomara la decisión de retirarse. Como no tenía el propósito de retirarse jamás, K le preguntó si podía invertir el dinero en una escuela, solicitud que fue aceptada de inmediato. K había conocido recientemente a la persona ideal para dirigir esa escuela: Dorothy Simmons. Ella y su marido Montague acababan de retirarse después de dirigir durante dieciocho años una escuela gubernamental. Pronto se decidió que la nueva escuela debería estar en Inglaterra, puesto que Mrs. Simmons no podría dirigirla eficientemente en un idioma extranjero. Finalmente, se adquirió Brockwood Park, en 42.000 libras, una gran casa de estilo georgiano situada en Hampshire, la cual incluía treinta y seis acres de parques y jardines; los Simmons, Doris Pratt y un alumno se instalaron allí a fines de 1968.

K había decidido fundar la escuela contrariando los consejos de su entonces consejero de finanzas Gérard Blitz, fundador del Club Mediterráneo, quien le dijo que era completamente imposible hacer esto hasta tanto no se recolectaran más fondos a fin de equipar la escuela. Sin embargo, la política de K a lo largo de toda su vida fue hacer lo que él consideraba que era correcto, y el dinero llegaría de una u otra manera. Y habitualmente ocurría así.

Pero antes de eso había tenido lugar una ruptura completa con Rajagopal y K había establecido un nuevo fideicomiso para la difusión de sus enseñanzas. En la escritura del mismo se aseguraba que una situación como la de Rajagopal no podría volver a surgir jamás. Durante la reunión de Saanen de 1968, se anunció:

Krishnamurti desea hacer saber que se ha desvinculado completamente de la *Krishnamurti Writings Incorporated* de Ojai, California.

Él espera que, como resultado de este anuncio público, aquellos que quieran asociarse a su labor y a sus enseñanzas, darán apoyo a la nueva, internacional *Krishnamurti Foundation* de Londres, Inglaterra, cuyas actividades habrán de incluir una escuela. La Escritura por la que se establece la Fundación, garantiza el respeto a los propósitos de Krishnamurti.

Cuando Doris Pratt se retiró a Brockwood Park después de cuarenta años del más devoto servicio voluntario, Mary Cadogan, una mujer casada y con una hija, que había ayudado a Doris Pratt desde 1958, se convirtió en la Secretaria de la nueva Fundación. Antes de su casamiento, Mary Cadogan había trabajado para la BBC, y sus

¹ Hay una edición en español publicada con el título. *Libérese del pasado* (Ediciones Krishnamurti - Puerto Rico, 1970). [N. del T.]

calificaciones para el puesto eran de las más altas (desde entonces ha publicado cinco libros de éxito siendo Secretaria de la Fundación).

Siguió un período difícil hasta que comenzaron a ingresar las donaciones para la nueva Fundación. Los activos de la KWINC estaban congelados pero, afortunadamente, Doris Pratt y Mary Cadogan habían constituido un pequeño capital que permitió seguir funcionando a la nueva Fundación. Por esta época K formó un Comité de Publicaciones bajo la presidencia de George Wingfield-Digby, que entonces era Encargado del Departamento de Textiles del Victoria and Albert Museum, experto en porcelanas orientales y autor de una biografía de William Blake. Este comité tendría en el futuro la responsabilidad de preparar las pláticas de K para su edición y de publicar un Boletín, además de atender todo lo vinculado con la prensa. Los textos fidedignos de las pláticas fueron en adelante impresos en Holanda en vez de la India.

En 1969 se estableció en Norteamérica la *American Krishnamurti Foundation* y, en 1970, la *Indian Foundation*. Siguió a esto un litigio inevitable entre la KWINC y la American Foundation, el cual se prolongó hasta 1974 cuando se arregló extrajudicialmente. Los principales términos del arreglo fueron que la KWINC debía disolverse y que otra organización, la K & R Foundation, de la cual Rajagopal tendría el control, conservaría los derechos de autor correspondientes a los escritos de K anteriores al 19 de julio de 1968; 150 acres de terreno en el extremo occidental del Valle de Ojai, incluyendo El Robledal, y once acres en el extremo más alto donde se encontraban la Cabaña de los Pinos y Arya Vihara, deberían transferirse a la *Krishnamurti Foundation of America* (KFA); los bienes en dinero efectivo de la KWINC deberían transferirse a la KFA después de deducir ciertas sumas para pensiones y costas legales de Rajagopal, y Rajagopal retendría la posesión de su casa mientras viviera.

Mientras el caso proseguía, K continuó con sus giras internacionales. Las diferencias eran que ahora paraba en Brockwood Park cuando venía a Inglaterra, que cuando estaba en California se alojaba con Mary Zimbalist en Malibú en vez de Ojai y que hablaba en Santa Mónica en lugar de hacerlo en El Robledal. En el otoño de 1969, Alain Naudé dejó de trabajar para K y fue a vivir en San Francisco donde enseñaba música. A veces se hospedaba en Malibú y K le veía siempre que iba a San Francisco. Alain había hecho mucho por K al haberlo puesto en contacto con la juventud de EE.UU., organizando para él las pláticas en distintas universidades, incluidas las de Harvard y Berkeley. «De manera completamente natural y, no obstante, un poco sorprendente», escribió Alain, «Krishnamurti es de pronto el héroe y amigo de estos estudiantes, porque mucho antes de que le conocieran, las cosas sobre las que hablaba se habían vuelto para ellos tan importantes como el comer y el respirar. Les gusta lo que dice y sienten por él un afecto muy familiar desprovisto de todo temor o reverencia»¹.

Mientras K estuvo parando en Brockwood durante la primavera de 1970, me pidió que escribiera un relato acerca de los primeros años de su vida. Primero se lo había pedido a su viejo amigo Shiva Rao, pero después de reunir una gran cantidad de material procedente de los Archivos Teosóficos de Adyar, Shiva Rao cayó muy enfermo y supo que nunca se iba a recuperar lo suficiente como para escribir el libro (murió al año siguiente). Por lo tanto, ofreció poner a mi disposición toda la documentación que obraba en su poder. Yo había conocido a Shiva Rao en 1923 cuando fui por primera vez a la India, y desde entonces habíamos seguido siendo íntimos amigos. K dijo que traería los papeles consigo cuando viniera de la India a comienzos del año siguiente. Desde luego que yo me sentía encantada de que se me hubiera pedido que escribiera este relato, pero estipulé, antes de aceptar, que no debía exigírseme que mostrara el texto a nadie. Después de acceder a esto, K me dio por escrito el permiso de citar sus cartas y los relatos de su experiencia de 1922 en Ojai, los que jamás se habían publicado. Aunque no tenía la intención de comenzar el libro hasta haber recibido el material de Shiva Rao, en junio fui a Brockwood para tener con K mi primera entrevista al respecto. Él pareció profundamente interesado en «el niño», como se refería a sí mismo, y se preguntó por qué había sido escogido por Leadbeater. ¿Cuál era la cualidad de la mente del niño? ¿Qué lo había protegido durante todos estos años? ¿Por qué el niño sometido a toda esa adulación, no se había corrompido ni condicionado? Él podría haberse convertido en «una abominación». Esta curiosidad acerca del niño, aunque intensa, era completamente impersonal. Era como si K esperara que el registro escrito de la verdadera historia pudiese revelar algo que explicara el fenómeno del hombre en el cual él tenía igualmente un interés impersonal. K no pudo haber sido más cooperativo, pero ¡ay!, no recordaba nada de los primeros años de su vida excepto lo que Shiva Rao y otros le habían contado.

En 1970 se publicó un libro de K titulado *The Urgency of Change* (La Urgencia del Cambio), que consiste en preguntas inquisitivas que le formula Alain Naudé en Malibú y las respuestas de K. Alain había anotado por escrito tanto las preguntas como las respuestas, dictándolas en un grabador magnetofónico y luego volvió a leerlas a K por la noche a fin de introducir algunas correcciones. Este libro tiene, por lo tanto, un valor superior al de los libros que contienen otras pláticas editadas que K jamás revisaba o que ni siquiera miraba. Hay una parte

¹ EFB, N° 2, primavera de 1969.

en el libro que trata uno de los temas que con más frecuencia reiteraba K y que es uno de los más difíciles de captar: la terminación del pensamiento.

Interlocutor: Me pregunto qué entiende usted realmente por terminar con el pensamiento. Hablé acerca de ello con un amigo y me dijo que es alguna clase de disparate oriental. Para él, el pensamiento es indispensable y es la más alta forma de inteligencia. Ha creado la civilización y toda relación se basa en él. Todos nosotros aceptamos esto... Cuando no pensamos, dormimos, vegetamos o soñamos despiertos; nos sentimos vacíos, embotados e improductivos, mientras que cuando nos hallamos despiertos estamos pensando, actuando, viviendo, disputando; estos son los dos únicos estados que conocemos. Usted dice que debemos ir más allá de ambos, más allá del pensamiento y de la vacua inactividad. ¿Qué quiere decir con esto?

Krishnamurti: Exponiéndolo de manera muy sencilla, el pensamiento es la respuesta de la memoria, del pasado. Cuando el pensamiento actúa, es este pasado el que está actuando como memoria, como experiencia, como conocimiento, como oportunidad. Cuando el pensamiento está operando es el pasado y, por lo tanto, no hay en él nada nuevo o vital; es el pasado que vive en el presente, mortificándose a sí mismo y al presente. De ese modo no hay, pues, nada nuevo en la vida. Y cuando queremos descubrir algo nuevo, el pasado ha de hallarse ausente, la mente no debe estar obstruida por el pensamiento, el temor, el placer y todo lo demás. Sólo cuando la mente está libre de confusión, lo nuevo puede manifestarse, y es por esta razón que decimos que el pensamiento debe estar quieto, operando sólo cuando tiene que hacerlo, de manera objetiva, eficiente. Toda continuidad es pensamiento; cuando hay continuidad no hay nada nuevo. ¿Ve lo importante que es esto? Es realmente una cuestión de la vida misma. O usted vive en el pasado o vive de manera por completo diferente. Esa es toda la cuestión.

En su *Diario K* había escrito: «Hay algo sagrado que no es del pensamiento, ni es un sentimiento resucitado por el pensar. Ello no es reconocible por el pensamiento ni puede éste utilizarlo ni formularlo. Pero *hay* algo sagrado, incontaminado por cualquier símbolo o palabra. Ello no es comunicable». Esta es toda la dificultad de un concepto como la terminación del pensamiento: que no puede comunicarse excepto por medio del pensamiento.

Más adelante, K habría de decir: «El pensamiento contamina» y «El pensamiento es corrupción». Estas declaraciones tan francas son incomprensibles sin alguna explicación. El pensamiento era corrupto porque estaba «dividido», «fragmentado». De lo que K hablaba era, por supuesto, del pensamiento psicológico. El pensamiento es necesario para todos los propósitos prácticos, tal como lo es la memoria.

K también expresó en *The Urgency of Change* su actitud con respecto al sexo cuando respondió a la pregunta: «¿Puede haber sexo sin este deseo del pensamiento?»

Usted tiene que descubrirlo por sí mismo. El sexo juega un papel extraordinariamente importante en nuestras vidas porque es, probablemente, la única experiencia profunda, de primera mano que tenemos. Intelectualmente y emocionalmente podemos imitar, seguir, obedecer. Hay pena y conflicto en todas nuestras relaciones, excepto en el acto del sexo. Por ser tan diferente y bello este acto, nos volvemos adictos a él, y él a su vez se convierte en una esclavitud. La esclavitud es la exigencia de su continuación, otra vez la acción del centro que es divisiva. Uno queda así encerrado, intelectualmente, en la familia, en la comunidad, a través de la moralidad social, de las sanciones religiosas. Tan encerrado que sólo queda esta única relación en la que hay libertad e intensidad. Por lo tanto, asignamos a ello una importancia tremenda. Pero si hubiera libertad en todo, entonces no habría tanta ansia y tanto problema con respecto al sexo. Lo convertimos en un problema porque no podemos obtener bastante de él o porque nos sentimos culpables al tenerlo o porque, teniéndolo, rompemos las reglas que ha establecido la sociedad. Es la vieja sociedad la que llama permisivo a la sociedad nueva, porque para esta sociedad nueva el sexo forma parte de la vida. Al liberarse la mente de la esclavitud que implican la imitación, la autoridad, la conformidad y las prescripciones religiosas, el sexo tiene su propio lugar, siempre que no lo absorba todo. De ahí uno puede inferir que la libertad es esencial para el amor; no la libertad de la rebelión, no la libertad de hacer lo que a uno le plazca ni la de complacerse abierta o secretamente en las propias ansias, sino más bien la libertad que llega con la comprensión de toda esta estructura y naturaleza del centro. Entonces la libertad es amor¹.

K decidió no viajar a la India en el invierno de 1971, no a causa de la amenaza de guerra entre la India y Pakistán sino, como se lo confió a Mary Zimbalist, porque su cuerpo se hallaba «cansado hasta los huesos» y él necesitaba una oportunidad de ponerse al día con su mente que «estaba estallando de energía».

¹ *The Urgency of Change* (Urge un Cambio Psicológico).

Por lo tanto, a partir del 20 de noviembre y por las siguientes semanas, se relajó completamente en la casa de Mary en Malibú, yendo a cines, paseando por la playa, mirando televisión y leyendo novelas policiales. Pero, como siempre que descansaba tranquilamente, la cabeza comenzó a dolerle. A menudo permanecía despierto por horas en medio de la noche con la intensidad de su meditación y, algunas veces, después de dormir solía despertarse con una sensación de «júbilo especial», sintiendo que la habitación estaba llena de «eminentes seres sagrados». Evidentemente, el proceso continuaba en una forma más suave sin que él «se saliera» de su cuerpo. Sentía que algo estaba sucediendo a fin de expandir su cerebro, porque había «una luz extraordinaria ardiendo en su mente». Sin embargo, declaró que desde la guerra no se había sentido tan descansado. Su cuerpo se había vuelto, no obstante, tan sensible que una tarde, mientras estaba encendida la televisión y él se hallaba «muy lejos», tuvo una conmoción tan intensa cuando Mary le habló, que comenzó a sacudirse y sintió los efectos del choque durante toda la noche¹. Estas meditaciones, tan intensas que lo mantenían despierto por horas, continuaron hasta que K fue a Nueva York, en mayo de 1972, para ofrecer una serie de pláticas.

Este año vio la publicación del primer libro de Krishnamurti procedente de la India: *Tradition and Revolution* (Tradición y Revolución), preparado por Pupul Jayakar y Sunanda Patwardhan y publicado por Orient Longman. Constaba de treinta diálogos sostenidos durante 1970-71 en Nueva Delhi, Madrás, el Valle de Rishi y Bombay con un pequeño grupo de personas -artistas, políticos, *sannyasis* y *pundits*- con quienes K había estado reuniéndose desde su regreso a la India en 1947. Aunque nada nuevo se dijo en estas discusiones, el enfoque es nuevo y diferente, por la inclusión de un glosario con palabras indias, lo cual le da un carácter original. Hay un párrafo particularmente memorable: «Existe solamente una manera de enfrentarse al dolor. Los escapes con los que estamos familiarizados, son en realidad maneras de eludir la grandeza del dolor. El único modo de habérselas con el dolor, es hacerlo sin resistencia, sin un solo movimiento, externo o interno, para escapar del dolor; hay que permanecer totalmente con el dolor sin desear alejarse de él».

Ha habido siempre, entre los seguidores indios de K, una tendencia a considerarlo como un instructor indio porque había nacido en un cuerpo indio, mientras que él mismo afirmaba que no pertenecía a ninguna raza o nacionalidad, tal como no pertenecía a ninguna religión. Su pasaporte indio le tornaba difícil conseguir visas para Europa y EE.UU., de modo que se sintió agradecido cuando, en 1977, obtuvo la llamada Tarjeta Verde que lo habilitaba para entrar sin visa a los EE.UU.

En febrero de 1973, K se detuvo en Brockwood por unos cuantos días durante su viaje de Bombay a Los Ángeles. Yo estaba ahora profundamente absorbida escribiendo el relato de los primeros años de su vida, el cual habría de convertirse en el primer volumen de una biografía de tres volúmenes, y tenía dudas sobre la conveniencia de publicarlo, tan fantástica era la historia y, sin embargo, tan sagrada al mismo tiempo. Por lo tanto, fui a Brockwood por un día a fin de hablar con K al respecto. Solos después del almuerzo, en el gran salón del Ala Occidental, esa parte de la casa que se había convertido en su hogar cuando se encontraba en Inglaterra (sentado K, como siempre prefería hacerlo, en una silla dura que había arrimado al sofá donde yo estaba), le expuse mis dudas. Replicó instantáneamente: «¿No puede usted sentirlo en la habitación? Bien, ésa es su respuesta». Yo no soy psíquica en lo más mínimo, pero en ese momento percibí realmente una ligera vibración en la sala, que fácilmente podría haber sido producto de la imaginación. K, evidentemente, sentía que ello venía desde fuera de él mismo y que mostraba su aprobación. «¿Qué es esta cosa?», pregunté, «este poder? ¿Qué es lo que hay detrás de usted? Sé que usted siempre se sintió protegido, pero ¿qué o quién le protege?» «Está ahí, como si estuviera detrás de una cortina», contestó extendiendo una mano hacia atrás como para palpar una cortina invisible. «Yo podría levantarla, pero no siento que me corresponda hacerlo».

Cuando partí esa tarde, K había subido a su habitación para descansar, y mi hija, que me había traído desde Londres, aguardaba impacientemente afuera en el automóvil. Habiéndome despedido ya del personal de la escuela, tenía que regresar al Ala Occidental para recoger mi abrigo que había dejado en el guardarropa. Cuando pasé por la puerta abierta del salón sin otro pensamiento en mi cabeza que el de apresurarme, un gran poder, aterrador en su fuerza, salió del salón precipitándose sobre mí. ¿Era hostil hacia mi persona? Una cosa que sí sé es que no se trataba de algo imaginario o causado por autosugestión. Llegué a la conclusión de que no era personalmente hostil. Era como imagino que sería hallarse de pronto atrapada en el remolino de la hélice de un avión. ¿Era ésta la fuente, la energía que pasaba a través de K con tanta frecuencia? Yo no lo sabía cuando un año antes en Ojai, K fue interrogado sobre el mismo asunto del poder que existía tras él, por un grupo de síndicos de la American Foundation, de los cuales Erna Lilliefelt y su hermano Theodor, que vivían en Ojai, eran los más destacados (en efecto, la Fundación difícilmente hubiera podido iniciarse sin Erna). K había dicho en esa ocasión, hablando de sí mismo en tercera persona:

¹ Citado del diario de Mary Zimbalist.

En primer lugar, estamos investigando algo que K mismo nunca ha investigado. Él nunca ha dicho: «¿Quién soy yo?» Siento que estamos ahondando en algo que la mente consciente jamás podrá comprender, lo cual no implica que yo esté haciendo de ello un misterio. Algo existe. Demasiado intenso para expresarlo en palabras. Hay un tremendo depósito, por decirlo así, que si la mente humana pudiera alcanzarlo, revelaría algo que ninguna mitología intelectual, ninguna invención o dogma podrán jamás revelar. No estoy haciendo un misterio de ello, eso sería un tonto truco infantil, una cosa de lo más desvergonzada porque implicaría estar explotando a la gente. O uno crea un misterio cuando no lo hay o existe un misterio que ustedes deben abordar con extraordinaria delicadeza y vacilación. Y la mente consciente no puede hacerlo. Ello está ahí. Está ahí pero uno no puede alcanzarlo, no puede invitarlo. No es un logro progresivo. *Existe* algo, pero el cerebro no puede comprenderlo.

K se indignó mucho cuando en la misma reunión se sugirió que él podía ser un médium. «¡Por supuesto que no soy un médium, eso es obvio! Esa explicación sería demasiado infantil, demasiado inmadura». Se le preguntó si se daba cuenta de que era utilizado. «No. Eso sería como una estación de gasolina que otros utilizan». Luego él preguntó a su vez: «¿Ocurre en el cerebro algo no invitado por mí: las diversas experiencias como la de Ojai y de otras veces? Por ejemplo, me desperté a las 3,30 y había un sentido tremendo de energía, una energía explosiva, una gran belleza, toda clase de cosas ocurrían. Este género de experiencia prosigue todo el tiempo cuando el cuerpo no está demasiado cansado»¹.

Por esta época, K describió de una manera más completa a Mary Zimbalist, este despertar en medio de la noche. Ella anotó lo que K decía y me lo pasó en una carta: «Desperté a las tres con un sentido de extraordinario poder, con una luz que ardía en la mente. No había un Observador. La comprobación venía de afuera, pero el observador no existía. Sólo eso existía y nada más. El poder lo penetraba todo. Me incorporé y ello prosiguió por tres horas». K le dijo a Mary que se despertaba a menudo con cierto sentimiento de una nueva e inmensa energía. Unos años después, K le pidió a Mary que anotara otra experiencia que él había tenido, la que también me fue comunicada en una carta:

Antes de comenzar los *asanas*², él [K] por lo general se sienta muy quietamente, sin pensar en nada. Pero esta mañana ocurrió algo extraño, de lo más inesperado y, en modo alguno, invitado; además, uno no puede invitar estas cosas. Súbitamente, pareció como si en el centro mismo de su cerebro, de su cabeza, bien adentro, hubiera un vasto espacio lleno de una energía inimaginable. Estaba ahí pero, cualquier cosa que fuere, no se registra, porque lo que se registra es un derroche de energía. Era, si uno puede aunarlo así, energía pura en un estado sin límites, un espacio en que no había sino este sentido de inmensidad. Uno no sabe cuánto tiempo continuó ello, pero durante toda la mañana estuvo ahí, y mientras esto se escribe, es como si aquello estuviera echando raíces y afirmándose. Estas palabras no son realmente la cosa misma.

Las descripciones que K hace de la energía que penetraba en él, deben ser mencionadas cuidadosamente en vista de la grabación magnetofónica que él hizo poco antes de su muerte, la última que hizo jamás.

¹ AKFA, enero y marzo 1972.

² Posiciones del yoga. K había estudiado primeramente ejercicios yoga con B.K.S. Iyengar, pero desde 1965 y por muchos años, tomó lecciones con el sobrino de Iyengar, T.K.B. Desikachar, en Vasanta Vihar y en el Chalet Tanneg. Practicaba yoga solamente como una forma de ejercitación física.

«El futuro es ahora»

Dos libros más, escritos por K, aparecieron en 1973, época en que sus libros dejaron de ser comentados en la prensa, aunque continuaron vendiéndose muy bien. Uno puede comprender la dificultad de comentarlos. Sin embargo, John Stewart Collis, un desconocido para K, aceptó el reto al comentar el primero y más breve de ellos, *Beyond Violence* (Más Allá de la Violencia) para el *Sunday Telegraph*, en marzo de 1973:

Para ser renovador es necesario ser nuevo. Esto es bastante raro en las artes. En el campo del pensamiento religioso-ético-filosófico se lo encuentra difícilmente alguna vez. J. Krishnamurti es siempre nuevo, siempre sorprendente. Dudo que un cliché haya pasado nunca por sus labios.

También es muy difícil. No porque use alguna vez grandes palabras sino porque no cree en «creencias». Esto debe consternar a quienes confían en *ismos y ologías*. El cree en la Religión según el sentido fundamental de la palabra, pero no en las religiones ni en ningún sistema de pensamiento, cualquiera que sea.

El subtítulo de *Beyond Violence* es: «Texto fidedigno de las pláticas y discusiones en Santa Mónica, San Diego, Londres, Brockwood Park y Roma». En primer lugar K ofrece una charla y después contesta preguntas. Las preguntas son comunes, las respuestas jamás son comunes. «¿No es la creencia en la unidad de todas las cosas, tan humana como la creencia en la división de todas las cosas?»

«¿Por qué quiere usted creer en la unidad de todos los seres humanos? No estamos unidos, ése es un hecho. ¿Por qué quiere creer en algo que es irreal? Está toda esta cuestión de la creencia; sólo piénselo, usted tiene sus creencias y otro tiene sus creencias, y peleamos y nos matamos el uno al otro por una creencia».

También:

«¿Cuándo debemos tener experiencias psíquicas?»

«¡Nunca! ¿Sabe usted lo que significa tener experiencias psíquicas? Para tener una experiencia extrasensoria, usted debe ser extraordinariamente maduro, extraordinariamente sensible e inteligente; y si usted es extraordinariamente inteligente, no desea tener experiencias psíquicas».

Este volumen se ocupa fundamentalmente del cambio que debe producirse *en nosotros mismos* a fin de ir más allá de la violencia tan difundida en todas partes del mundo:

«Estar libre de violencia implica librarse de todo cuanto el hombre ha impuesto al hombre: creencias, dogmas, rituales, mi país, su país, su dios, mi dios, mi opinión, su opinión».

¿Cómo se alcanza esta libertad? Yo lo siento muchísimo, pero no puedo ofrecer el mensaje de Krishnamurti en una proposición nítida. Hay que leerlo. La sola acción de leerlo genera un cambio en el lector. Una pista: sustituir el pensar por el acto de *atención*, el poder de *observar*.

El segundo libro, *The Awakening of Intelligence*¹, fue uno muy extenso editado por George y Cornelia Wingfield-Digby, con diecisiete fotografías de K tomadas por Mark Edwards. Desde principios de los años 30 y por más de treinta años, K se había negado a que le tomaran fotografías. Cuando cedió a esto, se le preguntó a un joven fotógrafo independiente, Mark Edwards, recién egresado de la escuela de arte, si podía fotografiarlo. Desde entonces, Mark ha adquirido renombre con fotos del Tercer Mundo y ha realizado muchísimos trabajos fotográficos para la Krishnamurti Foundation. (Más adelante, K fue fotografiado por Cecil Beaton y por Karsh de Ottawa).

The Awakening of Intelligence contiene entrevistas con diversas personas diferentes, incluyendo «Conversaciones entre Krishnamurti y Jacob Needleman», Profesor de Filosofía en el Colegio Estatal de San Francisco, «Conversaciones entre Krishnamurti y el Swami Venkatesananda», «Conversaciones con Alain Naudé» y una conversación con el Dr. David Bohm, que por esa época era Profesor de Física Teórica en el Birbeck College de la Universidad de Londres. En los años 40 David Bohm había sido amigo de Einstein en Princeton. Se sintió interesado en K por primera vez cuando leyó por casualidad *La Libertad Primera y Última* en una biblioteca. Había asistido a las pláticas que K ofreciera en Wimbledon en 1961 y, desde entonces, había estado con frecuencia en Saanen y Brockwood, donde sostuvo discusiones con K. Era autor de varios libros sobre la teoría cuántica, y en 1980 habría de publicar *Wholeness and the Implicate Order* (La Totalidad y el Orden Implicado), proponiendo una teoría revolucionaria de la física, afín a la enseñanza de K sobre la totalidad de la vida.

En su primera conversación con el profesor Needleman, K pone el acento en la importancia de verse libre de todo condicionamiento religioso: «Uno ha de descartar todas las promesas, todas las experiencias, todas las

¹ Se publicó en español subdividido en tres volúmenes titulados "La Raíz del Conflicto", "La Persecución del Placer" y "La Conciencia Fragmentada", todos con el subtítulo común de *El Despertar de la Inteligencia* [N. del 'I'.]

aseveraciones místicas. Pienso que uno ha de empezar como si no supiera absolutamente nada». Needleman interrumpió: «Eso es muy difícil». «No, señor, no creo que sea difícil. Pienso que es difícil sólo para aquellos que se han llenado con el conocimiento de otras personas». Y, más adelante en la conversación, K dijo: «Yo no he leído libros religiosos, filosóficos o psicológicos; uno puede penetrar en sí mismo a profundidades tremendas y descubrirlo todo». Esto es fundamental en la enseñanza de K, que toda la comprensión de la vida puede uno descubrirla dentro de sí mismo porque, como le dijo a Alain Naudé en una de sus conversaciones: «Yo soy el mundo y el mundo es lo que yo soy; mi conciencia es la conciencia del mundo y la conciencia del mundo soy yo. Por lo tanto, cuando hay orden en el ser humano, hay orden en el mundo».

En sus conversaciones con el Swami, K definió su actitud hacia los *gurús*. En respuesta a la pregunta del Swami: «Ahora bien, ¿cuál es, según usted, el papel de un *gurú*, el de preceptor o el de un ser que despierta a otros?», K contestó: «Señor, si usted está empleando la palabra *gurú* en su sentido clásico, vale decir, ‘el que disipa la oscuridad de la ignorancia’, ¿puede algún otro, sea quien fuere, iluminado o necio, ayudar realmente a disipar la oscuridad en uno mismo?» El Swami preguntó luego: «¿Pero aceptaría usted, Krishnaji, que el señalar es necesario?» A esto K contestó: «Sí, por supuesto. Yo señalo. Hago eso. Todos hacemos eso. Pregunto a un hombre en la calle: ‘¿Querría usted decirme, por favor, cuál es el camino a Saanen?’ y él me lo dice, pero yo no pierdo tiempo en expresarle devoción y decir: ‘Dios mío, es usted el más grande de los hombres!’. Eso es demasiado infantil».

Como resultado de las conversaciones con David Bohm, que prosiguieron a intervalos por varios años, K habló más y más sobre la terminación del tiempo así como sobre la cesación del pensamiento. Fue provocado y estimulado por estas discusiones, sintiendo que se había tendido un puente entre las mentes religiosa y científica. Este podría calificarse como un enfoque intelectual antes que intuitivo, de su enseñanza. David Bohm gustaba comenzar una discusión indicando la raíz etimológica de una palabra como ayuda para la comprensión, y K llegó a adoptar él mismo esta práctica algunas veces en sus pláticas ulteriores, sin agregar nada a su lucidez y, en un caso, originando cierta confusión. Bohm le había indicado a K que la palabra «realidad» se derivaba de «res» (cosa, hecho), y de allí en adelante K solía usar a veces esa palabra para significar lo supremo o la verdad, o bien, después de hablar con Bohm, con el significado de «hecho», como la silla en que nos sentamos, la pluma que sostenemos, las ropas que usamos, el dolor de muelas que padecemos. Saber que la palabra «comunicar» se deriva del latín «hacer común», no le ayudó a K a comunicar lo incomunicable, que es lo que siempre estuvo tratando de hacer. Sin embargo, muchas personas respondieron más al nuevo enfoque intelectual de K que a su misticismo poético o a las descripciones de la naturaleza tales como: «El sol del crepúsculo daba sobre la hierba fresca y había esplendor en cada brizna. Las hojas primaverales, justo por encima de uno, eran tan delicadas que cuando uno las tocaba no podía sentir las».

A pedido de K, David Bohm organizó en Brockwood y en Ojai varias conferencias de científicos y psicólogos, y en Nueva York, el Dr. David Shainberg hizo arreglos para realizar seminarios de psicólogos en los que K tomó parte. Estas reuniones fueron decepcionantes en su totalidad. K no estaba realmente interesado en las ideas psicológicas y en las conclusiones alcanzadas por científicos y filósofos; lo que le agradaba era el estímulo de otras mentes a fin de ahondar con mayor profundidad dentro de sí mismo, mientras que los que asistían a las conferencias deseaban, naturalmente, leer en voz alta sus propios papeles. K recibía con avidez cualquier información factual acerca de los nuevos avances científicos que tenían lugar en el mundo. De este modo, aprovechó cuanto pudo sobre la ingeniería genética gracias al profesor Maurice Wilkins, ganador del Premio Nobel en medicina, que asistió a dos de los debates de Brockwood, y más adelante quedó fascinado aprendiendo sobre computadoras con Asit Chandmal, sobrino de Pupul Jayakar, que había trabajado en computadoras para el gran Grupo Tata de la India. De la misma manera, en el pasado K había querido aprenderlo todo acerca de los motores de combustión interna y de otros artefactos mecánicos como relojes y cámaras fotográficas. Cuando un día en Brockwood y en presencia de K, alguien hizo a Mark Edwards una pregunta sobre fotografía, Mark quedó asombrado ante la rapidez con que K la respondió él mismo de manera clara y concisa.

Una de las cosas notables respecto de K es que con la misma facilidad conversaba seriamente con un swami, un monje budista, un científico occidental, un industrial millonario, un Primer Ministro o una reina. Aunque tímido y reservado, habiendo leído tan poco y careciendo de toda pretensión intelectual, no tenía aprehensión alguna en discutir públicamente los más abstrusos problemas psicológicos con los más grandes filósofos, científicos y maestros religiosos del mundo. La explicación de esto es, creo, que mientras los otros discurrían y argumentaban acerca de las teorías de *x*, K veía a *x* tan claramente como si fuese su propia mano. En junio de 1973 tuvo lugar en Brockwood una reunión internacional con representantes de todas las Fundaciones que se conocían por primera vez. K estaba preocupado por los problemas que surgirían después de su muerte y de la muerte de los síndicos existentes. No lograba ver de qué modo las Fundaciones podrían seguir funcionando. Su actitud hacia el futuro había cambiado completamente con respecto a la que tenía en 1968 cuando, durante un paseo por el bosque de Epping, mi marido le preguntó qué ocurriría con su nueva Fundación inglesa y con todo su trabajo después de

su muerte. En aquella ocasión, K había contestado con un gesto abarcativo: «Desaparecerá todo». Permanecerían sus enseñanzas, sus libros y las grabaciones; todo lo demás podía desaparecer.

Cuando ahora, en esta reunión internacional se le sugirió que debía escoger personas jóvenes que llevaran adelante la labor, respondió: «La mayoría de las personas jóvenes pone un escudo entre ellas y yo. Es responsabilidad de las Fundaciones encontrar gente joven. Ustedes pueden encontrarla con más facilidad que yo, porque la gente se enamora de mí, de mi rostro, se siente atraída personalmente por mí o desea avanzar en el campo espiritual... pero las escuelas, indudablemente, tienen que continuar porque pueden producir una clase diferente de ser humano»¹.

Producir una clase diferente de ser humano era el propósito de la enseñanza de K. Su tema principal en la reunión de Saanen de ese año, fue cómo dar origen «a un cambio psicológico revolucionario, fundamental en la mente humana». Sin embargo, ahora había empezado a sostener que ese cambio debía ser instantáneo. Era inútil decir. «Trataré de cambiar» o: «Seré diferente mañana», porque lo que uno era hoy, eso sería mañana. «El futuro es ahora» es una frase que habría de usar con frecuencia.

Después de Saanen, K regresó a Brockwood para la reunión anual que había tenido lugar allí durante los últimos cuatro años, y se quedó hasta que viajó a la India en octubre. Ahora, cada vez que estaba en Brockwood, K solía venir a Londres una vez por semana acompañado de Mary Zimbalist, a veces para ir al dentista o al peluquero (Truefitt & Hill en Bond Street), pero siempre para visitar a su sastre, Huntsman, generalmente sólo para llevarle un par de pantalones que había que modificar o para tomarse la enésima prueba de un traje que nunca llegaba a alcanzar por completo su norma de perfección. Raramente ordenaba un traje nuevo. Parecía gustarle la atmósfera de la tienda y se demoraba examinando con atención completa los envoltorios de tela que se encontraban sobre los mostradores. Cada vez que venían a Londres, yo solía almorzar con ellos en el cuarto piso del restaurante de Fortnum & Mason, lo que implicaba un paseo convenientemente corto desde Savile Row a través de la Burlington Arcade, y una visita a la librería contigua de Hatchard, donde K aumentaba su surtido de novelas policiales de bolsillo. El menú en este restaurante era muy limitado para los vegetarianos, pero el lugar era espacioso y tranquilo y las mesas estaban suficientemente apartadas entre sí como para poder sostener conversaciones sin que otros las escucharan. K solía observar con intenso interés a las personas que lo rodeaban, el modo en que vestían, lo que comían, la manera en que comían y se comportaban. En una época, había una modelo que se paseaba alrededor de las mesas. K nos tocaba ligeramente con el codo a Mary y a mí diciendo: «¡Mírenla, mírenla! Ella desea que la miren», pero él se interesaba mucho más que nosotras en lo que ella vestía. Siempre manifestó un gran interés en las ropas, no sólo en las propias. Ocasionalmente, durante el almuerzo yo le pedía que se pusiera mi anillo, un conjunto de turquesa engarzada en diamantes, que él conocía bien porque mi madre siempre lo había llevado. K solía ponérsela en su dedo meñique. Cuando me lo devolvía en el momento en que dejábamos el restaurante, los diamantes brillaban como si acabaran de ser limpiados por un joyero. Esto no era imaginación. Un día, cuando después del almuerzo me encontré con una de mis nietas, me dijo: «¡Qué maravilloso se ve tu anillo! ¿Acabas de mandarlo a limpiar?».

En los años 70, un amigo de K lo describía de este modo:

Cuando uno se encuentra con él, ¿qué es lo que ve? Ciertamente, hasta un grado superlativo hay nobleza, poder, gracia y elegancia. Los modales son exquisitos, hay un elevado sentido estético, una enorme sensibilidad y una percepción penetrante en cualquiera de los problemas que uno pueda traerle. En ninguna parte de Krishnamurti existe el más mínimo vestigio de algo que sea vulgar, común o trivial. Uno puede comprender su enseñanza o no comprenderla; uno puede tal vez criticar esto o aquello en su acento o en sus palabras. Pero es inconcebible que alguien pueda negar la nobleza y la gracia que fluyen desde su persona. Uno podría quizá decir que tiene un estilo o una categoría que están muy por encima y mucho más allá del tipo humano corriente.

No caben dudas de que estas palabras lo turbarían. Su vestir, su porte, sus modales, la manera en que se mueve y habla son, en el más alto sentido de la palabra, principescos. Cuando él entra a algún lugar, es alguien absolutamente extraordinario el que allí se encuentra.

El interés de K en las buenas ropas y en los buenos automóviles y su gusto por los libros y las películas escapistas, han parecido anómalos a algunos, a él nunca se le ocurrió cambiar sus inclinaciones en asuntos tan triviales ni pretender que fueran otra cosa que lo que eran. Un día, estando K en Londres durante ese otoño, le sugerí que debería empezar a escribir un diario tal como lo había hecho en 1961. Aceptó en el acto la idea y esa misma tarde compró cuadernos y una nueva pluma fuente de punta ancha, y a la mañana siguiente, 14 de septiembre, comenzó a escribir. Prosiguió escribiendo todos los días por las siguientes seis semanas, principalmente en Brockwood pero continuándolo cuando fue a Roma en octubre. Estos escritos diarios publicados por primera vez en 1982 bajo el título de *Krishnamurti's Journal*², revelan más acerca de él personalmente que

¹ De transcripciones (AB).

² En español se publicó con el título de *Diario II*. [N. del T.]

cualquiera de sus otras obras. Refiriéndose a sí mismo en tercera persona, escribió el 15 de septiembre: «Sólo recientemente descubrió él que no había un solo pensamiento durante estos largos paseos... Él siempre había sido así, desde que era niño: ningún pensamiento penetraba en su mente. Él observaba y escuchaba, nada más. Nunca surgía el pensamiento con sus asociaciones. No había formación de imágenes. Un día, de pronto se dio cuenta de lo extraordinario que eso era; a menudo intentó pensar pero no acudía pensamiento alguno. En estos paseos, con gente o sin ella, había ausencia de todo movimiento del pensar. Esto es estar solo». Y el día 17: «Él siempre tuvo esta extraña falta de distancia entre él mismo y los árboles, los ríos y las montañas. Ello no era algo cultivado; uno no puede cultivar una cosa como ésa. Jamás hubo un muro entre él y otro ser humano. Lo que ellos le hacían, lo que le decían, jamás parecía herirlo, ni tampoco le afectaba el halago. De algún modo permaneció totalmente ileso. No era un retraído ni un solitario, sino que era como las aguas de un río. Tenía muy pocos pensamientos y, cuando estaba solo, ningún pensamiento en absoluto». Y el día 21: «Él nunca ha sido lastimado pese a las muchas cosas que le sucedieron, halagos e insultos, amenazas y seguridad. No es que fuera insensible o inconsciente; no tenía una imagen de sí mismo ni conclusión ni ideología alguna. La imagen es resistencia y, cuando ésta no existe, hay vulnerabilidad pero no hay heridas psicológicas». Dos días después habría de escribir:

Estaba de pie, solo, en la margen baja del río... Estaba de pie ahí, sin nadie en los alrededores, solo, libre y distante. Tendría catorce años o menos. Ellos le habían encontrado a él y a su hermano muy recientemente y ya le rodeaba toda la agitación y la importancia que le habían asignado. Era el centro del respeto y la devoción, y en los años venideros estaría a la cabeza de organizaciones y de grandes propiedades. Todo eso y la disolución de esas organizaciones, todavía estaba por delante. De pie ahí, solo, perdido y extrañamente lejano, era su primer y perdurable recuerdo de aquellos días con sus acontecimientos. El no recuerda su infancia, las escuelas y los castigos. Años más tarde, el mismo maestro que lo lastimaba, le contó que acostumbraba apalearlo prácticamente todos los días; él solía llorar y lo dejaban afuera, en el balcón, hasta que la escuela se cerraba y el maestro venía a pedirle que se fuera a su casa; de lo contrario, habría seguido allí en el balcón. Según le dijo este hombre, lo apaleaba porque él no podía estudiar ni recordar nada de lo que había leído o le habían enseñado. Más tarde, el maestro no podía creer que ese niño fuera el hombre que había ofrecido la plática que acababa de escuchar. Estaba sumamente sorprendido e innecesariamente respetuoso.

Todos aquellos años pasaron sin dejar cicatrices ni recuerdos en su mente; sus amistades, sus afectos, aun esos años con quienes lo habían maltratado, de algún modo, ninguno de esos eventos, amable o brutal, ha dejado huellas en él. En años recientes, un escritor le preguntó si podía rememorar todos aquellos sucesos más bien extraños, y cuando él le contestó que no podía recordarlos y que sólo podía repetir lo que otros le habían contado, el hombre, con un ademán despectivo, declaró que eso era pretexto y simulación. Pero él nunca bloqueó conscientemente ningún suceso, agradable o desagradable, impidiendo que entrara en su mente. Los acontecimientos venían, no dejaban huella alguna y morían.

«Un diálogo con la muerte»

Por los últimos años, K no había podido alojarse en Vasanta Vihar cuando se hallaba en Madrás, puesto que Rajagopal reclamaba el lugar como parte de los activos de la KWINC, de modo que se hospedaba con una dama india que vivía en las cercanías, en Greenways Road. (No fue sino hasta 1975 que Vasanta Vihar fue cedido a la Indian Foundation). K estaba ahora obligado a separarse de Madhavachari, mano derecha de Rajagopal, que continuaba siendo fiel a éste, según pudo comprobar. En ese invierno 1973-74, el Dr. T.K. Parchure, un médico indio del hospital que se encontraba en el complejo residencial de la escuela de Rajghat en Varanasi (como ahora se llama Benarés), comenzó a viajar con K cada vez que éste iba a la India; lo mismo hacia Parameshvaran, el cocinero jefe en el Valle de Rishi, quien había cuidado a K cuando estuvo al borde de la muerte en Kashmir en 1959. Además del hospital independiente en los terrenos de Rajghat, que provee a las necesidades de veinte poblados de los alrededores, hay un colegio para mujeres con un albergue adjunto, una granja y una escuela agrícola. La escuela misma tiene cerca de 300 niños y niñas, con edades que van de los siete a los dieciocho años.

En el Valle de Rishi, hay también más que una escuela; hay un centro rural independiente donde se educan y reciben atención médica setenta niños de los pueblos adyacentes. Al hablar durante ese año a los maestros en el Valle de Rishi y en respuesta a la pregunta: «El sufrimiento, ¿no embota la mente?», K dijo algo que me impresionó con mucha fuerza cuando lo leí posteriormente: «Yo pensaría más bien que lo que embota la mente es la continuación del sufrimiento, no el impacto del sufrimiento... A menos que uno resuelva el sufrimiento de inmediato, es inevitable que embote la mente». En Madrás acababa de fundarse una escuela co-educacional diurna. Llamada simplemente «La Escuela», acomodaba a 112 niños con edades entre tres y doce años.

K estaba ahora ansioso por abrir una escuela en Ojai sin aguardar por el arreglo con la KWINC. Se consultó a un arquitecto y se escogió a un Director, para consternación de los síndicos de la American Foundation que carecían de fondos y no disponían de un terreno para semejante aventura; pero K jamás permitió que consideraciones de esta naturaleza se interpusieran en el camino de lo que realmente quería hacer. Por suerte, antes de que se hubiera encontrado un terreno conveniente, en septiembre se llegó a un arreglo en el pleito con la KWINC. Mientras tanto, en mayo K había ido con Mary Zimbalist a San Diego, donde se grabó en video-color una serie de dieciocho diálogos sobre temas diferentes que K sostuvo con el Dr. Allan Anderson, Profesor de Educación Religiosa en el Colegio Estatal de San Diego¹. Las últimas dos discusiones versaron sobre la meditación. En el curso de ellas, K recalcó tres veces que la meditación abarcaba «el campo total de la existencia» y que todo esfuerzo por meditar negaba la meditación. Uno de sus pasajes más bellos sobre la meditación surgió en una plática que había ofrecido unos años antes:

La meditación es una de las artes más grandes que hay en la vida, tal vez *la* más grande, y uno no puede aprenderla de nadie. Esa es su belleza. Carece de técnica y, por lo tanto, de autoridad. Cuando uno aprende acerca de sí mismo, cuando se observa, cuando observa la manera en que camina, en que come, lo que dice, el chismorreo, el odio, los celos... si uno se da cuenta de todo eso en sí mismo sin opción alguna, eso forma parte de la meditación. De modo que la meditación puede tener lugar cuando uno está sentado en el autobús o mientras camina por el bosque lleno de luces y sombras o cuando escucha el canto de los pájaros o contempla el rostro de la esposa o del hijo².

Poco después de San Diego, K habló en Santa Mónica por última vez. En una de sus pláticas se le preguntó: «He estado escuchándole desde hace algún tiempo, pero no se ha producido ningún cambio. ¿Qué es lo que está mal?». A esto K contestó:

¿Será que no es usted serio? ¿Es que no le importa? ¿Es que tiene usted tantos problemas que está atrapado en ellos y no tiene ni el tiempo ni el ocio necesarios para detenerse y entonces jamás mira esa flor?... Señor, usted no ha dedicado su vida a ello. Estamos hablando de la vida, no de ideas, no de teorías, prácticas, tecnologías, sino que estamos considerando la totalidad de la vida, que es su vida.

K le dijo a Mary en ese entonces que él tenía que vivir otros diez o quince años, porque todavía quedaba mucho por hacer. Su cuerpo, dijo, se estaba deteriorando (tenía setenta y nueve años), aunque «su cerebro estaba intacto». Ese verano, unas cuantas mañanas después de arribar al Chalet Tanneg, se despertó diciendo que «algo extraordinario le había sucedido, algo que se expandía para abarcar el universo». Esa misma mañana dictó a Mary

¹ Estos videos, que pueden obtenerse en las tres Fundaciones, siguen siendo muy populares.

² *Freedom from the Known (Liberese del Pasado*, Edic. Krishnamurti, 1970).

una carta acerca de la nueva escuela en Ojai: «Tiene que dar origen a personas tan fundamentadas religiosamente, que puedan llevar consigo esa cualidad hagan lo que hagan, vayan donde vayan y cualquiera sea la profesión a que se dediquen». Hacía mucho calor en Gstaad, en la reunión de Saanen K se encontraba a menudo «muy lejos» y le dolía mucho la cabeza. Se había vuelto aún más sensible y no podía soportar que lo tocaran, pero tenía «maravillosas meditaciones». «Mi mente», dijo a Mary, «siente como si la hubieran lavado, está limpia, sana, y mucho más que eso; hay un sentido tremendo de júbilo, de éxtasis».

En noviembre, volando sin acompañante a Delhi, K se encontró en el mismo avión que el Maharishi (Mahesh Yogi), quien vino a hablar con él radiante de alegría y llevando una flor en la mano. La aversión de K hacia los gurús y los sistemas de meditación, pronto puso punto final a la charla que sostenían. (K nos dijo más adelante que le hubiera gustado ver la hoja de Balance del Maharishi).

El mismo mes de noviembre, en Rajghat alguien pidió a K que definiera su propia enseñanza. El respondió sorprendido: «¿Me lo pregunta a mí? ¿Usted me pregunta qué es la enseñanza? Yo mismo no lo sé. No puedo expresarlo en pocas palabras, ¿verdad? Pienso que la idea del que enseña y el enseñado es básicamente errónea, al menos lo es para mí. Creo que es una cuestión de compartir, más que de ser enseñado¹.

Deseando hacerle la misma pregunta cuando estaba escribiendo el segundo volumen de su biografía, formulé por escrito una breve declaración que comenzaba: «La esencia revolucionaria de la enseñanza de Krishnamurti...» y se la envié para que la aprobara. Como esperaba, la reescribió totalmente, conservando tan sólo la palabra «esencia». He aquí lo que él escribió:

La esencia de la enseñanza de Krishnamurti está contenida en la declaración que él hizo en 1929 cuando dijo: «La Verdad es una tierra sin senderos». El hombre no puede llegar a ella a través de ninguna organización, de ningún credo, de ningún dogma, sacerdote o ritual, de ningún conocimiento filosófico ni de técnica psicológica alguna. Tiene que encontrar la verdad mediante el espejo de la relación, mediante la comprensión de los contenidos de la propia mente; por medio de la observación y no por el análisis intelectual o la disección introspectiva. El hombre ha construido internamente imágenes como una valla de seguridad: imágenes religiosas, políticas, personales. Estas se manifiestan como símbolos, ideas, creencias cuya carga domina el pensar humano, las relaciones y la vida cotidiana. Estas son las causas de nuestros problemas porque separan al hombre del hombre en todas sus relaciones. Su percepción de la vida está moldeada por los conceptos ya establecidos en su mente. El contenido de su conciencia es esta conciencia. Este contenido es común a toda la humanidad. La individualidad es el nombre, la forma y la cultura superficial que el hombre adquiere de su medio ambiente. La singularidad del individuo no radica en lo superficial sino en la total libertad con respecto al contenido de su conciencia.

La libertad no es una reacción; la libertad no es una opción. Es jactancia del hombre creer que porque tiene poder de optar es libre. La libertad es observación pura sin dirección, sin el miedo que se esconde tras del castigo y la recompensa. La libertad está exenta de motivo; la libertad no se halla al final de la evolución del hombre sino en el primer paso de su existencia. En la observación uno comienza a descubrir la falta de libertad. La libertad se encuentra en la percepción directa y sin opciones de nuestra existencia diaria.

El pensamiento es tiempo. El pensamiento nace de la experiencia, del conocimiento, que son inseparables del tiempo. El tiempo es el enemigo psicológico del hombre. Nuestra acción se basa en el conocimiento y, por lo tanto, en el tiempo; de modo que el hombre es siempre un esclavo del pasado.

Cuando el hombre se dé cuenta del movimiento de su propia conciencia, verá la división entre el pensador y el pensamiento, el observador y lo observado, el experimentador y la experiencia. Descubrirá que esta división es ilusoria. Sólo entonces hay observación pura que es discernimiento instantáneo sin sombra alguna del pasado. Este discernimiento intemporal genera un cambio profundo y radical en la mente.

La negación total es la esencia de lo positivo. Cuando negamos todas las cosas que no son el amor -cosas como el deseo, el placer-, entonces el amor está ahí con su compasión e inteligencia.

Esto es más que una breve declaración, pero ¿podría ser expresado con mayor concisión o claridad? Quizás, en este resumen, no ha acentuado lo suficiente el concepto de la formación de imágenes. Todos formamos imágenes de nosotros mismos y de los demás, y estas imágenes son las que se encuentran, reaccionan y quedan lastimadas. Son estas imágenes las que interfieren con las relaciones verdaderas entre los seres humanos, aun con las más íntimas.

Cuando regresó a Malibú desde la India en febrero de 1975, K fue por un día con Mary Zimbalist a echar una mirada a Arya Vihara y a la Cabaña de los Pinos que, desde el arreglo del litigio, habían pasado a ser propiedad de la American Foundation; también pasearon con los Lilliefelt por los terrenos vecinos a El Robledal en los que iba a construirse la escuela. Cuando K volvió dos semanas después, sintió que la atmósfera de la Cabaña, que le había repelido en la primera visita, ya había cambiado. El 11 de abril reanudó el Diario que había

¹ *Golden Jubilee Souvenir Book* (Libro de Oro Conmemorativo), Krishnamurti Foundation India, 1979).

comenzado en Brockwood en 1973 y continuó escribiendo en él todos los días por las siguientes tres semanas. El 12 de abril, un hermoso día sin nubes, K ofreció la primera de cuatro pláticas en El Robledal, donde no había hablado desde octubre de 1966.

Cuando K y Mary vinieron otra vez a Brockwood en mayo, llevé conmigo un ejemplar adelantado del primer volumen de su biografía, un relato de su vida hasta la disolución de la Orden de la Estrella. Naturalmente, lo primero que miró fueron las ilustraciones, fijando por mucho tiempo la mirada en las fotos de Nitya. Después me preguntó cómo impresionaría el libro a un completo extraño; ¿qué pensaría del libro «un común corredor de bolsa?» Yo sólo pude contestar que no imaginaba como probable que «un común corredor de bolsa» lo leyera. Sin embargo, a juzgar por los comentarios, la extraña historia pareció fascinar a muchísima gente que una no hubiera esperado que se interesara en absoluto, y las innumerables cartas que recibí mostraron que el libro había ayudado a docenas de personas para una mejor comprensión de K, aunque significó un gran choque para algunos que no tenían ni idea de su educación teosófica. Cuando Mary Zimbalist, después de leerlo, le preguntó por qué, si los Maestros existían, habían hablado entonces pero no ahora, él sugirió: «No hay necesidad ahora que el Señor está aquí». Uno tendría que haber escuchado el tono de su voz para saber si ésta fue una respuesta seria o no.

El octogésimo cumpleaños de K caía el 11 o 12 de mayo. El día 11, el Dr. Parchure llegó a Brockwood procedente de la India para quedarse varias semanas en Europa verificando el estado de salud de K. A mediados de mes estuvo ahí el Dr. David Bohm y sostuvo con K cuatro de las que iban a ser doce conversaciones. Bohm acababa de leer la biografía y le preguntó a K si había existido para él un momento particular de cambio. K dijo que no; el sufrimiento físico durante «el proceso» lo había hecho más sensible, y lo mismo había ocurrido con el sufrimiento ante la muerte del hermano, pero «al enfrentarse plenamente al sufrimiento, éste no había dejado huellas».

Ese año K dedicó una de sus pláticas en las reuniones de Saanen, a lo que él llamaba «un asunto muy serio»: ¿Puede uno estar totalmente libre del miedo psicológico? «Si uno ha de estar libre del miedo», señaló, «tiene que estar libre del tiempo. Si no hubiera tiempo, uno no tendría miedo. No sé si ustedes ven eso. Si no hay mañana, sólo el ahora, el miedo como movimiento del pensar toca a su fin». El miedo surge del deseo de seguridad: «Si hay completa seguridad psicológica, no hay miedo», pero nunca puede haber seguridad psicológica «si uno está ansiando, deseando, buscando, deviniendo». Y proseguía:

... el pensamiento siempre está tratando de encontrar un lugar donde pueda residir, residir en el sentido de adueñarse. Al ser fragmentario, lo que el pensamiento crea es la total inseguridad. Por lo tanto, la completa seguridad está en ser absolutamente nada, lo cual significa no ser ninguna cosa¹ creada por el pensamiento. Ser *absolutamente nada* implica una contradicción total con respecto a todo lo que ustedes han aprendido... ¿Saben lo que significa «ser nada»? Nada de ambición -lo cual no quiere decir que vegeten-, nada de agresión ni resistencia ni barreras levantadas por las heridas psicológicas... La seguridad que ha creado el pensamiento es la no seguridad. Esta es una verdad absoluta.

Habían persuadido a K de no ir a la India ese invierno debido al estado de emergencia declarado en junio por Mrs. Gandhi, durante el cual nada podía publicarse ni decirse públicamente sin someterlo al Comité de Censura. Lo último que K estaba dispuesto a hacer, era suavizar sus denuncias contra toda autoridad y tiranía. No tenía sentido ir a la India si no iba a hablar, y existía un peligro real de que lo encarcelaran si hablaba. Por lo tanto, después de las reuniones de Brockwood, K regresó a Malibú y pasó todos los fines de semana en la Cabaña de los Pinos para hablar con los padres y maestros de la futura escuela de El Robledal.

Aunque el estado de emergencia decretado por Mrs. Gandhi seguía en vigor durante el invierno siguiente, K decidió viajar a la India después de recibir por parte de Pupul Jayakar, la más íntima amiga de Mrs. Gandhi, la garantía de que en sus pláticas se le permitiría decir lo que quisiera. Se hospedó en Nueva Delhi con Pupul, quien ahora vivía en la misma calle que Mrs. Gandhi y, al poco tiempo de su arribo, tuvo con esta última una larga charla privada. Una no puede menos que preguntarse si hubo alguna relación entre esta charla y la decisión de Mrs. Gandhi de llamar a elecciones generales en 1977. K mismo pensaba que pudo haberla habido.

A solicitud de K, en marzo de 1977 se reunieron en Ojai representantes de las Fundaciones Krishnamurti. Él deseaba ahora que el mayor número posible de ellos le acompañara todo el tiempo. Deseaba particularmente que los norteamericanos y europeos, que nunca habían estado en la India, se encontraran allí con él en los próximos años. Estaba convencido de que, cuanto más se vieran esas personas, tanto más afecto llegaría a haber entre ellas y más cerca se sentirían unas de otras. La competencia y los celos eran tan ajenos a él, que jamás los entendió realmente en otros. En una de las reuniones de síndicos que hubo en Ojai, dijo: «Si la gente viniera aquí y preguntara: ‘¿Cómo era vivir con este hombre?’, ¿serían ustedes capaces de comunicarlo? Si algunos de los

¹ En inglés, "nada" es *nothing* y "ninguna cosa" es *not a thing* lo cual permite esta analogía etimológica. [N. del T.]

discípulos del Buda vivieran, ¿no viajaría uno a los confines de la tierra para verlos, para descubrir a través de ellos lo que había sido vivir en su presencia?» Esta mención del Buda y sus discípulos fue lo más cerca que K estuvo nunca de relacionarse a sí mismo con el Buda; sin embargo, es difícil dar a entender a alguien que no le haya conocido bien, que esta comparación fue hecha sin que K se diera a sí mismo ninguna importancia. Cuando el yo está ausente, no puede haber vanidad. «Este hombre» del que hablaba K, no era su propia persona. A pesar de todo, ¿cómo concilia uno esto con su constante reiteración de que nadie tenía autoridad alguna para representarlo después de su muerte y de que la relación gurú-discípulo era una abominación? ¿No es esto bastante sencillo? Al pedir a los síndicos que le acompañaran tanto como fuera posible, seguramente esperaba que, al menos a uno o dos de ellos, les fuera concedida la profundidad de percepción necesaria para producir internamente una total transformación psicológica que los liberara tanto de él mismo como de todas las otras muletas. Esto es muy diferente del culto, que los discípulos rinden al gurú. Si cualquiera alega alguna vez autoridad para hablar por K, uno sabrá que él o ella no se ha transformado.

Se había decidido para entonces que Mary vendiera su casa de Malibú y se construyera un anexo a la Cabaña de los Pinos, que volvería a poder de la American Foundation cuando ella muriera. En la Cabaña de los Pinos K estaría cerca de la escuela, mientras que la casa de Malibú se hallaba a unas setenta millas de Ojai.

El 9 de mayo, K tuvo que someterse a una operación de próstata en el Centro Médico Cedars-Sinai, de Los Ángeles. Avisó de antemano a Mary que ella debía estar muy atenta y no dejar que él «se saliera de sí», y que también debía recordarle a él mismo que estuviera atento, de lo contrario, después de «cincuenta y dos años [de hablar en público] él podría sentir que ya era suficiente». Le dijo que «siempre había vivido con una línea divisoria muy delgada entre el vivir y el morir». Encontraba más fácil morir que seguir viviendo. Unos quince días antes de la operación, K había ido al hospital a fin de dar casi medio litro de su propia sangre para el caso de que se necesitara una transmisión. Rechazó la anestesia general, convencido de que podría ser demasiado para «el cuerpo». K siempre tuvo esta sensación de completo desapego entre él y su cuerpo.

Cuando llegó el día, Mary fue con él y permaneció en la sala contigua. Al llegar, K recorrió las dos salas tocando las paredes, algo que siempre hacía en todo lugar nuevo que ocupaba; esta vez, evidentemente, también lo hizo por Mary. Jamás se reveló el motivo por el que hacía esto. Parece haber sido un medio de purificar, de disipar alguna influencia extraña, aunque no necesariamente maligna, y llenar el lugar con su propia influencia. Mary pidió al anestesista que hablara con K durante la operación a fin de mantenerlo alerta de modo que no se «saliera de sí». Después de dos horas lo trajeron en camilla de vuelta a su cuarto, lucía muy animado y pidió una novela policial para leer, pero en la noche sintió grandes dolores. Le administraron una dosis para niños de un fuerte calmante, pero tuvieron que suspenderla porque le ocasionaba vértigos y náuseas. Se «salió de sí» por cerca de una hora y hablaba de Nitya, y más tarde tuvo lo que él llamó «un diálogo con la muerte». Al día siguiente, dictó a Mary un relato de esta experiencia:

Fue una operación corta y no vale la pena hablar de ella, aunque hubo bastante dolor. Mientras el dolor continuaba, vi o descubrí que el cuerpo estaba casi flotando en el aire. Puede haber sido una ilusión, alguna clase de alucinación, pero pocos minutos después hubo una personificación; no una persona, sino la personificación de la muerte. Al observar este fenómeno peculiar entre el cuerpo y la muerte, parecía haber entre ellos una especie de diálogo. La muerte parecía estar hablándole al cuerpo con gran insistencia y el cuerpo se mostraba renuente a conceder lo que la muerte deseaba. A pesar de que había gente en la sala, este fenómeno continuaba: la muerte invitando, el cuerpo rehusando.

No era un miedo a la muerte lo que hacía que el cuerpo se negara a las exigencias de ésta, sino que el cuerpo se daba cuenta de que no era responsable por sí mismo, de que había otra entidad que era la dominante, mucho más fuerte, más vital que la muerte misma. La muerte seguía exigiendo más y más, seguía insistiendo, de modo que intervino la otra entidad. Entonces hubo una conversación o un diálogo no sólo del cuerpo, sino de esta otra entidad con la muerte. Por lo tanto, había tres entidades conversando.

Él había prevenido, antes de ir al hospital, que quizás hubiera una disociación con el cuerpo y así la muerte podría intervenir. Aunque la persona [Mary] estaba allí sentada y la enfermera iba y venía, esto no era una ilusión o algún tipo de alucinación. Acostado en la cama veía las nubes cargadas de lluvia, la ventana iluminada y la ciudad extendiéndose abajo por millas y millas. La lluvia salpicaba los cristales de las ventanas y él veía claramente la solución salina vertiéndose, gota a gota, en el organismo; sentía con mucha fuerza y claridad que, si la otra entidad no hubiera interferido, la muerte habría triunfado.

Este diálogo comenzó en palabras, con el pensamiento operando muy claramente. Había truenos y relámpagos y la conversación proseguía. Puesto que no había temor en absoluto, ni de parte del cuerpo ni de la otra entidad, absoluta ausencia de temor, la conversación podía desarrollarse libre y profundamente. Siempre es difícil expresar en palabras una conversación de esa índole. Extrañamente, como no había temor, la muerte no encadenaba la mente a las cosas del pasado. Lo que surgía de la conversación era muy claro. El cuerpo experimentaba un dolor considerable pero sin aprensión ni ansiedad, y la otra entidad estaba

visiblemente más allá del cuerpo y de la muerte. Era como un árbitro actuando en un juego peligroso del cual el cuerpo no era del todo consciente.

Al parecer, la muerte siempre está presente, pero uno no puede invitar a la muerte. Eso sería suicidio, algo completamente absurdo.

Durante esta conversación no había sentido del tiempo. Es probable que todo el diálogo durara cerca de una hora, pero el tiempo del reloj no existía. Las palabras cesaron, pero había una percepción instantánea de lo que cada uno estaba diciendo. Por supuesto, si uno está apegado a algo, ideas, creencias, propiedades o personas, la muerte no vendrá a conversar con uno. La muerte en el sentido del fin, es libertad absoluta.

La calidad de la conversación era cortés. No había nada de sentimiento, extravagancia emocional ni distorsión del hecho absoluto que es la cesación del tiempo y la vastedad sin límites que existe cuando la muerte forma parte de nuestra vida cotidiana. Había una sensación de que el cuerpo continuaría por muchos años, pero que la muerte y la otra entidad siempre marcharían juntas hasta que el organismo ya no pudiera seguir activo. Había un gran sentido de humor entre los tres y uno casi podía escuchar la risa. Y la belleza de ello estaba con las nubes y la lluvia.

El sonido de esta conversación se expandía infinitamente, y el sonido era el mismo en el comienzo y no tenía fin. Era un canto sin principio ni final. La muerte y la vida están muy íntimamente unidas, como el amor y la muerte. Tal como el amor no es un recuerdo, así la muerte no tiene pasado. El miedo no participó en ningún momento en esta conversación, porque el miedo es oscuridad y la muerte es luz.

Este diálogo no fue ilusión ni fantasía. Era como un susurro en el viento, pero el susurro era muy claro y, si usted escuchara, podría oírlo; entonces podría ser parte de ello. Entonces juntos podríamos participar de ello. Pero uno no lo escuchará si está demasiado identificado con su propio cuerpo, sus propios pensamientos y sus propias tendencias. Uno tiene que abandonar todo esto para entrar en la luz y el amor de la muerte.

Ese verano, lo único que agregó K a su programa habitual, fue que antes de volar a la India en noviembre, fue con Mary a la clínica Janker en Bonn por tres noches a fin de consultar al Dr. Scheef. Varios exámenes mostraron, según el médico, que K estaba «fantástico» para su edad.

Algunos síndicos de las Fundaciones inglesa y norteamericana se reunieron con K en Madrás a comienzos de 1978 y luego fueron con él al Valle de Rishi, donde se habían producido algunos cambios en la escuela. G. Narayan, el hijo mayor del hermano mayor de K, era ahora el director después de la renuncia del Dr. Balasundaram. Narayan había estado enseñando por veinticinco años, primero en el Valle de Rishi y después en una escuela Rudolph Steiner de Inglaterra. Su esposa había sido profesora en Brockwood casi desde los comienzos y la única hija de ambos, Natacha, era alumna en Brockwood. K no tomaba en cuenta sus lazos de sangre con Narayan y no parecía ni más ni menos cariñoso con Natacha que con cualquier otra niña brillante. Amaba a todos los niños y a la mayoría de los jóvenes. Los alumnos del Valle de Rishi habían sido alentados para que fueran a Brockwood por un tiempo; ahora K estaba cuestionando la prudencia de esto. Era muy fácil ser corrompido por el Occidente. El joven de la India todavía revelaba respeto por sus mayores y mostraba ansias de aprender, considerando la educación como un privilegio.

Cuando K regresó a Ojai, el anexo a la Cabaña de los Pinos estaba terminado y él y Mary se mudaron allí. Para Mary había sido difícil renunciar a su hermosa casa en Malibú, que K también echó de menos, pero ella había transformado la Cabaña de los Pinos en una casa igualmente hermosa, manteniendo intacta la parte donde K dormía y uniéndola al anexo mediante un corredor. K y Mary llegaron ambos a amar esta nueva casa. K disfrutaba puliendo la olla eléctrica y la mesa de la cocina, tal como lo hacía en el ala occidental de Brockwood, y ayudando a crear un pequeño jardín. Siempre le gustó regar las plantas y solía tratar de ayudar en la casa llevando su bandeja de desayuno a la cocina y apilando y sacando los platos del lavaplatos. Temía que Mary se agotara, tanto en Ojai como en Brockwood. Ella actuaba como su secretaria y chofer, hacía todas las compras y lavaba y planchaba su ropa. Cuando Mary regresaba con las cestas de comestibles, él estaba ansioso por ver lo que había comprado. Sin embargo, jamás permitió que nadie hiciera sus maletas, de lo cual se enorgullecía. En los años en que Mary no fue con él a la India, se tomó un descanso de tres meses en California.

En junio, durante su viaje a Gstaad, K fue nuevamente con Mary a la Clínica Janker, de Bonn, donde todos los exámenes que se le hicieron resultaron satisfactorios. Al regresar a Brockwood en septiembre después de la reunión de Saanen, K comenzó a dictarle quincenalmente a Mary cartas dirigidas a las escuelas, y continuo haciéndolo hasta marzo de 1980; en total, treinta y siete cartas de unas tres páginas cada una. La mayor parte dictadas en tandas pero enviadas cada quince días, estas cartas llevaban la fecha de su despacho, no la del día en que fueron dictadas¹. Era un medio de mantenerse en contacto con todas las escuelas. En su primera carta,

¹ *Cartas a las Escuelas*, Edhasa, 1984.

declaraba claramente cuál era su intención con respecto a las mismas: «Ellas han de interesarse en el cultivo del ser humano total. Estos centros educativos deben ayudar a los estudiantes y educadores a florecer con naturalidad». Y en una carta posterior: «Es el interés de estas escuelas dar origen a una nueva generación de seres humanos libres de la acción egocéntrica. Ningún otro centro educacional se interesa en esto y, como educadores, es nuestra responsabilidad producir una mente que no tenga en sí conflicto alguno».

Una copia de cada carta se entregó a cada maestro y alumno. Lo que K esperaba que hicieran los maestros, parecía imposible: ver que el miedo no surgiera en los estudiantes bajo ninguna de sus formas (y para esto era indispensable que los maestros descubrieran las raíces de su propio miedo) y ayudar al estudiante para que «nunca se sienta psicológicamente lastimado, no sólo mientras forma parte de la escuela sino a lo largo de toda su vida». La competencia era uno de los mayores males de la educación: «Cuando en su escuela usted compara a B con A, los está destruyendo a ambos».

K reiteraba en estas cartas que la enseñanza era la más alta de las vocaciones y que «las Escuelas existen principalmente para producir una transformación profunda en los seres humanos». También examinaba a fondo la diferencia que existe entre el aprender y la acumulación de conocimientos; esta última sólo embota la mente: «Conocer no es saber, y la comprensión de este hecho, o sea, que el conocimiento jamás podrá resolver nuestros problemas humanos, es inteligencia».

En un libro publicado al año siguiente, K explicaba qué entendía él por la frase: «no ser psicológicamente lastimado jamás». Había estado explayándose sobre el «vivir con el dolor» y continuaba:

Estamos viendo el hecho, «lo que es», que es el sufrimiento... Yo sufro y la mente hace todo lo que puede para escapar de ello... Por lo tanto, no escapen del dolor, lo cual no implica que se vuelvan morbosos. Vivan con el dolor... ¿Qué ocurre? Observen. La mente es muy clara, muy aguda. Se está enfrentando al hecho. El sufrimiento mismo transformado en pasión es algo inmenso. De ello surge una mente que nunca puede ser lastimada. Punto final. Ese es el secreto¹.

En su carta a las escuelas fechada el 1º de mayo de 1979, K empezaba un párrafo diciendo: «Dios es desorden». Si uno continúa leyendo, su significado se vuelve perfectamente claro: «Considere los innumerables dioses que el hombre ha inventado... y observe la confusión que todo esto ha creado en el mundo, las guerras que ha ocasionado». Los padres de una alumna de Brockwood que llevó esta carta a su casa en las vacaciones, leyeron la declaración desnuda «Dios es desorden» y se sintieron tan enfurecidos que pensaron en retirar a la niña de la escuela. Muchas declaraciones francas, semejantes confundían a la gente: «Los ideales son cosas crueles». (Esto tiene el mismo significado que «Dios es desorden»); «No existe tal cosa como un amor desdichado»; «Si ustedes amaran realmente a sus hijos, no habría guerras»; «Todo pensamiento corrompe» o «es corrupción». El último es el único que resulta difícil explicárselo a uno mismo. K lo explicó detalladamente en sus pláticas. En una de ellas, por ejemplo, dijo: «Estamos empleando la palabra ‘mente’ para implicar los sentidos, la capacidad del pensar y el cerebro que atesora todos los recuerdos como experiencia, como conocimiento... El conocimiento corrompe la mente. El conocimiento es el movimiento del pasado, y cuando el pasado domina el presente, tiene lugar la corrupción... Usamos la palabra ‘corrupción’ para significar aquello que está fragmentado, que no se considera como una totalidad»².

En octubre de 1978, Mary Zimbalist fue con K a la India y más tarde, ese mismo año, varios miembros de las Fundaciones inglesa y norteamericana se reunieron nuevamente con K y los síndicos de la Indian Foundation en Madrás. El 8 de enero de 1979, Mrs. Gandhi vino a Vasanta Vihar para ver a K. En diciembre, la habían puesto en prisión por cuatro días, lo cual había causado revueltas en muchas partes de la India. Era evidente que hablar con K significaba mucho para ella. El recibió la impresión de que era una mujer muy desdichada que «jamás podría apearse del tigre», como K lo expresó.

Otra escuela Krishnamurti, la última de las escuelas en la India, se había inaugurado ese verano en un valle que estaba a diez millas del centro de Bangalore. La construcción y el terreno de cien acres fueron posibles gracias a la donación de un hombre. Llamada «Valley School» (la Escuela del Valle), es una escuela co-educacional diurna e internado para más de cien niños con edades entre los seis y los trece años. K la visitó antes de partir para la India.

¹ *Más allá del Pensamiento*, Edhasa, 1982.

² EFB. N° 42, 1982.

«La mente vacía»

En 1974, K me había pedido que escribiera un segundo volumen de su biografía. Yo deseaba hacerlo, pero vacilé por mucho tiempo antes de comenzar, porque sabía que me resultaría mucho más difícil escribirlo que el primer volumen, el cual tenía una historia cautivadora (si bien a veces fantástica) para contar. En los últimos cuarenta años no le habían sucedido muchas cosas a K exteriormente, aunque hubiera vivido una emocionante vida interior. No fue sino después de cinco años que me sentí preparada para encarar el libro, y uno de los primeros pasos fue hacer otro intento para develar el misterio de quién y qué era Krishnamurti. Leer el *Diario* no había ayudado a aclarar mi desconcierto.

Por lo tanto, cuando K vino a Brockwood en 1979, fui allá a verle y tuve con él dos largas conversaciones. Mary Zimbalist, que estuvo presente, tomó notas. Yo no tomé notas esa vez y no me gustaba la idea de usar un grabador que podía inhibir la espontaneidad. La primera conversación tuvo lugar una mañana en el gran dormitorio que da al sur sobre los prados y los campos que se extienden más allá, mientras él estaba sentado en la cama con la espalda recta y las piernas cruzadas, vestido con su bata de baño color azul pálido. Se sentía en la habitación un tenue perfume a sándalo, perfume que yo siempre relacioné con él. Incluso el papel en que escribía olía a sándalo. Esa mañana K estaba muy alerta y parecía ansioso por hacer algún nuevo descubrimiento.

Empecé por preguntarle si podía explicar qué le había hecho ser lo que era. Respondió a esto preguntándome qué explicación pensaba yo que podía haber. La explicación más plausible, dije, era desde luego la teoría de Besant-Leadbeater acerca del señor Maitreya ocupando un cuerpo especialmente preparado para ello; del ego que había evolucionado a través de una serie de encarnaciones hasta que nació en un cuerpo de brahmín, cuerpo que era más puro que cualquier otro por no haber probado carne ni alcohol durante incontables generaciones. Esta explicación podía también dar razón del «proceso»: el cuerpo, al haber sido «afinado», por así decirlo, se volvió más y más sensible para acomodar a su divino ocupante y así, finalmente, combinó la conciencia del Señor Maitreya con la de Krishnamurti. En otras palabras, todo lo que habían predicho Mrs. Besant y Leadbeater había terminado por suceder. K estuvo de acuerdo en que esta teoría era la más verosímil, pero dijo que él no creía que fuera así. Otra posible explicación que sugerí, era que había un inmenso depósito de bondad en el mundo, el cual podía ser utilizado y había sido utilizado por muchos grandes artistas, genios y santos. K descartó esto inmediatamente. La única otra teoría que pude sugerir era que Krishnamurti mismo había evolucionado a través de muchas vidas hasta convertirse en lo que era, aunque yo misma encontraba esto difícil de aceptar, porque el muchacho Krishnamurti que yo había conocido era completamente vacío, infantil, casi retardado y no se interesaba realmente en nada excepto el golf y las motocicletas. Yo no podía concebir cómo este ser podía alguna vez haber desarrollado el cerebro apto para exponer la sutil enseñanza de Krishnamurti.

Ahora cito de las notas tomadas por Mary Zimbalist:

ML: Las enseñanzas no son sencillas. ¿Cómo es que surgieron en ese niño vacío?

K: Usted admite un misterio. El niño era afectuoso, vacío, aficionado a los juegos atléticos, no era intelectual. Lo importante en esto es la mente vacía. ¿Cómo pudo esa mente vacía llegar a esto? ¿Era la vacuidad necesaria para que esto se manifestara? Esta cosa que se manifiesta, ¿emana de una fuente universal, tal como el genio surge de ella en otros campos? El espíritu religioso nada tiene que ver con el genio. ¿Cómo es que la mente vacía no se llenó con la teosofía, etcétera? ¿Fue la mente vacía destinada a la manifestación? El niño tiene que haber sido extraño desde el principio. ¿Qué lo hizo de ese modo? ¿El cuerpo fue preparado a través de muchas vidas o esta fuerza tomó el cuerpo vacío? ¿Por qué no se convirtió él en una abominación con todas esas adulaciones? ¿Por qué no se volvió cínico, desagradable? ¿Qué lo protegió de eso? Esta vacuidad estaba protegida. ¿Qué la protegía?

ML: Eso es lo que estamos tratando de descubrir.

K: Durante toda su vida estuvo cuidado, protegido. Cuando viajo en avión sé que nada va a suceder. Pero no hago nada que pudiera representar un peligro. Me hubiera gustado elevarme en un planeador [le habían ofrecido la oportunidad en Gstaad] pero sentí que no debía hacerlo. Siempre he sentido que me protegen. ¿O la impresión de que me protegen surge porque Amma [Mrs. Besant] siempre veía que me cuidaban, veía siempre que había dos iniciados protegiéndome? No creo que se deba a eso.

ML: No, porque la otra cosa, «el proceso», llegó por primera vez cuando usted estaba lejos de todos ellos, completamente solo en Ojai con Nitya.

K: Sí, el vacío nunca me ha abandonado. Estando en el consultorio del dentista por cuatro horas, ni un solo pensamiento acudió a mi cabeza. Sólo cuando hablo o escribo, «esto» entra en juego. Estoy asombrado. El vacío continúa aún ahí. ¡Desde aquella edad hasta ahora -ochenta años o algo así- conservar una mente vacía! ¿Qué es lo que hace que eso ocurra? Usted puede sentirlo en la habitación ahora mismo. Está

sucediendo en esta habitación ahora porque estamos tocando algo muy, muy serio y eso llega derramándose en abundancia. La mente de este hombre está constantemente vacía, desde la infancia hasta hoy. No quiero hacer de eso un misterio: ¿por qué no puede ocurrirle a todos?

ML: Cuando usted ofrece las pláticas, ¿está vacía su mente?

K: Oh, sí, completamente. Pero no es eso lo que me interesa sino por qué permanece vacía. Debido a que está vacía, no tiene problemas.

ML: ¿Es única?

K: No. Si una cosa es única, entonces otros no pueden lograrla. Quiero evitar todo misterio. Veo que la mente del niño es la misma hoy. La otra cosa está ahora aquí. ¿No la percibe? Es como una pulsación.

ML: La esencia de su enseñanza es que todos pueden tener eso. [Yo sentía realmente la pulsación pero no estaba segura e no estar imaginándolo].

K: Sí, si fuera algo único no tendría ningún valor. Pero esto no es así. ¿Se conserva vacía la mente para que esta cosa pueda decir: «Aunque yo estoy vacía, tú, X, también puedes tener eso»?

ML: ¿Quiere usted indicar que la mente está vacía a fin de poder decir que esto puede ocurrirle a todos?

K: Correcto, correcto. ¿Pero es esa cosa la que conservó vacía la mente? ¿Cómo permaneció vacía todos estos años? Es algo extraordinario. Nunca antes había pensado en eso. La mente no sería así si no fuera por su desapego. ¿Por qué jamás se apegó a nada? Esa cosa debe haber dicho: «Tiene que haber vacío o yo -esa cosa- no puedo funcionar». Esto es admitir toda suerte de cosas místicas. Entonces, ¿qué es *eso* que la mantiene vacía para que pueda decir todo esto? ¿Encontró esa cosa a un niño que era el más apto para permanecer vacío? Este niño no tenía aparentemente ningún temor de ponerse contra Leadbeater, contra la teosofía, contra la autoridad. Amma, Leadbeater... ellos tenían una gran autoridad. Esa cosa debe haber estado operando. Y esto tiene que ser posible para toda la humanidad. Si no, ¿qué sentido tiene?

La conversación se interrumpió aquí, K tenía que levantarse para llegar a tiempo al almuerzo que se servía en el comedor de la escuela. Después del almuerzo, reanudamos la conversación en la cocina del ala occidental:

K: No hemos descubierto por qué a este niño se le mantuvo vacío desde entonces hasta ahora. ¿Es el vacío una ausencia de egoísmo, de yo: *mi* casa, el apego? Pero, ¿cómo se originó el vacío con su ausencia de yo? Sería sencillo si dijéramos que el Señor Maitreya preparó este cuerpo y lo mantuvo vacío. Esa sería la explicación más simple, pero lo más simple es sospechoso. Otra explicación es que el ego de K podría haber estado en contacto con el Señor Maitreya y el Buda y dijo: «Yo me retiro; *eso* es más importante que mi detestable yo». No se siente que esto sea puro, verdadero. El Señor Maitreya vio este cuerpo con un mínimo de ego, quiso manifestarse a través de él y entonces el cuerpo se conservó incontaminado. Amma decía que el rostro de K era importante porque representaba *aquello*; fue preparado para *aquello*. Esto significa que no todo el mundo puede tenerlo. K es una rareza biológica. Resulta una salida cómoda. ¿Cuál es, entonces, la verdad? No lo sé, realmente no lo sé. ¿Cuál es la verdad de todo esto? No es un engaño de mí mismo, una ilusión, un estado inducido, el producto de un deseo -yo no sé qué desear-. Otra cosa peculiar en todo esto es que K siempre se ha sentido atraído hacia el Buda. ¿Fue ésta una influencia? No lo creo. ¿Es esa fuente el Buda? ¿El Señor Maitreya? ¿Cuál es la verdad? ¿Es algo que jamás descubriremos?

Mary Zimbalist: ¿Alguna vez se siente utilizado, siente que algo penetra en usted?

K: Yo no diría eso. Penetra en la habitación cuando hablamos seriamente.

ML: ¿Qué relación tiene ello con el dolor?

K: El dolor llega cuando estoy quieto, sin hablar. Llega lentamente, hasta que el cuerpo dice: «Es suficiente». Después de alcanzar una crisis, el cuerpo desfallece; el dolor se agota o hay alguna interrupción y desaparece.

ML: ¿Podemos descartar la acción de algo externo?

K: Yo no la descarto. ¿Pero cuál es la verdad? Hay un elemento en todo esto que no pertenece al hombre, al pensamiento, que no es autoinducido. Yo no soy así. ¿Es esto algo que no podemos descubrir, que no debemos tocar, algo impenetrable? Me lo estoy preguntando. He sentido con frecuencia que no es asunto mío, que jamás lo descubriremos. Cuando decimos que surge porque la mente está vacía, tampoco creo que sea así. Hemos llegado a un callejón sin salida. He hablado con usted, con ella [Mary], con Subba Rao [quien había conocido a K desde los primeros tiempos]. Él me dijo: «Tú has sido como eres ahora desde un principio». Y yo me pregunto: «¿Es esto cierto?». Si lo es, no hay esperanza para los demás. ¿Es todo ello algo que no podemos tocar? Estamos tratando de alcanzar *aquello* con nuestras mentes. Trate de descubrir qué es *aquello*, hágalo cuando su mente está por completo quieta. Para descubrir la verdad al respecto usted tiene que tener su mente vacía. No mi mente que es vacía. Pero aquí hay un factor que estamos pasando por

alto. Hemos llegado a un punto donde nuestros cerebros, nuestros instrumentos de investigación ya no tienen sentido.

ML: ¿Podría algún otro descubrirlo? ¿Y sería correcto investigarlo?

K: *Usted* podría hacerlo porque está escribiendo sobre ello. Yo no puedo. Si usted y María¹ se sentaran y dijeran: «Investiguemos», estoy bastante seguro de que podrían descubrirlo. O hágalo sola. Yo veo algo: lo que dije es verdad, yo jamás podré descubrirlo. El agua nunca puede descubrir qué es el agua. Eso es absolutamente cierto. Si usted lo descubre, yo lo corroboraré.

ML: Si ello fuera cierto, ¿usted lo sabría?

K: ¿Puede sentirlo en la habitación? Se está volviendo más y más fuerte. Me está empezando a doler la cabeza. Si usted formulara la pregunta y dijera: «No sé», podría descubrirlo. Si yo escribiera al respecto, plantearía todo esto. Empezaría con el niño en completo estado de vacuidad.

ML: ¿No le preocupa si se dice que usted desea que ello se explique?

K: No me importa. Diga usted lo que guste. Estoy seguro de que si otros se lo proponen firmemente, pueden hacerlo. Estoy absolutamente seguro de esto. Absolutamente, absolutamente. También estoy seguro de que yo no puedo descubrirlo.

ML: ¿Qué pasaría si uno pudiera llegar a comprenderlo pero no fuera capaz de expresarlo en palabras?

K: Usted podría, encontraría el modo. Tan pronto como uno descubre algo tiene palabras para ello. Como un poema. Si usted está abierta a la investigación, si pone su cerebro en condiciones, de algún modo podría descubrirlo. Pero en el instante en que lo descubra, ello será verdadero. No habrá ningún misterio.

ML: ¿No se opondrá el misterio a ser descubierto?

K: No, el misterio habrá desaparecido.

ML: Pero el misterio es algo sagrado.

K: Lo sagrado permanecerá.

Aquí terminó la conversación, porque a K la cabeza le dolía tanto que tuvo que ir a acostarse. No era sólo cuando estaba quieto que esto le ocurría, sino cuando hablaba de cosas como las que habíamos estado discutiendo. Yo regresé a Londres, espantada por la responsabilidad que él había depositado en nosotras: K estaba «absolutamente seguro» de que nosotras podíamos descubrir la verdad acerca de él si lo intentábamos, pero yo seguía renuente a creer que él mismo no pudiera ayudarnos más en el descubrimiento de la verdad. De modo que tres semanas después hablé con K nuevamente en Brockwood antes de su partida a Gstaad. Fue después del almuerzo, otra vez en la cocina del ala occidental y de nuevo estuvo Mary presente y tomó notas, de las cuales cito:

ML: Su enseñanza es complicada.

K: Muy complicada.

ML: Si usted la leyera, ¿la comprendería?

K: Oh, sí, sí.

ML: ¿Quién creó las enseñanzas ¿Usted? ¿El misterio?

K: Una buena pregunta. ¿Quién es el autor de las enseñanzas?

ML: Conociéndole como K, el hombre, a mí me resulta difícil pensar en usted como el autor de las enseñanzas.

K: Usted quiere decir: sin estudio previo, ¿podría usted o alguna otra persona producir esas enseñanzas?

ML: En usted se manifiesta algo que no parece formar parte de su propio cerebro.

K: Las enseñanzas, ¿son extraordinarias?

ML: Sí, son diferentes, originales.

K: Seamos claros. Si yo me sentara deliberadamente para escribirlas, dudo que pudiera producir eso. Le diré algo que sucede. Ayer dije: «Pensar acerca de algo, es diferente de pensar». Dije: «Realmente no comprendo eso, mirémoslo», y cuando lo hice vi claramente algo. Hay una sensación de vacuidad y luego algo llega. Pero si me sentara deliberadamente para hacerlo, quizá no podría. Schopenhauer, Lenin, Bertrand Russell, etcétera, todos habían leído muchísimo. Aquí tenemos el fenómeno de esta persona que no se ha educado, que no ha practicado ninguna disciplina. ¿Cómo llegó a todo esto? ¿Qué es ello? Si sólo fuera K -él es bondadoso, sin mayor cultura-, entonces, ¿de dónde viene eso? Esta persona no ha desarrollado la enseñanza.

¹ K Siempre llamaba a Mary "María" (en español) para distinguirla de mí.

ML: ¿No ha llegado a ella por medio del pensamiento?

K: Es como... ¿cuál... cuál es el término bíblico?... una revelación. Ocurre todo el tiempo cuando estoy hablando.

ML: El auditorio, ¿crea algo que contribuye a la revelación?

K: No. Comencemos de nuevo. La pregunta más profunda sería: Encontraron al niño y el condicionamiento no pudo hallar asidero en él. Ni la teosofía, ni la educación, ni el Instructor del Mundo, ni la propiedad, ni las enormes sumas de dinero, nada influyó en él. ¿Por qué? ¿Quién lo protegía?

ML: Para mí es difícil no personificar un poder, *alguien*, que protege. *Un poder* que protege es una concepción demasiado vista para nuestros cerebros limitados, pero tal vez sea como un conductor de luz. El rayo, la electricidad, encuentran un conductor, el camino más directo a tierra. Este poder, que yo pienso es realmente amor, encuentra un conductor en la mente vacía.

K: Tiene que existir un cuerpo especial. ¿Cómo surgió el cuerpo y cómo permaneció incorrupto? ¡Hubiera sido tan fácil corromperlo! Ello significa que el poder estuvo cuidándolo.

ML: ¿Y preparándolo, haciéndolo accesible con «el proceso»?

K: Eso viene después.

ML: Comenzó tan pronto el cuerpo fue lo bastante fuerte.

K: Sí, pero si usted admite todo esto, él es un «fenómeno», en el buen sentido de la palabra. El «fenómeno» fue conservado para la enseñanza, él carece por completo de importancia. Todo el mundo puede aceptar la enseñanza, percibir su verdad. Si usted convierte en importante el «fenómeno», ello excluye todo lo demás.

Mary Zimbalist: El fenómeno es necesario para transmitir las enseñanzas, pero los no-fenómenos, ¿pueden recibirlas?

K: Sí, sí. Por lo tanto, nos preguntamos: ¿De qué modo se le conservó como un fenómeno?... una palabra horrible.

ML: Digamos que un poder aguardaba...

K: Amma y Leadbeater sostenían que un Bodhisattva iba a manifestarse y que tenían que encontrar un cuerpo -la tradicional manifestación del Avatar-. El Buda pasó por todo eso, el sufrimiento, etc., luego lo desechó y alcanzó la iluminación. Lo que enseñó era original, pero él pasó por todo eso. En cambio aquí tenemos un fenómeno que no pasó por ninguna de esas cosas. Jesús puede haber sido también un fenómeno. El poder tiene que haber vigilado este cuerpo desde el instante en que nació. ¿Por qué? ¿Cómo ocurrió eso? El niño procedía de una familia que nada tenía de especial. ¿Cómo se encontraba allí ese niño? ¿Era el poder que deseaba manifestarse el que creó al niño o ese poder vio una familia brahmánica, un octavo hijo, y exclamó: «Ese es el niño»? Esa cosa está en la habitación. Si usted le preguntara qué es, no le respondería. Diría: «Eres demasiado insignificante». Creo que el otro día dijimos que hay una fuente de bondad que tiene que manifestarse. Pero en ese caso estamos otra vez de vuelta donde empezamos. ¿Cómo describiría usted esto sin hablar de un fenómeno biológico? Pero todo esto es sagrado, y no sé cómo podrá usted transmitir, no sólo lo sagrado, sino todas las otras cosas de que hemos estado hablando. Es realmente muy extraordinaria la causa de que no corrompieran al niño. Ellos hicieron todo lo posible para dominarme. ¿Por qué se le hizo pasar por la experiencia de, Ojai? ¿Fue porque el cuerpo no estaba lo suficientemente afinado?

ML: Usted jamás trató de evitar el dolor.

K: Por supuesto que no. Usted ve que el dolor ha comenzado. Hace como media hora. Supongamos que usted vuelca todo esto en el papel. ¿Qué dirían al respecto hombres cuerdos, hombres reflexivos como Joe [mi esposo]? ¿Dirían que esto no es nada? ¿Que una cosa así le ocurre a todo genio? Si usted dijera: «Critiquen esto», ¿cuál sería la reacción de ellos? ¿Dirían que todo esto es inventado? ¿O dirían que es un misterio? ¿Estamos tratando de tocar un misterio? Tan pronto como usted lo comprende, no es más un misterio. Pero lo sagrado no es un misterio. Por lo tanto, estamos tratando de remover el misterio que lleva a la fuente. ¿Qué dirían ellos, que usted está haciendo un misterio donde no lo hay en absoluto? ¿Que él nació así? Lo sagrado está ahí y, porque es sagrado, es inmenso. ¿Qué ocurrirá cuando yo muera? ¿Qué ocurrirá aquí? ¿Depende todo ello de un solo hombre? ¿O hay personas que lo llevarán adelante?

ML: Ha habido un cambio desde que usted dijo en el bosque de Epping, hace unos diez años, que todo podría venirse abajo después de su muerte.

K: No estoy seguro de que haya un cambio. Están los libros pero no es suficiente. Si las personas que me rodean tuvieran realmente eso, serían fenómenos como K. El fenómeno está diciendo: «¿Existen personas que hayan bebido las aguas y lleven esto adelante?» Yo acudiría a las personas que lo hubieran conocido, para captar a través de ellas un sentimiento de cómo era él. Caminaría muchas millas para hablar con alguien que hubiera estado con él y le preguntaría: «Usted ha bebido las aguas, ¿cómo es ello?»

Este fue el fin de la conversación, pues otra vez K tuvo que ir a acostarse debido al dolor que sentía en la cabeza y en el cuello. Me quedé con la sensación de que le hubiera gustado por una vez estar fuera de esto, cosa que jamás ocurrió. Recordé lo que el 28 de diciembre de 1925, después de la primera manifestación (así lo creíamos) K había expresado del Señor Maitreya cuando éste habló a través de él en Adyar. Mi madre le había dicho que su rostro se había transformado al igual que sus palabras y que brillaba con un resplandor glorioso cuando súbitamente pasó a la tercera persona singular. «Me hubiera gustado poder verlo», había contestado K con añoranza. Y le respondió lo mismo a Mrs. Kirby cuando ella le contó en el campamento de Ommen cómo se había transfigurado su rostro.

Regresé a Londres con un sentimiento de enorme compasión por él. «El agua nunca puede descubrir qué es el agua», había dicho K durante nuestra conversación anterior. El nunca podría hallarse fuera de esto; nunca sabría lo que él era, nunca vería cómo se transfiguraba su rostro en momentos de especial inspiración o revelación. ¿Podría yo descubrirlo en él? Nos había dicho que eso era posible, que tratáramos de descubrirlo, mientras que en 1972 había dicho al grupo de los sindicatos americanos en Ojai, que nadie podría jamás comprender eso, que era algo «demasiado inmenso para expresarlo en palabras». Ahora decía: «En el momento que uno descubre algo, tiene que tener palabras para ello». ¿Podría yo descubrirlo? El sentimiento de protección que él siempre había percibido y su reiterada insistencia en la mente vacía, eran las pistas para guiarme. ¿Podría yo descubrirlo? El reto era emocionante, embriagador.

En otoño, pude hablar nuevamente con K en Brockwood después de las reuniones de Saanen y Brockwood y de un seminario de científicos realizado también en Brockwood. Yo quería descubrir si la «revelación» de la que K había hablado, venía desde dentro o desde fuera de él mismo. Empezó diciendo que al principio, cuando comenzó a hablar, había usado el lenguaje de la teosofía, pero que desde 1922 (el año de su experiencia en Ojai) había encontrado su propio lenguaje. Después hizo nuevos comentarios sobre su mente vacía y dijo: «Cuando la mente está vacía, sólo después sabe que estaba vacía». Ahora cito nuevamente de las notas de Mary Zimbalist:

ML: ¿Cuándo cesa la mente de estar vacía?

K: Cuando es necesario usar el pensamiento para la comunicación. De otro modo está vacía. Durante el seminario, mientras estoy hablando, ello se revela.

ML: ¿Usted ve algo?

K: No, ello se revela; no veo algo y lo traduzco. Surge sin que yo piense en ello. A medida que surge, se vuelve lógico, racional. Si lo considero cuidadosamente, si lo anoto, si lo repito, nada ocurre.

ML: ¿Viene eso de alguna parte exterior a usted?

K: Con los artistas y los poetas es diferente, porque ellos trabajan para que eso ocurra. La percepción [de K] de su enseñanza revolucionaria, tiene que haberse dado lentamente, poco a poco. No fue cambiando paralelamente al lenguaje utilizado. [Aquí repitió cómo en Gstaad le habían invitado a deslizarse en el planeador]. Hubiera ido con sumo placer, prometía ser muy divertido. Pero me di cuenta de que no debía hacerlo. No debo hacer nada que sea impropio para el cuerpo. Siento eso por lo que K tiene que hacer en el mundo. No debo enfermarme porque no podría hablar; por lo tanto, me cuido todo lo posible. El cuerpo está aquí para hablar; lo educaron de ese modo y su propósito es hablar. Toda otra cosa es impropio, así que el cuerpo debe ser protegido.

Otro aspecto de esto es que siento que existe una clase distinta de protección que no es mía. Hay una forma separada de protección, como si el futuro estuviera más o menos establecido. Una clase diferente de protección, no sólo del cuerpo. El niño nació con esa peculiaridad: debía ser protegido para sobrevivir todo lo que tenía que sobrevivir. De algún modo el cuerpo es protegido para que sobreviva. Algún elemento vela por él. Algo lo protege. Decir qué, sería especular. El Maitreya es demasiado concreto, no es lo bastante sutil. Pero yo no puedo mirar detrás de la cortina. No puedo hacerlo. Lo he intentado con Pupul [Jayakar] y varios estudiosos indios que me instaban a hacerlo. He dicho que no es el Maitreya, el Bodhisattva. Esa protección es demasiado concreta, demasiado elaborada. Pero siempre he sentido la protección.

Yo me inclinaba a creer que K era usado y que había sido usado desde 1922 por algo que procedía de lo exterior. Con esto no quería decir que fuera un médium. Un médium o una médium están separados de aquello que «transmiten», mientras que K y lo que fuera que se manifestaba a través de él eran casi siempre uno solo. La conciencia de K estaba tan impregnada con esta otra cosa, como una esponja con el agua. Había veces, sin embargo, en que el agua parecía escurrirse dejándole casi como acostumbraba ser en los primeros tiempos que lo recuerdo: indeciso, gentil, falible, tímido, ingenuo, sumiso, afectuoso, riendo gozosamente de los chistes más tontos, aunque único en su completa ausencia de vanidad y afirmación propia. Pero entonces yo volvía al *Diario* y

encontraba ahí un estado de conciencia que parecía ser enteramente del propio K y la fuente de su enseñanza, y resultaba difícil aceptar la teoría de que era usado.

Antes de finalizar el año, K habría de pasar por una nueva experiencia psíquica durante su estadía en la India. El 21 de febrero de 1980 dictó a Mary (que no le había acompañado a la India ese invierno) un relato de esta experiencia, en el cual se refiere a sí mismo en tercera persona:

K partió de Brockwood hacia la India el 19 de noviembre de 1979. Después de pasar unos días en Madrás, fue directamente al Valle de Rishi. Por largo tiempo ha estado despertándose en medio de la noche con esa peculiar meditación que le ha estado persiguiendo por muchísimos años. Esta ha sido una cosa normal en su vida. No es una búsqueda consciente, deliberada de la meditación ni un deseo inconsciente de lograr alguna cosa. Es muy evidente que se trata de algo que no se invita ni se busca. Él ha vigilado hábilmente al pensamiento para que no convierta en un recuerdo estas meditaciones. Y así cada meditación contiene en sí la cualidad de algo fresco y nuevo. Hay una sensación de impulso que se acumula sin que se le invite ni persiga. A veces es tan intenso que la cabeza duele, en ocasiones existe el sentimiento de un inmenso vacío que contiene una energía insondable. A veces se despierta riendo con un júbilo que está más allá de toda medida. Estas meditaciones peculiares, que naturalmente son impremeditadas, crecen en intensidad. Sólo suelen cesar los días en que ha viajado o ha arribado tarde en la noche o cuando ha tenido que despertarse temprano para viajar.

Con la llegada al Valle de Rishi, a mediados de noviembre de 1979, el impulso aumentó, y una noche, en la extraña quietud de esa parte del mundo, en medio del silencio que no perturbaba el ulular de los búhos, se despertó para encontrar algo por completo diferente y nuevo. El movimiento había alcanzado la fuente de toda energía.

Esto de ningún modo debe confundirse, ni siquiera mediante el pensamiento, con dios o el principio supremo, el Brahman, que son las proyecciones de la mente humana surgidas del miedo y del anhelo, del obstinado deseo de seguridad total. No es ninguna de esas cosas. El deseo no puede alcanzarlo, las palabras no pueden penetrar en ello ni la cuerda del pensamiento puede envolverlo. Alguien podría preguntar: ¿Con qué seguridad afirma usted que ésa es la fuente de toda energía? Uno sólo puede contestar, con toda humildad, que es así.

Todo el tiempo que K permaneció en la India, hasta fines de enero de 1980, habría de despertar cada noche con este sentido de lo absoluto. No es un estado, una cosa estática, fija, inamovible. Todo el universo está en ella, inmensurable para el hombre. Cuando regresó a Ojai en febrero de 1980, después que el cuerpo descansó un poco, surgió la percepción de que nada había más allá de esto. Esto es lo último, el comienzo y el fin y lo absoluto. Sólo existe un sentido de increíble vastedad y de inmensa belleza.

«La terminación de lo conocido»

Cuando en febrero K regresó a Ojai con su tremenda energía nueva, sentía que «no estaba siendo suficientemente utilizado». «¿Qué voy a hacer aquí por dos meses?» le preguntó a Mary. «Me están malgastando». Tal como ocurrieron las cosas, K encontró mucho que hacer en relación con la nueva escuela de El Robledal, hablando al cuerpo directivo y a los padres. Muchos padres se habían mudado al Valle de Ojai para que sus hijos pudieran asistir a la escuela y desempeñaron, en el funcionamiento de la misma, un papel mucho más importante que si se hubiera tratado de una escuela de internos. Mark Lee, un norteamericano que había enseñado en el Valle de Rishi y tenía una esposa india, fue el primer Director de la escuela.

K ciertamente no fue malgastado cuando en marzo David Bohm vino a alojarse en Ojai y sostuvo con él ocho largas discusiones. Estas, junto con otras cinco que más tarde tuvieron lugar en Brockwood, se publicaron en 1985 bajo el título de *The Ending of Time*¹, uno de los libros más importantes de K puesto que despertó el interés de un público nuevo. Las conversaciones, con sus agudas preguntas y respuestas, no se prestan a citas. El desarrollo de las ideas que en ellas se expresan es muy pausado. Abordan tanto la terminación del pensamiento como la terminación del tiempo, es decir, del pensamiento y el tiempo psicológico, que son el pasado. Todo lo que liemos aprendido, todo lo que somos, el contenido total de nuestra conciencia, es el pasado que se almacena como pensamiento en nuestra memoria, y ese pasado que llena desordenadamente el cerebro implica que no hay verdadera percepción, porque todo es visto a través de una nube de pensamientos que deben estar siempre limitados por el yo. «¿Es posible», preguntaba K, «que el tiempo se termine -toda la idea del tiempo como pasado-, de modo que no haya mañana en absoluto?» Si el cerebro permanece en la oscuridad que él mismo ha creado, se desgasta en el conflicto resultante. El deterioro de las células cerebrales y la senilidad, ¿pueden evitarse? K sugería que, a través del discernimiento directo, las células cerebrales podían cambiar físicamente y actuar de una manera ordenada, lo cual conduciría a una curación del daño ocasionado por todos los años de mal funcionamiento.

En el prefacio de un libro que contiene dos diálogos que, en una fecha posterior, sostuvieron K y Bohm, Bohm dilucida esto:

... vale la pena observar que las modernas investigaciones sobre el cerebro y el sistema nervioso, apoyan realmente y de modo considerable la afirmación de Krishnamurti en el sentido de que el discernimiento puede transformar las células del cerebro. Así, por ejemplo, hoy es bien sabido que existen importantes sustancias en el cuerpo, las hormonas y los neurotransmisores, que afectan fundamentalmente todo el funcionamiento del cerebro y del sistema nervioso. Estas sustancias responden, de instante en instante, a lo que una persona conoce, a lo que piensa y a lo que todo esto significa para ella. Hoy ya está perfectamente bien establecido que las células cerebrales y su funcionamiento son hondamente afectados por el conocimiento y las pasiones. Es así completamente verosímil que el discernimiento directo, la percepción inteligente que debe surgir en un estado de gran pasión y energía mental, pueda transformar las células cerebrales de un modo aún más profundo².

En camino a Gstaad, K fue ese verano a la Clínica Janker por tercer año consecutivo. Las radiografías mostraron que un bulto que sentía bajo su diafragma se debía a una hernia y no tenía ninguna importancia. En la reunión de Brockwood, posterior a Saanen, preguntaron a K por qué a su edad seguía hablando. Contestó: «A menudo me han preguntado eso: ‘¿Por qué, después de cincuenta años, continúa usted desperdiciando energía cuando nada parece cambiar?’ Pienso que cuando uno ve algo bello y verdadero, quiere hablar de eso a la gente, y lo hace por afecto, por compasión, por amor. Y si hay quienes no están interesados, muy bien. ¿Puede usted preguntarle a la flor por qué se abre, por qué exhala perfume? Es por esa misma razón que uno habla».

Por los últimos seis años de su vida, K habría de continuar con sus rutinas de viajes, pláticas y discusiones, si bien había desistido prácticamente de las entrevistas privadas. En julio de 1980, Mrs. Radha Burnier, a quien K había conocido bien por muchos años y por quien sentía un afecto profundo, fue electa Presidenta de la Sociedad Teosófica. Era hija de Sri Ram, un presidente anterior, y sobrina de Rukmini Arundale, que había disputado con ella la elección. Por consideración a Radha Burnier, K accedió a visitar la Sociedad Teosófica cuando estuvo en Madrás ese invierno. Por lo tanto, el 3 de noviembre Radha Burnier fue a buscarlo a Vasanta Vihar y, por primera vez en cuarenta y siete años, K cruzó las puertas del complejo residencial teosófico, donde se había congregado una multitud para darle la bienvenida, y caminó por los terrenos hasta la casa de Radha en la playa. No recordaba

¹ Publicado en español con el título de *Más Allá del Tiempo*. [N. del T.]

² *El Futuro de la Humanidad*, Edhasa, 1987.

casi nada del lugar. De allí en adelante, por el resto de su vida, cuando estaba en Vasanta Vihar solía ir todas las tardes en automóvil a la casa de Radha y paseaba a lo largo de la playa donde lo habían «descubierto».

Al día siguiente, K voló a Sri Lanka donde le habían invitado a ofrecer una serie de pláticas y donde no había estado desde 1957. Fue una visita triunfal: se vio con el Primer Ministro, fue entrevistado para la televisión por el Ministro de Estado y habló privadamente durante una hora con el Presidente. También ofreció cuatro pláticas públicas que contaron con una gran asistencia.

Más tarde, en el Valle de Rishi, K se reunió con síndicos de las tres Fundaciones, y el 20 de diciembre, Mrs. Gandhi con Rajiv y su esposa vinieron a pasar la noche, llegando a Madanapalle en helicóptero. Pupul Jayakar y K actuaron como anfitriones. K y Mrs. Gandhi dieron solos un largo paseo, con guardias armados escondidos entre los arbustos.

Cuando, a principios de 1981, K llegó a Brockwood interrumpiendo su viaje de la India a Ojai, nos habló excitadamente acerca de esta visita de Mrs. Gandhi y del tratamiento VIP¹ que había recibido en Sri Lanka. Parecía realmente impresionado de que el Presidente de Sri Lanka hubiera deseado verle. Esta era una de las extrañas anomalías de K, su respeto por el éxito mundano y los honores académicos en otros. Sin embargo, le causaba repulsión todo aquel que alardeaba de su fama o que demostraba signos de engreimiento. Nunca pareció considerar que las donaciones entregadas para su labor, podían haber originado en algunos despiadadas situaciones competitivas que él habría deplorado si las hubiera conocido. Con todo, si no hubieran existido estas contradicciones en la naturaleza de K, habría sido mucho menos interesante y, por cierto, menos digno de ser amado personalmente.

En la reunión de Saanen de 1981, K sufrió de agudos dolores estomacales, pero los exámenes clínicos que se le hicieron en el hospital de Saanen no revelaron nada que diera razón de los dolores. Sin embargo, se había dispuesto que, antes de que fuera otra vez a la India, debía operarse de la hernia cuando volviera a Ojai al año siguiente. En camino a Gstaad acompañado por Mary Zimbalist, K le había pedido súbitamente que escribiera un libro sobre él -cómo era vivir con él-. En el curso de los años siguientes, habría de pedirle dos veces más que hiciera esto, aunque sólo fueran cien páginas, escribiendo un poquito cada día. Uno debe confiar en que ella lo haga un día puesto que, desde 1966, ha estado con él más que ninguna otra persona. Ahora siempre acompañaba a K, en Gstaad, en Brockwood y en Ojai. Vanda Scaravelli aún abriría Tanneg para él con la asistencia de Fosca, pero durante la reunión regresó a Florencia para volver después a fin de cerrar el chalet.

En septiembre, K habría de variar un poco su programa anual ofreciendo dos pláticas en Amsterdam, donde no había hablado por diez años. El gran salón de la RAI estuvo atestado y el público afluía continuamente a una sala contigua que contaba con un circuito cerrado de televisión. Estuvieron con él unos pocos amigos de Inglaterra. Mientras nos dirigíamos en el automóvil a la primera plática, nos preguntó de qué iba a hablar. Yo le dije: «¿No tiene ninguna idea?» Contestó: «No, ninguna». Cuando apareció su pequeña figura para sentarse solo en una silla dura sobre el enorme estrado, sin siquiera una mesa delante de él, ello fue en cierto modo intensamente conmovedor. Como siempre, permaneció en completo silencio por unos momentos, mirando de extremo a extremo a su auditorio, mientras la gente aguardaba tensamente expectante. Finalmente comenzó: «Muy lamentablemente sólo habrá dos pláticas, de modo que es necesario condensar lo que tenemos que decir acerca de la totalidad de la existencia». Más y más estuvo en esta época haciendo hincapié en que la diferencia entre los seres humanos era sólo superficial. Esto lo explicó en la primera plática:

El contenido de nuestra conciencia es el terreno común a toda la humanidad... Un ser humano que vive en cualquier parte del mundo, sufre, no sólo físicamente sino también internamente. Está perplejo, asustado, confundido, ansioso, sin ninguna sensación de profunda seguridad. De modo que nuestra conciencia es común a toda la humanidad... y, por tanto, no somos individuos. Por favor, consideren bien esto. Nos han educado, adiestrado, tanto religiosa como escolásticamente, para pensar que somos individuos, almas separadas que luchan cada una para sí, pero ésa es una ilusión. No somos entidades separadas con contenidos psicológicos separados, que luchan para obtener algo; cada uno de nosotros es, de hecho, el resto de la humanidad.

En esta misma plática se extendió en otro tema, acerca del cual había hablado con anterioridad y sobre el que habría de hablar a menudo en sus últimos años: vivir con la muerte:

La muerte implica el fin de lo conocido. Significa la terminación del organismo físico, la terminación de toda memoria que soy yo», puesto que «yo» no soy sino memoria. Y me asusta desprenderme de todo eso, lo cual implica muerte. La muerte significa el fin de los apegos, o sea, morir mientras vivimos, no separados de la muerte por cincuenta años o cosa así, esperando que alguna enfermedad termine con nosotros. Es vivir

¹ VIP: *Very Important Person* (Persona muy importante). [N. del T.]

con toda nuestra vitalidad, nuestra energía, nuestra capacidad intelectual y un gran sentimiento por todas las cosas y, al mismo tiempo, terminar con ciertas conclusiones, ciertas idiosincrasias, experiencias, apegos, heridas psicológicas; morir para todo ello. Vale decir que, mientras uno está viviendo, vivir también con la muerte. Entonces la muerte no es algo que se encuentra lejos, no es algo que está al final de nuestra vida y que llega como consecuencia de algún accidente, de una enfermedad o de la vejez, sino que es más bien un final para todas las cosas de la memoria. Eso es la muerte, una muerte que no está separada del vivir¹.

Lo que de hecho pedía a sus oyentes que hicieran, era renunciar a todos los apegos humanos. ¿Cuántos querían hacerlo, aun si pudieran? Sin embargo, más y más personas en todo el mundo seguían asistiendo a sus pláticas.

K se sentía muy feliz de encontrarse en Holanda donde había pasado tanto tiempo cuando era joven. Una tarde fue en automóvil a ver otra vez el Castillo de Eerde, que ahora era una escuela, y en el que no había estado desde 1929. Manejando a través de los hermosos bosques de hayas se preguntó, medio en serio, por qué había devuelto la propiedad. Sin embargo, cuando llegó al Castillo, se negó a salir del automóvil por temor a que lo reconocieran.

Al regresar a Ojai a principios de 1982, después de sus habituales y agotadores meses en la India, K fue a internarse en el Centro Médico de la Universidad de California, en Los Ángeles, para su operación de hernia. Esta no era una operación urgente, pero se consideraba que si la condición empeoraba súbitamente mientras K se hallaba de viaje, ello podría volverse peligroso. Mary Zimbalist permaneció en un canapé que había dentro del cuarto durante las cuatro noches que estuvo en el hospital. Esta operación también tuvo lugar bajo anestesia. Para él fue una experiencia muy penosa, y cuando el anestésico se disipó, el dolor se volvió intenso y él habló de la «puerta abierta». Mary le pidió que la cerrara. Esa noche él le dijo: «Estuvo muy cerca. Yo no sabía si tendría fuerzas para cerrar la puerta», pero en esos momentos se había incorporado en la cama y estaba leyendo una novela policial.

Un examen posterior que se le hizo en el Centro Médico reveló que el índice de azúcar en la sangre era demasiado alto y se le prescribió una dieta para diabéticos. Poco tiempo después, una visita al oculista diagnosticó un comienzo de cataratas en ambos ojos y una amenaza de glaucoma en el ojo izquierdo, para lo cual se le recetaron gotas. Con todo, se declaró que estaba en muy buen estado físico para su edad.

A fines de marzo, K ofreció dos pláticas en Nueva York, donde había hablado por última vez en 1974, pero en esta ocasión fue en el Carnegie Hall que tenía una capacidad de casi 3.000 personas. No quedó un asiento libre. El 26 de marzo, en el Hotel Parker-Meridien, al ser entrevistado por Paul L. Montgomery para *el New York Times*, K le dijo: «Vea, yo nunca acepté la autoridad y nunca ejercí autoridad sobre otros. Le contaré una historia divertida. Durante la época de Mussolini, uno de sus principales colaboradores me pidió que hablara en Stresa, cerca del Lago Maggiore [esto fue en el verano de 1933]. Cuando llegué a la sala, frente a mí había cardenales, obispos, generales. Probablemente pensaron que yo era un invitado de Mussolini. Hablé sobre la autoridad, de lo pernicioso, de lo destructiva que era. Al día siguiente, cuando hablé de nuevo, como público sólo había una señora anciana». Al preguntarle Montgomery si pensaba que la obra de toda su vida había establecido alguna diferencia en el modo de vivir de la gente, contestó: «Un poco, señor. Pero no mucho».

Cuando lo que tenía que decir tuvo que comprimirlo en dos pláticas, K fue más efectivo que cuando daba una serie de pláticas como en las reuniones de Ojai, Saanen y Brockwood y en los lugares donde hablaba regularmente en la India. En la primera de estas pláticas de Nueva York, habló sobre el psicoanálisis, que constituye una parte tan importante de la vida norteamericana: «Si hay cualquier dificultad, corremos al analista -él es el moderno sacerdote- y pensamos que va a resolver todos nuestros tontos e insignificantes problemas. El análisis implica que hay un analizador y lo analizado. ¿Quién es el analizador? ¿Está separado de lo que analiza? ¿O él es lo analizado?». K estaba diciendo respecto del analista y lo analizado, lo que por años había dicho acerca del observador y lo observado, del pensador y su pensamiento. No había diferencia alguna entre ellos. Esto era cierto, sostenía, con respecto a toda fragmentación interna. «Cuando uno está iracundo», decía, «la ira es uno mismo. Uno no es diferente de la ira. Cuando uno siente codicia, envidia, uno *es* eso».

K suplicó al auditorio de Nueva York que no aplaudiera antes o después de una plática: «Si aplauden, están aplaudiendo su propia comprensión... Quien les habla no se interesa para nada en ser un líder, un gurú, toda esa estúpida insensatez. Juntos estamos comprendiendo algo en la vida, una vida que se ha vuelto tan extraordinariamente compleja».

Al final de la segunda plática preguntó si podía levantarse e irse y fue evidente que se sintió algo consternado cuando le formularon preguntas. Suplicó que no fueran más de dos. La última fue: «Señor, ¿podría usted describirme a Dios? ¿Existe Dios?» A esto K respondió:

¹ *La Madeja del Pensamiento*, Edhasa, 1984.

Hemos inventado a Dios. El pensamiento a inventado a Dios, o sea que, a causa de nuestra desdicha, desesperación, soledad, ansiedad, hemos inventado esa cosa llamada Dios. Dios no nos ha hecho a su imagen (desearía que lo hubiera hecho). Personalmente no tengo ninguna clase de creencia. El que habla sólo se enfrenta a lo que es, a los hechos, a la comprensión de la naturaleza de cada hecho, de cada pensamiento, de todas las reacciones; él está totalmente atento a todo eso. Si uno está libre del miedo, del dolor, no hay necesidad alguna de un dios¹.

A pesar de haber pedido que no aplaudieran, hubo aplausos cuando se levantó.

En abril, tuvieron lugar en Ojai cuatro discusiones de una hora de duración sobre «La Naturaleza de la Mente»; participaron en ellas K, David Bohm, el Dr. John Hidley, psiquiatra que ejercía la práctica privada en Ojai, y Rupert Sheldrake, que en esa época era consultor en el *International Crops Institute* de Hyderabad. Estas discusiones, grabadas en videocolor, fueron patrocinadas por la *Robert E. Simon Foundation*, una institución privada que otorgaba substanciales subvenciones para el fomento de la salud mental. Hubo pedidos inmediatos de estos videos por parte de varias universidades y centros de enseñanza en todo el país, que podían comprarlos o pedirlos prestados para su exhibición. También se pasaron estos videos en diversas estaciones de TV por cable, incluso en Nueva York².

K parecía estar particularmente bien y vigoroso al llegar en mayo a su octogésimo séptimo cumpleaños. Le dijo a Mary: «Ahora la meditación me despierta todas las noches». Era durante su meditación que «lo otro» estaba siempre presente y le acompañaba. En su Diario había descrito cómo era ser despertado en la noche por esta meditación:

La meditación a esa hora era libertad, y era como penetrar en un mundo desconocido de belleza y quietud, un mundo sin imagen, símbolo o palabra, sin las ondas de la memoria. El amor era la muerte de cada minuto y cada muerte era la renovación del amor. Este no era apego ni tenía raíces; florecía sin causa y era una llama que quemaba los límites, las defensas cuidadosamente construidas de la conciencia. La meditación era júbilo y con ella advino una bendición.

En junio K tuvo que ofrecer dos pláticas en el *Barbican Hall* de Londres; era la primera vez que en Londres iba a hablar en una sala más grande que la *Friend's Meeting House*. Pero, aunque el local estaba atestado, las pláticas no fueron un éxito. En la primera funcionó mal el altoparlante; en la segunda, disgustado con la atmósfera del lugar, K no se sintió de ninguna manera como en sus mejores momentos. No había entrada aparte para los artistas y éstos tenían que pasar por el vestíbulo principal para llegar a la sala. No pudiendo afrontar esto, K tuvo que subir por el ascensor de servicio.

El Dr. Parchure, de Rajghat, viajaba ahora habitualmente con K a todas partes, y este año, la Dra. Dagmar Liechti, retirada de la Clínica Bircher-Benner de Zurich fundada por su tío -a la cual K había asistido en 1960-, estuvo en la reunión de Saanen y subió a Tanneg para discutir con el Dr. Parchure sobre la salud de K, cuyo índice de azúcar en la sangre era todavía demasiado alto. Sugirieron que K debía cancelar el seminario de científicos a realizarse en Brockwood después de la reunión y tomarse unas verdaderas vacaciones en algún lugar donde no lo conocieran. K accedió a esto. Él mismo estaba comenzando a darse cuenta de que debía espaciar más sus actividades. A pesar de sentirse cansado después de la reunión de Saanen, dictó otra tanda de Cartas a las Escuelas, una por día, entre el 11 y 12 de agosto. Después, en septiembre fue con Mary a Francia, a un hotel cerca de Blois, donde permaneció por más de una quincena. Dorothy Simmons se alojó con él durante una semana. Fueron las últimas verdaderas vacaciones en la vida de K: ni pláticas ni discusiones ni entrevistas y, por una vez, la cabeza no le molestó cuando descansaba.

Antes de ir a la India a fines de octubre, le rogué que continuara con su *Journal*. Yo sentía que K estaba hablando demasiado y no escribía nada. Era mucho más fácil hablar que escribir, y en las pláticas uno se perdía sus bellas descripciones de la naturaleza. Decía que le resultaba muy difícil escribir debido al creciente temblor de sus manos. ¿Por qué entonces -le sugerí- no dictaba a un grabador cuando estaba solo? Le gustó esta idea pero dijo que no tendría tiempo mientras estuviera en la India.

En la India ofreció no sólo todas las pláticas en los lugares habituales (con el agregado este año de cuatro pláticas muy exitosas en Calcuta, donde jamás había hablado antes), sino que también sostuvo interminables discusiones con el grupo de personas que le habían rodeado por años y que incluía a Pupul Jayakar, Sunanda y

¹ *La Llama de la Atención*, Edhasa, 1985.

² Asequible en los AKFA y AB.

Pama Patwardhans y el hermano mayor de Pama, Achyut, así como un eminente Pandit, Jagannath Upadhyaya¹. En Europa y EE.UU., K solía desayunar en la cama y no se levantaba hasta mediodía a menos que tuviera un compromiso, mientras que en la India bajaba para desayunar con sus amigos y ahí comenzaban las conversaciones. En la India, la manera favorita de profundizar en las enseñanzas filosóficas o religiosas, eran las discusiones con participación de varias personas que formulaban preguntas. Este era, indudablemente, el mejor modo de lograr una comprensión intelectual pero impedía, al parecer, esos saltos intuitivos por los cuales algunas personas podían percibir fácilmente de qué hablaba K. K mismo se sentía estimulado por estas discusiones en la India. Le gustaba penetrar lentamente, lógicamente, paso a paso, en su filosofía. Era también el método indio de cuestionar todo lo que se decía. K aprobaba totalmente esto, dado que la fe, la aceptación incuestionable de las palabras de otro, eran para él una barrera infranqueable para el descubrimiento de la verdad a través de la comprensión de uno mismo.

En la escuela del Valle de Rishi, la actual Directora de Estudios era la hija de Pupul Jayakar, Radhika, quien poseía un Ph.D (Doctorado) en sánscrito y en estudios budistas extendido por una universidad norteamericana. Estaba casada con un profesor canadiense, Hans Herzberger, y trabajaba en estrecha colaboración con Narayan, que seguía siendo el Director General. K quedó encantado por la forma en que marchaba la escuela. Había 340 estudiantes pagos procedentes de diferentes partes de la India, una tercera parte de ellos mujeres, y el diez por ciento recibía becas.

Al volver a Ojai en febrero de 1983, K comenzó a dictar la continuación de su *Journal*². Mientras se hallaba solo en su habitación y permanecía en la cama después del desayuno, dictó la primera parte en un grabador nuevo, y continuó estos dictados, aunque no diariamente, hasta comienzos de abril. La mayoría de los trozos que componen el libro principia con una descripción de la naturaleza, y muestra que cada día era verdaderamente un día nuevo para él, un día como nunca había sido antes. Para muchos, estas descripciones avivan todo el ser haciéndolo intuitivamente receptivo a la enseñanza que sigue luego. En marzo del año siguiente, otra vez en Ojai, dictó otras tres partes mientras permanecía a solas en su habitación. Surgidas dos años antes de su muerte, éstas fueron las últimas reflexiones privadas de K que habríamos de tener y, tal como ocurrió, la última versa sobre la muerte. Describió cómo, mientras paseaba en una soleada mañana de primavera, había visto una hoja muerta, «amarilla y rojo brillante», caída en el sendero. «Qué hermosa era esa hoja», dijo, «tan sencilla en su muerte, tan natural, tan llena de la belleza y vitalidad de todo el árbol y del verano. Era extraño que no se hubiera marchitado.» Y continuaba:

¿Por qué los seres humanos mueren tan desdichadamente, tan lamentablemente, con enfermedad, vejez, senilidad, con el cuerpo encogido, feo? ¿Por qué no pueden morir tan natural y bellamente como esta hoja? ¿Qué hay de malo en nosotros? A pesar de todos los médicos, medicinas y hospitales, de las operaciones y de toda la agonía de la vida, y también de los placeres, no parecemos capaces de morir con dignidad, con sencillez y con una sonrisa... Cuando enseñarnos a los niños las matemáticas, cuando les enseñamos a leer y escribir y, todo eso que implica adquirir conocimientos, también debería enseñárseles la inmensa dignidad de la muerte, no como algo morboso y desgraciado que finalmente uno ha de afrontar, sino como algo de la vida cotidiana, la vida cotidiana de contemplar el cielo azul y observar el saltamontes sobre una hoja. Eso forma parte del aprender, tal como a uno le crecen los dientes y pasa por todas las incomodidades de las enfermedades infantiles. Los niños poseen una curiosidad extraordinaria. Si uno comprende la naturaleza de una hoja, no les explica que todo muere, que el polvo vuelve al polvo y todas esas cosas, sino que, sin temor alguno, les explica amablemente y les hace sentir que el vivir y el morir son una sola cosa...

No existe la resurrección, eso es superstición, una creencia dogmática. Todo en la tierra, en esta bella tierra, vive y, muere, nace y se marchita. Para captar todo este movimiento de la vida se requiere inteligencia, no la inteligencia del pensamiento, de los libros o del conocimiento, sino la inteligencia del amor y de la compasión con su sensibilidad... Al contemplar esa hoja muerta con toda su belleza y color, tal vez uno podría comprender muy profundamente, darse cuenta de lo que su propia muerte tiene que ser, no en el final sino en el principio mismo. La muerte no es alguna cosa horrenda, algo que deba eludirse, posponerse, sino más bien algo para estar con ello día tras día. Y de eso surge un sentido extraordinario de inmensidad³.

¹ Muchas de estas discusiones se transcriben detalladamente en el libro *Krishnamurti* de Pupul Jayakar.

² Publicado más adelante con el título de *Krishnamurti to Himself*. En español, se editó con el título de *El último Diario*. [N. del T.]

³ *El Último Diario*, Edhasa, 1989.

«Usted tiene que apresurarse a comprender»

En abril de 1983, K fue a Nueva York nuevamente, ofreciendo esta vez las pláticas en el *Felt Forum del Madison Square Garden*, que tenía una capacidad aún mayor que la del *Carnegie Hall*. Dos reporteros que lo entrevistaron para el *East West Journal*, comentaron: «Nos encontramos con un hombre atento y tímido que parecía dotado de una paciencia infinita, si bien al mismo tiempo exhibía una gran vehemencia y un sentido misionero... Su claridad y sus agudos comentarios nos abochornaron muchas veces, dejándonos con la sensación de que estábamos frente a un hombre verdaderamente libre que, sin proponérselo, había alcanzado lo que en mi sentir es un tipo de anarquía espiritual, una perspectiva profundamente moral y sagrada, por completo independiente de las ideologías o religiones ortodoxas».

En la reunión de Ojai que siguió a las pláticas de Nueva York, se exhibió una película en color de largo metraje sobre la vida de K, que había sido filmada por Evelyne Blau, síndico de la American Foundation, y que le llevó cinco años de elaboración. Su título era *The Challenge of Change* (El Reto del Cambio) y fue dirigida por Michael Mendizza, con textos leídos por el actor norteamericano Richard Chamberlain. K permaneció sentado durante toda la exhibición, cosa rara en él porque jamás quería verse a sí mismo en televisión o escuchar sus entrevistas por la radio, del mismo modo que no quería mirar sus propios libros. Evidentemente, disfrutó de esta película con sus hermosas tomas de Suiza y de la India. El filme tuvo muy exitosas exhibiciones públicas en diversas ciudades de los EE.UU.

Poco después de que K y Mary llegaran a Brockwood en junio, Dorothy Simmons sufrió un ataque al corazón. Aunque se recuperó bien, no pudo ya seguir cargando con todas las responsabilidades de la escuela, tal como lo había hecho magníficamente por catorce años. Se retiró, pero continuó viviendo en Brockwood con su marido, que también se había retirado unos años antes¹. Finalmente, un joven norteamericano, Scott Forbes, casado con una muchacha sudafricana, Kathy, que enseñaba danza en la escuela, fue designado como nuevo Director. Scott era un joven dinámico que había estado trabajando en Brockwood por unos diez años, principalmente a cargo del video (que ahora contaba con un equipo de color). Había viajado mucho, viviendo un tiempo en París y manejando un negocio de antigüedades en Ginebra, antes de encontrarse accidentalmente con K cuando, por casualidad, fue durante un verano a Saanen. Se sintió cautivado escuchando una plática. Al ir a trabajar para K, cambió completamente su estilo de vida, en tanto que retenía su vitalidad. Cuando se le designó Director, su esposa asumió las responsabilidades del video.

Estando todavía en Gstaad, después de la reunión de Saanen de 1983, K iba a conocer a una persona que haría posible la realización de lo que para él era ahora su anhelo más preciado: construir en Brockwood un Centro para adultos, por completo independiente de la escuela, donde la gente pudiera ir con el solo propósito de estudiar su enseñanza. Este hombre de edad mediana era Friedrich Grohe, un alemán residente en Suiza, que cuatro años antes se había retirado de la empresa familiar conocida internacionalmente por su fabricación de grifos para baño y cocina. En 1980, la lectura de uno de los libros de K, *La Pregunta Imposible*, determinó de allí en adelante el curso de su vida, para usar sus propias palabras. Vino a ver a K en Tanneg, pues estaba ansioso de fundar una escuela Krishnamurti en Suiza. K lo disuadió de dar ese paso, explicándole lo difícil que era encontrar maestros. (Cuando K le preguntó si estaba casado y él le contestó que no, que estaba divorciado, K lo tomó del brazo y dijo: «Bien»)². Al año siguiente, durante una visita a Brockwood, Friedrich Grohe sugirió que, en vez de fundar una escuela, él podría financiar la construcción del Centro de Estudios. K aceptó entusiastamente esta propuesta. Se eligió un lugar hermoso, cercano a la escuela pero invisible desde el edificio de la misma, con vistas ininterrumpidas hacia el sur sobre campos donde nunca podría calificarse nada. K encomendó a Scott Forbes la tarea de encontrar un arquitecto y obtener el permiso para el trazado de los planos.

Después de un programa completo en la India durante ese invierno de 1983-84, en febrero K regresó bastante exhausto a Ojai y tuvo que lidiar con los problemas surgidos a raíz de la apertura de una escuela secundaria en Ojai, adyacente a la escuela primaria de El Robledal. En marzo, K fue invitado por el Dr. M.R. Raju, del *National Laboratory Research Center* (Centro Nacional de Investigaciones de Laboratorio) en Los Alamos, para que tornara parte en un simposio sobre «Creatividad en la Ciencia». Este centro de investigaciones atómicas en EE.UU., proporcionó a K un nuevo y estimulante auditorio. A las ocho de la mañana del 19 de marzo, habló por más de una

¹ Montagna Simmons falleció en 1986 y Dorothy en 1989. Doris Pratt también murió en 1989.

² Friedrich Grohe fue designado posteriormente síndico de las Fundaciones de Inglaterra y la India.

hora a cerca de 700 Científicos, sobre el tema de que el conocimiento jamás podría ser creativo porque era incompleto. Terminó diciendo:

Ciertamente, la creación sólo puede surgir cuando el pensamiento está en silencio... La ciencia es el movimiento por el cual el conocimiento acumula más y más y más. El «más» es la medida, y el pensamiento puede ser medido porque es un proceso Material. El conocimiento tiene sus propias percepciones limitadas, su propia creación limitada, pero esto engendra conflicto. Estamos hablando de una percepción holística en la cual el ego, el «yo», la personalidad, no interviene en absoluto. Sólo entonces existe esto que llamamos creatividad. De eso se trata.

A la mañana siguiente, K contestó preguntas a un auditorio más pequeño limitado a los miembros del Laboratorio Nacional de Los Alamos. De las quince preguntas que le fueron entregadas, contestó sólo la primera y la última. La respuesta a la primera pregunta: «¿Qué es la creatividad? ¿Qué es la meditación?», tomó casi toda la hora y media que se le había asignado y repitió mucho de lo que había dicho el día anterior. Acerca de la meditación, dijo: «La meditación no es meditación consciente. Lo que nos han enseñado es la meditación deliberada, consciente, el sentarse con las piernas cruzadas o acostarse repitiendo ciertas frases, lo cual es un esfuerzo deliberado, consciente, para meditar. Quien les habla dice que semejante meditación es un desatino. Forma parte del deseo. Desear tener una mente en paz, es lo mismo que desear una buena casa o un buen traje. La meditación consciente destruye, impide la otra forma de meditación».

La última pregunta fue: «Si usted fuera el Director del Laboratorio con responsabilidad en la defensa del país, y reconociendo como están las cosas, ¿de qué modo dirigiría las actividades y la investigación del Laboratorio?» Esta fue, en parte, la respuesta de K:

Si yo tuviera un grupo de personas que dijeran: olvidemos todo nacionalismo, toda religión, resolvemos como seres humanos este problema, tratemos de vivir juntos sin destruirnos; si dedicáramos tiempo a todo eso como un grupo de personas absolutamente consagradas que se han reunido en Los Alamos para un propósito y juntas se interesan en todas las cosas de que hemos estado hablando, entonces tal vez podría ocurrir algo nuevo... Nadie tiene una perspectiva global, un sentir global por toda la humanidad... no *mi* país, ¡por el amor de Dios! Si usted viajara por todo el mundo, como hace el que le habla, lloraría por el resto de su vida. El pacifismo es una reacción al militarismo, eso es todo. Quien le habla no es un «pacifista». En lugar de eso, consideremos la causa de todo lo que ocurre; si todos juntos buscamos la causa, entonces la cosa está resuelta. Pero cada cual tiene opiniones diferentes acerca de las causas y, se aferrara a sus opiniones, a sus pautas históricas. De modo, señor, que así están las cosas.

Miembro del auditorio: Señor, si se me permite decirlo, creo que nos ha convencido usted.

Krishnamurti: No les estoy convenciendo de nada.

Miembro del auditorio: Lo que quiero decir es que, una vez que realmente intentamos comprender esto y hacer algo en esa dirección, de algún modo parece faltarnos la energía necesaria... ¿Qué es lo que realmente nos retiene? Podemos ver que la casa se está quemando, pero aun así somos incapaces de hacer nada para detener el fuego.

Krishnamurti: Pensamos que la casa que se quema está allá, pero está aquí. Primero tenemos que poner nuestra casa en orden, señor¹.

En abril, K ofreció nuevamente pláticas en el *Felt Forum* de Nueva York, después de lo cual fue orador invitado en la Sociedad *Pacem in Terris* y habló en el *Dag Hammarskjöld Library Auditorium* de las Naciones Unidas. No dijo nada en esta ocasión que no hubiera dicho en ocasiones anteriores, aunque nunca se repetía exactamente en las mismas palabras².

Cuando K llegó a Brockwood esa primavera, encontró que habían instalado en su habitación un reproductor de discos compactos, lo cual fue una gran alegría para él. Beethoven era el compositor que escuchaba más a menudo y, en cercano segundo lugar, Mozart. Pero la música india, especialmente el canto, le gustaba igual que la música clásica. Después de la muerte de K, Scott Forbes me escribió:

Por varios años yo había subido con frecuencia a su habitación [la de K] mientras él tomaba su desayuno, lo que hacía escuchando música. Acostumbraba sentarse en la cama con una bandeja en su regazo, y sus pies danzaban suavemente, casi invisiblemente bajo las sábanas al compás de la música. Y yo solía escuchar, o bien sólo una parte de lo que él escuchaba, o, en años posteriores, escuchaba con él la pieza completa. Ello no tenía nada que ver con el hecho de que era un maravilloso equipo estéreo; más bien se trataba de una cualidad de escuchar que iba mis allá de lo que yo estaba habituado, la que parecía ocurrir con naturalidad precisamente cuando escuchaba la música junto con él.

¹ *Los Alamos* (folleto), Krishnamurti Foundation, England, 1985.

² *UN Secretarial News*, 16 de mayo de 1984. y ESB, N° 47. 1984.

El Chalet Tanneg, infortunadamente, se había vendido, de modo que ya no podía alquilarse para las reuniones de Saanen. En su lugar se alquiló un chalet en Schönried, justo en lo alto de Gstaad, el cual fue abierto para K, como Tanneg lo había sido siempre, por Vanda Scaravelli y Fosca. A K estuvo lejos de gustarle tanto como Tanneg; continuó con sus habituales paseos vespertinos a través de un bosque hasta el río, pero ahora tenía que viajar en automóvil hasta Tanneg antes de empezar el paseo. Cada vez que llegaba al bosque, K solía preguntar en voz alta: «¿Podemos entrar?».

En septiembre de ese año, se encontraban en Brockwood para una asamblea internacional algunos de los síndicos de la India y de EE.UU. Scott Forbes había encontrado un arquitecto mientras K estaba en EE.UU., el cual ahora no sólo había trazado los planos sino que había construido un modelo, puesto que K no podía entender los planos arquitectónicos. Cuando K vio el modelo, le disgustó instantáneamente, dijo que parecía un motel. Los síndicos estuvieron de acuerdo. Antes que continuar con el mismo arquitecto, Scott decidió buscar otro. Las especificaciones eran un reto para cualquier arquitecto que quisiera apartarse de la apariencia de un motel: veinte pequeños dormitorios, cada uno con su propia ducha y un salón, un comedor, una biblioteca, cuartos para el personal, una cocina y, lo más importante de todo, una sala «tranquila». K había escrito: «Tiene que haber una sala donde uno vaya para estar tranquilo. Esa sala se usará solamente para eso... Será como un horno que da calor a todo el lugar... Si ustedes no tienen eso, el Centro se volverá un mero pasaje, con la gente yendo y viniendo, sólo trabajo y actividad. K insistió en que todo el material que se usara para la construcción tenía que ser de primerísima calidad, quería para todo el más alto nivel de excelencia.

Después de intentar con distintos arquitectos, Scott Forbes supo acerca de Keith Critchlow al leer por casualidad un artículo que hablaba de él. En Inglaterra no había ninguna construcción hecha por Critchlow, pero éste mostró a Scott fotografías de sus trabajos en el exterior, la mayoría de ellos para edificios religiosos. En junio del año siguiente Critchlow fue invitado a Brockwood para que conociera a K, quien sintió inmediatamente que éste era el hombre indicado, más por su personalidad y su conversación que por sus diseños. Aunque inglés y miembro del Real Colegio de Arte donde enseñaba, Critchlow no estaba habilitado para practicar su profesión en Inglaterra; por lo tanto, se contrato a la firma inglesa Triad para que avalara sus planos.

Una solicitud de autorización para los bocetos fue rechazada en febrero de 1985. Cuando en marzo se apeló esta decisión, se encontró que la solicitud había sido defectuosa, de modo que se anularon tanto la solicitud como el rechazo. Por lo tanto, se presentó otra solicitud en mayo, la que fue aceptada en agosto. Pero no fue sino hasta el 26 de febrero de 1986 que se aprobó la solicitud detallada.

En el otoño de 1984, Mary Zimbalist tuvo que viajar de Brockwood a Roma por dos noches para visitar a una vieja criada italiana que había trabajado para ella en Malibú. A su regreso, K le dijo: «Cuando usted está lejos, es mucho más difícil para mí. Tiene que apresurarse a comprenderlo todo. Yo puedo vivir otros diez años, pero usted tiene que comprender». En esta época él solía decirle con frecuencia: «Usted tiene que sobrevivirme para cuidar de esta persona», refiriéndose a sí mismo de una manera completamente objetiva. Él sentía ahora, naturalmente, una gran urgencia por acercar a personas jóvenes y educarlas para que llevaran adelante esto después de su muerte.

El 28 de octubre de 1984, K llegó con Mary Zimbalist a Delhi para alojarse por una semana con Pupul Jayakar. Tres días después era asesinada Mrs. Gandhi, que vivía en la misma calle. Este horrible suceso afectó el resto de la permanencia de K en la India durante ese invierno, aunque no le impidió ofrecer sus habituales pláticas en Rajghat, Madrás y Bombay ni hablar todos los días a los maestros y estudiantes en el Valle de Rishi durante las tres semanas que estuvo allí. Como era costumbre, en febrero de 1985 interrumpió en Brockwood, por cuatro días, su viaje de Bombay a Ojai. Cuando siguió vuelo a Los Ángeles el 17 de febrero, sólo le quedaba un año de vida hasta el mismo día del año siguiente.

En marzo se hizo su examen clínico anual, esta vez a cargo de un nuevo médico joven, el Dr. Gary Deutsch de Santa Paula, a dieciséis millas de Ojai. Este médico había sido recomendado por un amigo de Mary cuando el médico anterior de K en Los Ángeles le aconsejó que tuviera un profesional más cerca de Ojai. K simpatizó inmediatamente con el Dr. Deutsch. Fue éste el médico que lo atendió en su enfermedad final.

«Mi vida ha sido planeada»

K no habló en Nueva York en 1985, porque Milton Friedman, autor y, al mismo tiempo, escritor de discursos para la Casa Blanca, había organizado para él dos pláticas a realizarse durante el mes de abril en *el Kennedy Center* de Washington D.C. Sin embargo, antes de eso K habló nuevamente para la Sociedad *Pacem in Terris* de las Naciones Unidas en ocasión de celebrarse el 40 aniversario de las mismas. Esta vez el auditorio fue escaso y K tuvo que esperar media hora debido a una confusión que se produjo en el salón donde tenía que hablar. Cuando dejaba el edificio al terminar la plática, dijo a Mary: «No más Naciones Unidas».

Esta fue la primera y única vez que K habló en Washington. No quedaba un asiento vacío en la sala. Al dirigirse a un auditorio nuevo, inteligente y seriamente interesado, K alcanzó nuevamente la cima de sus poderes. No fue que dijera nada nuevo; más bien fue lo que irradiaba, la fuerza y convicción de su voz, las resonancias de su lenguaje. En la segunda plática hubo un pasaje particularmente bello acerca del dolor:

Cuando hay dolor, no hay amor. Cuando uno está sufriendo, cuando está ocupado con el propio sufrimiento, ¿cómo puede haber amor ahí?... ¿Qué es el dolor? ¿Es autocompasión? Por favor, investiguen. No decimos que lo sea o que no lo sea... ¿Es la soledad la que origina el dolor, el sentirse desesperadamente solo, aislado?... ¿Podemos mirar el dolor tal como realmente es en nosotros, permanecer con el dolor, retenerlo y no escapar de él? El dolor no es diferente de aquel que sufre. La persona que sufre desea zafarse del dolor, escapar, hacer toda clase de cosas. Pero si miraran el dolor como mirarían a un niño, a un hermoso niño, si permanecieran con el dolor sin escapar jamás, entonces verían por sí mismos, si en verdad miraran profundamente, que el dolor toca a su fin. Y cuando termina el dolor, hay pasión; no injuria, no estimulación de los sentidos, sino pasión¹.

Dos días antes de la primera plática, apareció en lugar destacado del *Washington Post*, una entrevista que Michael Kernan te hizo a K. Kernan, además de relatar brevemente los primeros años de la vida de K, citaba algunos de sus comentarios, tales como: «Cuando uno termina con el apego completamente, entonces hay amor. Y: «Para aprender acerca de uno mismo, para comprenderse, uno debe descartar toda autoridad... No hay nada que aprender de nadie, incluido el que les habla... Él no tiene nada que enseñarles. Él actúa meramente como un espejo en el cual pueden ustedes verse a sí mismos. Entonces, cuando alcanzan a verse claramente, pueden descartar el espejo».

En otra entrevista se le preguntó a K: «¿Qué pasa si alguien que le escucha se toma a pecho sus sugerencias y cambia realmente? ¿Qué puede hacer una sola persona?» A esto K respondió: «Esa es la pregunta equivocada. Cambie... y vea qué ocurre». Y en una transmisión de radio del 18 de abril para «La Voz de América», cuando se le preguntó qué pensaba del renacimiento religioso en Norteamérica, contestó: «Eso no es en absoluto un renacimiento religioso. ¿Qué es un renacimiento? Revivir algo que se ha ido, que ha muerto, ¿no es así? Quiero decir que usted puede revivir un cuerpo que está *medio* muerto: vierte en él un montón de medicinas religiosas, pero el cuerpo, después de ser revivido, será el mismo viejo cuerpo. Eso no es religión». Más adelante, dijo en la entrevista:

Si el horrible no cambia radicalmente, si no da origen a una mutación fundamental en sí mismo, no por medio de Dios, no por medio de plegarias -toda esa cosa es demasiado infantil, demasiado inmadura-, entonces nos destruiremos a nosotros mismos. Una revolución psicológica es posible ahora, no dentro de mil años. Ya hemos vivido miles de años y seguimos siendo bárbaros. De modo que si no cambiamos ahora, seguiremos siendo bárbaros mañana o dentro de un millar de mañanas... Si no detengo la guerra hoy, iré a la guerra mañana. Así que, muy sencillamente expresado, el futuro es ahora.

Fue una pena que K tuviera que continuar con sus habituales pláticas de todos los años, después del apogeo de Washington: Ojai, Saanen, Brockwood, India... Hubo cierto deterioro en sus pláticas de este año, nada sorprendente a los noventa. Puesto que a K le había disgustado tanto Schönried el año anterior, para la reunión de ese año Friedrich Grohe le prestó su propio piso en Rougemont, distante unas cinco millas de Gstaad en el mismo valle. Permaneció aquí con Mary, mientras que Vanda y el Dr. Parchure ocupaban un piso más grande que habían alquilado en el mismo chalet. Fosca tuvo que renunciar finalmente a su trabajo (murió en agosto a los noventa años), así que Raman Patel, que había estado a cargo de la cocina en Brockwood, era quien se ocupaba de ellos. Desde Rougemont, como lo había hecho desde Schönried, K iba en automóvil a Tanneg para iniciar desde allí sus

¹ *Washington D.C. Talks 1985* (Mirananda, Holanda, 1988).

paseos vespertinos. En su primer paseo de ese año, se adelantó y entró solo en el bosque «para ver si éramos bienvenidos».

Durante la reunión, que tuvo lugar con un tiempo perfecto, K no se sintió del todo bien. Una tarde se sintió tan enfermo que le dijo a Mary: «Me pregunto si mi hora ha llegado». En la asamblea internacional de síndicos celebrada durante las pláticas sugirió que, a fin de acortar sus viajes, después de un verano más en Saanen las reuniones se hicieran en Brockwood. Pero, antes de que finalizaran las pláticas, algunos de los síndicos fueron a Rougemont y le recomendaron enfáticamente que no celebrara ni una reunión más en Saanen. K, después de considerar cuidadosamente la sugerencia, la aceptó. La Dra. Liechti, que se encontraba nuevamente allí, y el Dr. Parchure aprobaron esto desde el punto de vista médico, y así se anunció al día siguiente en la carpa.

En la última sesión de preguntas y respuestas, el día 25 de julio, K dijo con gran sentimiento: «Hemos tenido los días más maravillosos, hermosas mañanas, bellos atardeceres, largas sombras y profundos valles azules, un claro cielo celeste y la nieve... Jamás ha habido un verano como éste. Así es como las montañas, los valles, los árboles y el río nos dicen adiós».

Se había pedido a Mark Edwards que fuera a Saanen ese año para tomar fotografías de la reunión, desde la instalación de las carpas hasta la última de las pláticas, de modo que resultó una coincidencia afortunada que se encontrara ahí para registrar esta reunión final después de veinticuatro años¹. Cuando Mark fue al chalet de Rougemont para tomar una fotografía, K advirtió inmediatamente que tenía una cámara nueva, una Nikon SA en lugar de una Leica. Como no había película colocada en la nueva cámara, Mark abrió el respaldo para enseñarle a K el nuevo tipo de obturador. K sostuvo la cámara y preguntó si podía llevarla hasta la ventana. Una vez allí, miró con curiosidad el hermoso mecanismo examinándolo por largo tiempo con atención completa antes de devolver la cámara a Mark.

Por el resto del verano K se vio enfrentado a un dilema sobre el que estuvo reflexionando en Rougemont después de la reunión. El viajar se estaba tornando demasiado agotador y, sin embargo, no podía permanecer mucho tiempo en un solo lugar. Se había vuelto tan sensible que sentía cómo la gente fijaba su atención en él si se quedaba demasiado, una presión que ya no podía soportar más. Y tenía que seguir hablando. Hablar era su *raison d'être* (razón de ser). Necesitaba muchísimo que alguien le planteara retos, de modo que pudiera encontrar nueva inspiración para investigar más y más profundamente dentro de sí mismo. Decía que nadie podía hacerlo ya; él no podía llegar más lejos con David Bohm o con el Pandit Jagannath Upadhyaya en la India. Los seminarios con psicólogos que organizaba para él el Dr. Shainberg cada vez que K iba a Nueva York, habían comenzado a perder interés, al igual que las conferencias con científicos en Brockwood. En los últimos años había sostenido discusiones con el Dr. Jonas Salk, descubridor de la vacuna contra la polio, con el Profesor Matirice Wilkins, la escritora Iris Murdoch y otros. También le habían entrevistado innumerables personas, incluyendo a Bernard Levin en la televisión, pero ninguno de ellos había aportado inspiración nueva. Cuanto más erudita era una persona, cuanto más había leído, cuanto mejor era su memoria y más atiborrada estaba su cabeza con conocimientos de segunda mano, tanto más difícil encontraba K comunicarse con ella. Sus entrevistadores buscaban compararlo con otros maestros religiosos, con otros filósofos, trataban de encasillarlo de algún modo. Parecían incapaces de escuchar lo que él tenía que decir, sin pasarlo por el tamiz de sus propios prejuicios o conocimientos.

K tenía el propósito de acortar su programa de ese invierno en la India y dar sólo una serie de pláticas en los EE.UU. durante 1986. Consideró la posibilidad de ofrecer pláticas en Toronto, donde nunca había estado, pero temía tener que cancelarlas si su salud fallaba. Habló largamente con Mary en Rougemont, tratando de encontrar una respuesta a su problema. Acababa justamente de llegar una carta de una pareja de amigos griegos que los invitaban a él y a Mary, ofreciéndoles alojarlos con ellos en una isla de Grecia. K se sintió tentado y encontró la isla en el mapa, pero después se preguntó si habría allí suficiente sombra (una vez había sufrido una insolación y no podía soportar el caminar o el sentarse al sol).

Un día, mientras todavía se encontraba en Rougemont, dijo a Mary: «*Aquello* está vigilando». Mary anotó: «El habla como si algo estuviera decidiendo lo que ocurre. 'Aquello' decidirá cuándo su trabajo está acabado, y de aquí, por inferencia, su vida». Otro día ella anotó una conversación que tuvo con él cuando discutían planes de viajes:

K: No es el efecto físico sobre el cuerpo. Es otra cosa. Mi vida ha sido planeada. Aquello me dirá cuándo debo morir, dirá que esto ha terminado. Aquello determinará mi vida. Pero debo tener mucho cuidado de no interferir con «aquello» diciendo: «Ofreceré sólo dos pláticas más».

M: ¿Siente usted cuánto tiempo más le concede aquello?

K: Creo que unos diez años más.

¹ Setenta de estas excelentes fotografías se publicaron en *Las Talks at Saanen*, (Gollancz, Harper & Row, 1986).

M: ¿Quiere decir que va a hablar por otros diez años?

K: Cuando deje de hablar, habrá terminado todo. Pero no quiero fatigar el cuerpo. Necesito cierta cantidad de descanso, pero no más. Un lugar tranquilo donde nadie me conozca. Pero, por desgracia, la gente llega a conocerme.

En estos días dijo a Mary una vez más que debía escribir un libro sobre él, «lo que era vivir con él», como decía. También le pidió a Mary que anotara lo siguiente: «Si alguien se siente lastimado por lo que tengo que decir, es que no ha prestado atención a la enseñanza».

Antes de que Erna Lilliefelt, que había asistido a la asamblea internacional, partiera de regreso a California, K les dijo a ella y a Mary que debían encargarse de que él tuviera cosas que hacer durante su permanencia en Ojai. No iba a quedarse simplemente sentado ahí, pero ellas no tenían que disponer las cosas simplemente para complacerlo a él: «Tiene que ser algo que ustedes consideran necesario». Paseando por el bosque en la tarde siguiente, dijo: «El espíritu se ha ido de Saanen, probablemente sea por eso que me siento tan incómodo. Se ha trasladado a Brockwood».

Cuando Vanda Scaravelli que, como era habitual, había vuelto a Florencia durante la reunión, regresó a Rougemont en vísperas de la partida de K, le aconsejó que se tomara un largo descanso y fuera a Italia el próximo verano, en vez de ir a Suiza. K se torció de pronto muy alegre y entusiasta: «Podemos ir a los Alpes Franceses o a las montañas de Italia», le dijo a Mary. También le hubiera gustado ir a Florencia, Venecia y Roma. El 12 de agosto, día de su partida a Inglaterra, se despidió de Vanda Scaravelli por última vez.

K se sentía muy cansado cuando regresó a Brockwood, incluso demasiado cansado un día para hacer sus ejercicios, un acontecimiento sumamente raro. Le dijo a Mary que, desde el fin de las reuniones de Saanen, algo había estado ocurriendo dentro de él, y que «si algo decide todo lo que le sucede a K, se trata de algo extraordinario». Mary le preguntó si se daba cuenta de ciertos cambios que ocurrían en él, en su comportamiento, «un poco de rudeza impropia de usted». «¿Soy rudo con otros?», le preguntó K. «No». «¿Sólo con usted?» «Sí». Él dijo que nunca había hecho nada inadvertidamente, que ella tenía que apresurarse a cambiar, que por eso había sido rudo. «Quiero darle un nuevo cerebro», le dijo. Pero quince días después, K le dijo que había estado examinando su propia irritabilidad. «O me estoy poniendo viejo, o he caído en un hábito [de regañarla a ella] y ésa es una falla mía que tengo que eliminar. Mi cuerpo se ha vuelto hipersensible. La mayor parte del tiempo siento deseos de «marcharme», y eso es algo que no debo hacer. Voy a habérmelas con esto. Es imperdonable». Otro día le dijo a ella: «No debo enfermarme seriamente. El cuerpo existe para hablar». Era evidente que sus fuerzas físicas estaban decayendo. Sus paseos se acortaban. Pero tenía «meditaciones extraordinarias» que siempre implicaban que «lo otro», cualquier cosa que fuera «lo otro», estaba con él.

La reunión de Brockwood comenzó el 24 de agosto con un tiempo espléndido. En la tercera plática, vino un equipo profesional de cine para realizar una película. Tenían una grúa, de modo que pudieron hacer tomas panorámicas completas. La película, titulada *The Rol of The Flower* (El Papel que juega la Flor), se exhibió el 19 de enero de 1986 en la *Thames Television*. No podía haber sido un filme mejor de la reunión en su totalidad, pero la entrevista que le hicieron a K al final, que prometía ser particularmente buena, resultó demasiado corta.

K sentía ahora que había puesto «la casa en orden» en Brockwood, pero que una «puesta en orden» similar le aguardaba en la India, y eso en parte lo temía y en parte «ardía por estar allá». Una mañana, mientras esperaba en el andén de la estación de Petersfield en su camino a Londres, le dijo a Mary que Scott Forbes le había preguntado cuánto tiempo iba a vivir. K dijo que lo sabía pero que no lo diría. «¿Lo sabe usted realmente?» le preguntó Mary:

K: Creo que lo sé. Tengo insinuaciones.

M: ¿No quiere usted decírmelo?

K: No, no sería lo correcto. No puedo decírselo a nadie.

M: ¿Podría uno tener al menos una vaga idea del tiempo?

K: Scott me preguntó si yo aún estaría aquí cuando se terminara de construir el Centro de Brockwood. Dije que sí. [El Centro no podría completar su construcción antes de septiembre de 1987].

M: ¿Hemos de vivir pensando que en cualquier momento K podría dejarnos?

K: No, no es así, ello no ocurrirá por bastante tiempo.

M: ¿Cuánto hace que lo sabe?

K: Unos dos años.

Mientras almorzábamos ese día en Fortnum, también a mí me dijo que sabía el día en que iba a morir pero que no podía revelárselo a nadie. Yo deduje que podían ser entre dos o tres años, aunque se le veía tan joven y activo y eternamente, bello ese día, que diez años parecían ser un término más probable. No tenía en absoluto la

aparición de un anciano sino más bien la de un duende inmortal. Era tan observador como siempre, mirando con el mismo vehemente interés a la gente que había alrededor de nosotros en el restaurante.

Ese otoño, en Brockwood, K empezó a enseñar a Scott Forbes algunos de sus ejercicios de yoga. Era un maestro severo. Scott habría encontrado extraordinaria una elasticidad como la de K aun en un hombre mucho más joven. Aunque ya no se paraba sobre su cabeza tal como lo había hecho por años. K también tenía una conversación con Scott grabada en un casete, la cual revela lo que él esperaba de un maestro que enseñara en una de sus escuelas. Comienza preguntando a Scott si el grupo de maestros principalmente responsables por la escuela sabía, siquiera intelectualmente, de *qué* hablaba él (K). Scott contestó que ellos respondían a «lo otro» que estaba ahí. Entonces K quiso saber qué estaba ocurriendo en Scott mismo: ¿Cuál era su sentir con respecto a K? ¿Cuál era su actitud hacia la enseñanza de K y hacia toda la labor que se estaba realizando en EE.UU., la India y Brockwood? ¿Por qué él, Scott, se encontraba en Brockwood? Su contacto con la enseñanza, ¿se debía solamente a K? ¿Dependía Scott de K? ¿Y suponiendo que K muriera mañana? Habiendo entrado en contacto con K, «ese soplo, ese hálito, ese sentir, ¿morirá eso después de la muerte de K o florecerá, crecerá, se multiplicará?... ¿Florecerá ello por sí mismo? ¿Sin depender de las circunstancias? Nada puede corromperlo una vez que está ahí. Puede pasar por diferentes circunstancias, pero siempre está ahí». Scott respondió que ello «aún no tenía consistencia».

«No use la palabra ‘aún’», le advirtió K. «‘Aún’ significa tiempo. ¿Le permitirá usted adquirir consistencia, fuerza y echar raíces profundas y florecer? ¿O dependerá de las circunstancias?» La conversación prosiguió así:

S: No, señor. Uno lo haría todo...

K: No, no, no, señor. No se trata de que usted haga nada. La cosa misma lo hará; como en una matriz, usted no tiene nada que hacer. Ello crece. Está ahí. Está obligado a crecer. Está obligado a florecer (ésta es una palabra mejor)... ¿Se da cuenta Scott de que la semilla está ahí? ¿Está impidiendo Scott el florecimiento a causa de una excesiva actividad, de una excesiva organización, no dándole el aire suficiente para que florezca? Lo que generalmente sucede es que las organizaciones ahogan esa cosa... Usted tiene que estar muy seguro de que la semilla se encuentra ahí, de que no es algo inventado por el pensamiento. Si la semilla es fuerte, usted realmente no tiene nada que hacer al respecto... Dentro de usted no puede haber ningún conflicto. Ellos [los estudiantes] pueden tener conflictos pero usted no... Ellos pueden emitir opiniones. Usted no puede tener opiniones... Usted tiene que escucharlos, ver lo que dicen, escuchar a cada uno, no reaccionar a ello como «Scott» o desde su propio trasfondo, sino escucharlos muy, muy atentamente... ¿Puede usted estar libre de su trasfondo? Eso es muy difícil. Eso requiere realmente de toda su energía... El trasfondo es todo su aprendizaje norteamericano, su educación norteamericana y la llamada cultura... Discuta con ello, evalúelo, consulte con su trasfondo. No diga: «Bien, tengo que librarme de mi trasfondo», eso no puede hacerlo nunca... Usted puede darse cuenta de su trasfondo y no dejarle que reaccione, no dejarle que interfiera. Creo que es necesaria una acción en ese sentido, puesto que usted va a dirigir este lugar. Usted posee la energía, posee el impulso. Conserve eso. No deje que poco a poco se vaya marchitando debido a esta carga¹.

A K le preocupaba mucho por esta época que la organización y las actividades de las escuelas pudieran estar ahogando la enseñanza. No había organización alguna que pudiera mantener unidas a las Fundaciones. «El factor unificador debe ser la inteligencia», les dijo a Mary y a Scott. «Sean libres en el verdadero sentido, y esa libertad es inteligencia. La inteligencia es común a todos nosotros y es la que nos unirá, no la organización. Si vemos la importancia de que cada uno de nosotros sea libre, y que esa libertad implica amor, consideración, atención, cooperación, compasión, entonces esa inteligencia es el factor que habrá de mantenernos unidos». También le pidió a Mary que anotara: «La independencia sin libertad no tiene sentido. Si uno tiene libertad, no necesita independencia».

El 21 de septiembre, en una reunión del cuerpo directivo, K preguntó: «¿Cómo hacen ustedes para que los estudiantes vean instantáneamente, sin tiempo, que el interés propio es la raíz del conflicto? No sólo que lo vean, sino que se transformen instantáneamente». Siguió diciendo que de todos los centenares de estudiantes que habían pasado por el Valle de Rishi, su escuela más antigua, ni uno solo había cambiado. Después de la reunión, cuando estaban solos, Mary le preguntó cuál era el sentido de tener estudiantes si ninguno de ellos en todos estos años había cambiado. Si, con toda la influencia que K ejercía, ningún estudiante se había transformado, ¿cómo podía el resto de nosotros, que aparentemente tampoco había cambiado, producir un cambio en los estudiantes? «Si usted no lo ha hecho, ¿hay alguna posibilidad de que nosotros podamos hacerlo?», preguntó ella. «No lo sé», contestó K, pero lo dijo más bien en tono de broma, evidentemente poco deseoso de continuar con un tema tan serio.

¹ AB.

La escuela de Brockwood continuó floreciendo desde la muerte de K. Es mucho más pequeña que las escuelas de la India, con capacidad para sólo sesenta estudiantes, de los cuales hay un número igual de muchachos y muchachas de veinte nacionalidades diferentes, con edades entre los catorce y los veinte años. Existe un fondo especial para becas. Algunos de los estudiantes toman cursos en la Universidad Libre mientras viven y trabajan en Brockwood.

En octubre, Keith Critchlow estaba otra vez en Brockwood con planos detallados para el Centro y muestras de los dos diferentes tipos de ladrillos coloreados que quería usar, así como de las tejas para el techo, ambos materiales hechos a mano. Estas muestras contaron con la aprobación general. K había declarado recientemente y grabado en vídeo, lo que quería que el Centro fuera:

Debe ser un centro religioso, un centro donde la gente sienta que no hay nada preparado, nada imaginativo, ninguna clase de atmósfera «santa». Un centro religioso, no en el sentido ortodoxo de la palabra; un centro donde exista una llama viva, no las cenizas de ella. La llama está viva, y si uno llega a esa casa podrá tomar la luz, la llama y llevarla consigo, o podrá encender su propia bujía o ser el más extraordinario de los seres humanos, un ser humano no fragmentado, una persona realmente total en la que no haya sombra alguna de dolor, de angustia, toda esa clase de cosas. Por lo tanto, eso es un centro religioso¹.

K también dijo acerca de la sala «tranquila»: «Esa es la fuente de K. Lo siento, en esto soy completamente impersonal. Esa es la fuente de la verdad, resplandece y vive»². K le dijo a Critchlow que él no quería que la casa se viera como la de un «*nouveau riche*» (nuevo rico) o como «un hotel campestre». «¿Hará que yo sienta deseos de vestirme apropiadamente, que sea limpio?», preguntó. Critchlow respondió que si la casa era «respetuosa» con la gente, la gente sería respetuosa con la casa. Este sentido de respeto mutuo ha sido magníficamente logrado en el Centro, que se inauguró completamente terminado en diciembre de 1987. Muestra lo que todavía pueden realizar artesanos con dedicación cuando se sienten inspirados por el proyecto en que se les alentó a participar. Cuando uno entra en la casa, penetra inmediatamente en la singular atmósfera de Krishnamurti.

¹ AB.

² Cuando habló acerca del Centro con Mary Zimbalist y Scott Forbes en Schönried, agosto de 1984.

K no permitiría que Mary Zimbalist fuera con él a la India ese invierno, puesto que el año anterior ella había estado enferma mientras se encontraba allá. Mary se preguntaba si volvería a verlo alguna vez, tan frágil se había vuelto él. «Si estuviera a punto de morir, le telefonaré inmediatamente», le aseguró K. «No moriré de repente. Estoy bien de salud, mi corazón, todo está bien. Todo es decidido por alguien más. No puedo hablar de ello. No me está permitido, ¿comprende? Es mucho más serio. Hay cosas que usted no conoce. Inmensas, y no puedo decírselas. Es muy difícil encontrar un cerebro como éste, y debe continuar tanto como el cuerpo pueda hacerlo, hasta que algo diga basta».

Cuando Mark Edwards fotografió a K el 19 de octubre, cuatro días antes de que éste partiera a la India, encontró que su aspecto era notablemente bueno. Sin embargo, durante la semana que pasó en Nueva Delhi, K durmió muy poco y apenas si comió alguna cosa, de modo que cuando llegó a Rajghat el 2 de noviembre, el Dr. Parchure, que lo estaba aguardando, lo encontró terriblemente débil. Desde ese día hasta la muerte de K, el médico ya jamás se apartó de su lado y llevó un registro de su estado de salud.

Mientras estuvo en Rajghat, K llevó a cabo una de sus principales tareas en la India, la de hallar un nuevo Director («Rector», como se llamaba el puesto) para la Escuela de Rajghat. Este resultó ser el Dr. P. Krishna, sobrino de Radha Burnier y Profesor de Física en la Universidad Hindú de Benarés quien, con el consentimiento de su Rector, accedió renunciando a su puesto en la Universidad para hacerse cargo, en febrero, de sus nuevos deberes en Rajghat.

En lugar de escribir cartas diarias a Mary Zimbalist, como lo había hecho en sus visitas anteriores a la India cuando ella no le había acompañado, K dictaba ahora, casi todos los días, cartas mucho más largas en casetes que le remitía por correo. Esto se debía a su mano temblorosa. El 9 de noviembre, le dijo desde Rajghat que su tensión sanguínea había bajado considerablemente y que sus piernas estaban tan «tambaleantes» que apenas podía caminar; el día anterior había rodado unos cuantos escalones al no poder subirlos. El Dr. Parchure le había recomendado ciertos ejercicios y masajes con aceite en las piernas, por lo cual estaba seguro de que pronto se fortalecerían. Sentía que ya no podía comer con los demás y tomaba todas sus comidas en la cama. La gente venía a verle todo el tiempo en su habitación y allí se realizaban las discusiones. Pupul Jayakar, Nandini Mehta, Radhika Herzberger, Sunanda y Pama Patwardhan, se encontraban todos en Rajghat. El día 11 sus piernas estaban mejor y en general se estaba sintiendo con más fuerzas. Habló sobre la belleza del río cuando el sol se levantaba cerca de las 6,15. Estaba leyendo *Lincoln*, de Gore Vidal y lo calificó de «realmente maravilloso».

A pesar de su debilidad, K ofreció dos pláticas públicas en Rajghat y participó en las discusiones con los síndicos de la India y algunos eruditos budistas, incluyendo a Jagannath Upadhyaya¹. El Gobierno de la India había entregado una subvención artística a G. Aravindan, un productor cinematográfico muy conocido, para que realizara una película de largo metraje basada en la vida de K, *The Seer who Walks Alone* (El Profeta que marcha Solo). El filme se había comenzado el año anterior y las últimas secuencias se tomaron en Rajghat durante esta visita final de K.

Cuando K subió al Valle de Rishi a fines de noviembre, revelaba su debilidad, según el Dr. Parchure, durante sus paseos vespertinos, cuando «se inclinaba tanto hacia la derecha que podía caerse». También estaba sintiendo fuertemente el frío, probablemente a causa de su pérdida de peso. K dijo a Mary que ni las mantas ni una botella de agua caliente podían mantenerlo abrigado por las noches, la temperatura ambiente estaba por debajo de los 9° C incluso en las mañanas. Comía a solas en su habitación, tal como lo había hecho en Rajghat y también se proponía hacerlo en Madrás. Pero no parecía aún tener idea de lo enfermo que estaba porque, el 4 de diciembre, le dijo a Mary que el 20 de enero iría desde Madrás a Bombay y que partiría de Bombay hacia Londres el 12 de febrero; que después de permanecer cuatro días en Brockwood volaría a Los Ángeles, de modo que volvería a verla el 17 de febrero (que, de hecho, era el día en que iba a morir). El 11 dijo que se sentía mucho más fuerte; sus piernas se estaban poniendo «un poco más firmes».

A mediados de diciembre, maestros de todas las escuelas Krishnamurti se reunieron en el Valle de Rishi para una deliberación. Scott Forbes, uno de los que vinieron desde Inglaterra, quedó penosamente afectado por el deterioro físico de K. Más tarde habría de escribir:

Las personas en el Valle de Rishi estaban muy conscientes de su debilidad y todos los estudiantes y profesores eran muy amables y, cautos con él. Había en el aire una sensación de presagio. Ninguno quería hablar abiertamente de ello -al menos no a mí- pero había muchos y obvios indicios de que nadie esperaba que Krishnaji regresara alguna vez al Valle de Rishi. El tiene que haber estado preparando a la gente para esto, porque poco a poco se aceptó que probablemente ya no volvería a la India.

¹ *El Futuro es Hoy* (Kier, 1992).

Radhika estuvo haciendo de anfitriona para todos, manejando esta deliberación y tratando de cuidar a Krishnaji y, al mismo tiempo, de afrontar sus propias y continuas responsabilidades en la escuela. Recuerdo haber pensado varias veces que ella hacía esto muy bien y que estaba manejando una situación muy, muy difícil, de la mejor manera que podía hacerse¹.

Para sorpresa de todos, K participó en la deliberación de los maestros, hablando en ella tres veces y «poniendo toda la cosa sobre una base diferente de radiante grandeza», según dijo uno de los maestros de Inglaterra. En la última intervención, K preguntó si existía una inteligencia no nacida del conocimiento y, por ende, libre de interés propio. Trazó una distinción entre mente y cerebro, siendo éste un mecanismo físico, esencialmente la sede del pensamiento. La mente era por completo diferente de esto y no estaba involucrada en el pensamiento como tiempo. Preguntó: «¿Está el tiempo implicado en la bondad?» Y planteó que, contrariamente a la experiencia humana, el bien no estaba relacionado con el mal, ni como una reacción a éste ni como un estado primordial. Recordó a los presentes que habían estado discutiendo asuntos tales como el curriculum, cuál era para K todo el propósito de las escuelas: cómo dar origen a un cerebro nuevo y qué significaba florecer en la bondad².

K también habló solamente para los niños cuando estuvo en el Valle de Rishi. Recalcó, como lo había hecho con nosotros en 1924 cuando estuvimos en Pergine, que lo peor era crecer mediocres. Uno podía alcanzar la más alta posición en la tierra y seguir siendo mediocre. Era una cuestión de *ser*, no de realización.

Hubo alguna discusión entre Radhika Herzberger y Scott acerca de un pequeño centro de estudios que, financiado por Friedrich Grohe, iba a construirse en el Valle de Rishi. Pequeños centros también habrían de construirse en Rajghat y en Uttar Kashi, en los Himalayas cerca de Dehradun, sobre una parcela de terreno que habían obsequiado a la Indian Foundation y que era inaccesible en invierno. Friedrich también financió estas construcciones.

Durante estas discusiones, una abubilla, pájaro que tiene un pico largo y una alta cresta, solía posarse en el antepecho de la ventana del dormitorio de K, picoteando el vidrio y deseando entrar. Había hecho esto en otras varias visitas de K. Él nunca la había alimentado y el pájaro no parecía tener razón alguna para querer entrar; sin embargo, siempre andaba cerca de ahí. K le hablaba y decía que al pájaro le gustaba el sonido de su voz. Estaba ahí, como de costumbre, picoteando el vidrio en esta última visita de K. Uno puede escucharlo nítidamente si presta atención al casete de las deliberaciones³.

El 19 de diciembre, dos días antes de viajar a Madrás, K decía a Mary en el casete que diariamente grababa para ella:

Estoy, perdiendo mucho peso. Al parecer, me fatigo muy rápidamente. A mediados de enero usted sabrá si no voy, a Bombay y/o si tomo el vuelo en la línea aérea Singapur de Madrás a Singapur y, de Singapur a LA [Los Ángeles]. Eso me gusta: no bajar en Heathrow-Londres y luego, cinco días después, tomar otro avión a LA... veremos qué pasa. Estoy verdaderamente bien, es un hecho, ningún problema de corazón, ningún dolor de cabeza; mi cerebro está bien, funciona, muy bien y el hígado y todo lo demás está bien, pero al parecer no puedo continuar recuperando peso. Lo estoy perdiendo, de modo que lo sensato podría ser ir a Singapur y directamente sobre el Pacífico... pero como le escribo todos los días, le hablo todos los días, usted lo sabrá. Veremos qué pasa. Cuanto menos viaje mejor; todo me cansa ahora.

Hay interrupciones en esta grabación cuando K habla a lo que, evidentemente, es la abubilla: «Entra, estoy aquí, ven. Ven, vieja, estoy de este lado. Ven y siéntate. (Lo siento, estoy hablando a los pájaros). ¡Tienes ojos muy penetrantes!, ¿verdad?»

Para el día 21, como le dijo a Mary, K había cancelado sus pláticas en Bombay, y tomó la decisión de volar a Los Ángeles vía Singapur. «No puedo perder peso», siguió diciendo, «he perdido una cantidad considerable y, si pierdo algo más me debilitaré tanto que no podré caminar. Eso no convendría en absoluto».

Ahora K había pedido a Scott Forbes que fuera con él a Ojai en vez de regresar a Europa con los demás maestros, que cambiara su pasaje (el de K) y el del Dr. Parchure para viajar por la Singapore Airlines y que consiguiera uno para sí mismo. Afortunadamente, Scott tenía una tarjeta American Express con la cual pudo hacer estos arreglos. K no podía afrontar el frío en Europa. Quería partir directamente apenas finalizaran las pláticas de Madrás y las reuniones de los sindicatos que seguirían a las mismas.

El Dr. Parchure dispuso que K consultara a un médico eminente tan pronto llegara a Madrás. Ahora sólo pesaba 44 kilos y tenía fiebre. El médico, sospechando algo maligno, quiso realizar unos exámenes clínicos pero K se negó a hacer nada que pudiera perturbarle durante las pláticas. En vista de esto, decidió ofrecer tres en lugar de cuatro pláticas públicas vespertinas en los jardines de Vasanta Vihar, y pidió a Scott que adelantara la fecha de su

¹ De un largo relato sobre la enfermedad de K, escrito por Scott Forbes después de la muerte de K.

² De una carta de Stephen Smith a la autora, escrita después de la muerte de K.

³ Archivos de la Indian Foundation y AB.

partida al 10 de enero en vez del 17. («El casi estaba corriendo de regreso a Ojai para entregarse al cuidado del Dr. Deutsch», según registró el Dr. Parchure). Enfermo como estaba, en los anocheceres continuó paseando por la playa desde la casa de Radha Burnier"

A principios de enero, todos los que estaban en Vasanta Vihar fueron a Madrás para el estreno de la película de Aravindan, que había sido terminada en un tiempo notablemente corto. Hay en el filme algunas tomas muy, bellas, aunque es una lástima que no se identifiquen los lugares por los que vemos a K paseando y hablando¹.

K finalizó su tercera plática del 4 de enero de 1986, la última que habría de ofrecer jamás, con las palabras:

La creación es algo de lo más sagrado. Es la cosa más sagrada que hay en la vida, y si ustedes han convertido en una confusión la vida que viven, cámbienla. Cambien esa vida hoy mismo, no mañana. Si están inseguros, descubran por qué y estén *seguros*. Si el pensar de ustedes no es correcto, piensen correctamente, lógicamente. A menos que todo eso esté preparado, establecido en ustedes, no podrán penetrar en este mundo de la creación.

Esto se termina. [Estas palabras, más aspiradas que pronunciadas, son casi inaudibles en el casete. No pudieron haber sido escuchadas por el auditorio].

Después, tras una larga pausa, agregó: «Esta es la última plática. ¿Quieren permanecer sentados juntos y tranquilos un rato? Muy bien, señores, quédense un rato sentados en silencio»².

En la revisión de la *Indian Foundation* que siguió a las pláticas, K insistió en que las casas donde había vivido no debían convertirse en lugares de peregrinaje, en que no debía desarrollarse ningún culto en torno a él. Y pidió que en las normas y reglamentos de la Fundación se insertara el siguiente memorándum:

Bajo ninguna circunstancia, la Fundación o cualquiera de las instituciones bajo sus auspicios, ni miembro alguno de las mismas, se erigirá en autoridad con respecto a las enseñanzas de Krishnamurti. Esto está de acuerdo con la declaración de Krishnamurti en el sentido de que nadie, en ninguna parte, deberá considerarse una autoridad en Krishnamurti o en sus enseñanzas³.

¹ Se consigue un video de esta película en AB.

² EFB, edición especial, 1986, y *El Futuro es HOY*.

³ Boletín de la Indian Foundation, 1986/3.

«Ese inmenso vacío»

En el vuelo de 24 horas a Los Ángeles, con cortas paradas en Singapur (donde cambiaron de avión) y en Tokio, K se sintió muy enfermo con agudos dolores de estómago. Mary Zimbalist lo recibió en el aeropuerto y, apenas estuvieron solos, mientras se alejaban en el automóvil (dejando a los otros para que trajeran el equipaje), K le dijo que los siguientes dos o tres días ella no debía dejarlo solo o él podría «escabullirse». Le dijo: «*Aquello* no quiere residir en un cuerpo enfermo, un cuerpo que no podría funcionar». Esa noche tuvo una temperatura de 38,5° C¹.

El 13 de enero, K tuvo una consulta con el Dr. Deutsch en Santa Paula y, como resultado de los detallados exámenes clínicos que se le hicieron en el Hospital de la Comunidad de Santa Paula, el médico dispuso que el día 20 se le efectuara una ecografía del hígado, vesícula y páncreas en el Hospital de Ojai. La ecografía mostró «un bulto en el hígado», de modo que se ordenó un examen CAT para el día 22. Pero a la 1 de la mañana del 22, K se despertó con mi dolor muy fuerte de estómago que no podía ser mitigado. Cuando el Dr. Deutsch llamó por teléfono, dijo que no estaba en condiciones de abordar el caso fuera del hospital. K accedió, después de pensarlo cuidadosamente, a que lo trasladaran, y ese mismo día fue admitido en una sala privada de la unidad de cuidados intensivos del Hospital de Santa Paula. Las radiografías revelaron una obstrucción en el intestino, y se le pasó un tubo por la nariz para bombear hacia afuera el fluido. Cuando se vio que estaba seriamente desnutrido, comenzaron a administrarle una hiperalimentación por vía endovenosa. Su peso había caído a poco más de 42 kilos. Después de que le hubieron hecho todas estas cosas desagradables, K dijo a Scott: «Tengo que aceptarlo. ¡He aceptado tanto!». (Cuando leí estas palabras después de su muerte, pensé enseguida en lo que Mrs. Kirby había escrito acerca de K en el campamento de Ommen de 1926: «¡Qué vida, pobre Krishnaji! No hay duda de que él es *el Sacrificio*»). Sin embargo, lo que aceptó con gratitud fueron las inyecciones de morfina que le dieron cuando todos los otros calmantes habían dejado de actuar. Puesto que nunca había tomado ninguna clase de calmantes durante toda la agonía del «proceso», K debe haber reconocido que este dolor de la enfermedad no era espiritualmente necesario; en realidad, habría de decir que «lo otro» no podía «pasar» cuando el dolor estaba ahí.

K permaneció en el hospital por ocho noches durante las cuales Mary, el Dr. Parchure y Scott se turnaban para dormir en el sillón reclinaba dentro de su cuarto, mientras Erna y Theodor Lilliefelt pasaron los días allí. El 23 fue un día crítico porque hubo peligro de que cayera en coma por una hepatitis. El Dr. Parchure le dijo que probablemente tenía cáncer, para lo cual no había ningún tratamiento. Esto trastornó a Mary y a Scott, que lo consideraron prematuro, hasta que el Dr. Parchure les explicó que hacía mucho tiempo había prometido a K que, si alguna vez advertía en él algún peligro de muerte, se lo diría inmediatamente: que ahora, ante el riesgo de un coma, había sentido que era justo cumplir con su promesa. Cuando después Scott y Mary entraron al cuarto de K, él les dijo: «Parece que voy a morir», como si no lo hubiera esperado tan pronto, pero aceptando el hecho como tantas otras cosas. Más tarde dijo: «Me pregunto por qué ‘lo otro’ no libera el cuerpo». También le dijo a Mary, refiriéndose a la muerte: «Estoy esperándola. Es de lo más curioso. ‘Lo otro’ y la muerte sostienen una lucha». Después de que se le diagnosticó definitivamente el cáncer, le dijo a Mary con extrañeza: «¿Qué he hecho mal?», como si de algún modo hubiera fallado en cuidar el cuerpo que había sido confiado a su cargo por «lo otro». Pidió a Mary y a Scott que permanecieran con él hasta el final, porque quería que cuidaran «el cuerpo» tal como él mismo lo había cuidado. Hizo este pedido sin la más leve traza de sentimentalismo o autocompasión.

El día 24, la obstrucción intestinal comenzó a disiparse y retrocedieron los signos de ictericia. El cirujano cambió la conexión intravenosa, pasándola de una vena en la mano a un tubo más grande insertado bajo la clavícula, de modo que pudiera pasar más fluido, esto liberó ambas manos, lo cual fue un alivio, y cuando al día siguiente le sacaron el tubo de la nariz «se sintió como un hombre nuevo». También aceptó una transfusión de sangre que se le hizo para darle fuerzas. El 27 se le realizó un examen CAT en un gran camión que recorría los hospitales locales. Característico en él, se mostró intensamente interesado en el mecanismo de los procedimientos: cómo izaban la camilla para introducirla en el camión, etc. El examen confirmó que había un bulto en el hígado con calcificación del páncreas, sugiriendo que este último era la fuente primaria de la malignidad. Cuando el Dr. Deutsch le dijo esto, K pidió que se le permitiera volver a la Cabaña de los Pinos: no quería morir en el hospital.

Mientras aún estaba en el hospital, pidió a Scott que registrara en un grabador lo que quería que se hiciera con sus cenizas. Tenían que ser divididas en tres partes y llevadas a Ojai, Brockwood y la India. No quería ningún tipo de ceremonias ni «todo ese desatino», y el suelo donde se enterraran sus cenizas «no debería convertirse en un lugar santo donde la gente viniera para adorarlas y toda esa corrupción». (En la India, sus cenizas fueron esparcidas en el Ganges). Sin embargo, por pura curiosidad quiso que el Pandit Jagannath Upadhyaya le explicara

¹ El último volumen de mi biografía de K *La Puerta Abierta*, ofrece un relato detallado de su última enfermedad y de su muerte, relato tomado de tres fuentes independientes: las anotaciones de Mary Zimbalist en su diario, el informe médico diario del Dr. Parchure y los recuerdos de Scott Forbes escritos después de la muerte de K. El Dr. Deutsch confirmó posteriormente que los relatos eran exactos. Las mismas fuentes han sido utilizadas en este libro en forma más abreviada.

cuál era en la India la manera tradicional de tratar el cuerpo muerto de un hombre «santo», por lo que se envió una carta solicitando esta información.

En la mañana del día 30, libre ya del dolor y habiendo recuperado gracias a la super-alimentación increíblemente seis kilos de peso, K volvió a la Cabaña de los Pinos. Habían colocado en su habitación una cama de hospital en lugar de su propia cama, la cual fue trasladada a un cuarto de vestir, y se contrató un servicio de enfermeras para las veinticuatro horas. Tan regocijado estaba de haber vuelto, que le pidió a Mary que pusiera un disco de Pavarotti con canciones napolitanas y quiso comer un sándwich de tomate y un poco de helado. Un solo bocado del sándwich le hizo vomitar (fue su último alimento por boca); el dolor volvió a la noche y hubo que darle morfina nuevamente.

Tan pronto K supo que iba a morir y mientras todavía se encontraba en el hospital, pidió que enviaran desde la India a cuatro personas: Radhika Herzberger, el Dr. Krishna (el nuevo Rector en Rajghat), Mahesh Saxena (a quien K había designado en Madrás como nuevo Secretario de la Indian Foundation) y R. Upasani (Director del Colegio Agrícola de Rajghat)¹. Los cuatro eran miembros de la generación más joven, de los que K esperaba que llevaran adelante su labor en la India, y aún tenía cosas que quería decirles. Sin embargo, otras personas fueron a Ojai, no invitadas por él, cuando supieron que se estaba muriendo: Pupul Jayakar y su sobrino Asit Chandmal, en cuyo apartamento K se había alojado con frecuencia cuando estaba en Bombay, Mary Cadogan, Secretaria de la English Foundation y el Síndico del *Brockwood Educational Trust* (Trust Educacional de Brockwood), Dorothy Simmons, Jane Hammond, síndico de Inglaterra, mujer que había trabajado muchos años para K y, finalmente, mi marido y yo. Parecía imposible impedir esto y, aunque K nos recibió con beneplácito, es indudable que no nos necesitaba y que maestras vibraciones probablemente le hicieron más mal que bien, también debimos ser una carga para la amable gente de Ojai que tuvo que alimentarnos y, en general, cuidar de nosotros.

Los de la India y los de Inglaterra arribaron el 31 de enero. Durante la semana en que mi marido y yo estuvimos ahí, K experimentó una remisión de su enfermedad y no pudimos evitar la esperanza de que hubiera ocurrido un milagro y fuera a recobrase. Le dijo al Dr. Deutsch que el dolor, la ictericia, la morfina y las otras drogas no habían dejado ningún efecto en su cerebro. También estaba teniendo «meditaciones maravillosas» por las noches, lo que demostraba que «lo otro» seguía estando con él. El Dr. Parchure confirmó todo esto en su informe. Durante ese período, K sostuvo en su dormitorio dos reuniones que fueron grabadas por Scott Forbes. A la primera el 4 de febrero, asistimos sólo aquellos que teníamos algo que ver con la preparación y publicación de sus libros (Radhika y el Dr. Krishna acababan de convertirse en miembros del recientemente formado Comité Internacional de Publicaciones). K expresó de manera inequívocamente clara sus deseos con respecto a las publicaciones: quería que las de sus pláticas y escritos continuaran siendo publicadas en Inglaterra, mientras que la India debía concentrarse en traducir sus obras a los dialectos locales. Hacia el fin de la reunión dijo que los de la Fundación india sentían que ellos lo comprendían mejor que otros porque él había nacido en un cuerpo indio. «Vea, Dr. Krishna, yo no soy indio», dijo K. «Ni nosotros somos indios», interrumpió Radhika, «en ese sentido creo que yo tampoco soy india.» «Ni yo soy inglesa», intercaló Mary Cadogan².

Esa tarde K se sintió lo bastante bien como para salir. Fue conducido hacia abajo por los escalones de la galería en una silla de ruedas y, puesto que era un día hermoso, pidió que lo dejaran solo bajo el pimentero, que había crecido y ahora era enorme, desde allí tenía una perspectiva del valle hasta los cerros. Sin embargo, Scott se quedó a cierta distancia detrás de la silla por temor de que K pudiera inclinarse y caer hacia atrás, ya que se había ubicado sobre el asiento con las piernas cruzadas. K permaneció ahí perfectamente quieto por algún tiempo, antes de pedir que lo condujeran de vuelta a la Cabaña en su silla de ruedas. Fue la última vez que salió.

Al día siguiente, cuando el Dr. Deutsch vino a verle, K le preguntó si podría viajar nuevamente y ofrecer pláticas. «No como antes», contestó el médico, aunque podría escribir, dictar o sostener discusiones privadas. El médico ya se había hecho amigo de K y lo visitaba casi todos los días.

En la mañana del día 5, K llamó a otra reunión y le pidió a Scott que la grabara. En esta ocasión estuvimos presentes catorce de nosotros. K comenzó explicándonos que el médico le había dicho que no habría más pláticas ni viajes. En ese momento no tenía ningún dolor, dijo, y su cerebro estaba «muy, muy claro». Podría seguir en esta condición durante meses. «Mientras este cuerpo esté vivo», prosiguió diciendo, «sigo siendo el instructor. K está aquí como está sobre el estrado... Todavía soy la *cabeza* de todo ello. Quiero dejar esto muy, muy en claro. En tanto el cuerpo esté vivo, K está ahí. Lo sé porque tengo sueños maravillosos todo el tiempo... no sueños... lo que sea que ocurra». Quería que le informaran en detalle, dijo, qué estaba sucediendo en la India y en Brockwood. «No me digan que todo está muy bien».

¹ Upasani no vino porque no pudo conseguir a tiempo un pasaporte.

² De una grabación (AB).

Después rogó, lo más cortésmente posible, que todos los visitantes se fueran. Cuando muriera, no quería que la gente viniera «a saludar el cuerpo». Después le pidió a Scott que no se cambiaran las palabras que estaban siendo grabadas. Hizo que Scott, que se encontraba junto a la cama sosteniendo el micrófono, se volviera hacia nosotros y dijera: «juro que nada será alterado en ninguna de las cintas. Nada lo ha sido y nada lo será».

Nos sacudió bastante oírle decir a K: «Sigo siendo el instructor. K está aquí como está sobre el estrado». ¿Acaso alguien podría haber dudado de ello? Aunque en esta reunión su resistencia se había quebrado de cuando en cuando por pura debilidad física, K era arrolladoramente él mismo. Ninguno podrá decir jamás, con verdad, que él no estuvo «totalmente ahí» durante este período de remisión.

Acatando los deseos de K, mi marido y yo partimos al día siguiente. Una vez que me despedí de él, sin creer realmente que nunca más volvería a verle, K envió a Mary afuera, muy característico en él, a fin de que viera qué clase de coche habíamos ordenado para que nos llevara al aeropuerto, se sintió satisfecho cuando supo que se trataba de un buen automóvil. Los demás visitantes partieron poco después. Asit Chandmal también se fue pero habría de regresar y permanecer hasta la muerte de K.

Lo que K esperaba con interés eran las visitas del Dr. Deutsch, aunque le preocupaba la cantidad de tiempo que les quitaba a los otros pacientes. El médico aceptó, como amigo y no como médico, el hermoso reloj Pathek-Philippe que K le obsequió. (El Dr. Deutsch jamás mandó una cuenta por el tratamiento de K durante su enfermedad final). Al enterarse de que K era aficionado a Clint Eastwood como él, le trajo algunas películas de Eastwood que había pasado a video, y también transparencias del Valle de Yosemite, sabiendo lo mucho que a K le gustaban los árboles y las montañas.

En la mañana del día 7, Mary Zimbalist preguntó a K si se sentía como para contestar una pregunta que Mary Cadogan había formulado por escrito para él. K pidió a Mary que se la leyera. Era ésta: «Cuando Krishnaji muere, ¿qué es lo que realmente ocurre con ese extraordinario foco de comprensión y energía que es K?» La respuesta inmediata de K, que Mary garabateó en el papel, fue: «Se ha ido. Si alguien penetra plenamente en las enseñanzas, tal vez pueda alcanzar eso, pero no puede *tratar* de alcanzarlo». Luego, al cabo de un momento agregó: «¡Si sólo supieran todos ustedes lo que se han perdido... ese inmenso vacío».

Es probable que la pregunta de Mary Cadogan aún estuviera en la mente de K cuando, a media mañana, envió por Scott y le pidió que registrara en el grabador algo que quería decir. «Su voz era débil», anotó Mary, «pero habló con intenso énfasis». Había pausas entre casi todas sus palabras, como si le costara un esfuerzo emitirlas:

Les estuve diciendo esta mañana... por setenta años esa super energía... no... esa inmensa energía, esa inmensa inteligencia, ha estado usando este cuerpo. No creo que la gente se de cuenta de la tremenda energía e inteligencia que pasaron por este cuerpo... hay un motor de doce cilindros. Y por setenta años... fue un tiempo considerablemente largo... Y ahora el cuerpo ya no puede soportar más. Nadie, a menos que el cuerpo haya sido preparado muy cuidadosamente, protegido, etcétera... nadie puede comprender lo que pasó por este cuerpo. Nadie. Que nadie lo pretenda. Nadie. Repito esto: Nadie entre nosotros o el público, sabe lo que ocurrió. Sé que no lo saben. Y ahora, después de setenta años, eso ha llegado a su fin. No es que esa inteligencia y, energía... En cierto modo está aquí, todos los días, especialmente por la noche. Y después de setenta años, el cuerpo no puede aguantar más. No puede. Los hindúes tienen un montón de condenadas supersticiones acerca de esto... que uno lo dispone y el cuerpo prosigue... y toda esa clase de tonterías. Ustedes no encontrarán otro cuerpo como éste... o esa suprema inteligencia operando en un cuerpo... no lo encontrarán por muchos cientos de años. No verán eso otra vez. Cuando él se va, ello se va. Ninguna conciencia queda detrás de esa conciencia, de ese estado. Todos ellos pretenderán o tratarán de imaginar que pueden entrar en contacto con eso. Tal vez lo hagan en cierto modo si viven las enseñanzas. Pero nadie lo ha hecho. Nadie. Y eso es todo¹.

Cuando Scott le pidió que clarificara algo de lo que había dicho, por temor de que ello fuera mal entendido, K «se enfadó mucho» con él y dijo: «Usted no tiene derecho a interferir con esto». Al decirle a Scott que no interfiriera, parece evidente que K quería que esta declaración fuera conocida por todos los que se interesaran en ella.

A K le quedaban sólo nueve días más de vida. Él quería morir y preguntó qué ocurriría si te quitaran el tubo de alimentación. Se le dijo que el cuerpo podría deshidratarse rápidamente. Él sabía que tenía el derecho legal de pedir que le quitaran la sonda de alimentación, pero no quiso cansar posibles dificultades a Mary o al médico; además, «el cuerpo» estaba todavía a su cargo; por lo tanto, continuo cuidándolo hasta el final: limpiando sus

¹ De una grabación (AB). (Transcripción fidedigna).

dientes, como siempre lo había hecho, tres o cuatro veces por día, incluso el paladar y la lengua, haciendo sus ejercicios cotidianos Bates para la vista, colocando en su ojo izquierdo las gotas contra el glaucoma. Citando el Dr. Deutsch le dijo que el soplar dentro de un guante quirúrgico anidaría a limpiar el líquido que se había acumulado en la base del pulmón como resultado de su permanencia en cama, él inflaba el guante cada hora hasta que no tuvo más fuerzas para soplar.

Todas las tardes, a sugerencia del Dr. Deutsch, llevaban ahora a K en su silla de ruedas a la gran sala de estar, donde se sentaba contemplando las llamas de una estufa de leños. La primera vez que entró ahí pidió que le dejaran solo pero permitió que Scott permaneciera a sus espaldas por si se deslizaba cayendo hacia atrás. Más tarde, Scott escribió: «El hizo algo en la sala. Uno podía verle haciéndolo, y la sala no fue la misma después. El tenía todo el poder y la magnificencia que siempre había tenido. Aunque estaba sentado en su andador de ruedas, completamente cubierto por las mantas, alimentado por vía endovenosa desde estas botellas, era no obstante inmenso y majestuoso y llenaba absolutamente el lugar y hacía que todo vibrara». Cuando, después de una media hora, quiso regresar a la cama, asombró a todos caminando de vuelta a su habitación sin ninguna ayuda.

El día 10, llegó la respuesta del Pandit Jagannath Upadhyaya a la pregunta de K acerca del tratamiento dado al cuerpo de un hombre religioso después de la muerte. Al saberlo, K dijo que no quería nada de eso. No quería que nadie viera su cuerpo después de la muerte y debía haber la menor cantidad posible de personas en su cremación.

Cuando estuvo demasiado débil para subir a la silla de ruedas, lo llevaban al sofá de la sala de estar en una hamaca hecha con las ropas de cama. El día 14 volvió el dolor y le dieron morfina nuevamente. Durante los diez minutos que ésta tardó en actuar, le dijo a Mary: «Demasiado bueno para ser cierto... dolor, creía que te había perdido». Mary está completamente segura de que lo que quiso decir con esto fue: «Creía que había perdido el sufrimiento pero era demasiado bueno para ser cierto». Al día siguiente, empezó hablándole a Scott sobre el estado del mundo y preguntó: «¿Piensa que el Dr. Deutsch sabe todo acerca de esto? ¿Piensa que él lo ve? Tengo que hablar con él acerca de ello». Es lo que hizo cuando el médico vino esa tarde. Scott registró lo siguiente:

Lo que Krishnaji dijo al Dr. Deutsch en esa ocasión, fue una extraordinaria síntesis de diez o quince minutos que abarcó mucho de lo que él dice acerca de la naturaleza del mundo. Fue elocuente, concisa y completa, y yo estaba ahí asombrado e impresionado, escuchando a los pies de la cama, mientras que el Dr. Deutsch se encontraba sentado junto a él al costado de la misma. La única cosa que recuerdo bien de las que Krishnaji le dijo al Dr. Deutsch, es: «No tengo miedo de morir porque he vivido con la muerte toda mi vida. Jamás he guardado ninguna clase de recuerdos». Más tarde, el doctor diría: «Siento que soy el último discípulo de Krishnaji». Fue algo realmente bello. También fue extraordinariamente conmovedor que Krishnaji, tan débil y tan cerca de la muerte como estaba, hubiera podido convocar la fuerza necesaria para hacer la síntesis que hizo, y es también una indicación del afecto que sentía por el Dr. Deutsch.

K murió mientras dormía, justo después de la medianoche del 17 de febrero. El fin llega en las palabras de Mary:

Parchure, Scott y yo nos encontrábamos ahí como de costumbre y como de costumbre K pensaba en el bienestar de los otros. Me urgió: «Vaya a acostarse, buenas noches, vaya a la cama, vaya a dormir». Dije que lo haría, pero que quería estar por allí cerca. Se durmió, y cuando me moví para sentarme a su izquierda y tomarle la mano, eso no lo inquietó. Levantaron la parte superior de la cama para que de esta manera estuviera más cómodo, y sus ojos se hallaban entreabiertos. Estábamos sentados junto a él, Scott a su derecha y yo a su izquierda; el Dr. Parchure iba y venía vigilando silenciosamente; el enfermero, Patrick Linville, permanecía en la habitación contigua. Lentamente, el sueño de Krishnaji se profundizó hasta entrar en un coma, su respiración se hizo más lenta. El Dr. Deutsch llegó silencioso y repentinamente alrededor de las once. En algún momento de la noche, el desesperado anhelo que una tenía de que él mejorara tuvo que cambiarse por un deseo de que al fin quedara libre de su sufrimiento. El Dr. Deutsch, Scott y yo estábamos allí cuando el corazón de Krishnaji cesó de latir diez minutos después de la medianoche.

De acuerdo con sus deseos, sólo unas pocas personas le vieron después de su muerte y únicamente un puñado de amigos estuvo presente en su cremación, que tuvo lugar en Ventura a las ocho de esa misma mañana.

«El cerebro no puede comprender»

La muerte de Krishnamurti fue en ciertos aspectos tan misteriosa como su vida. Resultó irónico que, habiendo sentido durante una gran parte de su existencia que le era más fácil «escabullirse» que permanecer vivo, hubiera seguido viviendo cuando anhelaba escabullirse. El había creído que sabía cuándo iba a morir y, sin embargo, su muerte llegó para él como una sorpresa. Cuando, en la última grabación que hizo en Ojai, habló de «las condenadas supersticiones indias» se refería, desde luego, a la tradicional creencia india de que un hombre santo puede *disponer* su propia muerte. K podía haber muerto con sólo pedir que lo separaran de la sonda que lo alimentaba, pero eso, en su sentir, hubiera sido suicidio, una violación del cuerpo confiado a su cargo -una responsabilidad sagrada-. Pero *el deseo* de morir, si tenía éxito, ¿acaso no era también una forma de suicidio?

K expresó sorpresa de que «lo otro» quisiera residir en un cuerpo enfermo. ¿Por qué no lo liberaba? Se preguntó si su enfermedad había sido causada por algo que él había hecho mal. Uno puede a su vez preguntar: ¿Le permitió «lo otro» morir porque su cuerpo se había vuelto inservible o permitió que se desarrollara en él una enfermedad fatal porque ya no le quedaba nada por decir, porque su enseñanza estaba completa? En cualquiera de los casos «lo otro», aparentemente, no lo abandonó al final.

K creía que «algo» estaba decidiendo lo que debía sucederle a K, algo acerca de lo cual no le estaba permitido hablar, sin embargo, al propio tiempo decía lo extraordinario que sería si hubiera algo decidiendo todo lo que ocurría. Ciertamente, aquí parece haber una contradicción. Pero después hay diversas anomalías más en sus declaraciones acerca de sí mismo.

K nunca dudó de que siempre había estado protegido por algo. Estaba convencido de que nada podía sucederle mientras viajaba en avión o en cualquier otro medio con el propósito de hablar y que esa protección se extendía a cualquiera que viajara con él. Sin embargo, era su deber no exponerse a ningún peligro por mero placer, como el de deslizarse en un planeador. Jamás dudó tampoco de la importancia de la enseñanza o del cuerpo confiado a su cargo. Fue tan lejos como para decir que había tomado muchos siglos producir un cuerpo como ése. (Siempre era «la enseñanza», «el cuerpo», nunca «mi enseñanza», «mi cuerpo»). Pareció estar siempre dentro y fuera de su propio misterio. El no quería hacer un misterio: no obstante, existía un misterio que él mismo parecía totalmente incapaz de resolver, pensando que no era asunto suyo hacerlo, aunque estaba ansioso de que otros lo resolvieran, en cuyo caso él podría corroborar la solución de ellos.

K había dicho que la enseñanza venía como una «revelación», que si se sentaba a pensar sobre ella, no vendría a él; sin embargo, es evidente que vino todos los días mientras estuvo escribiendo *el Diario*. ¿Qué le impulsó de pronto a escribir el *Diario*? Aparte de su contenido, es un manuscrito extraordinario: 323 páginas sin una sola tachadura.

De las propias palabras de K uno está obligado a sacar la conclusión de que él era un «vehículo» de «algo», y que la enseñanza venía a él desde ese «algo». No obstante, estaba en su mayor parte tan imbuido de ese «algo», que aquello *era* él mismo y, aunque aquello se retirara, solía regresar si él hablaba seriamente de ello o se abría él mismo a ello, especialmente durante sus meditaciones nocturnas, pero sin invitarlo *jamás*. A veces él mismo se sorprendía de que aquello estuviera allí, como cuando en el *Diario* describió su llegada desde la paz de Gstaad al octavo piso de un apartamento en París y encontró que: «Sentado quietamente en el atardecer, contemplando los tejados... de lo más inesperadamente, esa bendición, ese poder, ese «otro» llegó con suave claridad; llenó la habitación y permaneció allí. Está aquí mientras esto se escribe».

He escuchado argüir que la inspiración de K no era diferente de la de cualquier otro artista, particularmente la de algún músico; que uno podría igualmente tratar de descubrir de dónde venía el genio de Mozart. Si la enseñanza hubiera salido del cerebro de K, ese argumento podría sostenerse, pero jamás he oído que otro genio haya tenido que pasar alguna vez por algo como «el proceso».

El misterio de Krishnamurti desaparecería enseguida si uno pudiera aceptar la teoría del Señor Maitreya haciéndose cargo del cuerpo preparado para él. Todo lo que atañe al «proceso» encajaría en su lugar, todos aquellos mensajes «retransmitidos», en Ojai, Ehrwald y Pergine, la propia convicción que K tenía de que el dolor era algo que debía sobrellevarse sin intento alguno de impedirlo o aliviarlo. La cualidad singular del fenómeno se explicaría por el mensaje que Nitya recibió y «retransmitió» en Ojai: «El trabajo que ahora se hace es de la más grave importancia y excesivamente delicado. Es la primera vez que este experimento se lleva a cabo en el mundo».

K mismo no descartaba esta teoría más de lo que negaba ser el Instructor del Mundo. Decía meramente que era «demasiado concreta», «no lo suficientemente sencilla». Y, en verdad, uno lo siente así. En 1972, cuando hablaba al grupo que en Ojai le preguntó acerca de quién era él, había contestado: «Siento que estamos penetrando en algo que la mente consciente jamás podrá comprender... Existe algo, un depósito inmenso, por así decirlo, que, si la mente pudiera alcanzarlo, revelaría algo que ninguna mitología intelectual, ninguna invención, suposición o dogma, podrían revelar jamás. Existe algo, pero el cerebro no puede comprenderlo». Sin embargo, cuando lo

interrogué dos años después dijo, que si bien él no podía descubrirlo por sí mismo («el agua no puede conocer qué es el agua»), estaba «absolutamente seguro» de que Mary, Zimbalist, y otros podríamos descubrir la verdad si nos sentáramos y dijéramos: «Investiguemos», «pero», añadió, «ustedes tienen que, tener el cerebro vacío».

Esto nos trae a la «mente vacía». Durante mi averiguación, K continuó volviendo al tema de la mente vacía «del niño», un vacío que, dijo, nunca había perdido. ¿Qué es lo que mantuvo vacía la mente?, preguntó. ¿Qué es lo que protegió esa vacuidad? Si él mismo hubiera escrito acerca del misterio, habría comenzado con lo de la mente vacía. Esas palabras que pronunció nueve días antes de su muerte, son para mí más perturbadoras que cualquier cosa que K haya dicho jamás: «¡Si sólo supieran todos ustedes lo que se han perdido... ese inmenso vacío!...».

K afirmaba que la teosofía en que lo habían formado, no lo había condicionado nunca. ¿No es posible, sin embargo, que subconscientemente haya sido condicionado por ella (aunque él no reconociera la existencia de una cosa como el subconsciente) y que, cuando estaba fuera de su cuerpo, todo lo que le habían dicho acerca del Señor Maitreya, los Maestros, etcétera, aflorara a la superficie? Pero eso no explicaría por qué dejaba el cuerpo, por qué tuvo lugar «el proceso».

Otro aspecto a tener en cuenta es la energía que tan frecuentemente penetraba en él o pasaba a través de él. Cuando hablaba seriamente de lo que él era, solía decir: «Usted puede sentirlo en la habitación ahora, un latido». En la última cinta que grabó, dijo: «No creo que la gente comprenda qué tremenda energía e inteligencia pasó por este cuerpo...» Cuando escuché esas palabras en un casete pensé enseguida en el poder, en la fuerza que se precipitó sobre mí saliendo del salón aquella tarde de Brockwood, cuando menos la esperaba. Si esa fuerza, esa «energía tremenda» había estado utilizando el cuerpo de K desde que «el proceso» empezó por primera vez en 1922, es asombroso, que él haya vivido tanto. ¿Era esa energía «lo otro»? ¿Era la energía la que ocasionaba el dolor del «proceso»? ¿Acaso la energía, «el proceso», continuó desde 1922 con una gradual disminución del dolor sólo porque su cuerpo había sido lentamente abierto para crear un vacío mayor? Esa energía que, pasaba a través de él cuando era viejo, ¿lo hubiera matado con su fuerza si hubiera penetrado en él de repente antes de que su cuerpo hubiera sido afinado para recibirla?

Creo que ahora debe uno preguntarse: ¿Sabía K más de lo que haya revelado nunca acerca de qué y quién era él? Cuando nos dijo a Mary Zimbalist y a mí, que si pudiéramos descubrir la verdad él podría corroborarla y que nosotros seríamos capaces de encontrar palabras para ello, ¿estaba en realidad diciendo: «Yo no debo revelarla a ustedes, pero si pueden descubrirla por sí mismas entonces puedo decir: ‘Sí, es eso’?» Quizá la cosa más significativa que alguna vez haya dicho, fue la respuesta que diera a Mary cuando ella le preguntó, antes de que él partiera de Brockwood hacia Delhi a fines de octubre de 1985, si alguna vez volvería a verlo nuevamente. K contestó: «No moriré de repente... está todo decidido por alguien más. No puedo hablar de ello. No se me permite, ¿comprende? Es mucho más serio. Hay cosas que usted no sabe. Inmensas. Y no puedo revelárselas». (Nótese: todo decidido por «alguien más», no por «algo más»).

Por lo tanto, había cosas que K sabía acerca de sí mismo que nunca reveló, si bien en ese último casete levantó un ángulo de la cortina.

Muchas personas sentirán que, cualquier intento de resolver el misterio de Krishnamurti, no sólo es un desperdicio de tiempo sino que carece por completo de importancia; es la enseñanza la que importa, no el hombre. Pero para alguien que conoció al joven Krishna y participó en alguno de aquellos tempranos acontecimientos y no puede aceptar que la enseñanza se desarrolló en su propio cerebro, quedará un enigma exasperante sin solución, a menos, tal vez, que uno logre vaciar su propio cerebro. K había dicho: «Esa cosa se encuentra en la habitación. Si uno le preguntara qué es, no respondería. Diría: ‘Eres demasiado pequeño’». Sí, ése es el sentimiento de humildad con que a uno lo dejan: uno es demasiado pequeño, demasiado insignificante, con un cerebro que está siempre parloteando.

En gran parte con el mismo sentido, K había dicho en su última grabación: «Todos ellos pretenderán o tratarán de imaginar que pueden entrar en contacto con aquello. Tal vez podrán hacerlo de algún modo *si* [la bastardilla es mía] viven las enseñanzas».

Pero, independientemente de su origen, la enseñanza de Krishnamurti ha venido en un momento crítico de la historia del mundo. Como le dijo una vez a un reportero en Washington: «Si el hombre no cambia radicalmente, si no genera una mutación fundamental dentro de sí mismo, nos destruiremos unos a otros. Una revolución psicológica es posible ahora, no dentro de mil años. Ya hemos tenido miles de años y seguimos siendo bárbaros. Por lo tanto, si no cambiamos hoy, seguiremos siendo bárbaros mañana o dentro de un millón de mañanas». Si entonces alguien pregunta: «¿Cómo puede la transformación de una persona afectar al mundo?», sólo existe la propia respuesta de K para darle: «Cambie y vea que sucede».

Indice

Reconocimientos 7

Introducción 9

1	«¿Qué se sabe del niño Krishna?»	17
2	«Un poder tremendo»	31
3	«¿Por qué me escogieron a mí?»	37
4	«Jamás podré realizar mi sueño»	45
5	«Embriagado de Dios»	57
6	«Existe una soledad...»	69
7	«Un viejo sueño ha muerto»	77
8	«Una constante agitación interna»	87
9	«Rehusó ser la muleta de ustedes»	99
10	«Prosigo mi camino»	109
11	«Un éxtasis profundo»	121
12	«Entrar en la morada de la muerte»	137
13	«La terminación del dolor»	151
14	«Los ideales son cosas crueles»	163
15	«El futuro es ahora»	177
16	«Un diálogo con la muerte»	187
17	«La mente vacía»	201
18	«La terminación de lo conocido»	213
19	«Usted tiene que apresurarse a comprender»	225
20	«Mi vida ha sido planeada»	233
21	«El mundo de la creación»	243
22	«Ese inmenso vacío»	249
23	«El cerebro no puede comprender»	259

Notas 265